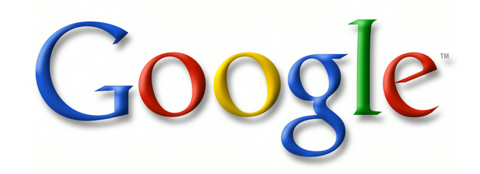
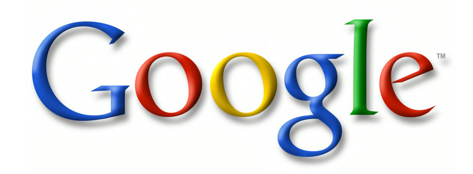
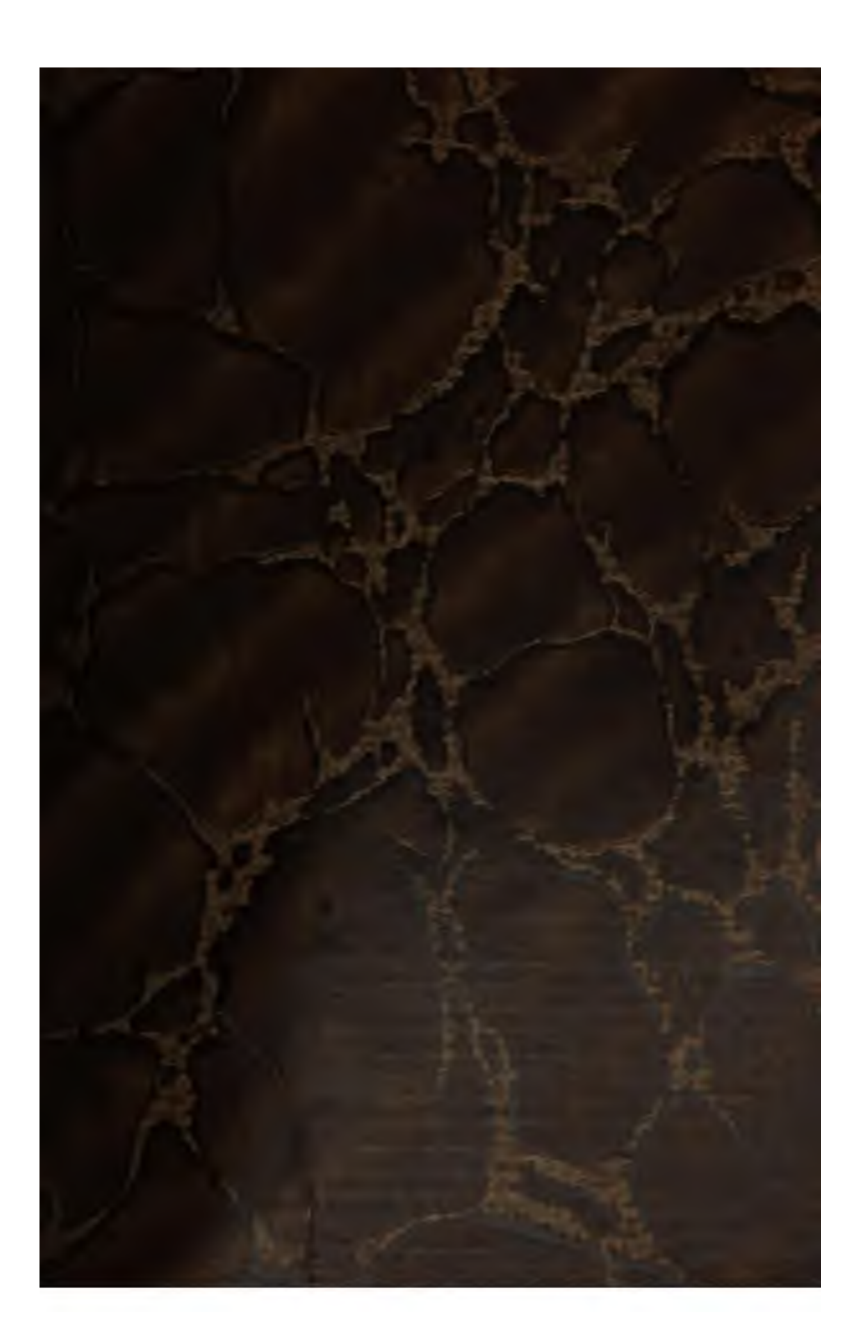
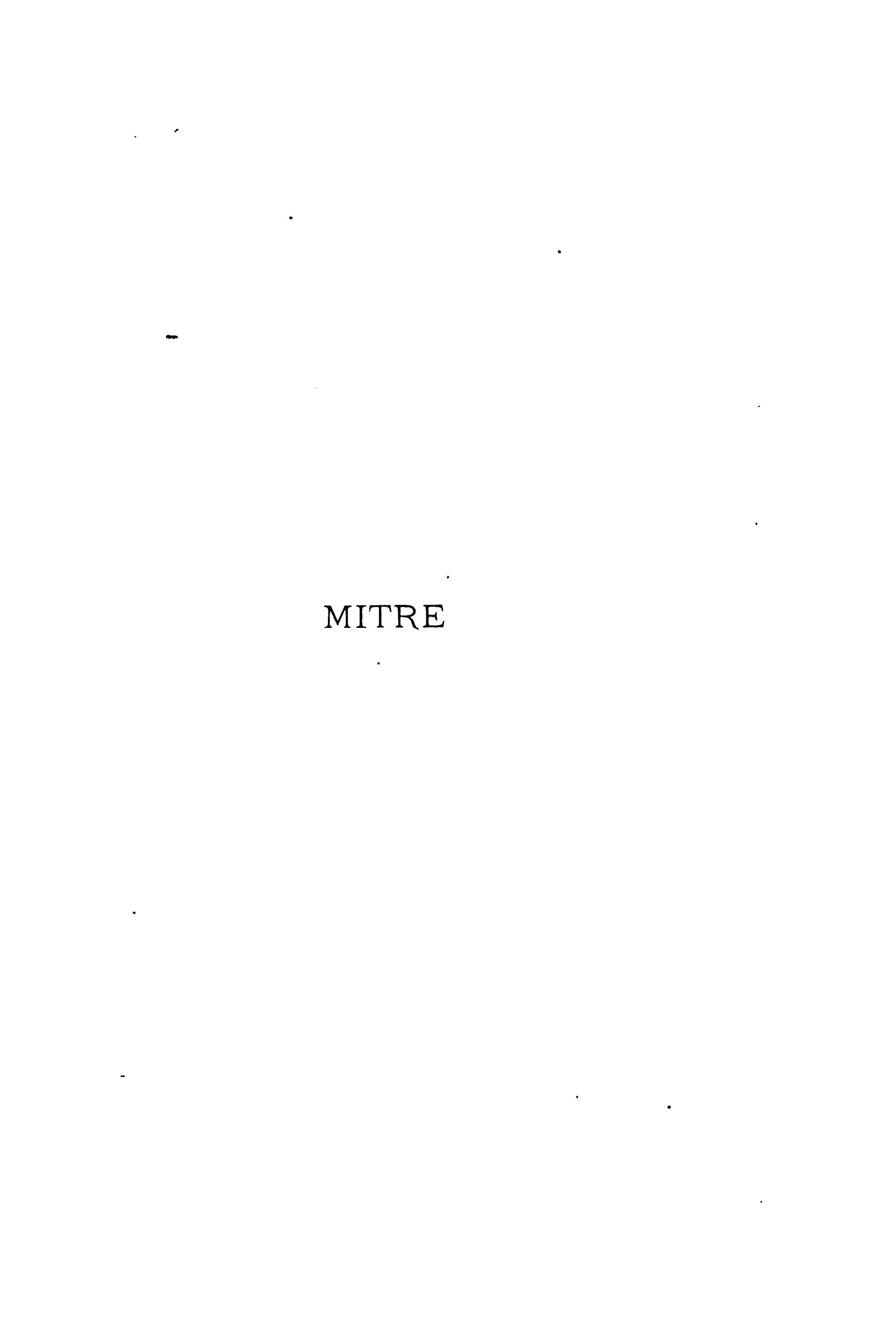












MITRE



JOSÉ M. NIÑO

MITRE

SU VIDA ÍNTIMA, HISTÓRICA, HECHOS, REMINISCENCIAS, EPISODIOS
Y ANÉCDOTAS MILITARES Y CIVILES

POLÉMICA DE LA TRIPLE ALIANZA

I

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE AD. GRAU
960—Moreno—960
MCMVI

MITRE

La fisonomía del General tenía un sello de grandeza y superioridad que le hacía distinguir de la generalidad de los hombres sin tener parecido con ninguno. Ancha la frente, ligeramente rizado el cabello, nariz de corte griego, ojos verdes tenues, soñadores, reflejo de su alma grande, su mirada quedaba impresa en la retina de los demás. Su amplia frente, despejada y abierta, como los sentimientos que agitaban su gran corazón, denunciaba un pensador profundo, una voluntad de acero. Su herida, esa herida en cruz, en el centro, con una pequeña desviación hacia la izquierda, simulaba un beso de gloria estampado en su frente pensadora. Y lo era, en efecto, porque fué la gloria que lo besó entre el silbar de las balas, estoico y sereno, como si hubiese nacido para imponerse á la propia muerte.

Alto de estatura, bien distribuído, ligeramente encorvado, su figura completaba sus rasgos fisonómicos, acentuada y típicamente única Cuando el General miraba de frente y clavaba sus hermosos ojos glaucos y serenos

sobre un interlocutor, se sentía algo así como una fascinación. Se transparentaba, se veía su grandeza, la suprema superioridad de su espíritu y esa mirada no se olvidaba jamás.

El general Mitre tenía chispazos de romántico, suavidades de justo y energías de fuerte. Era un Byron, un Cincinato y un Bayardo "sin miedo ni reproche". Y sobre todas esas cualidades de su ser físico, cuya fisiología será con el andar del tiempo uno de los más interesantes estudios de su personalidad extraordinaria, dominaba una voluntad firme, fuerte, impetuosa, terriblemente impetuosa, á veces como el tronar de los cañones; y en antítesis, tranquila y suave como mansa corriente. El General imponía cuando gritaba y seducía cuando callaba.

La múltiple personalidad del general Mitre en su extensa acción de setenta años, sin un día de interrupción ni de reposo, tanto en la vida civil como en la militar y popular, no es posible abarcarla en un solo libro. Esa vida requiere volúmenes bajo todas y cada una de sus fases, porque en todas ha sido típica.

El historiador futuro del general Mitre se verá obligado á afrontar una tarea colosal, quizá superior á un hombre solo, para presentar esta personalidad de la que se ha dicho que por sí sola llena la historia del país en el espacio de casi tres cuartos de siglo.

Militar, se inicia en febrero de 1837 como soldado distinguido en el sitio grande de Montevideo sentando plaza en el regimiento 2 de Artillería, el mismo que en nombre del gobierno y el pueblo hermano, vino á tributarle honores en el día de su muerte. De ahí para adelante, entra de lleno en la milicia, concurre á la epopeya de la nueva Troya, actúa y dirige las revoluciones populares que precedieron á la organización nacional, va á Cepeda cuya notable y estratégica retirada se cita como una de las más notables en la vida militar; triunfa brillantemente en Pavón, asegurando para siempre la unidad de la patria y el imperio de sus instituciones y, á su regreso de esa campaña, es recibido como victorioso en los brazos del pueblo; emprende la campaña del Paraguay para castigar la osadía del tirano y en esta campaña histórica, la más prolongada y gloriosa de la América del Sur, manda como general en jefe los ejércitos de las tres naciones aliadas, desplegando en ella un valor insuperable, una serenidad asombrosa y una estrategia que ha sido comparada con las grandes estrategias de San Martín y Paz. Cuando sea escrita la historia de esta guerra sobre la base de dieciocho enormes volúmenes de documentos relacionados con ella, historia que el General no quiso nunca escribir, por haber sido actor principal en

aquellas inolvidables jornadas, surgirá grande, soberbia, su figura. Las anécdotas de esa campaña que se verán más adelante, acentúan sus rasgos militares mientras llega el momento en que el historiador se haga cargo de su magna tarea.

El general Mitre fué uno de los patriotas que combatió de frente y en nombre de los santos ideales de la patria libre y civilizada, la bárbara tiranía de Rosas y como Varela, Sarmiento, Juan Carlos Gómez, Mármol, López y tantos otros, sufrió las persecuciones del déspota y emigró de Buenos Aires, combatiente con la palabra, el pensamiento y la acción por los imperecederos principios que informaron su vida pura. Fué al Perú, á Bolivia, donde puesto al servicio del Presidente Ballivián, en circunstancias peligrosas para éste y su gobierno, tomó el mando de un regimiento de artillería y trepó sus cañones hasta donde "sólo habían osado trepar las águilas" (1), mereciendo ser distinguido con el calificativo de "benemérito en grado heroico" y designado ciudadano y benefactor de Bolivia. Pasó luego á Chile, donde fundó un diario para combatir la tiranía de Rosas y sus artículos fueron descargas de artillería y sus arengas voces de fuego.

(1) Palabras del presidente Ballivián en un documento oficial.

Historiador, escribió las de Belgrano y San Martín á la manera de Macaulay, representando cada una de esas obras un monumento capaz de cimentar por sí solo la reputación de un pensador y de un estilista, realizando, á la vez, una labor extraordinaria, de la que sólo era suficiente á hacerla, en medio de las agitaciones de su vida y de las graves responsabilidades que pesaban sobre él como sobre ningún otro.

El General fué siempre enemigo de las revoluciones que no tuvieran una justificación suprema y su organismo de fierro se conmovía ante la sola perspectiva de la guerra civil y á este respecto es conocida su famosa frase en un momento histórico de su vida: "vale más la peor de las elecciones legales que la mejor de las revoluciones". El año 1874, no obstante, se vió empujado á ponerse al frente de una revolución en nombre de los anhelos populares, como una protesta armada contra los abusos políticos del gobierno y en reivindicación del sufragio libre. Quiso seguir y compartir la suerte de sus amigos políticos y se puso al frente de la revolución, no para prolongarla ni hacerla degenerar en guerra civil como pudo haberlo hecho, sino para dejar constancia armada de la protesta y hacer la paz y la concordia en la primera oportunidad propicia sin mayor efusión de sangre ni sacrificio de vidas.

Y así lo hizo, en efecto, y la capitulación de Junín fué otro de sus episodios que lo revelan en su serena grandeza moral y en la intensidad de su patriotismo.

Posteriormente, interviene en el último momento y cuando ya todo estaba perdido, en la revolución de 1880, para hacer la paz "sin vencedores ni vencidos" y este episodio de su vida de patriota tiene también un capítulo en este libro.

Sacado de la vida militar, es asimismo sorprendente su acción en la vida civil, lo mismo desde la más alta magistratura del país que en su actuación de simple ciudadano; lo mismo que como legislador y académico, como historiador y poeta, como tribuno popular y arenguista, como pensador y filósofo, como constitucionalista y lingüístico, como diplomático y periodista de doctrina y de combate; en fin, bajo todas las fases en que un hombre, que es sólo uno en la historia universal, deja el sello de sus condiciones extraordinarias que escapan á todo cálculo y á toda previsión.

Su oratoria, esa oratoria inolvidable y única, genuinamente suya, que tenía acentos de torrente y suavidades de brisa, sus poesías vibrantes unas y tiernas otras, traducían fielmente las cambiantes y modalidades de su alma entera y á la vez soñadora. El general Mitre en las arengas gue-

rreras de su prolongada y accidentada vida militar, arrebataba á las milicias ciudadanas llevándolas á donde su voluntad quería; en sus discursos políticos, tales como aquellos del acuerdo de San Nicolás, despedía fuego, y cuando decía que "estaba acostumbrado á derribar á cañonazos las puertas de los ministerios" parecía, por una ficción de óptica, ver caer esas puertas en astillas. En cambio, cuando platicaba en la intimidad ó templaba su lira para cantar á su hija Delfina, el primer fruto de sus amores santos é intensamente afectivos, se sentía algo así como una caricia, como un rayo de sol de primavera rompiendo los primeros celajes de la aurora naciente.

Hemos tratado en esta obra, que no es completa ni podría serlo, porque cada una de las etapas del general Mitre exige un libro, tan sólo anotar y reunir algunos de los episodios y hechos notables, anécdotas y reminiscencias de su vida en sus distintas épocas, concretando nuestro trabajo á lo que hemos considerado lo principal y concurrente á presentar en toda su grandeza su gloriosa personalidad, acudiendo á nuestros recuerdos imborrables y al de los que, en la intimidad ó en las distintas actuaciones de su compleja y accidentada carrera pública, lo han acompañado ó han sido testigos de sus hechos.

El estudio fisiológico, repetimos, de esta per-

sonalidad sobrenatural—usamos este concepto conscientemente—pertenece al filósofo, al pensador, al sociólogo, al artista. Esbozamos en este primer capítulo su fisonomía física y su grandeza moral, precediendo su retrato que colocamos al frente de este libro, entregándolo al cariño popular y poniéndolo bajo la protección de su nombre glorioso y de su espíritu inmortal como sus obras.

MITRE ÍNTIMO

MITRE ÍNTIMO

I

Los amores del general Mitre con la que después fué su noble compañera, Delfina de Vedia, tienen algo de romancesco por las circunstancias en que se iniciaron y el intenso interés que desplegó en ellos el entonces joven enamorado.

Esos amores fueron en el principio del sitio grande de Montevideo, puede decirse con verdad, que frente al enemigo y en las intermitencias en que el novel artillero dejaba de disparar balas contra el enemigo sitiador.

Era allá por el año 1839.

El general don Nicolás de Vedia, padre de la novia, ocupaba con su familia la planta alta de una de las casas situadas en el barrio conocido por Buena Vista. La planta baja de la misma casa la ocupaba el general don Félix de Olazábal, suegro del viejo patriota don Agustín R. Silveyra, el mismo que nos proporciona estos datos. Vivía también en esa casa el coronel don César Díaz y su esposa doña Eusebia Silveyra.

Entre las dos familias de Vedia y Olazábal existía una estrecha intimidad.

Mitre era entonces teniente de artillería y en sus frecuentes visitas á la casa del general Olazábal, que le profesaba un afectuoso cariño, había conocido á la joven Delfina, hermosa niña de tez blanca y ojos dulces y expresivos, una belleza de contornos griegos. Cada vez que el teniente Mitre iba de visita á la casa de Olazábal, la niña Delfina bajaba de los altos y á pretexto de un rato de música en el piano, tenía las entrevistas con su pretendiente. Era la confidenta de sus amores la señorita Matilde de Olazábal, hija del general.

La esposa del viejo Silveyra se había reservado para sí la tarea de cebarle el mate al novicio teniente, tratando de prolongar lo más posible sus entrevistas. El teniente de entonces y glorioso general después, la llamó siempre cariñosamente *Manonga*. Estos amores fueron un verdadero idilio que terminó en el casamiento del joven oficial con la niña de sus íntimos afectos.

Cuando el General regresaba de Europa en 1891, entre los que fueron á recibirlo en Montevideo iba su invariable amigo Silveyra. Al verlo el General se adelantó á él y dándole un fuerte abrazo, le dijo:

—Querido amigo, nos volvemos á ver en la

heroica ciudad donde luchamos contra la tiranía;—y luego agregó:

—¿Y *Manonga?* Nunca olvidaré los mates que me cebó cuando era novio.

II

El general Mitre ha sido conocido en su vida pública, pero generalmente no lo ha sido en su vida íntima, porque su temperamento poco familiar lo substraía á ser comunicativo. Sólo por excepciones tenía conversaciones íntimas, y no son muchos los amigos de toda la vida que puedan preciarse de conocerlo bajo esa fase.

Se nos viene á la memoria un caso que lo confirma y, puede decirse, lo retrata de un perfecto parecido. El año 1896, con ocasión de su cumpleaños, el pueblo de Buenos Aires se preparaba para ir á saludarlo, llevándole como ofrenda de su cariño y, con los votos por su felicidad, obsequios valiosos y de exquisito gusto artístico.

La ciudad de La Plata, donde nos encontrábamos por aquel entonces, no se quedó atrás, y su presente, costeado por una subscripción popular, cuyo máximo fué de un peso moneda nacional, consistió en un delicado bronce de firma auténtica representando la Margarita de Fausto, la misma que actualmente puede verse

en la sala del General. Entonces dirigíamos el diario *La Mañana* y queriendo presentar al General del punto de vista en que no era conocido, propusimos al que fué nuestro inolvidable amigo, doctor Enrique Santos Quintana, uno de los más asiduos conocedores de la casa, escribir en unión un artículo presentando á Mitre íntimo.

El doctor Quintana se sonrió, con esa sonrisa amable y buena que imponía simpatías, y nos contestó:

—Imposible, amigo; una vez con Adolfo Lamarque tuvimos el mismo pensamiento; pero Adolfo cometió la imprudencia de consultárselo al General, y éste se lo prohibió secamente. No me animo, pues, á eso.

Y el artículo quedó sin escribirse.

El General solía hacer sus excepciones, especialmente en el seno de la familia y casi siempre de sobremesa, y entonces su conversación era entretenida y sus anécdotas interesantes, porque sabía decirlas.

El General era, en otros tiempos, violento y seco, imperativo en sus órdenes y resoluciones; se enojaba con frecuencia y sus enojos hacían callar.

Algunos episodios y anécdotas de su vida ín-

tima reflejan su carácter fuerte en tiempos pasados.

Tenía en su escritorio de recibo un obelisco que estaba acostumbrado á ver siempre colocado á la derecha, sobre la repisa de la estufa. Un sirviente, encargado de hacer la limpieza, había tomado la costumbre de cambiarle la ubicación, colocándolo á la izquierda. El General entraba en su escritorio y ponía nuevamente el obelisco en su sitio. Un día le observó á su sirviente que no debiera hacer lo que hacía; pero el fámulo, probablemente por distracción, continuó colocando aquel objeto á la izquierda. El General no pudo más, y silencioso, inmutable como siempre, tomó el obelisco con sus manos, se asomó al patio y lo hizo pedazos sobre el mosaico.

En otra ocasión, había ordenado á su mucamo de comedor que dos botellas de vino especial con que fuera obsequiado, se pusiesen cerradas en la mesa, á la hora de la comida. Él mismo quería abrirlas y dar una breve explicación de la procedencia de esas botellas y su contenido. El sirviente cometió la torpeza de ponerlas abiertas en la mesa. El Ge-

neral entró en el comedor, vió que su orden había sido contrariada y entonces y también sin proferir una palabra, las dos botellas corrieron la misma suerte que el obelisco.

Una persona de la familia que lo acompañaba, se animó á preguntarle:

—Y, ¿qué ha conseguido con eso?

—¡Y á usted, que le importa!—le contestó secamente.

Un día, de esto hace doce ó quince años, el General se impuso á sí mismo la obligación de moderarse y no volver á enojarse más. Y esta promesa consigo mismo la cumplió, en adelante, con esa fuerza de voluntad que era su característica.

Estaba gravemente enfermo su hijo Adolfito y, desgraciadamente, la agonía se precipitaba. Se fué urgentemente en busca del doctor don Antonio Piñero que se ha mantenido médico de la casa hasta la muerte del General. El médico amigo salió precipitadamente de su casa y al venir por la calle de Cuyo se llevó por delante á un caballero muy conocido. Este, creyendo que el empujón había sido intencionado, descargó su mano sobre el médico. El doctor Piñero

quedó aturdido, pero recordando su deber profesional dejó el lance para otro momento y corrió á la cabecera del enfermo querido.

Después de ver á Adolfito, el doctor Piñero refirió lo que le había sucedido en la calle. El General guardó silencio.

Al día siguiente, temprano, llamó á su viejo amigo y compañero de armas general Gelly y Obes y lo comisionó para pedirle en su nombre, al caballero de referencia, una completa satisfacción ó una reparación por las armas.

El caballero se deshizo en excusas y, personalmente, dió al General y al médico todas las explicaciones que le fueron exigidas, lamentando su ofuscación del momento.

Los nietos y sobrinos del general Mitre tenían la costumbre de reunirse todos los domingos en su casa. Allí se entretenía largo tiempo con ellos y les obsequiaba después con dinero. Cuando en una emisión de billetes aparecieron los de 20 centavos con el retrato del General, éste se preocupaba de tener reunida una cantidad de billetes nuevos para dárselos á los nietos.

Se refiere que uno de éstos, siendo ya jovencito, cuando necesitaba dinero iba á visitar al General, y después de un rato de conversación le decía:

—Tatita, anoche fuí al teatro.

—¿Se divirtió? (El General no tenía la costumbre de tutear).

—Sí, tatita, fué una función muy interesante. Después fuí con algunos amigos á tomar chocolate. Cuando llegó el momento de pagar yo no pude hacerlo porque no tenía dinero.

—Bueno, otra vez pague usted,—y le daba diez ó veinte pesos.

El cuento del chocolate se cambiaba después por el de los trajes, y el General siempre era el pagano de las cuentas del sastre.

III

La impasibilidad del general Mitre ante el peligro y las responsabilidades es legendaria, y á este respecto se conocen episodios y anécdotas extraordinarias.

Uno de esos episodios nos ha sido referido por su hijo Emilio y basta por sí solo para apreciar de qué temple de alma era el General.

Estaba prisionero, en 1874, en la quinta de Chivilcoy de don Manuel E. López, ocupando una pieza alta, en el centro del edificio. Los jefes y oficiales que lo habían acompañado se hallaban como él prisioneros y en vísperas todos de ser sometidos á un consejo de guerra. La situación era verdaderamente excepcional y capaz de doblegar y abatir el espíritu más fuerte.

Fué en uno de esos días que se trasladó á visitarlo su hijo, contristado por el desastre sufrido y la crisis moral en que creía encontrar á su padre.

El propio hijo se había equivocado y fué un sorprendido. El General estaba no sólo absolutamente sereno y tranquilo sino locuaz y decidor como nunca.

Se sentaron á almorzar y como el General tenía la debilidad de preparar como nadie una ensalada de lechuga mezclada con huevos cortados en pequeñísimos trozos, invitó á su hijo á que se encargase de esta última operación, mientras él cortaba en pedazos la lechuga y mezclaba el aceite y el vinagre.

Emilio, abstraído más que su padre en las preocupaciones del momento, estuvo torpe.

Entonces el General, pidiéndole los huevos, los cortó en pedacitos él mismo, al propio tiempo que exclamaba:

—¡Estos muchachos de ahora, no sirven para nada!

IV

El "tatita" al General es clásico en aquella casa. Era el tratamiento cariñoso de sus hijos y sus nietos en la intimidad. En la vida ordinaria, fuera de los afectos del hogar, sus hijos

y sus nietos le llamaban respetuosamente el "General"; pero en la familiaridad era "tatita".

El General, queda sabido, era poco expansivo con los suyos. Su cariño no se exteriorizaba, era reconcentrado. Sin dejarlo traslucir se veía que el General sentía algo así como una fruición íntima, como una caricia de brisa sana y suave cuando se sentía llamar "tatita" ¡Cuántas sensaciones no le produciría ese tratamiento!

Pero de todos los "tatitas" de la familia ninguno como el de Bartolito, esa alma buena y limpia que dejaba asomar á través de sus ojos azules, bondadosos y expresivos, todo lo que había adentro. Ese "tatita" de Bartolito era una música, una delicia, una ráfaga que arrollaba.

—Adulón—solían decirle los otros cuando Bartolito pronunciaba su "tatita".

Una vez, Bartolito se encontraba en unos apuros feroces de dinero, circunstancia que se le presentaba un día sí y otro también. Había dado su firma á un amigo y éste falló. Bartolito estaba desolado más que por sí por el amigo. Y aquello era necesario salvarlo ineludiblemente, en el día. Pensó algunos momentos y no pensó más. Su "tatita" era un talismán.

Fué á ver al General, le contó todo y concluyó:

—Tatita, usted es mi salvador.

El General se sonrió. Había dicho Bartolito su "tatita" con tal acento, con tan admirable comicidad, que el General, sin dejarlo ir más adelante, le interrumpió:

—Anda hijo, ve á la administración y pide lo que necesites. ¡Ah! y que lo carguen á mi cuenta.

V

El General, no obstante su carácter retraído y generalmente grave, era un excelente conversador, un *causerie* encantador en la intimidad de la familia y de la amistad.

Solía entretener la sobremesa con cuentos interesantes, intencionales y ligeros que decía con mucha gracia y siempre con éxito.

Un día,—aquel en que fueron recibidos en la redacción de *La Nación* los periodistas brasileños,que habían venido á traernos su visita amiga, y donde Octavio Bilac, ese mago de la palabra, pronunció su hermoso brindis de Mitre-Luz,—su hija Delfina, tomándonos del brazo, nos dijo:

—Usted se quedará á comer esta tarde con nosotros. Estaremos en familia.

Aceptamos, naturalmente, complacidos la amable invitación y siempre del brazo de la hija mayor, fuimos hasta el escritorio del General que en esos momentos departía con sus hijos políticos Drago y Caprile.

Nuestra compañera se dirigió al General:

—Tatita, este amigo comerá hoy con nosotros. Yo lo he invitado.

—Muy bien, contestó el General.

Nos atrevimos á ser irrespetuosos en ese momento.

—General,—le dijimos,—muy buena la invitación; pero no vemos hasta ahora preparativos de mesa en esta casa y son las siete y media de la noche.

—No se irá sin comer,—nos contestó;—y dirigiéndose á su hija Delfina, agregó:

—Anda, hija, al comedor y ve si no falta nada.

La hija mayor del General que invariablemente arreglaba personalmente la mesa, complaciéndose en presentarla agradable á su ilustre padre, salió y á los pocos instantes volvía.

—Está todo pronto, tatita.

—A la mesa,—dijo el General,—dando una voz de mando.

Pasamos al comedor. Teníamos que regresar á La Plata por nuestras funciones de corresponsal de *La Nación*, en el último tren de las 9.30 p. m., y temíamos perderlo si la sobremesa se prolongaba. Le hicimos presente las dudas á la invitante, que se había sentado á nuestro lado.

—No se aflija,—nos contestó;—en esta casa la costumbre es de libertad. Cuando alguien se queda á comer con nosotros y tiene que retirar-

se, se levanta de la mesa y sin ceremonia ni dar la mano á nadie, se va sólo con unas "buenas noches". Ya lo sabe: no perderá usted su tren.

Mientras comíamos hicimos una observación pueril al parecer, pero intensa en cuanto á la modestia de las costumbres y hábitos del General.

Tenía por delante una botella casi concluída de agua mineral que mezclaba á un vino blanco que era su bebida. Consumió el agua y en vez de pedir una nueva botella al mucamo que servía la mesa, se levantó él mismo, la sacó del aparador y tomando un tirabuzón la abrió. No había querido molestar al sirviente.

Vino la sobremesa, esa sobremesa que era el encanto de aquella casa en la vida íntima, y el General estuvo esa noche contento y de un excelente humor. Parecía un muchacho.

Entre otras anécdotas que refirió, recordamos la siguiente, contada con una gracia que nos hizo reir á todos.

—Había sido invitado,—dijo,—en mi viaje á Europa, á una recepción en el Elíseo por el entonces presidente de la República Sadi Carnot. Era mi deber sacar á Mme. Carnot y le ofrecí mi brazo. Al hacerlo, la dama me observó:

—En mi país, señor General, es costumbre, que cuando un caballero invita á una dama á pasear, la solicite rodilla en tierra y besándole la mano.

—En mi país, señora no hay esa costumbre, —le contesté;—no me disgusta: ensayaremos.

Y puse rodilla en tierra,—agregó,—y le besé la mano.

Otro día, el General presidía un almuerzo servido en el gran patio de *La Nación* en honor de un compañero de la casa. Estaba la familia periodística reunida. Bartolito llevaba la dirección suprema en esa fiesta del compañerismo y de la gastronomía. Tenía á su lado al inconmensurable Antonino Mitre, famoso por sus aperitivos y su voracidad insaciable.

Llegó el momento de los brindis y Bartolito, poniéndose de pie, dijo más ó menos:

Señores: Yo era el encargado de ofrecer esta demostración al compañero á quien obsequiamos; pero el señor General, me ha pedido la «bolada».

Y á su vez, el General se puso de pie y dió la nota principal de la fiesta, con un discurso que hizo enternecer hasta las lágrimas al obsequiado.

Pero el General notó que había demasiado estiramiento en aquella mesa, demasiado res-

peto. Era su presencia que reataba y contenía el buen humor rápido á volcarse á la primera oportunidad. Entonces desarrolló su táctica y tomó de blanco de pullas intencionadas y graciosas á Gabrielito Cantilo, á Varas, á Frexas, al repórter policial de entonces y á algunos más.

La mesa empezó á animarse, pero no precisamente del todo.

Entonces el General dió la carga á fondo con estas palabras asombrosas, inauditas en sus labios.

—Amigos... ¡macaneo libre!

El hielo se rompió. Desde ese momento la sobremesa fué un derroche de buen humor, de *sprit* y de gracia, prolongada hasta las cuatro de la tarde.

VI

Las hijas mujeres del General, Delfina y Josefina, han heredado la ingénita modestia que fué una de las principales cualidades de su ilustre padre. Nadie al verlas en su casa, en la calle ó en cualquier punto de reunión social y que no las conociese personalmente, sospecharía que esas eran las hijas del general glorioso, del hombre-ídolo.

Ni en su indumentaria, ni en sus modales exteriores, ni en sus palabras se ha visto nunca

una manifestación de superioridad ó de orgullo. Son, en una palabra, la encarnación de un hombre eminente y profundamente republicano.

Las hijas del patricio, en la intimidad del hogar, son tan sencillas como buenas. No es posible acercárseles sin quedar encantado de su sencillo trato.

El General, no obstante su apariencia reconcentrada y adusta, profesaba un profundo cariño á sus hijas. Y á la par del "tatita" de Bartolito sentía intensamente con el "tatita" de éstas. En esos momentos sus fibras de acero se ablandaban sin llegar nunca al enternecimiento.

El día en que el padre casi traicionó su impávida fortaleza, fué cuando abrazó y besó á sus hijas, en la muerte de su buena, de su abnegada compañera de la vida. Fué aquella una escena tan tierna que no queremos relatarla porque pertenece á los recuerdos más íntimos y á las lágrimas.

Pero, consignemos en estas líneas y digamos, siquiera á la ligera, lo que era el padre cariñoso para sus hijas y las hijas adoradas para su padre.

VII

No se puede hablar de Mitre-íntimo sin caer en una reminiscencia, un hecho notorio y altamente ejemplarizador, que realza con luces inextinguibles su gloriosa personalidad.

Mitre fué un hombre pobre, modesto. Habiéndolo sido todo en su vida, puede decirse, dueño del país, fué el único hombre que en el gobierno ó fuera del gobierno no tuvo una sola vara de tierra en su patria, ni entró jamás en una operación bursátil. Sus pocos bienes de fortuna fueron la casa que le regaló el pueblo al descender de la presidencia de la República y lo que posteriormente pudo adquirir mediante su trabajo personal como fundador principal y hoy dueño único de *La Nación*. Bajó de la presidencia de la República para empuñar el "componedor" á lo Franklin y esgrimir su poderósa pluma de periodista y polemista. No conoció el interés, ni sintió mínimo apego al dinero.

Hasta dónde llegaba su modestia lo dice este recuerdo, rigurosamente histórico.

El 26 de Junio de 1876, día de su cumpleaños, el General estaba en la redacción leyendo los diarios de la mañana, como era su costumbre habitual. El diario pasaba por momentos difíciles. A raíz de un estado de sitio, implantado por ardorosas cuestiones de política interna, la imprenta había sido cerrada. Se sucedían días obscuros en aquella casa, donde más de una vez las necesidades llegaron á ser apremiantes. Su hijo Emilio entró á saludarlo en su día, y al besarlo, le dijo:

—Tatita, hoy es su cumpleaños, ¿qué extra ponemos en la mesa?

—Hijo,—contestó el General,—pon una botella de Oporto.

Y una botella de Oporto fué la que celebró aquel año el día onomástico del patricio.

El General tenía dos debilidades—algunas había de tener—que solían hacerlo temible. No devolvía nunca los libros que le prestaban sus amigos ni el dinero que frecuentemente pedía al primer empleado de la imprenta que encontraba al paso, para dárselo al soldado inválido ó al necesitado. Para esto su prodigiosa memoria se volvía eterno é irrevocable olvido.

Uno de aquellos días de nuestros íntimos recuerdos, el General entró en la redacción donde se encontraba con nosotros José Varas, el viejo cronista parlamentario de *La Nación*. Era precisamente un fin de mes y habíamos cobrado nuestros sueldos más ó menos cercenados por causa de anticipos. El General, dirigiéndose á nosotros, nos hizo esta entrada:

—Déme cien pesos (1).

Nos hicimos los desentendidos porque otras veces habíamos sido víctimas de aquellos *sa-*

(1) Moneda corriente antigua.

blazos, y dirigiéndonos á Varas, que hacía poco había ingresado al diario y, por consiguiente, no tenía todavía por qué conocer la maña de nuestro patrón, le dijimos:

—*Ché* (1), Pepe, préstale cien pesos al General.

Pepe Varas, echó mano al bolsillo y sacó un billete que se apresuró á ofrecerle, balbuciente de emoción. ¡Qué honor haberle prestado dinero al General!

Salió éste de la redacción y á solas con Pepe, le dijimos:

—Estás embromado, no vuelves á juntarte más con tu dinero si en cuanto venga el administrador no se lo cobras.

VIII

La fortaleza del General para el dolor era tan firme como su fortaleza para las fatigas de las campañas y de su accidentada existencia. No hay caso igual de una fuerza de voluntad, de un dominio sobre sí mismo como el suyo. Se diría un hombre de acero y se diría la verdad.

El general Mitre no lloró jamás en su vida ni delante de los suyos. En las desgracias de la familia nunca se le vió conmoverse ni derramar

(1) Modismo criollo.

una lágrima. Era la estoicidad encarnada en su organismo privilegiado, fuerte como el granito.

Se le creería, pues, insensible para el dolor, rebelde á esos punzantes sentimientos humanos que laceran hasta las entrañas más duras; se creería que nunca sonaban las fibras de bronce en su corazón de gigante.

El General, sin embargo, no era eso. Sólo que sus grandes dolores reconcentrados hacían explosión allá en la soledad de su viejo dormitorio cuando nadie lo veía, cuando estaba absolutamente abstraído en su pensamiento.

No olvidaremos nunca el cuadro que una lamentable equivocación nos deparó y que tan sensible como fué nos sirvió para compenetrarnos más todavía en aquel organismo bajo todo punto extraordinario.

Acababa de fallecer su hijo Adolfo, ese hijo mimado que reproducía no sólo el alma del General sino su físico. Eran las altas horas de la noche, de la noche callada y solitaria en que la ciudad dormía, preparándose para el bullicio del siguiente día.

La escena de la muerte de Adolfito sólo la presenciaban los de la familia y algunos íntimos que nos habíamos quedado á pasar la noche.

El niño-hombre, terminaba brutal, traidoramente su incipiente, su apenas comenzada jornada. Era una esperanza, una aurora, una luz, un

porvenir que se iba. ¡Cruel, despiadado, sarcástico destino!

El General no se había movido un instante de su lecho. Estaba impávido, fuerte, impenetrable como el mismo misterio. Era una estatua viviente.

Depositó un beso en la frente del hijo adorado, y por sus propias manos lo amortajó. No pestañeó ni asomó á sus ojos el conato de una lágrima. Pudo decirse en ese momento que él era el insensible, que él era el muerto.

Cumplió su piadoso, su último deber de padre y se retiró rápidamente á su dormitorio. Allí se encerró á solas con su corazón, con su corazón grande como su gloria.

Momentos más tarde, la necesidad de dar un informe á persona de la familia, nos llevó á las habitaciones del segundo patio de la casa. Equivocamos la pieza y, sin saberlo, estábamos en la del General.

La habitación se hallaba á obscuras, fúnebremente obscura. Apenas penetraba por las rendijas una tenue claridad de afuera. Un grito de "¡quién es!" nos paralizó. Era su voz.

El General, envuelta su cabeza en un gran paño blanco, sollozaba fuertemente, conmovedoramente fuerte, ¡lloraba como un niño!

IX

El General no había sido siempre el hombre tranquilo, apacible, suave que hemos conocido en los últimos tiempos. Su carácter era antes mas bien violento, imperativo. Su voz era fuerte, sonora, autoritaria. Cuando el General se enojaba parecía que tronaba el cañón.

Una vez, se reunían en su escritorio varios miembros caracterizados de su partido, llevados para resolver una ardua y compleja cuestión de política interna. Entre ellos recordamos á los doctores Delfín B. Huergo, Rufino de Elyzalde, Juan E. Torrent, José M. Gutiérrez y algún otro más. Estos distinguidos ciudadanos iban en nombre del Comité y en misión confidencial, á indicarle un plan político con cuyos detalles difería el General.

Hablaron las personas de la misión, explayaron sus vistas, dieron su pensamiento, insinuaron conveniencias colectivas. El General los escuchaba con atención al principio y después frecuentemente los interrumpía y la conversación iba caldeándose, porque el ilustre hombre divergía con el plan propuesto.

De pronto tomó la palabra, refutó los argumentos presentados, observó, protestó y gritó.

Fué un grito como una explosión. Los emisarios se reconcentraron, reflexionaron, pensaron, y arrastrados por las energías y los razonamientos del General, se plegaron á sus ideas.

X

Dos antes del jubileo, el 24 de Junio, día de San Juan, el personal superior y subalterno de *La Nación* quiso hacer un saludo íntimo al General anticipándose al del "pueblo soberano", como él lo había llamado en otro momento.

Entonces dirigía el gran diario don Julio Piquet, el brillante y concienzudo periodista que lo había acompañado en su viaje á Europa en calidad de secretario.

Nos tocó en esa ocasión ser por segunda vez intérpretes de los sentimientos de cariño y respeto del personal de *La Nación*, distinción que nunca olvidaremos.

Fuimos todos en un compacto grupo, desde el redactor hasta el repórter, desde el administrador hasta el repartidor, desde el tipógrafo hasta el aprendiz, desde el maquinista hasta el más modesto peón. Eramos más de 250 personas.

Cumplimos el inesperado é imperativo mandato de los compañeros como mejor pudimos.

Subimos luego á la azotea de la casa para que se sacara una fotografía del personal rodeando al General.

Este, empinándose, abarcó de una mirada el cuadro, en una mirada llena de intensa simpatía, y exclamó:

—No sabía que hubiese crecido tanto mi familia.

XI

Difícilmente habrá en este país ni se conoce que haya sido superado, un fumador del aguante y de la prolongación del general Mitre. Puede decirse que con su chambergo, el habano del General era el complemento de su símbolo. Hombre superior, lo era en todo, aun en su vicio favorito, quizá el único vicio que se le ha conocido en su vida.

Sería realmente original hacer el cálculo estadístico de los habanos que el General ha fumado en todos los momentos de su existencia, salvo en los últimos años en que por prescripción médica se vió obligado á suprimir su pasión á consecuencia de ciertos desarreglos que se observaron en su organismo privilegiado.

Una reminiscencia dará idea de hasta dónde llegaba el conocimiento que tenían sus íntimos del vicio del General. Todos ellos durante una

larga sucesión de años, estaban acostumbr dos á obsequiarlo con cigarros. Los principales introductores de Buenos Aires sabían que los mejores habanos que llegasen debían serle reservados. Y no era, que digamos, generoso ni dadivoso, y solamente á amigos de mucha predilección y como un gran obsequio favorecía con alguno de los cigarros de su marca favorita.

Cuando se embarcó para Europa y sus amigos lo acompañaron hasta Montevideo, se produjo un caso verdaderamente curioso y digno de observación. Al subir á la cubierta del *Regina Margherita* que debía conducirlo y mientras hacía sus últimos saludos á la gente que lo aclamaba desde tierra, empezaron á tirarse inacabables cajas de habanos. Parecía en ese momento que la mirada del General se distraía y ponía sus cinco sentidos en aquel obsequio regio. Era quizá el más grato de todos.

Sucedió que, próximo á desembarcar en el puerto de Génova, pasó una prolija revista por sus cigarros obsequiados. Se encontró que llevaba unos tres mil, número y calidad suficientes para el triple de duración de su viaje. Pero, se encontró también, con que no podía introducirlos sin pagar derechos aduaneros y á este respecto las leyes italianas son de una severidad de acero. Si el General hubiese tenido que cubrir los derechos, le habría resultado un desembolso cuantio-

so y quizá no llevaba consigo el importe para abonarlos. Fué para él un momento crítico y acaso una de las preocupaciones más intensas de su vida.

Estamos por creer que pocas veces meditó más que en ese solo instante; pero fué rápido en su resolución como lo era en todos sus grandes pensamientos.

El general Mitre fué generoso una vez y por todas en su vida, tratándose de habanos: regaló los tres mil cigarros al comandante del vapor.

XII

El General fué cruelmente castigado en sus afectos íntimos y tiernos por los más injustos designios del destino. Nunca como en los momentos de sus grandes tribulaciones de hombre, de esposo y de padre, pudo estar sometido á mayores pruebas el temple de su alma granítica y su estoicismo impenetrable.

En el espacio de treinta años pierde trágicamente á su hijo Jorge, apenas un niño, soñador y poeta, corazón de oro; á su vieja madre, dama espartana; á su hijo Adolfo, espíritu gentil, de cuya alma blanca trascendían claridades de aurora; á la compañera de su hogar, buena, afectuosa, inteligente é ingénitamente modesta; á Bartolito, á ese Bartolito cuyo espíritu parece

que aun flota sobre los que lo amábamos, porque lo comprendíamos. Y á esta serie dolorosa de los embates contra ese hogar formado para anidar afectos, se añade la muerte de su hermano teniente general don Emilio Mitre, el glorioso en las batallas, donde su valor indomable valía por un ejército, y la de su otro hermano, don Federico Mitre, valeroso como los demás y acaso de los mejores jefes de artillería de su tiempo.

Hemos nombrado el primero á Jorge y en este capítulo dedicado á la vida íntima del General, cabe, para cerrarlo, la página dedicada á su noble memoria por el doctor don José Mª Gutiérrez, en *La Tribuna*, en 1870, y que exterioriza toda la ternura de aquel drama desarrollado fuera del suelo, del sol, de las brisas de la patria.

JORGE M. MITRE

Ayer reprodujimos las palabras que hoy completamos, consagradas por la prensa de Buenos Aires á la memoria del adolescente que acaba de bajar al sepulcro, por su propia deliberación, á la edad en que para otros el mágico resplandor de la esperanza se alza iluminando los horizontes pel porvenir.

Por impenetrable que á veces sea cada uno de estos dramas cuyo secreto se encierra en la tumba, puede encontrar su explicación moral, aun cuando el hecho determinante quede para siempre èn el misterio.

Al unir nuestra palabra á la de nuestros colegas, deplorando la temprana muerte de un joven de grandes esperanzas; al ofrecer este tributo de amistad al que nos ha confiado las últimas cartas y los últimos pensamientos de un hijo malogrado, buscamos proyectar un rayo de luz sobre este acto supremo de la individualidad humana que dispone irrevocablemente de sí misma, investigando los móviles que á la vez que una explicación, puedan presentar una dolorosa enseñanza á la generación joven que asiste á ella.

Jorge Mitre contaba apenas dieciocho años. Sin embargo, su palabra ha dejado recuerdos y su pluma ha trazado páginas que resaltarán más aún dentro del marco fúnebre que las rodea.

Su organización intelectual, como sus sentimientos, su imaginación como su corazón habían adelantado á su desarrollo físico y se hallaban respecto de su edad en una desproporción enorme

Niño y poeta, volaba sin rumbo por los espacios.

Su imaginación lo llevaba á los mundos imaginarios, que á veces son los mundos ficticios; y su sentimiento, por su fuerza misma, se lanzaba en las rutas extraviadas de la melancolía, donde más de una vez debió encontrarse frente á frente con el tremendo problema del suicidio.

Semejante imaginación, semejante fuerza de sensibilidad, al lado de la voluntad de un niño, debían producir el desequilibrio, haciendo inclinar uno de los platillos de la balanza y dejando caer una existencia en el abismo.

El suicidio debía presentarse á la imaginación del joven Mitre como un acto heroico, y lo era, en efecto, bajo el miraje artificial que él había hecho de la vida y acostumbrado como estaba á buscarla fuera de la vida misma.

¿Por qué muere Jorge Mitre?

¿Hay en realidad una causa poderosa, inmediata y determinante de su acción? No.

Envuelto en una dificultad de aquellas que con frecuencia se presentan en los años juveniles, podía la exageración de su estado haberlo conducido á un acto terrible.

Pero esta explicación está lejos de ser completa.

Cuando hay en el espíritu una preocupación tan superior al hombre que necesita destruirse á costa de la vida, la disimulación no se concibe: el secreto se escapa de los labios al dar al mundo la despedida eterna ó la losa del sepulcro pesa eternamente sobre ella.

Pero esa causa terrible no existía.

¡Jorge se da la muerte y él mismo no sabe por qué!

Tomemos el fragmento de una de las cartas que escribe, cuando debía hablar con su alma, puesto que lo hacía dirigiendo la palabra, en su instante último, á una de las personas más caras y veneradas de su corazón.

No porque me tiemble el pulso (dice la carta escrita con una mano trémula), dejo de tener el alma entera y en posesión de todas sus facultades.

Muero sin saber por qué.

Soy de mi muerte el único culpable.

El pobre niño no sabe realmente por qué muere.

No había una causa inmediata que lo impulsase al suicidio.

Era la enfermedad moral que venía desarrollándose.

La imaginación hacía estallar el cráneo juvenil en que desbordaba, como las dilataciones del corazón le ahogan dentro del pecho insuficiente para contenerle.

La voluntad, que es el moderador vigoroso de los extravíos del sentimiento y del espíritu, quedaba rezagada en el camino, y la pobre alma acongojada debía caer en una senda fatal, en un momento dado.

¿Cuándo debía ocurrir ese momento?

No se sabe; pero debía ocurrir, si un milagro de la Providencia no salvaba las crisis sucesivas, hasta que, colmados aquellos efluvios poderosos y predominando al fin la voluntad, el hombre hecho hubiera sido dueño de la vida que con tanto despego miraba el adolescente.

Pero, cualquiera situación difícil creaba un nuevo peligro, y entonces, una sugestión imprevista podía determinar el desenlace.

¡Quién sabe si, mientras el joven Mitre, colocado en las condiciones morales que hemos indicado y bajo la preocupación de una contrariedad súbita, no tuvo en la noticia del suicidio de Casaffousth, que llegaba al Janeiro la víspera de su muerte, ese rayo siniestro que le iluminó

de improviso la senda que, tantas veces entrevista, no se hallaba entonces presente á su imaginación!

El suicidio era para él una cuestión resuelta en teoría tal vez.

No tuvo que pensarlo mucho tiempo.

He aquí la lógica que sugería al pobre niño su sentimentalismo y su imaginación extremada.

En otro de los papeles sueltos que se encontraron sobre su mesa se lee:

¿Es el suicidio un crimen?

¡No! no lo es, ni puede serlo, ni considerarse tal en ninguna manera.

El suicidio es un recurso lógico, natural, indispensable.

El suicidio es la muerte.

La muerte es la tranquilidad.

La tranquilidad es el lenitivo de las almas que viven intranquilas.

Para el joven no había ya vacilación.

Resuelta la muerte, acaricia su pensamiento y le viste con los colores del poeta.

Léase este otro pensamiento que deja trazado en una pequeña hoja del papel.

No detengas tu curso hasta el cielo que te abre sus puertas, pensamiento mío; vuela á purificarte en las alturas

¿Hay nada más tranquilo, más tierno, más dulce

que esta invocación en presencia de la muerte?

No hay prueba más evidente de que el joven Mitre moría en la plenitud de sus facultades, abrigando hasta el último momento los sentimientos más generosos de un corazón elevado y puro.

¡Murió sintiendo, pensado, cantando y llorando, como un niño estoico por la imaginación y un hombre futuro que se encerraba en él!

Su cuerpo ha sido encontrado sobre su cama en la posición del que estando sentado, se siente vencido por el sueño y se deja caer blandamente de espaldas cruzando las manos sobre el pecho. Una de esas manos conservaba aún el arma fatal.

Si al dirigir la vista á la eternidad, vemos al joven encararla tranquilo y sonriendo, cuando vuelve la vista á las ilusiones que deja, no vemos en ella el sello de la amargura y la desesperación. Es la pasión que habla todavía su lenguaje poético.

El niño canta y escribe estos fragmentos truncos, que reproducimos textualmente:

Escucha! es el suspiro postrer del alma mía
Que quiere al apagarse golpear tu corazón
La nota amortiguada. recuerdos de otro día,
Que mi laúd desprende...

No me mires así: vierten tus ojos
Un fuego abrasador que me deslumbra;
No me mires así, porque en mi pecho
Levantan tus miradas una tumba.

Todo pasó!... Las muertas ilusiones
Sólo dejan tras ellas luto y llanto.
Todo pasó!... Recuerdos confundidos
En los vagos celajes del pasado

La pluma del joven poeta se detiene en esta línea.

Un recuerdo tierno y grave la deja embargada.

El joven Mitre escribe en el mismo papel de que hemos copiado las anteriores líneas:

Hijo, Dios te bendiga!... entre mis brazos
Quizá no vuelvas...

. . .

No sabemos qué reminiscencias envuelven estas palabras ó si la fantasía ardiente del joven se las sugería, haciendo hablar á las sombras que pasaban en los cuadros de su imaginación.

De todas maneras ellas se refieren á su desolado padre, cuyo retrato en fotografía se encontró en tierra, á pocos pasos del cadáver de su hijo y en testimonio de que todos los sentimientos puros habían tenido su eco hasta el último momento en aquel joven corazón.

En el último momento aparta dulcemente esos recuerdos, como un amigo que se desprende de los brazos de otro amigo y escribe:

¡Consumatum est!
¡Silencio! ¡todo es muerte! bajo el túmulo
Esa alma descarriada se durmió!

Alma descarriada se llama el pobre Jorge!

Empezaba á comprender que el sentimiento y la imaginación le extraviaban; pero su voluntad

no tenía la energía suficiente para reaccionar y prefería dormir, como los que duermen sobre el hielo, para no despertarse nunca.

La idea de otro género de extravíos no se presentaba á su espíritu.

Por el contrario, descendiendo á la profundidad de su alma, en aquel momento supremo, su conciencia que interrogaba al sentimiento, hallaba esta respuesta: soy bueno y puro!

Esta convicción sincera la vemos revelada en las siguientes cartas que dejaba escritas para el general Paunero.

CARTA AL GENERAL PAUNERO

General:

Cuando estas líneas lleguen á sus manos, mi vida será un recuerdo, mi nombre una repercusión; sólo mi espíritu revivirá en las alturas!...

He sido bueno, porque no he prostituído mi alma. Las lágrimas que por mi causa se han derramado en el mundo, he querido siempre enjugarlas sobre la misma mejilla que humedecían.

Mi madre, mi padre, mi familia, á todos los he amado. Mis amigos, á todos los he respetado.

General, mi espíritu se turba.

Jorge.

OTRA CARTA AL MISMO

General:

Dos cartas dejo escritas sobre mi mesita: una para mi madre, y otra para mi padre.

Le suplico que las mande á Buenos Aires en primera oportunidad, porque ellas preservan á usted de la responsabilidad que se le pudiera atribuir después de mi muerte.

Lo he venerado y lo he respetado siempre, general; al dejar el mundo sólo llevo gratitud y cariño para su modo de ser para conmigo.

Consuele á la pobre mamita! justifíqueme á los ojos de los que me condenen, sin sondear el caos de sentimientos que se arremolinan en mi corazón.

Déle un abrazo á Leonor y sus chiquitos.

Jorge.

El doctor Octaviano, al apresurarse á presentar al general Mitre el testimonio de su pesar por aquel acontecimiento desgraciado, le dice lo siguiente:

Río Janeiro, Octubre 21 de 1870.

En el momento en que V. E. va á recibir un gran golpe, puede tal vez servirle de consuelo que sus amigos en esta corte desearon haberlo podido evitar, y que tomaron parte en la profunda pena de una familia digna de mejor suerte.......

....

El pobre joven empezaba á ser acogido y podía haber sido feliz entre nosotros, cuando un incidente de juventud vino á afligirle, y él por su pundonor se dejó arrastrar á la fatal extremidad que deploramos todos! Fué general el sentimiento de la sociedad brasileña, comprendiendo el dolor que tan triste suceso debe producir á V. E. y á su digna consorte.

El general Paunero, á cuyo lado se hallaba el joven Mitre, como agregado á la legación de Río Janeiro, que le conocía desde niño y que era juez de los sucesos que precedieron á su muerte, al hablar de los últimos sentimientos que ocupaban á Jorge, tiene esta sola palabra que reasume las nuestras:

¡Alma generosa!

He aquí un párrafo de la carta del general Paunero al doctor Elizalde:

Río Janeiro, Octubre 22.

En las cartas que ha dejado escritas (Jorge Mitre) antes del trance terrible deja consignado que sus últimos pensamientos los consagró á tres personas: su padre, su madre y yo. A mí me trata con la misma ternura que á su propio padre. ¡Alma generosa!

Terminaremos estos extractos con el de la carta que el general Paunero dirigió al general Mitre remitiéndole las cartas póstumas de su hijo.

Su dolorosa elocuencia hace superfluo todo comentario.

Río Janeiro, Octubre 10 de 1870.

Mi muy querido amigo:

Prepare su alma, mi querido Mitre, para recibir el mayor golpe que en su vida azarosa de hombre de guerra y de Estado ha podido depararle el cielo.

¡Jorge ya no existe!... Cómo ha dejado este mundo, mejor que lo que pueda explicar, lo dice él mismo en las cartas adjuntas que dejó para mí y para su excelente y desgraciada madre, pues la que dice haber escrito para usted no ha aparecido.

Cuando ocurrí al teatro de la tragedia, le encontré ya rígido, enteramente vestido con la ropa con que había salido á la calle, recostado al través de la cama como si durmiera, apoyando un pie en el suelo y el otro pasado por encima, oprimiendo con las dos manos contra su pecho el arma homicida, como si la acariciase, y cuya boca aun apuntaba á la sien.

Sobre el velador que estaba á la cabecera de la cama, encontramos una carta abierta para mí; sobre el tapiz y á sus pies una fotografía de usted, colocada en un óvalo dorado que hacía pocos días había comprado en una tienda, circunstancias que me hacen ver, con lo que me dice en su carta, que sus últimos pensamientos fueron para su padre, su mamita y también para mí.

Así muere Jorge Mitre!

¡Pobre niño!

Ayer no más se le veía de la mano de sus padres, sonreir y admirarse á las primeras impresiones del mundo, pidiéndoles, con su mirada, un consejo y una explicación.

Muy pronto, demasiado pronto, quiso tomar esa explicación del mundo mismo, llevado por el impulso de la fuerza latente y poderosa que se agitaba en su ser.

Sucumbió como el alquimista, al estallido de los elementos que hubieran dado la ciencia y el progreso, si no los hubiese arrojado prematuramente al crisol una mano inexperta.

Rindamos culto á esa vida juvenil que se troncha, á esa esperanza del porvenir que se pierde, á esa inteligencia poderosa que se esteriliza, á ese corazón joven y bueno que se enfría, á ese dolor incurable que deja en pos de sí este drama que viene á ser también una lección para la generación contemporánea, del que acaba de separarse de ella antes de haber cumplido su destino.

Jorge Mitre, cuya biografía moral hemos condensado, puede reasumirse en esta idea:

La vida, gobernada por la imaginación y el sentimiento, antes que la voluntad, el carácter y la edad misma la hayan emancipado de sus tutores naturales.

Jorge Mitre, repetimos, al morir, lega á sus jóvenes amigos este ejemplo terrible pero fecundo de los resultados que puede producir el desequilibrio, que con tanta frecuencia se observa en la organización moral exuberante de la juventud americana.

Lloremos su pérdida y honremos la memoria del que, hasta en sus últimos momentos, estaba destinado al sacrificio generoso que lo inmola

en aras del ejemplo y enseñanza de los demás, y que fiel al culto de la inteligencia y del sentimiento que encerraba en sí, murió pensando y sintiendo, mártir de sí mismo! Por eso su última palabra es: "Muero sin saber por qué!" porque él mismo no había alcanzado á comprender la vida, ni á comprenderse á sí mismo!

El camino de su existencia queda marcado con páginas luminosas y fugitivas, como el rastro fosforescente que deja en pos de sí la nave arrastrada al abismo por el brazo formidable de las tempestades.



MITRE POPULAR

MITRE POPULAR

I

La popularidad del general Mitre es legendaria en este país. Ninguna se le ha acercado ni habrá en lo sucesivo otra que se le aproxime. Era un hombre que estaba en el corazón y en el pensamiento de todos, á través de las tres generaciones á que ha asistido en cuerpo y espíritu. En los hogares porteños fué tradicional de abuelos á padres y de padres á hijos, oir familiarmente el nombre de Mitre, inculcarles sus altas virtudes, referirles sus hechos, recitarles las ardientes proclamas de sus primeras campañas, enseñarles desde sus balbuceos infantiles el grito de ¡viva Mitre! que era decirlo todo: ¡Patria, Historia, Justicia, Probidad, Ciencia, Gloria!

La popularidad del general Mitre empezó á diseñarse desde los comienzos de su triunfal carrera y lo mismo en el sitio grande de Montevideo que en las trincheras de Buenos Aires, que al regreso de Pavón precursor de la organización y unidad nacional, que al de su vuelta del Paraguay, general victorioso de las batallas

y de la estrategia, en todos esos momentos fué como hasta el instante de su muerte el amado de su pueblo.

Pero su popularidad se acentuó y engrandeció allá en 1874, cuando surgió nuevamente su candidatura para la presidencia de la República. Empezó á ser aquello un verdadero delirio y los que conservan todavía su memoria ágil y sus recuerdos frescos, no olvidarán jamás las famosas manifestaciones del antiguo teatro de Variedades de la calle Esmeralda, en cuyas asambleas presidía siempre su imagen rodeada de banderas argentinas. Era entonces que los grandes tribunos de la talla del doctor don Eduardo Costa y los elocuentes oradores como los doctores Norberto Quirno Costa, Juan Carballido, Enrique Santos Quintana, José Antonio Terry, Francklin Livingston, Oscar Liliedal, Adolfo Lamarque y tantos otros que escapan á la memoria, pero entre quienes no olvidamos á don José Fernández, "don Pepe el de la Boca", como se le llamaba entonces, y cuyo tipo físico de caudillo popular con su larga barba canosa tenía cierta semejanza con el del noble, caballeresco y nunca bien llorado doctor Leandro N. Alem, lanzaban notas vibrantes de respeto y de cariño hacia el candidato de las predilecciones porteñas.

Las manifestaciones del teatro de Variedades,

no terminaban ahí. Las gentes se desbordaban por las calles, invariablemente por la de Florida y con bandas de música y banderas desplegadas al frente, iban á rematar en la casa del General. Allí, en la histórica morada, su anciana madre doña Josefa Martínez de Mitre, se sentaba en la sala de una sola ventana que da á la calle en dirección á la de Cuyo, y presenciaba conmovida las ovaciones á su hijo, escuchando sus ardorosas y entusiastas arengas. La anciana señora asistía, desde entonces, á la apoteosis popular del General.

Uno de esos días fué á saludarlo una gran manifestación de la juventud de Buenos Aires. Al verle aparecer en la puerta de su casa, el clamoreo fué imponente. Mitre descubriéndose, dijo estas palabras en su discurso:

"Sois una aurora que iluminará los horizontes lejanos y el porvenir de la patria."

Y uno de los presentes, le interrumpió, gritando:

—Y vos, General, sois el Washington de la América!

II

Ultimamente, en su rápido regreso de Europa, el general don Lucio V. Mansilla escribió un artículo en un diario de esta capital, diciendo

que en este país, dos hombres habían sido populares entre las mujeres: uno el general Mitre; el otro, él.

La referencia al general Mitre era históricamente exacta. Jamás ha habido una popularidad parecida á la suya entre las mujeres de todas las clases de la sociedad. Las manifestaciones de damas que se han sucedido en la casa de la calle San Martín no tienen precedente ni lo tendrán jamás. Llevaban algo más que entusiasmo: fanatismo

Nunca olvidaremos entre nuestros recuerdos, el día del funeral en la Catedral á la memoria del coronel don Nicolás Calvete, uno de los más intensos partidarios del General y á cuyas exequias fúnebres éste había asistido. Tres cuadras compactas de la calle San Martín las ocupaban las señoras acompañándolo hasta su domicilio. Las damas daban vítores, agitaban sus pañuelos y levantaban sus abanicos. Al llegar á la puerta de su casa, una de ellas, doña Ventura Díaz de Trejo, que sentía adoración por el General, le estrechó la mano con la suya enguantada. Al día siguiente, esta noble dama mandaba hacer expresamente un cofre de roble para guardar como una reliquia el guante que había tocado el General.

III

Hemos nombrado á la señora Ventura Díaz de Trejo y no podemos resistir á la tentación de consignar otro episodio que proclama la popularidad del general Mitre entre las damas, por más que esta reminiscencia se liga á uno de los más íntimos y perdurables afectos de nuestra vida.

Estallada la revolución de 1874, la señora Díaz de Trejo esperaba victorioso al general Mitre en Buenos Aires. Con una anticipación que sólo podía disculpar su veneración por el gran hombre, empezó á prepararle una recepción seguida de baile en su espléndida casa de la calle Cangallo esquina á Talcahuano. El marido de la dama era un santiagueño de alcurnia, pero enemigo político de Mitre: era "alsinista" furioso. Pueden suponerse las escenas que se producirían frecuentemente en aquel matrimonio de dos personas vinculadas eternamente por el cariño, y las discusiones que se armarían entre ellas, sin pasar, naturalmente, de la más exquisita cultura, terminadas invariablemente en un abrazo y un beso.

Entre los números del programa de la fiesta en honor del General, figuraba como primero

el Himno Nacional más bien arreglado que ha existido, obra del maestro Zachetti. La copia musical de este himno había sido tomada por José Varas, siendo entonces relativamente joven y debía tocarlo en el piano la que es nuestra compañera de hogar.

Los sucesos lo dispusieron de otra manera; la señora Díaz de Trejo sufrió una enfermedad, felizmente no de cuidado, y la copia del Himno Argentino con que debió ser saludado el General la conservamos todavía entre nuestros papeles como una reliquia.

IV

El año 1893 el General volvía de Chile, adonde se había trasladado con el propósito de recoger personalmente y sobre el terreno, algunos datos comprobatorios para su Historia de San Martín.

Era un día nublado y una llovizna menuda y persistente molestaba á las gentes que andaban por las calles.

En esa ocasión, como en tantas otras, el pueblo se había reunido en los alrededores del Puerto para tributar una de las tantas manifestaciones de simpatía y respeto á que el General estaba acostumbrado, familiarizado. Mezcladas en la columna popular había muchas

damas de la alta sociedad bonaerense que también querían ser de las primeras en saludarlo.

Estábamos ese día en su despacho, con el entonces intendente don Torcuato de Alvear, ese intendente prodigio que tuvo el génio creador de hacer la obra tan combatida y, por fin, triunfante, que hoy más enorgullece á la gran metrópoli. El intendente Alvear observaba, á través de las celosías de su despacho, sobre la plaza de Mayo, el movimiento popular que se desarrollaba en la calle. De pronto, el general Mitre desembocó por la de Rivadavia y Reconquista, á pie, como un triunfador, aclamado por el pueblo que lo escoltaba. El intendente Alvear se conmovió y asomando una lágrima á sus ojos, chicos pero vivaces y penetrantes, que tanta expresión daban á su fisonomía patricia, exclamó:

—¡Ese es un hombre; esa es popularidad!

La columna siguió por la calle San Martín, camino de la casa del General. Las aclamaciones no cesaban y desde algunos balcones se arrojaban flores sobre el ilustre viajero por damas entusiastas. Era aquello un delirio.

El General llegó á su casa y penetró en el gran salón de visitas para recibir los saludos. Nosotros nos habíamos incorporado á la columna.

La primera en acercarse á saludar al Ge-

neral fué su admiradora é invariable amiga, Cornelia Pizarro. Abriéndose paso, á fuerza de codo, á través de la concurrencia que llenaba la sala, lo abrazó y, luego, tendiéndole la mano, le dijo:

—General, un apretón de manos.

El, alargándole la suya, le contestó:

—Consecuente hasta en el mal tiempo.

Aludía al día destemplado y lluvioso.

V

El año 1876 estaban enardecidas aún las pasiones políticas en la Capital. Se había desarrollado la lucha de la renovación de la presidencia de la República, en que actuaron dos grandes y poderosos partidos populares: el Nacionalista, de que era jefe y había levantado la candidatura del general Mitre y el Autonomista, que prestigió la de su inolvidable y caballeresco caudillo doctor don Adolfo Alsina, á la sazón ministro de la guerra en el gobierno de Avellaneda.

Era aquella, realmente, una lucha soberbia y cálida del civismo argentino. Allí no había indiferentes ni rezagados. O "mitrista" ó "alsinista" era la disyuntiva, y nadie, absolutamente nadie, se abstraía de sus opiniones: desde el anciano hasta el adolescente, desde la dama encumbrada hasta la mujer del pueblo, desde el

poderoso hasta el humilde. La prensa de aquellos tiempos echaba chispas y diario adversario hubo que no sabiendo ya qué decir contra Mitre, pedía "que su cabeza fuese colgada en los faroles públicos".

Acercándose el 4 de Julio, día del aniversario de la independencia de la gran república del Norte, el partido alsinista, con el objeto más de propaganda y de exhibir sus fuerzas que por el suceso á conmemorarse, organizó una manifestación al ministro acreditado, general Osborn, cuya legación estaba en la calle Lavalle entre Florida y San Martín, precediéndola de anuncios y proclamas entusiastas. Los mitristas, á su vez, sin hacer una propaganda pública, pero pasándose rápidamente la palabra, proyectaron una contramanifestación que debía realizarse en el mismo sitio, delante de la Legación. Se sabía que el general Mitre pasaría á saludar al ministro de Norte América.

Desde horas antes de la cita, la cuadra de la calle Lavalle empezó á llenarse de gente, formándose dos grandes grupos distintos y separados: el mitrista y el alsinista. Estos grupos fueron aumentando en volumen hasta ofrecer las proporciones de dos verdaderas puebladas. Los gritos, los apóstrofes, los enconos, se cruzaban de parte á parte y al "¡Viva Mitre!" se contestaba: "¡Muera Mitre!" y al "¡Viva Alsina!"

"¡Muera Alsina!" Se temía, se veía venir por momentos, un terrible choque.

De pronto, se detuvo un carruaje de gala delante de la Legación. Era el presidente Avellaneda que llegaba acompañado del doctor Alsina, su ministro de la guerra.

Fué aquél un momento difícil. Mientras sus partidarios vitoreaban al doctor Alsina, los adversarios contestaban con un colosal "¡Viva Mitre!" ,A no ser una seña enérgica de Alsina á sus amigos recomendándoles calma, el choque temido se hubiera producido.

Ya estaban adentro y en los salones de la Legación Avellaneda y Alsina, cuando en otro carruaje llegaba el general Mitre. Sus partidarios lo aclamaron en un estupendo grito y palmoteos de mano, mientras los adversarios vociferaban. Ese fué otro momento crítico de aquél memorable día.

Mientras los tres personajes, ya desaparecidos é históricos, cumplían arriba su deber de cortesía con el ministro de la gran república, el pueblo, abajo, clamoreaba. Pero entonces se observó algo verdaderamente curioso. Y fué que, los alsinistas cedían, raleaban sus filas, empezaban á retirarse, dejando libre el campo, casi en absoluto, á los mitristas.

Poco después bajaban la escalera para tomar su carruaje, de regreso, Avellaneda y Alsina.

Un formidable "¡Viva el general Mitre!" los saludó. Los pocos alsinistas que quedaban formando grupo se arremolinaron y amagaron un ataque de avance sobre sus adversarios. Había quizá llegado el momento del entrevero temido. Entonces fué que el doctor Alsina, tomando por la cintura al doctor Avellaneda, y casi cargándolo, lo metió rápidamente en el carruaje. Y él, soberbio, altivo, dominador, echándose al brazo su sobretodo y su histórica y puntiaguda galera á la nuca, se precipitó al medio de la calle y abriéndose el frac, increpó á los adversarios, arengó á los suyos brotando chispas de fuego de sus ojos pequeños y penetrantes, como hoja de fino acero, y dominó solo, solo y magnífico, el tumulto. El doctor Alsina había salvado la situación del momento.

Volvió al carruaje, se reunió al presidente Avellaneda y el coche partió.

Los mitristas quedaron dominando, porque los alsinistas se habían retirado al hacerlo su jefe. La muchedumbre pedía á gritos la salida al balcón del general Mitre. No se pensaba que se estaba delante de una legación extranjera. Era aquello irresistible y el General se vió obligado á acceder, asomándose rápidamente al balcón. El pueblo estalló en un prolongado aplauso.

La salida del General de la Legación fué algo

como un desbordamiento. Quiso tomar su carruaje, pero el pueblo lo arrebató. Y, aclamado, apretado, estrujado, fué conducido en triunfo por la calle Florida hasta Cuyo y por ésta hasta su casa. Unas cuantas veces, durante el trayecto, vimos al General guarecerse en los zaguanes de algunas casas para substraerse á las apreturas: estaba sofocado. Ese día se puso á dura prueba su resistencia extraordinaria.

Entre tanto, la manifestación alsinista se había convertido en una ovación mitrista.

VI

El viaje del General á Europa fué motivo de una manifestación del pueblo de Buenos Aires, otra más de la interminable serie, á la casa de la calle San Martín.

Llegaban ese día en procesión cívica millares de hombres de todas las clases de la sociedad bonaerense movidos por el mismo sentimiento de respeto é intenso cariño, que fueron siempre la característica de las grandes ovaciones populares tributadas al patricio.

El General apareció en los balcones de *La Nación,* rodeado de los miembros de su familia y de un grupo de amigos íntimos que lo acom-

pañaban en ese momento. Cubría la cabeza su histórico chambergo, el símbolo inolvidable de Mitre-Pueblo.

La aparición del ilustre hombre, provocó una ovación clamorosa, repetida y prolongada, en el espacio de las varias cuadras que ocupaba la gran columna. Fué un "¡Viva Mitre!" colosal, repetido al unísono por 50.000 ciudadanos. Instintivamente y como si fuera una consigna, aquella enorme masa se descubrió, soportando los rigores de un sol quemante.

El, á su vez, descubriéndose, gritó más que dijo, con una voz terminada en los agudos de su oratoria exclusivamente personal, voz que recordaba la del mando en los campos de batalla, estas palabras:

"Todo el mundo cubierto, menos el orador que se dirige al pueblo soberano."

Esas palabras fueron una orden.

La multitud se cubrió inmediatamente, obedeciendo á algo así como á un mandato superior.

El general Mitre, con una sola frase, se había impuesto á una muchedumbre.

VII

Los días que precedieron al jubileo del General, en 1901, puede decirse que estuvieron con-

sagrados exclusivamente al gran acontecimiento nacional.

Era una verdadera preocupación pública encontrar la mejor forma de honrar al prócer en su 80° aniversario onomástico, y las ideas y los proyectos se reproducían hasta lo infinito.

Fué en esas circunstancias que el diario *El País*, fundado y dirigido entonces por el doctor don Carlos Pellegrini, tuvo la acertada idea de abrir un concurso público para que todos pudieran aportar sus ideas, relacionadas con el suceso patrio.

El concurso de *El País* llegó á alcanzar proporciones inusitadas, realmente imprevistas. Al principio, la colaboración popular se inició con cierta timidez, pero, poco á poco, fué tomando un desarrollo extraordinario hasta obligar al diario de referencia á tener que dedicarle columnas enteras y á veces más de una página.

En ese concurso propiamente plebiscitario, puede decirse que nadie dejó de colaborar y aún se recuerda las interminables ideas lanzadas. De todo entró allí y todo bajo las inspiraciones del más acentuado cariño hacia el preferido de las multitudes. No ha habido ejemplo de un movimiento de opinión semejante, en esa forma nueva y original entre nosotros.

Cuando el concurso terminó, pudo calcularse

en más de veinte mil las ideas y los proyectos lanzados. Fué aquello enorme.

VIII

La popularidad del general Mitre queda consagrada en los capítulos anteriores; pero lo que se ignora es de dónde y por qué provenía.

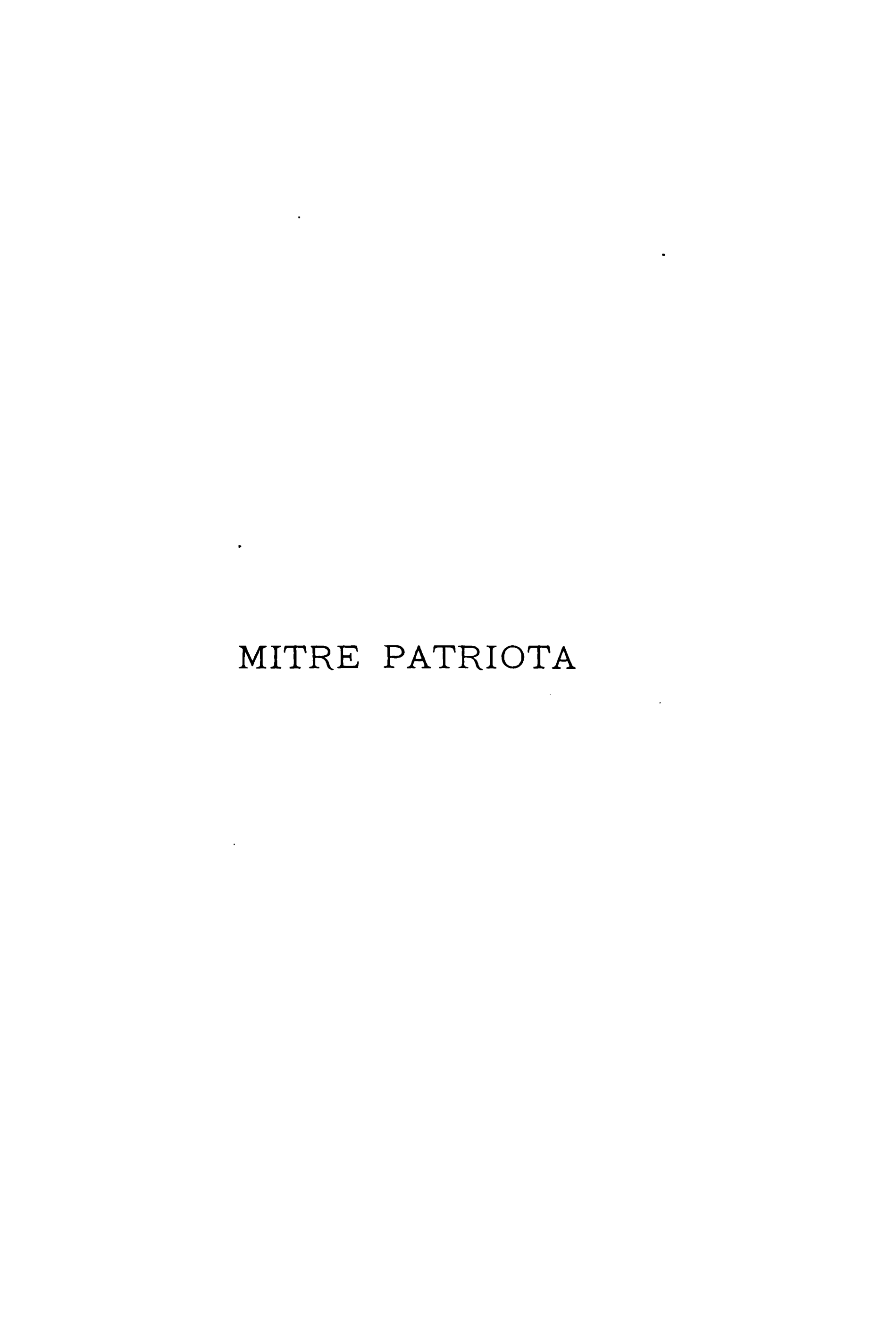
Tenemos la referencia de persona de la intimidad del que fué presidente de la República, doctor don Nicolás Avellaneda, y á quien el mismo General se la había contado.

Allá por los años en que el General, siendo muy joven, empezó á descollar, existía en Buenos Aires un coronel Moore que se había impuesto por sus bravatas á todos, siendo frecuentes sus provocaciones y agresiones personales.

El entonces casi adolescente Mitre, escribió un artículo furibundo que publicó en un periódico de la época bajo su firma, poniendo de oro y azul, al iracundo coronel y, no contento con esto le mandó sus padrinos en vez de esperar á recibirlos.

El coronel amainó y se tragó silenciosamente aquella provocación directa y personal. El General le había muerto el punto.

Y desde entonces empezó la popularidad del general Mitre hasta ser glorificado en la vida y en la muerte.



MITRE PATRIOTA

MITRE PATRIOTA

I

Las pasiones políticas embravecidas que siguieron á la revolución de 1874, amenazaban traer una nueva revolución al país. El partido nacionalista, que dirigía el general Mitre, conspiraba del 77 al 78 y después de varias tentativas aplazadas el estallido se aproximaba. Esto lo sabía el entonces presidente de la República doctor Avellaneda y muy especialmente su ministro de la guerra doctor don Adolfo Alsina. Las cosas habían llegado á un extremo en que se conocía hasta el día definitivamente fijado para que la revolución estallase en las calles de Buenos Aires.

Fué entonces que una personalidad patriota y bien inspirada por la felicidad del país, el inolvidable doctor don José María Moreno, tomó rápidamente la iniciativa de lo que se llamó la política de "conciliación". El general Mitre fué visto de los primeros para entrar en ella y entrevistarse con el presidente Avellaneda en el domicilio del intermediario y, luego, con su ministro Alsina. El General, que invariablemente

fué un patriota en toda la alta acepción del concepto y tuvo siempre horror y repugnancia á la guerra fratricida, se prestó inmediatamente á secundar la nueva política, aun á despecho de las opiniones de los principales miembros de su partido, que se oponían enérgicamente á toda conciliación.

Los momentos eran apremiantes y no había instante que perder; en resumen, la conciliación se hizo pactada directamente por el General. Cuando la noticia llegó al entonces Club Argentino, foco de la revolución, la protesta brotó casi unánime y en la efervescencia de esas horas, el retrato del General fué arrancado violentamente de la pared y pisoteado en el suelo.

Pasaron algunos días de esa escena y á iniciativa de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, representativa de las clases conservadoras del país, se organizó un gran *meeting* para saludar colectivamente á los doctores Avellaneda y Alsina, general Mitre y gobernador de la provincia, don Carlos Casares, que había puesto también su esfuerzo y patriotismo al servicio de la nueva política.

Ese *meeting* resultó uno de los más imponentes que hasta entonces se hubieran celebrado en Buenos Aires. Eran, por lo menos, 50.000 ciudadanos congregados en una colosal columna. Los personajes nombrados debían ser saluda-

dos en la vieja casa del gobernador Casares, en la calle de las Piedras, donde estaban invitados.

Al aproximarse la gran columna popular á la casa y sentirse los vítores y aplausos de la columna, se colocó en el segundo patio una gran escalera para que los cuatro personajes subiesen á la azotea. En ese preciso momento, el general Mitre, que no conocía bien la casa, se había extraviado en una de las salas interiores. El doctor Alsina lo buscaba con la mirada y no encontrándolo, exclamó:

—Este General, anda "boleado".

Por fin, se le encontró. Al pie de la escalera fué una lucha de galantería entre Mitre y Alsina sobre cuál de los dos debía subir primero. El doctor Alsina, con ese gesto y esa sonrisa que dominaban á sus partidarios, exclamó:

—El primero, usted, General; después yo.

Así se hizo. Mitre y Alsina treparon la larga escalera con agilidad de muchachos.

Al tocarle el turno al presidente Avellaneda, éste titubeó algunos instantes mirando hacia arriba; pero al fin subió. El gobernador Casares fué el último en hacerlo.

Allí, en la azotea, delante del pueblo que los aclamaba, fué cuando el noble doctor Alsina tuvo en su discurso quizá la frase más elocuente de toda su vida de orador popular:

"¡Desgraciados los que se opongan á la po-

lítica de conciliación; desgraciados, porque los arrastrará el torrente!"

El general Mitre pronunció también uno de sus grandes discursos y, al terminarlo, abrazó al doctor Alsina, entre el entusiasmo desbordante de la concurrencia.

La política de conciliación quedaba sellada con ese abrazo.

Poco después, el general Mitre, de su puño y letra, hacía el más bello y conmovedor panegírico en la muerte del doctor don Adolfo Alsina.

II

Nos tocó, en nombre de *La Nación*, hacer una *interview* al general Roca para que explicase cuáles eran las razones que, á su juicio, habían inducido al general Mitre á renunciar su candidatura á la segunda presidencia de la República, en 1891.

La entrevista se celebró en la estancia "La Armonía", de don Gregorio Torres, donde el general Roca había ido á tomar unos días de descanso.

La conversación fué á puerta cerrada. El general Roca, que se sentía levemente indispuesto después de una excursión de pesca en un arroyo vecino, estaba descansando en un catre á la crimea. A la cabecera había una

mesa de noche y al lado de la cama una silla de esterilla. No se veía ningún otro mueble en la habitación. Y allí nos recibió el general.

Conversamos largo sobre sucesos y hombres políticos y confesamos que nos sorprendió la vivacidad del general y su perfecto conocimiento de todo lo que acontecía en la República. Llegamos, por fin, al punto principal de la entrevista y, entonces, concretando su pensamiento, nos dijo:

—Yo atribuyo la renuncia del general Mitre á impaciencias, á precipitaciones de sus propios amigos. Han querido que gobierne antes de ser gobierno y que arregle desde ahora tal ó cual situación local que les desagrada.

—¿Ha estado usted con el General?

—Sí, hace algunos días; y al interrogarle sobre si era cierto que había renunciado su candidatura, me contestó:

—"No, no he renunciado una candidatura; he renunciado la presidencia de la República."

—Y así es,—continuó diciendo,—el General Mitre no ha renunciado su candidatura sino la presidencia, porque él, y nadie más que él era el presidente de la República. Yo estaba dispuesto á abandonarle todo y á dejarle libertad completa de organizar el gobierno como quisiera y aún alejarme á Europa para no estorbarlo.

Nos aventuramos á ser un tanto irreverentes, tomándonos esta confianza:

—Vea, general, usted es un hombre que tiene que luchar contra la incredulidad pública. Se hincaría usted delante de la pirámide de Mayo, juraría todo lo que nos está diciendo y nadie se lo creería.

El general Roca se agitó nerviosamente, tomó una expresión seria y enérgica y dejando caer su puño cerrado sobre la mesa de noche, exclamó:

—¡Habían de creer ó reventar!

III

La revolución popular de 1880 había sido contenida por las armas nacionales en los combates de Puente Alsina y Barracas.

La alarma cundía en las filas revolucionarias y los batallones que habían venido de todos los pueblos de la Provincia empezaban á reunirse en la ciudad, en un movimiento de concentración. Eran esos, tristes y solemnes momentos.

El general Mitre estaba personalmente distanciado del gobernador de la Provincia doctor don Carlos Tejedor. El doctor Tejedor, en un documento oficial dirigido á uno de los ministros nacionales, había estampado aquella fa-

mosa frase de que el presidente de la República era un "huésped" en la entonces capital de la Provincia. El general Mitre, que ante todo y sobre todo fué eminente y profundamente nacionalista, como que obra suya era la obra de la unificación nacional, escribió con ese motivo un violento artículo en *La Nación* protestando contra el calificativo de "huésped" y sosteniendo que el presidente de la República jamás lo era en cualquier punto del territorio del país, desde Buenos Aires hasta Jujuy. De ahí, de esa actitud del General, databa su distanciamiento con el gobernador de Buenos Aires.

Pero los momentos, repetimos, eran solemnes. La revolución estaba dominada y era indispensable hacer inmediatamente la paz. El general Mitre buscó entonces un intermediario común y le dió esta comisión:

—Vaya usted en busca del gobernador de la Provincia y dígale que, desde este momento, estoy completamente á sus órdenes.

El emisario se trasladó sin pérdida de tiempo á la casa de gobierno. Allí encontró al doctor Tejedor, solo, absolutamente solo en su despacho, reconcentrado y pensativo. Llenó su misión rápidamente y esperó. El doctor Tejedor le apretó conmovido la mano y le contestó:

—Diga usted á mi noble amigo y compa-

triota, general Mitre, que acepto su ofrecimiento y que, desde este momento, es el comandante en jefe de la plaza. ¡Sólo él puede ponerse á la altura de la situación!

Al día siguiente, más ó menos á las siete de la mañana, el general Mitre montaba á caballo en la puerta de su casa, acompañado de dos ayudantes. Vestía de particular, cubierta la cabeza con su clásico chambergo. No llevaba espada al cinto. Sólo un latiguito con mango de plata. Salía á recorrer la línea de trincheras.

Aproximadamente á la una de la tarde estaba de vuelta. Un numeroso grupo de personas, estacionadas en el zaguán de la casa, esperaba su regreso. Al verlo llegar todos lo rodearon interrogándolo ansiosamente con la palabra y la mirada. El General contestó lacónicamente:

—¡No hay nada que hacer; todo está perdido!

En la tarde de ese mismo día memorable, el General tomó un carruaje y se dirigió á Belgrano, donde accidentalmente se encontraba instalado el gobierno presidido por el doctor don Nicolás Avellaneda. En la casa quedaba una enorme concurrencia esperando el regreso del General. Había una espectativa realmente impresionante.

Las horas, entretanto, pasaban, y el Gene-

ral no volvía. La ansiedad era enorme. Había quienes presentían se le hubiese tendido una celada. Dos hombres de buena voluntad, montados á caballo, partían á cada rato, y á galope tendido, hasta la calle Santa Fe para ver si divisaban el carruaje y traer noticias.

En esos momentos, uno de los del grupo, profundamente conocedor del General, dijo:

—No se alarmen; á estas horas el general Mitre estará tomando té con el presidente Avellaneda y pactando la paz.

Y así era, en efecto. Al salir de Belgrano el general Mitre, el doctor don Carlos Pellegrini que estaba en la casa del presidente, exclamó:

—¡Sólo un hombre de su grandeza moral ha podido hacer esto!

Serían, más ó menos, las once de la noche, cuando el General daba la vuelta á su casa. El público, aglomerado en el zaguán, lo interrogó ansiosamente. El General, impasible y sereno, se limitó á contestar textualmente:

—"Está todo arreglado con honor para todos. No hay vencedores ni vencidos. La paz queda hecha."

Y se retiró rápidamente al interior de su casa.

IV

Las relaciones entre el general Mitre y el doctor don Vicente Fidel López, el hijo glorioso del autor de la letra de nuestro himno patrio, no fueron, como se sabe, en los últimos tiempos, precisamente armónicas. Habían surgido entre esos dos hombres superiores divergencias sobre distintos puntos de la Historia Nacional que mantenían flojos los vínculos de la amistad anterior, y aún establecido un distanciamiento personal. A la Historia Nacional del doctor López, el General había contestado con sus Comprobaciones Históricas, que tuvieron gran repercusión por aquel entonces. Era un duelo entre dos potencias de la intelectualidad argentina.

Asistíamos un día, el personal de *La Nación,* á una simpática fiesta ofrecida por Emilio Mitre en el Tigre-Hotel, cuya construcción había dirigido como ingeniero. Era una amable fiesta del compañerismo y la amistad. Invitado á ella concurría el hijo del historiador, el malogrado Lucio Vicente López, veraneante en una quinta de la pintoresca villa.

Estábamos sentados á la mesa en medio de una bulliciosa y expansiva animación. El contento era la nota saliente en aquella reunión

de personas de significación social, intelectual, política y periodística. El doctor López, sentado á la derecha de Emilio Mitre, encantaba con su conversación cáustica y sutil, que era su nota, y mezclaba á su verba inagotable anécdotas y cuentos deliciosos.

De pronto, observamos que por las aguas del tranquilo río, flanqueado por sus árboles gallardos y risueños, avanzaba una lancha conduciendo dos personas en dirección al sitio de nuestra fiesta. La curiosidad hizo que todas nuestras miradas volcasen sobre la pequeña embarcación. ¿Quiénes podían ser? Unos momentos más y una exclamación de alegría agitó nuestros corazones é hizo palmotear nuestras manos. Su chambergo, su popular chambergo, lo había descubierto; era el general Mitre que llegaba acompañado del comandante Portunato, su antiguo ayudante.

La recepción al General fué entusiasta; una ovación. Se le tributaron los más altos honores debidos á un gran ciudadano. Estaba, desde ese momento, en su casa y entre los suyos.

La comida se prolongó en el mismo ambiente de amabilidad y deliciosa *causerie* con que se había iniciado. Llegó el momento de los bríndis y fué entonces que Lucio Vicente se puso de pie y conmovido y elocuente, hizo uno en honor del General y de su obra.

Este, á su vez, se levantó y contestó brindando por el padre historiador, y por el hijo intelectual. El doctor López abandonó su asiento y acercándose al General lo abrazó efusivamente.

La reconciliación de los dos hombres superiores quedó sellada para siempre en aquel día, por intermedio del hijo, en ese abrazo que bien podíamos también, de su punto de vista, como el de San Martín y Bolívar, llamarlo histórico.

MITRE ORGANISMO

MITRE ORGANISMO

I

Una de las cualidades salientes del general Mitre, que acentúa con rasgos propios y únicos su personalidad, ha sido su fortaleza asombrosa, fortaleza de cuerpo y espíritu.

El episodio que vamos á relatar lo presenta bajo la fase de un organismo privilegiado, resistente á las fatigas y á las más intensas emociones morales.

En 1891 regresaba de su viaje á Europa, regresaba triunfador como había salido de Buenos Aires, aclamado por la opinión nacional por segunda vez presidente de la República en un plebiscito colosal de todas las voluntades y votos de sus conciudadanos.

El general Mitre traía dieciocho días de navegación hasta su llegada á Montevideo, en el transatlántico *Alfonso XIII*, á bordo del cual había sido objeto de las más expresivas pruebas de cariño y respeto por parte de las autoridades del barco y de los pasajeros que venían en él.

El General desembarcó en Montevideo, en

medio de una muchedumbre que lo aclamaba y, puede decirse, que desde ese momento empezó la apoteosis de aquellos días inolvidables.

Habíamos ido á esperarlo á la ciudad vecina en el *Eolo*, profusamente embanderado, los mismos que le habíamos acompañado á la partida. El pueblo de Buenos Aires aguardaba de brazos abiertos al ilustre ciudadano.

El General fué recibido por el entonces presidente de la República Uruguaya, doctor Herrera y Obes, con quien departió algunos momentos en un sofá de la gran sala. Entretanto, la concurrencia clamoreaba frente á la casa, en un enorme "¡Viva Mitre!" que se prolongaba con eco inextinguible.

Por la tarde, se dió la señal de partida hacia el puerto, donde el General debía embarcarse con las comisiones de Buenos Aires que habían ido á su encuentro. El pueblo oriental, con banderas y bandas de música, lo escoltaba en una procesión interminable y los vítores se repetían sin solución de continuidad. Era soberbio aquel espectáculo de un pueblo hermano compartiendo con el argentino los mismos anhelos, simpatías y esperanzas.

El vapor partió entre aplausos y ¡hurras! lanzados por miles de ciudadanos. Los sombreros y pañuelos se agitaban; las músicas de tierra tocaban el himno triunfal de nuestras glorias, cu-

yas notas parecían en esos momentos más armónicas, más sonoras y más solemnes que nunca. ¡Hermoso espectáculo!

Los saludos á bordo se iniciaron. Todos querían ser de los primeros en estrechar la mano de aquel hombre glorioso que, momentos después, iba á caer en brazos del pueblo de sus predilecciones, de su pueblo que lo amaba.

Cuando el vapor entraba en aguas argentinas, en la inmensidad de nuestro estuario, un cuadro inolvidable se presentó á la vista, un cuadro capaz de hacer estremecer hasta las lágrimas á un hombre que no fuera del temple y el fuerte dominio sobre sí mismo que el General.

Eran los vapores, vaporcitos, lanchas que llegaban cuajadas de concurrencia, vestidos de gala, flameando al tope la bandera argentina, con las gentes trepadas en las cuerdas y los mástiles, todos descubiertos, palmoteando, vitoreando, aclamando, tocando las bandas el himno patrio; eran las comisiones populares que acudían á dar al viajero el primer saludo de bienvenida, allí, en la inmensidad de nuestro río, antes del saludo colosal del pueblo que lo esperaba ansioso y conmovido, en una muchedumbre sólo comparable á las del día de su jubileo y el de su glorificación en la muerte.

El General se paseaba sobre la cubierta, tranquilo, impasible, mirando aquel espectáculo con

esa mirada vaga y melancólica que brotaba de sus ojos soñadores. Saludaba á derecha é izquierda con su clásico chambergo, sin dejar traslucir los sentimientos de intensa emoción que debían dominarlo en ese instante de suprema belleza. ¡Raza de titán!

El desembarco se hizo, por fin, por la Dársena Sur. Está presente todavía en la memoria de todos,—porque todos fuimos testigos y actores,—aquel grandioso recibimiento que empezaba en la Dársena y terminaba en la plaza San Martín, al pie de la estatua del gran capitán de la Independencia americana. Soberbio espectáculo que nunca se olvidará porque fué único, porque no se repetirá en nuestro país, porque fué el abrazo del pueblo argentino sin distinciones de razas, de creencias, de opiniones políticas, al gran ciudadano.

El General, apenas desembarcado y recibido por el presidente de la comisión popular y orador de las multitudes congregadas, el inolvidable tribuno doctor don Aristóbulo del Valle, ocupó la *victoria* descubierta que le estaba reservada para hacer el trayecto hasta su casa de la calle San Martín. Un grupo del pueblo se abalanzó en ese momento sobre el carruaje con la intención de arrancar los caballos y tirar de él. El General se dejó caer rápidamente, rechazó la tentativa y con acento enérgico, exclamo:

—¡A pie!

El grupo comprendió y desistió de su intento. En la austeridad republicana del general Mitre no entraba esa servidumbre cortesana.

El trayecto se hizo triunfalmente. Las calles, repletas de pueblo, los balcones, puertas y azoteas adornadas con las banderas de todas las nacionalidades acompañando en su júbilo á la bandera patria, todos vitoreando y agasajando al ungido de las multitudes, delirantes de entusiasmo y de anhelos patrióticos. ¡Bello recibimiento al Hombre-Pueblo!...

Eran las dos de la mañana del siguiente de aquel día memorable. A esa hora circulaba todavía la gente por las calles, comentando el acontecimiento de la víspera y reteniendo todos los detalles de la insuperable recepción. La exclamación unánime, era esta:

—¡Como estará el General después de tan prolongadas é intensas emociones!

Eran las dos de la madrugada, repetimos, y ya asomaban las tenues claridades de la aurora del nuevo día. Ibamos unos cuantos de los de la casa en busca de Bartolito, de ese Bartolito que era el corazón más bello que hayamos conocido en la vida y la lealtad más hermosa que pueda encerrarse en pecho humano. Ibamos en busca del entonces director de *La Nación*, el hijo amado del ilustre padre, á invitarlo á beber

una copa de champaña, terminadas las duras tareas del diario.

Subíamos la escalera de la imprenta, bulliciosos, expansivos, terriblemente expansivos Recordamos que uno de los del grupo, cantaba desastrosamente la *Marsellesa*.

—¡Bartolito! ¡Bartolito!—gritábamos á grandes voces, ascendiendo la escalera.

Llegamos á las puertas de la sala de la redacción que suponíamos desierta á esas horas... Un movimiento súbito, fulminante, nos paralizó. Enmudecimos y bajamos la escalera en silencio, en profundo silencio y en puntas de pie.

El general Mitre estaba ahí, en la redacción, tranquilo, como si nada hubiese pasado por él.

¡Estaba leyendo los diarios de la tarde!

II

No se puede hablar de la extraordinaria fortaleza del general Mitre y de la cual hemos presentado una muestra en el capítulo anterior, sin mencionar otro caso saliente que la abona, y aún, si es posible, la excede.

Era el día 26 de junio de 1901, el día de su glorioso jubileo. El suceso es de ayer, está fresco é imborrable todavía para detenernos á reseñarlo. El acontecimiento nacional que puso so-

bre aquella frente pensadora los "eternos laureles" de nuestra canción patria, no se abarca tampoco en unas cuantas páginas, porque por sí solo y en su grandeza, pertenece al libro.

El general Mitre se había levantado á las siete de la mañana. El pueblo ya andaba por las calles en inmenso desbordamiento, esperando la hora de consagrar la apoteosis.

A esa hora matutina llegaban á la casa las bandas del ejército nacional á echar dianas y marchas triunfales, rodeadas por un gran núcleo de pueblo. La cuadra de la calle San Martín mostraba desde ese momento lo que había de suceder horas después.

El General empezó á recibir visitas íntimas junto con el beso cariñoso de los suyos. Almorzó á la hora de costumbre, frugalmente, como lo hacía siempre. Se mostraba tranquilo y estoico como si no estuviera en los momentos de recibir la más soberbia apoteosis que pueblo alguno de la tierra haya tributado á uno de sus grandes.

La hora se acercaba. Después de medio día las calles se poblaban de gente en rumoroso movimiento.

Empezaron á llegar á la casa las delegaciones del gobierno, de los institutos, de las asociaciones particulares, de las sociedades gremiales, de la diplomacia, del ejército y de la armada, de

los afectos íntimos. Y la casa histórica se poblaba y los objetos valiosos, interminables, variados hasta lo infinito, llenaban la gran sala y sus dependencias, no dejando sitio vacío. Cada delegación ofrecía su ofrenda con un discurso y á cada discurso contestaba el General con otro. Las comisiones esperaban turno en el patio para acercarse á él. Era aquello como para quebrar una naturaleza de bronce.

Luego vino el gran momento: el de la apoteosis y ésta, ya lo hemos dicho antes, pertenece al libro y á la pluma gallarda. ¡Pueblo, recuerda siempre aquel día, "reconcentra tu espíritu y medita"!

El General subió á la azotea de su casa y allí, entre aclamaciones colosales, pronunció su hermoso discurso contestando al orador del pueblo doctor don Emilio Frers.

Terminó el gran acto y continuó recibiendo durante el día visitas sucesivas. Comió ligeramente y poco después de las ocho de la noche concurría á la función de gala, preparada en su honor en el teatro de la Opera, donde las emociones del día tuvieron su broche de oro con la más soberbia y emocionante demostración de las damas argentinas, que cubrieron de aplausos y de flores al prócer republicano.

El general Mitre, en el día de su jubileo, había pronunciado *treinta y cinco* discursos.

Y después de media noche reposaba tranquilo en su lecho, habiendo sido acompañado triunfalmente hasta su domicilio y obligado á dar las "buenas noches" á las damas y caballeros que aun á esa hora continuaban aclamándolo.

¡La Gloria velaba su sueño de inmortal!



MITRE ESTUDIOSO

MITRE ESTUDIOSO

El general Mitre acostumbraba levantarse á las siete de la mañana, tomaba un baño frío, en invierno como en verano, y cuando había pasado la noche estudiando ó escribiendo, se recogía de nuevo; leía los diarios de la mañana, y conciliaba otra vez el sueño hasta las once, hora en que lo abandonaba para almorzar.

Su estómago era sobrio como su carácter y tenía como San Martín su plato favorito: el de éste era el asado, el suyo era el puchero. Comía poco y sólo así se explica que inmediatamente de abandonar la mesa, pudiese entregarse á su trabajo de leer ó de escribir. No tomaba desayuno, ni fumaba por la mañana; recién después del almuerzo, al tomar el te, encendía el primer cigarro y empezaba á atender su correspondencia, vasta y variada. De la capital, de las provincias, de América y de Europa, de todas partes recibía diariamente numerosas comunicaciones; literatos y políticos, libreros, industriales, hombres del pueblo, todos le escribían y á todos contestaba con el mismo placer y la misma puntualidad

Estudiaba ó escribía después algún capítulo de cualquiera de las obras que tenía empezadas, y si necesitaba consultar un libro, no precisaba catálogo; iba derechamente al estante donde sabía que se encontraba, y lo abría sin vacilación en el capítulo y en el párrafo que quería leer.

El arreglo de su biblioteca podía formar algo así como un código de catorce á quince mil artículos, divididos en grandes secciones que comprenden títulos y subtítulos, capítulos y párrafos diferentes, pero que se unen, se encadenan, se relacionan estrechamente formando un todo imponente y grandioso. Cada libro tiene su nota explicativa, bibliográfica, crítica, histórica ó biográfica que ilustra, corrige, aumenta ó aclara el texto. Y él retenía todos estos detalles en su memoria, y sin esfuerzo alguno, así como sin querer, repetía cuando tenía necesidad, el título de la obra, su autor, el año y número de la edición, el lugar y las circunstancias en que se imprimió, el precio que le asignaban los negociantes de libros y todos aquellos detalles que podían servir para precisar la obra aludida.

Su memoria era asombrosa. Citaba nombres de personas y de lugares, cantidades y fechas, con la mayor facilidad y corrección, y sin esa jactancia que afecta el que acabando de leer

una página ó un detalle cualquiera, lo repite como un recuerdo de su juventud cuando no de su niñez; hay muchos de estos falsos eruditos, colados en el campo de las letras con el ropaje vistoso de nombres y de citas aprendidas de memoria...

Se ha dicho, con verdad, que el general Mitre tenía todas las cualidades del coleccionista, entusiasta y activo, menos la de ser avaro; experimentaba verdadero placer cuando podía facilitar un libro, un documento ó un dato que otro necesitaba y se ponía en su busca con el mismo empeño que el interesado; pero en materia de libros él creía con razón que *prestar era perder*, y le hemos oído decir en muchas ocasiones: "cuando presto un libro lo mando comprar á las librerías". Su biblioteca estaba abierta para todos, pero estamos seguros que prefería que fuesen allí á consultar todo lo que quisieran y por el tiempo que deseasen á que sacasen los libros, porque rara vez los veía volver; no creía como algunos bibliófilos ó bibliófagos que "robar un libro no es robar", aunque había de opinar con otros que *el que destruye un libro es tan criminal como el que mata un hombre.*

Tout est bon quand on le sait profiter, era la máxima que profesaba en materia de libros.

Todo es bueno, decía, y acaparaba libros,

folletos, panfletos, mapas, planos, hojas sueltas, manuscritos de todo carácter con tal que entrasen en la índoie general de su colección, y así era como había logrado reunir en su estantería la gran mayoría de los libros y documentos que sirven á la historia y geografía de América, desde el primero salido de los talleres de los jesuítas de Lima en 1584 hasta el último producto de nuestras imprentas.

Un estudio de su biblioteca y de las riquezas que guarda sería extenso é interesante, pero no de la índole de estos ligeros apuntes de su vida íntima.

Estaba al cabo del movimiento científico, literario y político de América y Europa y leía con interés todas las revistas, de todo carácter, que se publicaban en ambos mundos.

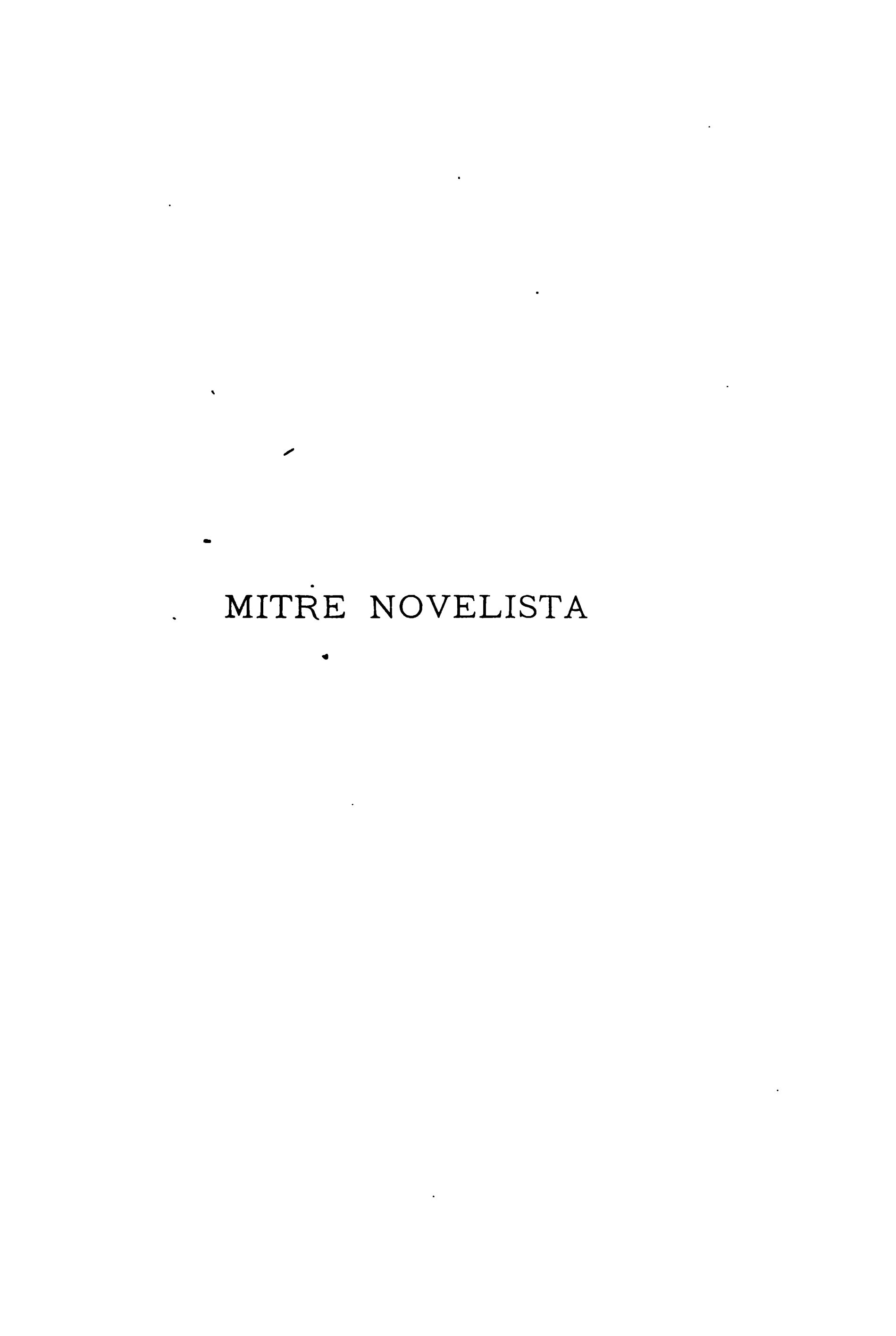
Su segunda comida la hacía á las seis y media ó siete, sencilla y frugal como la primera y á la cual estaba tan acostumbrado que rara vez accedía á las invitaciones de sus amigos para comer en otra mesa que la suya

Breve sobremesa se permitía como si sus libros le reclamaran todas las horas de su vida y volvía á la lectura ó escritura con invariable empeño, sin otras interrupciones que la visita de sus amigos, hasta las once de la noche, hora

en que, tomando la cama, seguía la lectura de sus libros de estudio ó de algunos autores clásicos que eran los compañeros de sus vigilias, hasta las tres ó cuatro de la madrugada, habiéndole sorprendido muchas veces la luz del nuevo día entusiasmado en alguna página intrincada ó interesante.

Su monetario americano absorbía también casi toda su actividad, logrando haber reunido una de las más ricas colecciones y la más abundante tal vez de piezas de oro.

Escribía con suma rapidez, y cuando leía adoptaba una inmovilidad marmórea, como si todos sus sentidos los concentrase para penetrar y asimilar las páginas que se sucedían y pasaban insensiblemente por delante de su vista; por esto era sin duda que recordaba no sólo el contenido de cada una, sino la forma y situación de los párrafos.



MITRE NOVELISTA

MITRE NOVELISTA

Una nota reveladora para la generalidad como lo ha sido para nosotros mismos que conocemos todas las facetas brillantes de la intelectualidad del general Mitre, será la de que también, allá en los días de su ostracismo, combatiente por la libertad de su patria, cultivó el género literario y difícil de la novela.

Esta nueva manifestación de su talento prodigioso y del cual puede decirse que no reconocía límites ni campos, la debemos á una circunstancia feliz, circunstancia que nos permite reproducir, como una primicia contemporánea, el artículo que el General escribió al publicar el primer folletín de su novela y cuya frescura y sutil observación nada tendría que reprochar el más exigente escritor moderno.

El general Mitre, empujado al destierro por la tiranía en el año 1848, hallábase en Chile donde desempeñaba las tareas abrumadoras de director y redactor en jefe del diario *El Comercio de Valparaíso.* Fué entonces que escri-

bió su romance *Soledad* precediendo su
blicación del artículo que va á leerse y cu
ideas en nada difieren con las que podı
desarrollarse hoy día sobre el estado de
clase de literatura.

"SOLEDAD" NOVELA AMERICANA

Empezamos á publicar en el folletín de nuestro diario esta novela que hemos escrito en los ratos de ocio que permite la redacción laboriosa de un diario, y que ofrecemos al público como el primer ensayo que hacemos en un género de literatura, tan difícil como poco cultivado entre nosotros.

La América del Sud es la parte del mundo más pobre de novelistas originales. Si tratásemos de investigar las causas de esta pobreza, diríamos que parece que la novela es la más alta expresión de la civilización de un pueblo, á semejanza de aquellos frutos que sólo brotan cuando el árbol está en la plenitud de su desarrollo.

La forma lírica ó ditirámbica es en los pueblos lo que en los niños los primeros sonidos que articulan. La imaginación de los hombres primitivos se inspira del ruido, del torrente, del murmullo de las hojas, del canto de las aves, del sol, de la luna, de las estrellas, en una palabra, del sonido, de la luz y del movimiento que anima al universo y que hiere nuestros sentidos como un himno grandioso que la naturaleza entona á su Creador.

La forma narrativa sólo viene en la primera edad. Recién entonces los poetas emplean las descripciones y aparecen los cronistas y los historiadores. Los elementos sencillos de que está compuesta aún la sociedad pueden concretarse en esa

forma, que todavía puede reflejarlo y explicarlo todo.

Cuando la sociedad se completa, la civilización se desarrolla, la esfera intelectual se ensancha entonces, y se hace indispensable una nueva forma que concrete los diversos elementos que forman la vida del pueblo llegado á ese estado de madurez, Primero viene el drama y más tarde la novela. El primero es la vida en acción, la segunda es también la vida en acción; pero, explicada y analizada, es decir, la vida sujeta á la lógica. Es un espejo fiel en que el hombre se contempla tal cual es, con sus vicios y virtudes, y cuya vista despierta por lo general profundas meditaciones ó saludables escarmientos.

No faltan entre nosotros espíritus severos que consideran á la novela como un descarrío de la imaginación, como ficciones indignas de ocupar la atención de los hombres pensadores. Pero nosotros les preguntaríamos ¿qué son sino novelas las grandes obras con que se enorgullece la humanidad? ¿Qué son la Iliada y la Eneida, sino novelas en verso? ¿Qué son el Quijote y el Gil Blas? ¿Qué han escrito Rabelais, Rousseau, Cervantes, Richardson, Walter Scott, Cooper, Bulwer, Dickens, Sué, sino novelas? ¿Sus obras no son las primeras en la literatura? ¿Sus nombres no brillan entre los de los primeros genios? Pues bien; unas son novelas, y los otros son novelistas. ¿Quién despreciará unas y otros?

Convenimos, por otra parte, en que este género mal manejado y abastardado ha podido inspirar

hastío, pero estos son descarríos de imaginaciones extraviadas que no deben atribuirse al género en sí. Al lado de esos millares de novelas que deshonran la literatura, están las grandes obras del genio para hacerles honor.

Es por esto que quisiéramos que la novela echase profundas raíces en el suelo virgen de la América. El pueblo ignora su historia; sus costumbres apenas formadas no han sido filosóficamente estudiadas, y las ideas y sentimientos modificados por el modo de ser político y social, no han sido presenadas bajo formas vivas y animadas, copiadas de la sociedad en que vivimos. La novela popularizará nuestra historia echando mano de los sucesos de la conquista, de la época colonial, y de los recuerdos de la guerra de la Independencia. Como Cooper en su *Puritano* y el *Espía*, pintaría las costumbres originales y desconocidas de los diversos pueblos de este continente que tanto se prestan á ser poetizadas, y haría conocer nuestras sociedades tan profundamente agitadas por la desgracia, con tantos vicios y tan grandes virtudes, representándolas en el momento de su transformación, cuando la crisálida se transforma en brillante mariposa. Todo esto haría la novela, y es la única forma bajo la cual pueden presentarse estos diversos cuadros tan llenos de ricos colores y movimiento.

Lo que queda dicho es por lo que respecta á la novela en general y en particular á la América del Sud. Ahora diremos algunas palabras sobre nuestra novela, lo que es como ocuparse de un

grano de arena después de haber hablado del mar.

Soledad es un debilísimo ensayo que no tiene otro objeto sino estimular á las jóvenes capacidades á que exploten el rico minero de la novela americana. Su acción es muy sencilla y sus personajes son copiados de la sociedad americana en general. Apenas podría explicar el autor la idea moral que se ha propuesto, pero si se le concede que en el fondo de su obra hay alguna verdad, es indudable que también habrá moral.

Ha querido hacer depender el interés más del juego recíproco de las pasiones, que de la multiplicidad de los sucesos, poniendo siempre al hombre moral sobre el hombre fisiológico. Esta ha sido la idea madre que lo ha guiado en su composición. Sus personajes sienten y piensan, más que obran. Por eso la heroína es una mujer que tiene un corazón y siente; tiene una inteligencia y piensa, que busca la felicidad en la vida, que es débil como mujer algunas veces, y cuya imaginación se descarría como criatura humana que es. Tal es nuestra novela, y tal la heroína de ella."

MITRE
Y EL PRÍNCIPE EUGENIO

MITRE

Y EL PRÍNCIPE EUGENIO [1]

Siempre fué tendencia al señorío en los españoles que poblaron la América, imponerse como pequeños señores feudales de los lugares que obtenían ya como recompensa al esfuerzo de su brazo ó por enajenación, estableciendo entonces vínculos ó mayorazgos donde perpetuaban el nombre de la familia y cuyo vasallo, casi esclavo, era el infeliz indígena, como sucedía en la encomienda, en la estancia ó fundo, dominada siempre por el señor de horca y cuchillo.

Generalmente fué la nobleza segundona, sin títulos, empobrecida, que venía á tentar fortuna sostenida bizarramente por su ancha tajante de Toledo y alimentada vivamente por su orgullo despótico; y un desprecio hiriente hacia el criollo y el indígena, á los que destinaban á los más brutales trabajos.

Más también es justo declarar en honor de estos hombres decididos, que no hubo sacrificio

(1) Escrito expresamente para este libro.—(*N. del A.*)

abnegado, portentoso, por más arriesgado que surgiera que no acometieran con desprendido arrojo, en aquellas interminables empresas llevadas á cabo en el desierto desolado, en los bosques seculares, inaccesibles, poblados de tribus indómitas y fieras voraces, como también es sensible confesar que su dureza y crueldad estaban aparejadas con sus virtudes guerreras que han quedado legendarias en el largo período de la conquista, y que en todo momento ha sido la llama vivificadora de tantas increíbles hazañas, y si es verdad que á la insaciable codicia sacrificaron en la ardua faena veinte y seis millones de indígenas, como compensación, en cambio, costó á la Iberia la conquista, posición y civilización de América, igual número de súbditos.

Aquellos célebres aventureros que se forjaron maestros en las temeridades de la guerra, y que en nombre de la civilización y del dogma cristiano, cometieron tan horribles crímenes, eran sin embargo honrados, y merced á sus grandes esfuerzos fundaron naciones que en el día son la gloria y el orgullo de la raza latina.

En nuestro país como en todos aquellos de la América española, siguió imperando, en la época colonial, y aun después, la tendencia del señor absoluto de la tierra y se vió entonces

transformarse la encomienda, el mayorazgo, ó el feudo, en la disimulada estancia, donde el patrón reemplazaba al señor del lugar y con el mayor imperio ejercía su influencia inapelable sobre el peón criollo ó el indio, rindiendo éstos obediencia á ese pequeño soberano como á un dictador disfrazado hipócritamente en patriarca rural, quien á su vez hacía transmitir sus órdenes por intermedio de un elemento más subalterno de su misma envergadura: el capataz.

La vida de esos hombres rudimentarios, tan temerarios y valerosos en sus empresas, era dura y sobria en exceso, especie de escuela bárbara, inclemente, donde se formó más tarde ese núcleo de guerreros que independizó á la América. Decíamos que la vida de esos hombres era dura en exceso, mantenida en una existencia salvaje, acometida á cada momento por el peligro, por el riesgo inminente de las torpes faenas rurales, en lucha continua contra el furor de las bestias indómitas, y las fieras de los llanos y de las selvas.

Tiempos eran esos en los que el indio salvaje, audaz y rastrero, ávido, acechaba las poblaciones de la campaña con una persistencia inquebrantable, y en los que los perros cimarrones transformados en lobos hambrientos cortaban las comunicaciones, como enjambres de

hidrófobos, haciendo muy temibles los viajes en la noche; y la hacienda alzada, enfurecida, inspiraba temor en la faena; y esos hombres excepcionales, que así soportaban ese cruel embate cotidiano de la existencia, expuestos siempre, obligados á la inclemencia de las estaciones; esos hombres tiranizados, parias de la conquista, apenas cubrían su cuerpo con una raída camisa de burdo lienzo, un poncho, un chiripá mortero vichará de fabricación indígena, no teniendo otro calzado para cubrir sus desnudos pies que la tradicional bota de potro, en donde se ajustaba con elegancia la bárbara espuela nazarena tartamudeando suaves tonos metálicos; y cuando faltaba todo esto suplía la epidermis callosa, endurecida á prueba de ortigas y de espinas.

En su defensa y ataque no llevaban otras armas que la acerada daga, el chuzo, las boleadoras, el lazo; y por consuelo á su mudo afán la plañidera guitarra, en la que cantando gemidos, exteriorizaban sus penas esos hércules de la pampa: especie de eco entrecortado del sentir inmenso de seres oprimidos, que repercutía como un rumor lejano en la soledad del desierto; cantaban en ese instrumento melancólico que por atavismo colonial habían heredado del gitano andaluz.

Así se constituyeron orgánica y moralmente

aquellos granfticos centauros, que han sublimado con un vigor extremo la moral de la guerra, en nuestras inmortales campañas extranjeras y sociales, en esas contiendas gloriosas para la patria de los argentinos, en las que sus valerosos hijos con el encuentro de sus potros medio domados y el filo de sus relucientes sables, alinearon en fila compacta á la victoria para encerrarla para siempre en el recinto augusto de la gloria nacional.

El señor don Ambrosio Mitre, distinguida persona que había figurado con probidad y competencia en diversos cargos públicos, padre del general don Bartolomé Mitre, deseaba que éste siguiera la mejor carrera que en esa época podía presentarse á un joven, augurando desde el primer momento, si era persistente en el empeño, un porvenir lucrativo; me refiero á la carrera de estanciero, asimismo ventajoso aprendizaje en el arte de imperar sobre los hombres; porque en el manejo de la estancia, como en la educación de los jóvenes patricios romanos, se adquiría el hábito de imponer su voluntad y hacerse obedecer sin observación, se adquiría ese dominio sobre la masa por la superioridad de sí mismo en inteligencia y fortaleza, por esa sublime superioridad que vincula dócilmente á la

subordinación, al mismo tiempo que se regularizaban con un método rutinario todos los actos de esa existencia deslizable en la labor constante, la que, á consecuencia de los ejercicios ganaba en agilidad, vigor muscular, y en coraje.

Así es como se veía que los hijos de las primeras familias se dedicaban á las faenas rurales, y recordando al señorío de antaño vivían felices en sus establecimientos de campo, viendo multiplicarse los ganados y barbarizándose al contacto de la fuerza bruta. Ya habíamos visto en la época colonial hidalgos pulperos, panaderos, tenderos, jaboneros y otros oficios que no deshonran en América y que era necesario dedicarse á ellos por aquello de que la necesidad tiene cara de hereje.

Sobre todo en los tiempos en que tuvo lugar este episodio, la estancia se presentaba como el negocio que más prosperaba y á ella fué consagrado aquel joven sin fortuna, sin más apoyo que su noble carácter, ese robusto doncel que más tarde sería la gloria de los argentinos.

Esto sucedía allá por el año de mil ochocientos treinta y uno, que aunque ya no eran tiempos coloniales habían quedado casi intactas las costumbres andaluzas semiárabes, y el orgullo ibérico transplantado en las familias de origen español.

El joven Mitre era un adolescente de carác-

ter grave y enérgico, resuelto y tenaz en sus propósitos, y desde muy temprano demostró siempre una tendencia inmoderada á ilustrar su espíritu: su afición á las letras le hacía olvidar toda cualquier otra obligación, vislumbrándose en esta aspiración constante en el apuesto doncel, el esbozo de un hombre que sería superior en inteligencia, á ese centro de semibárbaros donde iba á actuar como un ser inferior, digno de lástima, casi despreciable.

El establecimiento del señor don Gervasio Ortiz de Rosas, hermano y adversario en ideas liberales del general don Juan Manuel, se encontraba situado en la Loma de Gongara y allí, bajo la protección ruda de este rígido patrón, que al mismo tiempo era un hombre de alguna instrucción que cultivaba en su pequeña biblioteca, es que fué sometido nuestro protagonista al duro y cruel adiestramiento de las labores campestres de esa época; y aunque es verdad, que para estimular con el agrado su situación, don Gervasio le prestaba libros, en cambio le hacía sentir todo el peso de esa vida campestre, sometiéndolo á los trabajos más rudos con el propósito de reconstruir su físico, en un enrejado de músculos de acero. Así, no hubo ejercicio, forzado ó violento, al que no fuese condenado el neófito, ya levantando corrales con palos de ñandubay, zanjeando quin-

tas, plantando árboles, y otras faenas de á pie y de á caballo que eran extremadas para un niño de esa edad, que había salido del lado de sus padres con todos los mimos maternales del hijo predilecto Parece que trataban de *sacarlo bueno*, ó tal vez acobardarlo abrumándolo de fatiga, porque sin duda se adivinaba en él un carácter independiente y altivo que no se doblegaría á la voluntad opresora de otro hombre. Mas todo fué en vano; su carácter enérgico triunfó de su físico de adolescente y alcanzó su fama audaz hasta formarse un domador de mulas y potros indómitos, demostrando en todo momento una osadía admirable. Este fanático del caballo por placer ejecutaba las pruebas ecuestres más peligrosas, tanto en los apartes y en las volteadas de hacienda se destacaba como un jinete eximio, como en otras gauchadas en que las boleadoras y el lazo representaban el principal papel.

No obstante, ese instinto imperial de avasallar y hundir vergonzosamente el pánico que pudiera asaltarle en un momento de debilidad, deslizando su existencia sin sobresalto entre las espinas de aquellas bárbaras faenas rurales, parece que descuidaba continuamente sus estrictas obligaciones y abusaba en demasía de la biblioteca del señor don Gervasio que empezaba á convencerse que en vez de un buen

aprendiz de mayordomo de estancia estaba formando un *rábula de aldea*, abonado empecinado de sus libros liberales.

La ansiedad literaria del joven Mitre le dominaba febriciente, se arrastraba en pos de su vocación predilecta, leía á toda hora, leía todo y empezaba á despreciar el trabajo; porque aquel espíritu selecto, ¡quién sabe si no vislumbraba entre sus ensueños juveniles la eclipta brillante que tendría que recorrer! empezaba á sentir el impulso misterioso de su destino, iniciando en esa vida medio salvaje la primera é inconsciente preparación de su ilustre carrera.

Quién hubiera pensado que esas lecturas sin propósito y sin método, serían el origen de su brillante reputación literaria, sería su primera etapa para escalar el grandioso escenario en el que durante sesenta años, asumió con varonil decisión el papel descollante de prócer.

Y lo que más admiro en este episodio, es que la persistencia de hacer un ignorante campesino al joven Mitre, le proporciona escuela para saber dominar á los hombres y fortaleza para soportar los rigores de la vida; ¿acaso sabemos qué ideas liberales ansioso bebería en esos libros, cuyo dueño también había revelado espíritu independiente? ¿Qué dogma le avasallaría que nos muestra desde el principio al que ha de ser héroe de los argentinos como

un hombre superior dominando la materia bruta con su carácter y su inteligencia?

En esa lucha tenaz y sin cuartel el intelecto triunfa; y al fin se convence el señor don Gervasio que el joven Mitre no había nacido para peón de estancia, y que las reprensiones no surtían efecto en el carácter de ese muchacho altivo; entonces, un día fastidiado, lo llama, y después de un sermón, le dice que se prepare para ir al lado de sus padres; y sin más demora se lo envía á su amigo el señor don Mariano Mendiburu (1) diciéndole:

"Hágame el servicio de remitir el joven Mitre á su padre; porque es un caballerito que no sirve para nada; en cuanto ve una sombrita, se baja del caballo y se pone á leer."

No sabemos como recibiría el señor don Ambrosio Mitre al aficionado á las bellas letras, en esos tiempos, en los que los libros, como ahora, no proporcionaban fortuna.

Este episodio tiene su analogía con algo parecido que le sucedió al príncipe Eugenio, aquel gran capitán de su época, que asombró á la Europa con sus brillantes victorias, debidas mu-

(1) Padre de nuestro distinguido amigo don Isaías Mendiburu.

chas de ellas al rencor que en su noble corazón despertó la ironía de Luis XIV.

El príncipe Eugenio de Saboya Carignan nació en París en 1663; era hijo del conde de Soisson y nieto del duque de Saboya.

Siendo muy joven se presentó al rey Luis XIV pretendiendo el mando de un regimiento, mas el rey, viéndolo tan endeble y de un aspecto frágil, sonrió impertinente, y con gracioso ademán, donde se traslucía la burla y la ironía, desechó su petición diciéndole que la carrera que le convenía era la de la Iglesia; por lo tanto, se encontraba dispuesto á darle una abadía.

El joven príncipe sintió subir el rubor á la mejilla y juró vengarse de aquella real y brutal indiscreción.

Al poco tiempo, con el corazón candente de venganza, salió de París y se presentó al emperador Leopoldo solicitando un puesto en su ejército, quien al momento, valorando el empeño del joven príncipe, accedió á su petición, y le dió el mando de un regimiento en el que, desde el principio, se distinguió brillantemente en varios hechos de armas y llegó su reputación militar hasta confiarle el emperador el mando del ejército imperial en 1697. En este mismo año ganó á los turcos la batalla de Zenta.

Su impaciencia le atormentaba esperando el momento en que debía vengarse del ultraje que

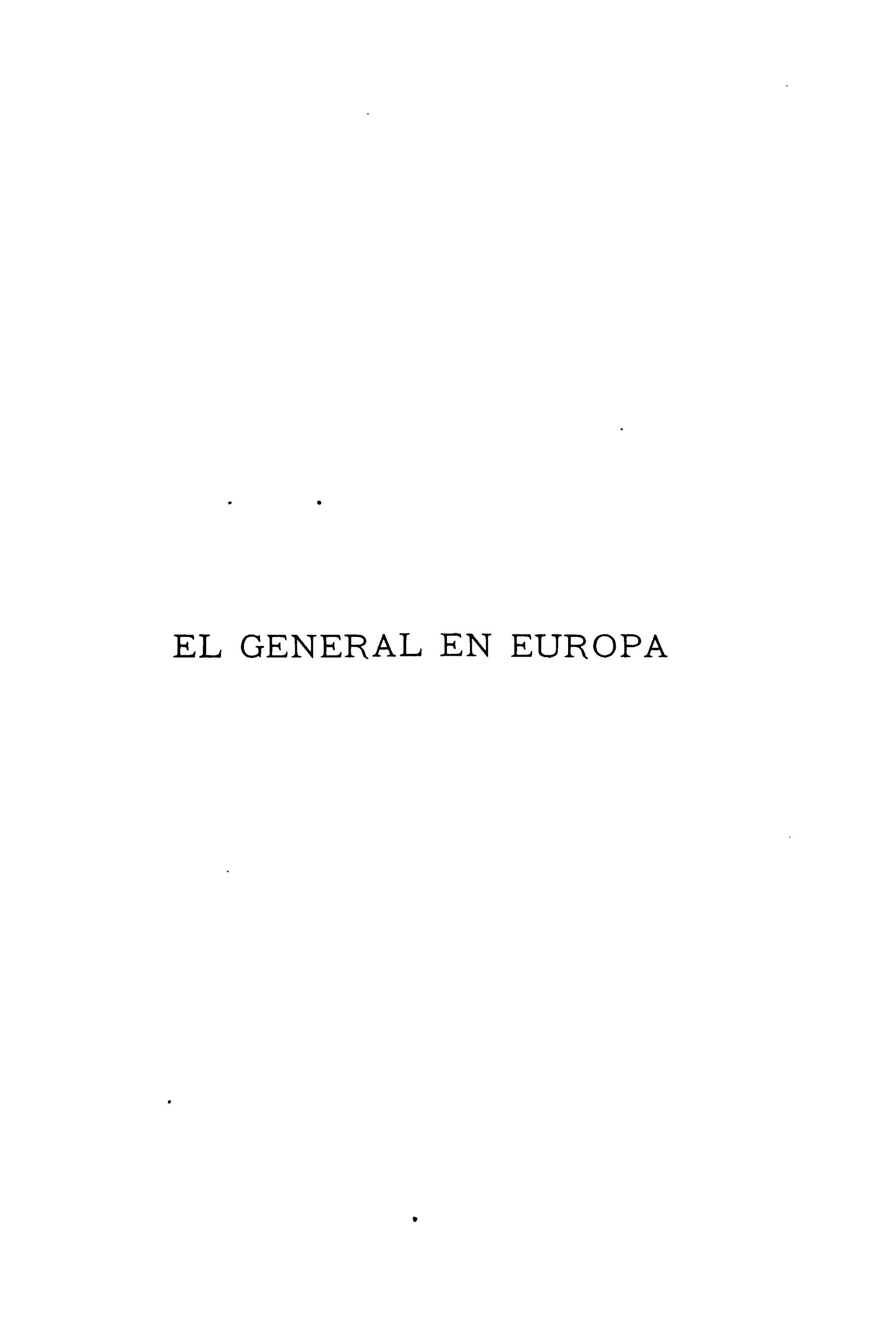
le había inferido Luis XIV. Al poco tiempo se presentó la ocasión, en la guerra de la sucesión de España y enardecido por el recuerdo de la afrenta no titubeó en combatir contra la Francia, rechazando á Villeroi en la campaña de 1701 y apoderándose de casi todo el Mantuano. En seguida venció con Malborough á los franceses y á los bávaros en la célebre batalla de Hochsttet; luego en Casano rechazó á Vandome, sometiendo después el Milanesado y la Lombardía al dominio del emperador; más tarde, en Oudenasde y en Malplaquet, vuelve á vencer á los franceses, manteniendo así el éxito de su brillante carrera que tan fatalmente no había sido sospechada por Luis XIV.

¡Cuán arrepentido estaría el rey Sol! después de tan amargos contrastes causados por el genio guerrero del príncipe Eugenio, de su falta de clarovidencia en substituir un coronel por un abate.

Tanto el príncipe Eugenio, como el general Mitre, eran de la estirpe de los "caballeritos que cuando veían una sombrita se bajaban del caballo y se ponían á leer."

José Ignacio Garmendia.

Marzo 1º de 1906.



EL GENERAL EN EUROPA

EL GENERAL EN EUROPA

LA CARTERA DE VAQUETA

El público quizás no recuerde que quien traza estas notas tuvo el honor de acompañar en calidad de secretario al general Bartolomé Mitre en el único viaje que el ilustre estadista hiciera á Europa. Era imprescindible que antes de entrar en materia apuntara ese dato, como explicación de lo que va á leerse, y también de que en este caso adopte la forma personal.

Al regresar de Buenos Aires, embargado el espíritu por las hondas y contradictorias emociones que me produjeron las exequias del gran argentino, constantemente volvían á mi memoria infinidad de escenas relacionadas con el viaje antes aludido y pensaba en que sólo ese breve período de la vida de Mitre daría tema á sus biógrafos para escribir un volumen. Ya lo veía en la cubierta del *Eolo* despidiéndose entre los fulgores del crepúsculo de todo el pueblo de Buenos Aires aglomerado en la dársena, ya ascendiendo ágilmente al transatlántico en el puerto de Montevideo, agitado por un temporal violento; ya subido á la cofa del *Duca di Gal-*

liera, donde una placa de bronce recuerda aquella hazaña del vigoroso septuagenario; ya aclamado al pisar tierra en Génova, por una muchedumbre entusiasta, en la que se destacaba el general Canzio, acompañado de un grupo de viejos legionarios que vestían la legendaria camiseta roja y una bella joven vestida con los colores argentinos, que ofrecía al compañero de Garibaldi, con palabras balbucientes de emoción, un manojo de flores atadas con los colores italianos.

¡Qué horas inolvidables aquéllas transcurridas en la ciudad de los palacios, en la calma elísea de los jardines del hotel Du Parc! ¡Qué impresión extraña aquélla de ver llegar en un espléndido coche á una mujer de ojos fulgurantes, vestida de negro, las manos cubiertas de guantes rojos y el abundoso cabello suelto al viento, que al ver al general Mitre, corre hacia él, le abraza llorando con efusión filial, y exclama luego con la voz velada por una emoción profunda:

—¡Me parece que otra vez estrecho entre mis brazos á mi padre!

Aquella mujer era la uruguaya Teresita Garibaldi... ¡Qué sorpresa más grata la de ver entrar á un viejecito que hablaba español, y que dirigiéndose al General le dice:

—¿A que no me reconoce, General?

A lo que aquél contesta al darle un abrazo:

—Si lo reconozco, ¡usted es el gran Sívori!

Y en efecto, aquel viejecito era Sívori, una de las más grandes glorias del arte italiano, el heredero del violín de Paganini, que hacía 30 años había conocido al general Mitre en el Río de la Plata.

Si dedicara á cada recuerdo, á cada impresión de aquel viaje una frase, casi telegráfica, como las apuntadas, estas notas asumirían proporciones reñidas con la premura y la concisión periodísticas. ¿Cómo decir dentro de espacio tan limitado la llegada á París, los paseos del General por la ciudad maravillosa, sus observaciones en los museos, sus rebuscas en las bibliotecas, las demostraciones que le hicieron sus compatriotas y todos los sudamericanos; las deferencias que tuvieron para con él el malogrado presidente Carnot y su esposa, que puso especial empeño en recibirle á la par de su esposo en el Elíseo? ¿Cómo pintar en cuatro palabras el encuentro del general de la triple alianza con don Pedro, ex emperador del Brasil? La escena fué digna de un gran pintor de historia y de un gran pintor de almas grandes.

Todavía me siento sobrecogido al recordarla....

El General cayó enfermo pocos días después

de su llegada á París, presa de una pulmonía. Yo no creí nunca que su estado fuera grave, y cuando el célebre profesor Dieulafoy, que le prestaba asistencia, se empeñó en demostrarme que estaba equivocado y que me echaba encima una grave responsabilidad al no telegrafiar la verdad de lo que acontecía á la familia, tuve la osadía de replicarle:

—Respeto su gran saber, maestro; pero usted, no conoce como yo al general Mitre...

La ciencia, los solícitos cuidados de la familia de don Angel María Méndez, en cuyo precioso palacio se hospedaba el General y la rara vitalidad del paciente, me dieron la razón, pues una semana más tarde el general Mitre estaba fuera de peligro. El convaleciente necesitaba el aire de las montañas para reponerse, y por consejo médico fué á Aix-les-Bains. Como la situación en Buenos Aires era en esos momentos gravísima, el General decidió que yo permaneciera en París, y desde allí por cartas y telegramas le tuviese casi hora por hora al corriente de los sucesos. Una vez repuesto, el General resolvió hacer una gira por los países del Norte, y como yo no poseyera el alemán y mi permanencia en París fuera más útil, tanto para tener al corriente de las noticias argentinas al viajero como para revisar la impresión de los siete volúmenes que aquél tenía allí en pren-

sa, acompañó en esta gira al general don Gustavo Anheim.

Entre las obras citadas figuraba la versión de "La Divina Comedia" cuya edición me dió un trabajo ímprobo, pues tuve que improvisarme dantista para la circunstancia. Puedo afirmar esto sin jactancia, pues entre los pocos libros que guardo preciosamente se cuenta un volumen de aquella obra en cuya primera página el General, con su gran espíritu de justicia, y con su bondad incomparable, escribió esta dedicatoria:

"*A Julio Piquet.*—Recuerdo afectuoso de cuando corregíamos juntos en París las pruebas de este trabajo".

La separación que dió motivo para que algunas almas benevolentes esparcieran el rumor de que el General se había desagradado conmigo, dió origen á un cambio de cartas, y no hay para qué decir que todas las que entonces me dirigiera el ilustre publicista, así como aquellas con que me honrara después, constituyen para mí un tesoro inapreciable.

Al regresar de Buenos Aires, como decía al comenzar, sentí la necesidad de recorrer aquellos preciados papeles, y abriendo un cajón de mi escritorio saqué la amplia cartera de vaqueta

en que los guardo y que también tiene su historia. Necesitando el General una cartera de bolsillo para las tarjetas y papeles, hizo tal adquisición en uno de nuestros paseos por los bulevares, en los que había adquirido pronta notoriedad el legendario chambergo...

Observaré de paso que yo inauguré la palabra "bulevar" en una correspondencia que escribí desde París á *La Nación*. El General, miembro correspondiente de la Academia de la Lengua, aprobó la castellanización.

Mariano de Vedia la aplaudió en *Tribuna;* Rubén Darío le dió curso artístico, y *La Nación* la universalizó Perdónesele este rasgo de vanidad pueril á quien, ocupándose de un hombre que hizo tantas y tan grandes cosas, no tiene nada de que poder jactarse á no ser de haber disfrazado una palabra...

De regreso á casa de Méndez, el General sacó del bolsillo interior de la levita la amplia petaca á que antes aludí, pasó los papeles que contenía á la nueva cartera, y después de un instante de vacilación me dijo: "Tome, ésta para usted" extendiéndome el artefacto de vaqueta. Como quizás yo mirara con cierta expresión poco definida el obsequio, el General agregó: "Hace muchos años que me acompaña y la usé en todas mis campañas." Luego agregó: "¡Tiene mérito!..." Yo sonreí, expresándole que sabía va-

lorarlo; pero advirtiendo la intención, el General agregó: "¡No es eso! Digo que tiene mérito, porque, como verá, esa cartera es hecha de un solo pedazo de cuero." En efecto, la petaca, de fabricación inglesa, tiene también el mérito que decía el General. Es completamente lisa, luce sólo una pequeña costura y en el ángulo que la cierra lleva un escudo estampado, en el que se ve una cabeza de zorro con esta leyenda "Forward".

Abierta la petaca fuí recorriendo las cartas. ¡Oh, cuán evocadoras! y después de recorrerlas todas, se me ocurrió tomar de ellas todos los párrafos significativos para el público, que voy á transcribir en seguida. En una de las transcripciones he creído piadoso substituir un nombre harto conocido con dos X. La primera carta muy breve, como de convaleciente, termina con estas palabras que demuestran la clarovidencia política del general Mitre:

Aix-les-Bains, Julio 26 de 1890.

Las noticias de Buenos Aires indican crisis inminente. La revolución vencida por las armas, ha triunfado moralmente.

La apreciación, como se sabe, resultó una profecía.

Los dos fragmentos de cartas también escritas en Aix-les-Bains, que van en seguida, tienen no sólo interés histórico, sino que demuestra cómo sabía el general Mitre condensar en dos palabras la impresión de un ambiente.

Aix-les-Bains, Julio 31 de 1890.

Estimado amigo: Recibí oportunamente su carta del 28, así como todos los telegramas que sucesivamente me ha transmitido. Estaba pendiente de las últimas noticias para tomar una resolución definitiva respecto de mi viaje. El telégrafo con su concisión brutal me anuncia el final de la revolución. Tengo, pues, que esperar las primeras cartas de Buenos Aires, después del suceso, para saber si debo acortar mi permanencia en Europa, como probablemente será.

Espero que le vaya bien en París, á pesar de las malas noticias que hacen tan triste nuestra permanencia en el viejo mundo. Este sitio es muy pintoresco; pero á pesar de ser un *rendez vous* europeo y puede decirse cosmopolita, pues abundan los sudamericanos, la fealdad domina en lo que por antonomasia se llama bello. Siempre su afectísimo.

B. Mitre.

Aix-les Bains, Agosto 4 de 1890.

Estos ocho días que he pasado aquí me han probado admirablemente. Nunca me he sentido mejor. El paisaje es encantador y el aire no puede ser

más sano y confortante. Agréguese que es aquí donde Lamartine tuvo la inspiración de *Le Lac*, cuyo sauce se conserva aún, y se tendrá además la atmósfera intelectual y poética que complementa el paisaje y el medio ambiente.

La carta que transcribo en seguida, íntegramente, es, en mi concepto, una joya, tanto porque demuestra el optimismo inquebrantable del general Mitre y su ecuanimidad para juzgar la acción política de sus adversarios, como porque evidencia que no había elogios que pudieran halagarlo tanto como aquellos en que se reconociera su ejemplar integridad:

Berlín, Agosto 19 de 1890.

Estimado amigo: Quedo impuesto de lo que me dice en su estimable del 16 del corriente, y agrego del 12 que olvidaba. Las noticias de Buenos Aires no pueden ser mejores. Creo que Pellegrini hará un buen gobierno, rodeado de todos los hombres honrados del país, y acompañado por la confianza pública.

En este camino, dentro de un año, entraremos de nuevo en la normalización y en otro más de buen gobierno no quedarán ni rastros de la crisis

A propósito de buen gobierno, le contaré un incidente de viaje, que ha sido uno de los más agradables. En Aix-les-Bains se hallaba el ministro de

guerra de Rusia y edecán del emperador, el general Wannowsky. Ocupaba con su familia un apartamento frente al mío, en el mismo *couloir*. Comíamos en el restaurant, en dos mesas cercanas. La señora del general se encantaba con las gracias de mi nieto Jorge Adolfo y lo pedía á su madre con frecuencia para acariciarlo. Un día, á la hora de comer, la señora se levantó de su mesa, y vino á saludarme á la mía, donde estaba en compañía de la familia de Méndez. La señora me dijo con mucha amabilidad que me envidiaba mi nieto, porque aun cuando tenía hijos casados, no tenía ningún nieto.

Le agradecí como debía su delicado cumplimiento. Era la víspera de mi partida. Al día siguiente al tiempo de ir á tomar el coche para dirigirme á la estación del ferrocarril, el general salió de su sala y vino á saludarme. Debo apuntar una circunstancia de que me había olvidado. Después de la comida del día anterior, envié mis tarjetas al general y á su señora. El general me dijo que deploraba que yo no permaneciera más tiempo en Aix-les-Bains para cultivar mi amistad, que estimaba mucho; que era un honor para él (y lo repitió por dos veces) estrecharme la mano, porque conocía los grandes servicios que yo había prestado á mi patria y (textual) la gran probidad con que había gobernado á mi país.

Nos despedimos como dos buenos amigos, bien que uno representara el poder absoluto y el otro la democracia, más ó menos bien representada y practicada.

Vea usted, pues, como las malas y las buenas famas corren por el mundo, hasta en Rusia. Si el doctor X. X. viniese á Europa, de seguro que no recibiría tal cumplimiento.

Suyo siempre affmo.

B. Mitre.

Los dos últimos fragmentos que transcribo tienen singular interés, el primero porque demuestra que el General padecía desde hace años de una afección del aparato digestivo, así como que tenía la costumbre de medicinarse sin prescripción médica, y el segundo porque revela las aficiones artísticas del ilustre estadista, á quien los estetas mediocres suponían ajeno á las impresiones de la belleza:

"Berlín, Octubre 13 de 1890.

Desde Amsterdam, á pesar del buen tiempo y de la temperatura suave que siempre me ha acompañado, me sentí algo enfermo del estómago, y gracias á mi botiquín he podido neutralizar esta dolencia, que siempre me hace sufrir algunos dolores. De mi último viaje, la Holanda quedará eternamente en mi memoria. Después de haberla conocido no me consolaría jamás de no haberla visitado. Es la impresión más nueva y más durable que puede recibir y conservar un viajero por sus maravillosas obras de arte en pintura. "El descendimiento" de Rubens, "La lección de anatomía" y "La ronda"

de Rembrandt, así como por sus originales ciudades, fundadas sobre el mar, con sus canales y sus gigantescas obras hidráulicas, desde Amberes hasta Hamburgo."

Las dimensiones que van adquiriendo estos apuntes, escritos á la carrera, urgido por el tiempo, me impiden reproducir otras cartas que presentan al general Mitre bajo una faz eminentemente simpática, al filántropo que se esforzaba porque nadie, sino persona de su íntima confianza, tuviese noticias de sus buenas obras. Quizás mi silencio en este caso sea grato á tan noble espíritu. El viaje por Europa terminó con una excursión gratísima, inolvidable, á través de España, cuya descripción requeriría un largo artículo. El espíritu del General, levemente taciturno, tornóse expansivo bajo el sol de aquella tierra hermosa, y no ocultaba que sentía allí una emoción análoga á la de volver á la patria.

¡Quién hubiera podido substraerse tampoco al halago de aquel pueblo, lleno de ingenio y de corazón, tan afectuoso como caballeroso! ¡Quién hubiera podido no sentirse orgulloso al sentarse á la mesa de Emilio Castelar, acompañado por las más insignes personalidades literarias, y recibir de aquel coro de verdaderos grandes de España, el homenaje de los elogios más calurosos á sus talentos, á sus obras

y á sus grandes hechos! Pero forzoso es terminar... Concluiré evocando la inmensa demostración cívica con que Buenos Aires acogió el regreso de su hijo predilecto.

¿Habrá habido hombre alguno en el mundo que haya sido objeto de un acto más significativo, más grandioso, del amor de sus conciudadanos?

Mitre, sin embargo, supo realizar entonces el acto de abnegación más grande de su vida, sacrificando en aras de la patria aquella embriagadora popularidad. Yo, que me atreví, cuando se produjo, á apreciar aquella actitud política como un enorme error, me complazco ahora en reconocer cuán efímeros y equivocados suelen ser los juicios mal compartidos con la multitud, viniendo el tiempo, al fin, á destruirlos y á darle la razón.

Genio, desconocido y calumniado. A aquello que tantos creímos enorme error, debe la paz Sud América y la República Argentina su grandeza.

JULIO PIQUET.



LA HERIDA DE MITRE

LA HERIDA DE MITRE

(CONTADA POR ÉL MISMO)

Supimos últimamente, al emprender la tarea de escribir este libro, que allá por el año 1875, el general Mitre había mantenido una interesante conversación con don Ireneo Rebollo, hijo político del general Paz.

En esa conversación habíale referido la verdadera versión de su gloriosa herida que á semejanza de estrella luminosa brillaba en su ancha frente de guerrero y pensador.

Acudimos á la benevolencia del señor Rebollo en procura de esa página que constituía una joya de inestimable valer para este libro y, pocos días después, nos entregó personalmente la versión de aquel episodio que pudo influir fatalmente en los destinos del país si la bala enemiga hubiera consumado su obra mortífera y arrebatado á la patria y á la gloria la noble y fecunda vida del general Mitre.

—Atiendo su pedido,—nos dijo el señor Rebollo textualmente,—y aunque la conversación que tuve con el prócer, ocurrió en Octubre ó Noviembre de 1875, aseguro terminantemente que la

recuerdo palabra por palabra, sin haber olvidado el menor detalle, no obstante los treinta años que ya han pasado.

"Una de las muy pocas veces,—escribe el señor Rebollo,—que noté en el ilustre general Mitre algún deseo ó disposición de conversar, me dispensó el favor de referirme los antecedentes de la gloriosa cicatriz que tenía en el centro de la frente y que tanto contribuía á hermosear su privilegiada cabeza.

—¿Conoce usted la causa que ocasionó mi herida?—me preguntó un día que me encontraba en el escritorio de su casa, donde concurría con frecuencia para estrecharle la mano respetuosamente.

—La debo,—continuó,—á una exigencia en el servicio militar, de mi ilustre maestro y querido amigo: de su suegro,—agregó. Era yo coronel y jefe del Estado Mayor: el 1° de Junio de 1853 me encontraba en el cantón de avanzada, situado al Sur de esta ciudad: estaba sentado en una pila de balas de los cañones de la batería conversando tranquilamente con los jefes y oficiales que me rodeaban, cuando vimos llegar con aquella precipitación que acostumbraba, al general Paz, que era en esa época ministro de la guerra. Nos saludó militarnente y sin dirigirse á ninguno en particular, dijo con ademán violento, señalando el campo enemigo:

—*Hasta este momento no conoce debidamente el gobierno, á qué responden los trabajos ú operaciones que se practican en aquel punto.*

Comprendí la alusión y de pie como correspondía, contesté que en las primeras horas del día siguiente tendría el señor ministro el parte oficial detallando lo que se había hecho y lo que se hacía en el terreno indicado.

—*Está bien,*—dijo el general—y se alejó.

Serían las doce de la noche, poco más ó menos y un ayudante del general me avisó que el ministro quería hablarme y que al efecto me esperaba en su despacho de la casa de gobierno.

Concurrí inmediatamente y apenas me vió me dirigió la palabra, en estos términos:

—*Señor coronel—¿ha pensado usted en lo que debe hacerse para saber con precisión lo que trabaja el enemigo en su campo?*

—Sí, señor ministro,—contesté.—He ordenado que tales y cuales fuerzas del ejército se encuentren antes de aclarar en el cantón de avanzada, con el propósito de practicar un reconòcimiento minucioso sobre las líneas enemigas y estas tropas las conduciré hasta el sitio que ocupa la trinchera, cuya fortificación sé que preparan en estos momentos.

El general me preguntó:

—*¿Ha madurado bien su proyecto?*

—Sí, señor ministro,—repliqué.

—*Está bien*,—repitió secamente,—y aproximándose, me tendió la mano estrechando la mía con una expresión de cariño que no olvidaré jamás.

En efecto, al día siguiente, 2 de Junio, salí con las tropas defensoras de la ciudad sitiada y en seguida se trabó un recio combate con el ejército confederado. Fuí en ese acto herido con bala de fusil y encontrándose allí un ayudante del ministro de la guerra (creo que el capitán Carreras) llevó la noticia á la casa de gobierno. Informado el general Paz, quiso saber si mi herida era grave y como el ayudante le dijera que era mortal, según decían, exclamó:

—*¡Ah! valiera más que hubiera muerto un batallón.*

Desde aquel momento el ilustre general me visitó diariamente, demostrando el más vivo interés por el estado de mi salud, lo que recuerdo aún con mi más profundo agradecimiento."

Esto es lo que textualmente me refirió el esclarecido General acerca de su herida, en un instante de expansión, sin duda, y conmoviéndose cuando aludió al fuerte y silencioso apretón de manos que le había dado el general Paz.

LA CASA HISTORICA

LA CASA HISTÓRICA

La casa histórica de la calle San Martín tiene su hermosa tradición. Se sabe que ella le fué donada al general Mitre el año 1869, al descender de la presidencia de la República, tan pobre y modesto como había ascendido á ella por el voto libre de sus conciudadanos, para entregarse al trabajo personal empuñando el noble componedor del tipógrafo y esgrimiendo la pluma del publicista y el polemista, desde las columnas de *La Nación Argentina* que fundara con un grupo de amigos personales y políticos. Pero, lo que no se sabe, por no haberse hecho público nunca y ser ésta la primera vez en que lo daremos á conocer, es cómo se produjo el obsequio que aseguraba para siempre al General y los suyos el techo de un hogar consagrado por el cariño y el respeto popular.

Esto es lo que se conocerá ahora por el documento privado é inédito que se leerá en seguida. Es la escritura otorgada ante escribano público á favor del General, de la casa de la calle San Martín, por intermedio de la comisión especial que llevó á la práctica el pensamiento popular.

Este documento, del cual no existe precedente

en la América, consigna en términos expresivos el significado del obsequio y los altos méritos que reconoce y constituye, sin duda alguna, uno de los jalones principales de la doble aureola de gloria y popularidad que circundó la frente del patricio.

He aquí ese documento:

"En esta ciudad de Buenos Aires, á veinte y tres de Enero de mil ochocientos sesenta y nueve, ante mí, el presente Escribano público de ella y testigos al final firmados, comparecieron los señores don Juan José Méndez, el doctor don Angel María Méndez y don Mauricio Pennano, de este vecindario, personas hábiles para este acto, á los que doy fe conozco y dijeron: Que por sí y en representación de todos los señores adheridos al propósito llevado á cabo por la comisión á que pertenecen, venían en declarar como de facto declaran: Que inspirados por los leales servicios prestados por el *señor Brigadier General don Bartolomé Mitre* á la libertad del país durante largos años de privaciones, sacrificios y peligros, especialmente mientras ha ejercido la primera magistratura de la República, salvando las más violentas crisis, sin comprometer las garantías de la sociedad, manteniendo en lo más recio de ella el culto del derecho que constituye la fuerza y la energía de las democracias, hace imposible é impotentes las reacciones y da base á la paz y prosperidad pública permitiendo á los hombres industriosos dar

impulso á sus trabajos y vuelo á sus operaciones para reportar las ventajas que las conveniencias particulares alcanzan de las favorables condiciones sociales de los pueblos: Que los comparecientes rindiendo homenaje á la verdad de estos hechos, y considerando que don Bartolomé Mitre desciende á la vida privada en condiciones modestas por la exigüidad de las retribuciones con que la Nación recompensa todos los servicios sin distinguir los que implican y simbolizan la abnegación de los ciudadanos que le consagran la plenitud de sus facultades, recabaron el día doce de Octubre último la aceptación verbal de un hogar para sí y su familia en testimonio de la consideración que les inspira y ha inspirado en todos los tiempos, la abnegación y lealtad con que los hombres se consagran á procurar á sus semejantes la posesión y el más amplio ejercicio de la libertad: Que en ejecución de ese propósito compraron con la suma recolectada con ese fin, al doctor don Angel Medina, la finca que habita el señor Mitre, calle de San Martín número ciento cuarenta y cuatro, edificada en terreno compuesto de diez y ocho metros, ciento ochenta y seis milímetros de frente al Este, ó sean veinte y una varas, y cincuenta y siete metros ciento cincuenta y seis milímetros de fondo al Oeste, ó sean sesenta y seis varas; previniéndose que de la línea de la calle á los treinta y ocho metros ciento cuatro milímetros, ó sean cuarenta y cuatro y media varas para el fondo, se encuentra en el costado del Norte un martillo en contra de esta finca de seiscientos cincuenta

y nueve milímetros de ancho, ó sea tres cuartas, y diez y ocho metros seiscientos diez y nueve milímetros de largo ó sean veinte y una y media varas; lindando por el frente calle en medio con el doctor don Gabriel Ocampo, por el fondo con don Luis María Solé, por el Norte con los herederos de don Juan Cladellas y por el Sur con el doctor don Angel Medina, según consta de la escritura de venta que el señor Medina les otorgó el día diez y seis del que rige ante mí, en este Registro de que doy fe. En su consecuencia hacen donación y formal transferencia en favor del *señor Brigadier General don Bartolomé Mitre* desde ahora para en todo tiempo y para siempre jamás para él, sus herederos y sucesores de ese bien raíz, á fin de que lo goce y disfrute, disponiendo de él del modo que por bien tenga, para lo cual le formalizan la presente como título bastante para el libre ejercicio de sus derechos de propiedad, pues que podrá venderla, cambiarla, hipotecarla, testarla y disponer de ella á su libre albedrío; sacándose copia de este instrumento para que agregándolo á los anteriores sea presentado todo al interesado. Presente á este acto el señor don Bartolomé Mitre é impuesto de su contenido, dijo, que la aceptaba en legal forma, tributando debidas gracias á los señores que le presentan este honroso testimonio En fe de lo cual y leído que les fué la presente en cuyo contenido se ratificaron, así lo otorgaron y firmaron siendo testigos presentes don Cipriano Sires, don Pascual A. Ramírez y don Martín Sueldo, vecinos de que doy fe. Esta escritura

sigue inmediatamente á la de chancelación otorgada este día por doña Petrona y doña Felipa Bracho á don Carlos Cunio al folio sesenta y siete.

Firmados:—Juan José Méndez, Angel María Méndez, Mauricio Pennano, Bartolomé Mitre.—Testigo: Cipriano Sires; testigo: Pascual A. Ramírez; testigo: Martín Sueldo.—Hay un signo.—Ante mí: *José Victoriano Cabral*, Escribano Público.

Es conforme con la escritura matriz de su referencia que pasó ante mí y queda en este Registro del finado don Justo José Núñez á mi cargo á que me remito.—De pedimento de los otorgantes para entregarlo al señor Mitre doy el presente, que signo y firmo, en Buenos Aires, fecha de su otorgamiento.

Firmado: JOSÉ VICTORIANO CABRAL,
Escribano Público."

MITRE Y PAZ

MITRE Y PAZ

Las dos cartas que van á leerse y cuyo original de la del general Mitre hemos tenido á la vista escrita con tinta violeta y una letra más inteligible que la de sus últimos años, son desconocidas hasta ahora, inéditas. Se refieren á un episodio siniestro atribuído al general don José María Paz, que el general Mitre destruye en reivindicación de la memoria de su ilustre jefe y maestro—como le llamaba—y que los historiadores futuros podrán recoger como un precioso elemento de aquellas épocas memorables que precedieron á la organización de la República.

Son éstas:

Buenos Aires, Julio 21 de 1875.

Señor brigadier general don Bartolomé Mitre.

Señor General: El señor don Domingo F. Sarmiento ha asegurado en el Senado Nacional que, cuando el general Paz dirigió la defensa del memorable sitio de Montevideo, proclamó la guerra de represalias, y se ha expresado en los siguientes

términos: "Entonces el general Paz se resolvió á proclamar la guerra á muerte, la guerra de represalias. Y esa tarde misma cayó prisionero un teniente, me parece, herido con cuatro balazos: Lo traen en una camilla, y el general Paz lo mandó fusilar.

—¿Cómo, señor,—le decían,—si está herido mortalmente?

—No debe morir de sus propias heridas, sino de los balazos que le tiren fusilándolo, en represalia. Así principió la guerra á muerte entre los dos partidos."

Como en aquella época era usted uno de los defensores de la plaza de Montevideo, me permito dirigirle la presente en nombre de los herederos del general don José María Paz, pidiéndole se sirva decirnos si ha oído usted que alguna vez aquel honrado militar haya ordenado la guerra de represalias y mandara fusilar prisioneros heridos.

Me es grato, señor General, presentar á usted las expresiones de mi estimación con que lo saludo, muy atentamente.

Ireneo Rebollo.

Casa de usted, Rivadavia 490.

Señor don Ireneo Rebollo.

Estimado señor: Como testigo presencial durante el sitio grande de Montevideo y como discípulo y amigo del general don José María Paz, me hago un deber en contestar su carta poniendo en claro los puntos históricos á que ella se refiere.

El general Paz, en ninguna parte ni en ningún tiempo, proclamó la represalia ni practicó la guerra de muerte.

En su primera campaña al interior reprobó la ejecución de nueve prisioneros, hecha sin su autorización después de la batalla de la Tablada, no obstante la guerra á muerte que practicaba Quiroga.

Después de la batalla de Caaguazú tomó sesenta jefes y oficiales prisioneros (entre ellos el coronel Salón) y se resistió á ejercitar sobre ellos represalias, no obstante que Rosas practicaba la guerra á muerte.

Durante los dieciséis meses en que el general Paz estuvo al frente de la defensa de Montevideo, no sólo no declaró él la represalia, sino que en ningún caso ordenó por sí ninguna ejecución militar, y menos aun de prisioneros de guerra.

El general Paz, como lo anunció en su proclama en Enero de 1843, aceptó la responsabilidad de la defensa de Montevideo después de la derrota del Arroyo Grande, en nombre de la causa argentina, y conservando su escarapela y su carácter de general argentino, cuidando de no tomar parte en la política interna del Estado Oriental.

Por consecuencia, el general Paz no ha podido declarar por sí las represalias, que era un acto gubernativo que no le competía, ni abrogarse como militar funciones que no tenía, ni quería desempeñar.

Fué el gobierno oriental quien dictó un decreto

aplicando la pena de muerte á los traidores que se tomasen con las armas en la mano, y quien más tarde declaró la represalia.

El decreto sobre los traidores lleva la fecha de 13 de Febrero de 1843 (tres días antes de llegar Oribe al Cerrito) y lleva la firma de don Joaquín Suárez y Melchor Pacheco y Obes. Su tenor es el siguiente: "Todos los individuos del ejército invasor que se tomen serán tratados con las consideraciones debidas á prisioneros de guerra; pero todo oriental ó avecindado en el país tomado con las armas en la mano, ó con la divisa del ejército invasor, será fusilado en el acto por la espalda."

En virtud de este decreto se fusilaron ocho prisioneros orientales, previa sentencia ú orden expresa del gobierno, siendo dos de ellos ejecutados en Santa Lucía por el coronel Estivao, cuatro en la Fortaleza del Cerro y dos en la línea de Montevideo, hallándose aun el general Paz al mando de la plaza. De los dos ejecutados en la línea, uno se llamaba García, desertor de extramuros (es el que fué tomado ligeramente herido) y el otro, que creo se llamaba Tapia, era igualmente desertor de los cuerpos orientales, y ambos oficiales.

La represalia fué declarada del siguiente modo: Habiendo substraído el enemigo de un buque que navegaba con bandera neutral, dos oficiales y dos soldados de nuestro ejército, éstos fueron llevados como prisioneros al Cerrito. Oribe los mandó degollar y horriblemente mutilados, arrojó sus cadáveres á

nuestras avanzadas. Esto sucedía el 7 de Octubre de 1843.

Los cuatro cadáveres fueron puestos en expectación durante todo el día á las puertas de la Policía y sobre banderas nacionales. El pueblo acudió á contemplar aquellas víctimas.

Enterradas en esa misma tarde con honores extraordinarios, el ministro de la guerra Pacheco y Obes y el jefe de policía don Andrés Lamas, pronunciaron dos ardientes discursos sobre sus tumbas, pidienso la represalia.

Como cinco mil personas llenaban el cementerio, y todos indignados y entusiasmados contestaron con un prolongado *¡Sí!*

Al día siguiente (8 de Octubre), el gobierno oriental expidió el decreto declarando la represalia, en estos términos: "Serán irremisiblemente pasados por las armas todos los individuos del ejército de Rosas que sean aprehendidos y pertenezcan á la clase de jefe ú oficial."

Este decreto, hijo de la indignación de un momento en presencia de un acto de cobarde barbarie, no tuvo el carácter de una medida política ó militar, y nunca fué puesto en práctica, habiéndose tomado posteriormente muchos prisioneros, ninguno de los cuales fué ejecutado.

Satisfechas sus preguntas en honor de la verdad, me suscribo de usted atento servidor y compatriota.

Bartolomé Mitre.

S/c. Julio 29 de 1875

La espada del general don José M. Paz figura entre los más preciosos objetos del Museo Histórico de Buenos Aires, al lado de la del bayardo de nuestros ejércitos general don Juan Lavalle. El general Mitre, que la había recibido de manos de las hijas del glorioso jefe, le dió ese destino, mostrándose grande y desprendido como siempre, entendiendo que era allí donde debía estar más que en su poder.

Las tres cartas que van á continuación y que por primera vez se publican, establecen la forma cómo se produjo la donación de la espada del ilustre vencedor de Caaguazú y su envío al Museo Histórico:

Señor brigadier general don Bartolomé Mitre.

Señor General: Las dos hijas que existen hoy del señor don José María Paz, Margarita y Rosa, mi esposa, agradecen sinceramente la buena voluntad de usted y su poderoso contingente para salvar de la calumnia el nombre honrado y virtuoso que su padre les legó.

Desde el terreno en que tuvo lugar la batalla de Caaguazú, el general Paz mandó para sus hijas la espada que usó en aquella campaña y en aquel combate.

Esta espada no tiene valor ni mérito artístico alguno. No es, pues, otra cosa que el recuerdo de una de las victorias de aquel militar: y en este

sentido únicamente, sus herederos, invocando el aprecio que el general Paz tenía por usted, se permiten presentársela; y le piden que la acepte como un testimonio de respeto y gratitud.

En cuanto á mí, señor, también aprovecho esta oportunidad para manifestarle mi reconocimiento á sus atenciones y deferencias cuando tuve el honor de presentarme á usted.

Lo saludo muy atentamente y me repito de usted su seguro servidor q. b. s. m.

Ireneo Rebollo.

Casa de usted. Agosto 15 de 1875.

Señor don Ireneo Rebollo.

Estimado señor: Recibí oportunamente su muy apreciable carta de 15 de Agosto, y con ella la espada que el ilustre general don José María Paz llevaba en Caaguazú, y que en nombre de sus dos hijas doña Margarita y doña Rosa se digna usted ofrecerme, con palabras benévolas que agradezco como debo.

Sírvase usted manifestar en mi nombre á las dignas hijas del ilustre general Paz mi profunda gratitud por la inmerecida distinción que les he merecido, y que sólo acepto en homenaje á la gloriosa memoria del que en los primeros años fué mi general y mi maestro, y que en los últimos años fué mi amigo.

No me considero, sin embargo, digno de guardarla, y creo, por otra parte, que en mi poder esa espada no está donde debe estar.

Antes de ahora he recibido objetos que han pertenecido á hombres ilustres de nuestro país. Entre ellos se cuenta la faja, la corbata ensangrentada y la espada del general Lavalle al tiempo de morir. Esos objetos figuran hoy en el Museo Público de Buenos Aires al lado de otros recuerdos gloriosos, que el pueblo va allí á contemplar con amor y respeto.

Creo que la espada del general Paz estaría bien al lado de la del general Lavalle. Ambas simbolizarían unidas en aquel lugar, los trabajos y esfuerzos de los dos ilustres campeones de la libertad argentina en su lucha contra la tiranía.

Así, por lo mismo que estimo en mucho el precioso presente que he merecido de las hijas del general Paz y de usted, creo que estaría mejor que en mis manos en ese establecimiento público, donde se conservase perpetuamente, estableciendo desde luego la autenticidad del objeto por medio de la carta que usted se ha servido dirigirme, ó por otra en ese sentido, si á usted le pareciese mejor.

En consecuencia, si fuese del agrado de las hijas del ilustre general Paz que esa gloriosa espada figure en nuestro Museo, yo me haría cargo de presentarla en su nombre ó en el mío, si se dignaran darme su autorización: ó si fuese más de su agrado que yo la conservase, no tengo sino reiterar el profundo agradecimiento hacia ellas, que antes he manifestado.

Por lo demás, en cuanto á la parte que usted se refiere en su carta sobre vindicar como correspon-

día la gloriosa memoria del general Paz, no he hecho sino cumplir un deber de justicia y de verdad, honrando como corresponde el nombre del primer general de nuestros ejércitos, del ciudadano más austero y del hombre más fuerte y más moderado, así en la prosperidad como en el infortunio.

Ruego á usted me dispense si antes no he contestado á su carta, por causas ajenas á mi voluntad.

Sírvase usted ponerme á los pies de las dignas hijas del ilustre general Paz, doña Margarita y doña Rosa, y acepte la consideración con que lo saludo.

Su afmo. compatriota y S. S.

Bartolomé Mitre.

S/c. Setiembre 14 de 1875.

Señor brigadier general don Bartolomé Mitre.

Señor General: He recibido su muy apreciable carta fecha 14 del presente mes. Fué nuestra voluntad que conservara usted como un testimonio de respeto y gratitud, la espada que el general Paz usó en la campaña y en la batalla de Caaguazú. Cuando tuve el honor de presentársela en nombre de las hijas de aquel general, dejé cumplido el deseo de ellas y el mío á la vez.

Pero si usted opina que esa espada debe estar en el Museo Público al lado de la del ilustre general Lavalle, y quiere usted darle ese destino, está usted, por nuestra parte, autorizado para mandarla

allí á su nombre, sirviéndose para ello de mi carta fecha 15 del mes anterior, si lo creyere necesario.

Reitero á usted mis expresiones de respeto y aprecio, y tengo el gusto de saludarlo muy atentamente, su seguro servidor q. b. s. m.

Ireneo Rebollo.

Casa de usted, Setiembre 16 de 1875.

MITRE Y GARIBALDI

MITRE Y GARIBALDI

El primer día de su llegada á La Plata, llevado, como queda dicho en otro lugar, por la corrección de su traducción de Horacio, el General se quedó á comer en la casa de don Antonio Bilbao la Vieja, su pariente político.

Nosotros estábamos también invitados á sentarnos en la mesa, donde sólo se reunirían personas de la familia.

Cuando llegamos, el General se paseaba en el fondo de la casa abstraído en sus pensamientos.

Al darle las buenas noches, le dijimos:

—¿Sabe General que hace poco, con motivo del aniversario italiano del 20 de Setiembre, publicamos en *La Mañana* un artículo suyo que quizá usted ya no recuerda?

—¿Cuál?—preguntó el General con interés.

—Uno en que usted refiere un interesante episodio del sitio de la nueva Troya y en que hace un retrato físico y moral del inmortal Garibaldi, su compañero y amigo de aquella epopeya.

—¡Ah, sí!—contestó inmediatamente el Gene-

ral;—ese artículo lo recuerdo, fué de mis primeros trabajos; lo escribí al pie de una pieza de artillería, frente al enemigo y mientras el cañoneo se había interrumpido por algunas horas.

El General nos puso en seguida de relieve la figura arrogante y caballeresca del héroe de San Antonio.

Rendimos un tributo á la memoria del glorioso Garibaldi y de homenaje á los millares de italianos que comparten con nosotros la actividad del trabajo, reproduciendo íntegramente el citado artículo.

GARIBALDI

UN EPISODIO TROYANO.—RECUERDOS DEL SITIO GRANDE DE MONTEVIDEO

En el año de 1850 escribió Alejandro Dumas un pequeño libro, indigno de su maravilloso talento, cuyo título, sin embargo, será inmortal.

Al cumplirse el séptimo año del famoso sitio de Montevideo, el fecundo novelista dió por inspiración á esta heroica ciudad y á su libro el título de *Nueva Troya*, con que pasará á la posteridad.

El sitio de la Nueva Troya del Plata duró diez años, como el de Ilión; pero, más feliz que ella, en vez de caer, triunfó. Dentro de sus débiles murallas, artilladas con los viejos cañones de hierro que servían de postes en sus calles, se salvó la causa de la civilización y de la libertad del Río de la Plata.

El mundo, en vez de confederarse contra ella, como el mundo griego contra los hijos de Priamo, vino en su auxilio, y sucesivamente la Francia, la Gran Bretaña y el Brasil le prestaron su apoyo, dándose cita en su recinto sagrado para combatir por su causa, todas las razas viriles de la tierra que persiguen un ideal.

La historia del sitio de Montevideo, con sus homéricos combates diarios, con sus hazañas que se dirían fabulosas, con sus héroes que sin necesidad del auxilio de los diososes mitológicos nada tienen

que envidiar á los de la Iliada, es una epopeya, que tiene la unidad de la acción y de la idea, realizada por la severa poesía de la verdad.

Y para que nada faltase á esta analogía entre la antigua y la nueva Troya, Montevideo tuvo también su Patroclo, en torno de cuyo cadáver se trabó un combate heroico, cuyo héroe, más grande que Aquiles y que Ayax, ha merecido la admiración y la simpatía del mundo entero.

II

Era Montevideo en 1843 una ciudad cosmopolita, en toda la acepción de la palabra.

Al tiempo de ser sitiada por el ejército del tirano Rosas, al mando del degollador Manuel Oribe, de siniestra celebridad, su población se componía de *treinta y un mil habitantes*. De éstos, sólo *once mil* eran nacionales de todos sexos y edades, incluyendo en el número casi una mitad de negros emancipados, criollos unos y africanos los más.

Los veinte mil restantes, casi en su totalidad hombres de armas llevar, eran emigrados argentinos, franceses, españoles, italianos, brasileros, norteamericanos, portugueses, ingleses, y de otras nacionalidades de Europa y América. De estos veinte mil hombres, las tres cuartas partes (15.488, según el censo) correspondían á las nacionalidades argentina, francesa, italiana y española, que constituían su nervio.

Los proscriptos argentinos, enarbolando en sus

sombreros su escarapela azul y blanca, formaron una legión en número de más de quinientos hombres, bajo la dirección del general de la independencia don Eustaquio Díaz Vélez, la que quedó al fin al mando del comandante Juan Andrés Gelly y Obes, hoy general de la República Argentina.

Los franceses se organizaron en batallones, en número de más de 2000 hombres, formando los vascos un cuerpo aparte; y cuando sus representantes diplomáticos les exigieron que depusiesen las armas, abandonaron su cucarda tricolor y aceptaron los colores nacionales, coronando las astas de sus banderas con el gallo de las Galias y las águilas napoleónicas.

Los españoles, en número como de 700 hombres, acudieron á las trincheras, enrolándose como artilleros de plaza.

Los italianos, mandados por Giussepe Garibaldi, formaron también una legión, fuerte de más de 600 hombres, y adoptaron por enseña una bandera negra, en señal de duelo por la patria esclavizada, en cuyo centro se veía el Vesubio en erupción, símbolo de la llama republicana que ardía en sus corazones.

El núcleo del ejército de la defensa lo componían cinco batallones de infantería y un regimiento de artillería formados de negros libertos, mandados en su mayor parte por oficiales argentinos. El resto, hasta el completo de siete mil hombres, lo formaban tres batallones y algunos escuadrones de guardia nacional activa, que en gran

parte se pasaron al enemigo en los primeros meses del sitio, por pertenecer al partido Oribe, denominado blanco.

Mandaba este ejército el general argentino don José María Paz, que á la prudencia de Fabio, reunía la táctica y las virtudes de Epaminondas y de Turena.

El célebre abogado francés Chaix D'Est-Ange, pretendiendo hacer la caricatura de este ejército ante la corte de los *Assises* de París, hizo de él un elogio inconsciente, que la historia recogerá con toda su amarga ironía para honor de la humanidad. Decía Chaix D'Est-Ange, dirigiéndose al general Melchor Pacheco y Obes,—uno de los héroes del sitio de Montevideo, argentino de nacimiento y oriental por elección:—«Os concedo todo, no regatearé nada de vuestros combates, de vuestras victorias, de vuestra generosidad, ilustre defensor de la República del Uruguay; desde que traéis la prueba de todo esto en certificados subscriptos por una docena de generales, jefes de ese ejército, compuesto de negros, de franceses, de italianos, de naturales de todos los países...bandas de proscriptos, escoria de todas las naciones...aventureros de todas partes, médicos sin enfermos, artesanos disipados, enemigos de todas las sociedades modernas, que en París, como en Montevideo, como en Roma, tienen siempre un brazo y una pluma al servicio del desorden.. mandados por generales como *ese* Garibaldi, á quien por lo demás *conocéis muy bien...*»

Pacheco y Obes replicó á su sarcástico conten-

dor en la lengua de Lafayette y con el acento y la elocuencia del general Foy, que era su modelo:— «Se hace burla de nuestras guerras y nuestras batallas, y nuestros ejércitos han sido comparados con pelotones de soldados. Si esto no es del todo cierto, la verdad es que somos muy pequeños. Nuestra población no pasa de 180.000 almas. Es muy poco, en efecto, pero con esos 180.000 habitantes, hemos encontrado 12.000 combatientes, teniendo al frente un ejército doble en número, y hemos luchado durante nueve años. Hoy nos quedan 5000 hombres, y entre ellos deben contarse á los que, niños aun á la llegada del enemigo, han podido tomar las armas cuando la edad se lo ha permitido. Los demás han perecido bajo el fuego del enemigo, porque en esas batallas tan pequeñas, de que se acaba de hacer mofa, se muere, señores! Y ¿acaso en vuestras grandes batallas se hace otra cosa?»

Estas valientes palabras produjeron una profunda sensación en el tribunal y en la barra. La generosa fibra francesa se sintió estremecida. El general Pacheco, acentuando entonces su defensa con un golpe atrevido agregó: «En cuanto á mí, no necesito certificado de honor. Cuando se duda del mío propio, es por el mismo que lo pone en duda por quien voy á hacérmelo otorgar.» Y el sarcástico Chaix D'Est-Ange, provocado á una explicación por el general de los negros y de la escoria de los proscriptos del mundo, tuvo que dársela plena y cumplida en honor de la verdad y de la justicia.

Antes de que esto tuviera lugar, ya se había le-

vantado en la tribuna francesa la elocuente voz de Thiers, sosteniendo la causa de la nueva Troya del Plata (que Alejandro Dumas no había bautizado aún), dando al tirano Rosas el dictado de bandido (brigand) y á Montevideo el de heroica, reconociendo á sus hijos desheredados de la bandera tricolor, como dignos hijos de la patria que lo estigmatizaba ante un tribunal francés.

Y más tarde, cuando llegaron para la Francia los días de desgracia y de prueba, cuando Chaix D'Est caía como cómplice del despotismo de Napoleón III, y cuando Thiers se levantaba proclamando la república necesaria, *ese* general Garibaldi, *mal conocido* por la Francia, seguido por la banda de aventureros «escoria de las naciones que acaudillaba en Montevideo», presentó al republicano Gambetta la única bandera arrancada en el campo de batalla de manos del enemigo en la guerra Franco-Prusiana.

Volvamos á Montevideo.

III

Era el día 17 de Noviembre de 1843, y empezaba á amanecer.

La mañana estaba nublada, y á la distancia apenas se percibía la silueta del Cerrito, cuartel general del ejército sitiador.

La línea de fortificación de la plaza, que es extendida de mar á mar, cerrando la península en que está fundada la ciudad de Montevideo, presentaba un

aspecto pintoresco, con su infantería formada al pie de la muralla, y sus artilleros con las mechas encendidas al pie de sus piezas: á la izquierda se veía su flotilla de cañoneras mandadas por Garibaldi, que prolongaba la línea en las aguas de la bahía, terminando en su famoso Cerro, y á la extrema derecha el cementerio donde se enterraban los muertos de la defensa, coronado por una batería á barbeta batida por las olas del sur. Entre las líneas avanzadas de los beligerantes, se veían las escuchas de uno y otro campo, que cambiaban algunos tiros, produciendo el efecto de relámpagos en medio de la niebla.

Desde la batería central denominada del 25 de Mayo, coronada por un alto caballero artillado con siete piezas de á 24, se dominaba todo este paisaje. En aquel momento, una columna de infantería, precedida de algunos guerrilleros, salía por el portón del centro. Componíala el batallón 3° de línea, formado de negros libertos, al cargo de su mayor Juan Antonio Lezica (argentino) y una parte de la legión italiana. Marchaba á su cabeza como jefe de vanguardia el coronel José Neira, oriundo de Galicia, naturalizado en la República Oriental, que había empezado su carrera militar en Buenos Aires, combatiendo contra los ingleses en 1806 y 1807. Era un hombre como de sesenta años, de fisonomía acentuada, tez encendida y cabellos blancos: montaba un caballo blanco, y llevaba al cinto una espada y un par de pistolas. Media hora después, aquella columna ocupaba las posiciones avanzadas

del centro, situadas como á una milla á vanguardia de la línea de fortificación, desalojando de ella al enemigo á balazos.

Pocas horas más tarde, el vigía de la plaza, que era dirigida por el comandante Alberto Lista (argentino) enarbolaba la señal de que fuerzas enemigas avanzaban sobre el centro de nuestra línea de vanguardia Dirigíme hacia aquel punto desde la batería del Caballero en que a la sazón me encontraba, y al pisar la azotea del mirador donde estaba aquélla situada me encontré con el coronel Garibaldi, que apoyado con ambos .brazos sobre el parapeto y con la mirada perdida en el espacio, contemplaba el paisaje ó meditaba tal vez mirando hacia el interior de su alma.

Tenía yo entonces veinte y dos años, y la personalidad de Garibaldi ejercía sobre mi imaginación una especie de fascinación, que me atraía irresistiblemente por las hazañas que de él había oído relatar, y por una especie de misterio moral que la envolvía Sólo tres veces le había visto en mi vida, sin tener ocasión de hablar íntimamente con él. La primera vez que lo conocí fué al abandonar el servicio de la república riograndense, donde había dejado una fama novelesca por su coraje y por su elevación moral. Brindaba con varios proscriptos italianos que entonaban el Himno de la Joven Italia, cuyo coro acompañaba él con voz dulce y vibrante, mientras comía con un pedazo de pan una salsa de ajos preparada á la genovesa, bebiendo un vaso de agua pura. Me dió la idea de

un hombre que tenía en sí la embriaguez sagrada, y que no necesitaba de ningún estimulante extraño á su naturaleza para elevarse á la región del entusiasmo sereno. La segunda vez se me presentó tranquilo, dominador como el genio del combate, de pie sobre la popa de un pequeño barquichuelo artillado con tres piezas, llevando á remolque dos lanchas cañoneras, con las cuales desafiaba el poder de la escuadra del tirano Rosas, que bloqueaba el puerto de Montevideo. Embarcaciones y hombres parecían obedecer al impulso de su voluntad y entonces comprendí su poder de atracción en medio del peligro. La última vez, le había visto por acaso en el cuartel de la Legión Italiana. Anzani, su segundo jefe, que era la vara férrea de la disciplina del cuerpo, le dirigía estas palabras en momentos de disponerse á ejecutar un castigo en varios legionarios. «*Andate!* Tú no sirves para esto!» Y Garibaldi había obedecido en silencio á su segundo, parándose á caballo á la puerta del cuartel! Ejecutado el castigo, la legión salió en columna, templada como una espada de acero, y prorrumpió en *¡vivas!* entusiastas á Garibaldi, que la condujo ese mismo día al combate, con aquella irresistible atracción magnética que tenía en sí, y que era mayor en los momentos desesperados.

Quise aprovechar la ocasión de interrogar aquel enigma vivo, y extracto de mi diario militar la impresión profunda que me causó la conversación que en ese día tuve con él. Me penetré de que era un republicano apasionado, por convicción y

temperamento. Bajo un exterior modesto y apacible, ocultaba un genio activo y una cabeza poblada de grandiosos sueños. Su sueño por entonces era desembarcar en las costas de la Calabria con su legión de voluntarios dando la señal de la resurreción italiana, y morir en la demanda si no alcanzaba á clavar la bandera de la redención en el Capitolio de Roma. Su lenguaje al hablar de esto era apasionado y lleno de colorido, revelando un hombre instruído, con más sentimiento que ideas. Me expuso brevemente su teoría política, á propósito de los males que afligían á la América del Sud, á los cuales no veía más remedio que nuevas revoluciones para destruir los abusos, y nuevas guerras que la purificasen. Su palabra, aunque arreglada al ritmo de la moderación, era imperativa y dogmática. La impresión que me dejó fué la de una cabeza y un corazón en desequilibrio, un alma animada al fuego sagrado con tendencia á la grandeza y al sacrificio, y la persuasión de que era un verdadero héroe en carne y hueso con un ideal sublime, con teorías de libertad exageradas y mal dirigidas y que tenía en sí mismo los elementos para ejecutar grandes cosas.

Desde aquel día no dudé que Garibaldi sería con el tiempo el héroe de la Italia libre, y en la correspondencia que hemos mantenido en estos últimos tiempos, he tenido ocasión de recordarle los grandes destinos que en mi entusiasmo juvenil le predije entonces.

En aquella época tenía Garibaldi 36 años de edad.

De estatura mediana, con anchas espaldas y miembros vigorosos y bien distribuídos, su persona tenía cierta pesadez, que se desenvolvía, empero, en ademanes fáciles y medidos, acentuados por el balance cadencioso del marino que cree sentir bajo sus plantas el movimiento de las olas agitadas. Su fisonomía era plácidamente grave, y la sonrisa se dilataba en ella, sin alterar su carácter con ningún gesto. Sus ojos azules sólo revelaban la excitación de su ánimo, cuando tomaban un tinte sombrío como el de la mar al parecer tranquila, que guarda la tempestad en su seno. Las líneas de su perfil correctamente griego eran rígidas y austeras. Su cabeza abultada y bien modelada, que llevaba siempre erguida poblada de una cabellera rubia larga y sedosa á la nazarena, con una barba entera de tinte rojizo, á que el sol daba reflejos leonados, hacía recordar los bustos de los héroes antiguos vaciado en el tipo ideal que se ha dado á las imágenes de Cristo. De tez blanca y color encendido por la sangre generosa, tenía en sí los elementos de la belleza y de la fuerza física, pero su belleza era más bien moral, como lo era su poder de atracción respecto á las masas y el ascendiente de su valor firme y sereno en medio de los grandes peligros.

Garibaldi no usaba en aquella época la camiseta roja de sus legionarios de Montevideo, con que se presentó más tarde á la Europa como una aparición fantástica, en el sitio de Roma por los franceses. Su traje era una levita azul, sin ninguna insignia, de cuello militar vuelto, con una doble

botonadura dorada, constantemente abrochada de arriba abajo. Llevaba un sombrero blanco de castor, cilíndrico y alto de copa, con ala ancha doblada hacia arriba como la visera levantada de un casco de la edad media. Por un movimiento maquinal en él, su gesto más enérgico en medio del fuego, era llevar la mano al ala de su sombrero, doblándola más hacia arriba, como para descubrir mejor su espaciosa y abovedada frente.

Mi estudio en aquella personalidad interesante y nuestra conversación, fueron interrumpidos por un tiroteo que súbitamente se hizo sentir al centro de nuestra línea de vanguardia. Eran como las 12 del día. El fuego empezó á arreciar por grados, y poco después la vigía enarboló la bandera roja de alarma coronando el pabellón nacional, tocando generala los tambores y las cornetas de toda la línea.

Garibaldi bajó de la vigía y montó en un caballo rosillo enjaezado con el recado brasilero de cabezadas altas, que usaba desde sus campañas en Río Grande, dirigiéndose á galope hacia el lugar donde se sentía el fuego, después de dar orden para que el resto de su legión se reuniera y le siguiese.

IV

He aquí lo que había sucedido:

El coronel Neira, aunque anciano, era un hombre enérgico, testarudo y de sangre caliente: no satisfecho con haber desalojado á las guerrillas enemigas de los puestos avanzados, se había empeñado

más tarde en llevar un ataque parcial sobre sus guardias del centro, situadas á inmediación del punto denominado «Las Tres Cruces». Al efecto se puso al frente de una guerrilla como de veinte á treinta hombres, y avanzó resueltamente con ella, rompiendo la línea avanzada de los sitiadores y obteniendo en el primer momento algunas ventajas. El enemigo, reconcentrando sus reservas, reaccionó vigorosamente, trabándose un reñido combate, del que resultó la derrota de la guerrilla y la muerte de Neira, después de hacer éste una resistencia tenaz por no entregarse prisionero.

El cadáver de Neira cayó en terreno enemigo, como á treinta ó cuarenta pasos á vanguardia de una zanja con cerco vivo, que los sitiadores ocupaban habitualmente. Disponíanse éstos á apoderarse de él y arrastrarlo á su campo cuando súbitamente fueron sorprendidos por un vivo fuego que partía de la zanja el cual les obligó á replegarse á sus reservas. Desde ellas trajeron con mayores fuerzas un ataque al cadáver, pero fueron otra vez rechazados, y sucesivamente en otro tercer ataque, dejando en el campo varios muertos. Los que así defendían el cadáver de Neira, eran trece soldados negros de la guerrilla dispersa que al mando del alférez José María Ortiz que era entonces casi un niño, habían hecho pie firme en aquella posición. El alférez Ortiz (argentino) recibió una espada de honor en premio de esta señalada acción.

Los enemigos, reforzados, que habían descubierto la pequeña fuerza que sostenían la zanja y que

podían notar el desconcierto de la reserva con la pérdida de su jefe, habían organizado un cuarto ataque Ya se disponían á apoderarse del cadáver y forzar la posición cuando se presentó Garibaldi en su caballo rosillo, con su sombrero blanco echado hacia atrás llevando en la mano un sable-espada de caballería que había arrancado de manos de un soldado. A su vista, á su voz todos se sintieron héroes. Los dispersos se reunieron, la reserva reforzada por el batallón de Extramuros al mando del comandante Francisco Tajes (oriental), avanzó en orden y tomó posiciones, al mismo tiempo que los trece soldados negros, abandonando su actitud definitiva, con Garibaldi á la cabeza, rodearon como una guardia fúnebre el cadáver de Neira, disparando en su honor tiros á bala sobre el enemigo.

Para realizar una hazaña parecida bajo los muros de la antigua Troya, fué necesario según lo ha cantado Homero en versos inmortales, que Minerva tomase la figura del padre de Manelao—porque Aquiles no se atrevía á combatir sin las armas invulnerables de Vulcano—y estimulara á aquél á no dejarse arrebatar el cadáver de Patroclo, para evitar á los griegos el oprobio de que los perros de Ilión lo devorasen. Aquí fué ejecutada sin la intervención de falsos dioses, por un niño al mando de trece negros, bajo las órdenes de un héroe vulnerable desde la cabeza hasta el talón, que les dirigió esta sencilla proclama: «No dejemos que le corten la cabeza para clavarla en el Cerrito.»

El combate se trabó encarnizado y sangriento en

torno del cadáver. Pero no obstante las buenas disposiciones tomadas por los de la plaza, la situación de Garibaldi, recibiendo á campo abierto con un puñado de hombres los fuegos reconcentrados del enemigo llegó á hacerse insostenible. Los sitiadores, considerablemente reforzados por fuerzas superiores que desde el Cerrito habían venido en su auxilio, se disponían á dar una carga decisiva. Garibaldi, resuelto á no abandonar el cadáver, levantó en alto su espada-sable y doblando con gesto heroico el ala de su sombrero blanco, dió con voz estridente la orden de calar la bayoneta.

Hacía más de una hora que duraba el combate. En aquel momento supremo, se oyó á la distancia el toque ronco y convulsivo de un tambor que no se confundía con ningún otro; era el tambor de la Legión Garibaldina, que sonaba á retaguardia la orden de carga dada por su jefe. Momentos después la Legión italiana desembocaba á paso de carrera y dando alaridos, en la plazuela llamada de la Cordobesa, haciendo flamear al soplo del entusiasmo su bandera negra surcada por las llamaradas del Vesubio. Simultáneamente llegaban los batallones 4° y 5° de cazadores mandados por el comandante César Díaz (oriental), y por el comandante Felipe López (argentino), y un piquete de la Legión Argentina á cargo de su mayor Juan Andrés Gelly.

Más de 1500 hombres por cada parte se concentraron en el espacio de trescientas varas de frente. Garibaldi, por orden del coronel Faustino Velasco (argentino), jefe de la línea exterior, tomó el man-

do en jefe. El combate se hizo general desde las respectivas posiciones. Al cabo de cerca de una hora de nutrido fuego por ambas partes, se oyó un redoble prolongado: el fuego de los de la plaza cesó súbitamente. Momentos después, el mismo tambor ronco y vibrante de la Legión sonaba la carga á la bayoneta, y Garibaldi, al frente de dos columnas de ataque que convergían hacia el punto de las Tres Cruces, arrollaba al enemigo matándole 36 hombres, y se apoderaba de esta posición que era la llave de la línea avanzada de los sitiadores.

En el Cerrito se había enarbolado también la bandera de alarma, y todas sus reservas concurrían apresuradamente al punto atacado, formadas en gruesas columnas vestidas de colorado, que las hacía destacarse entre las verdes arboledas de la campaña.

Era prudente emprender la retirada, á menos de comprometer una batalla sin objeto, y Garibaldi, por orden del General Paz, dió la señal, cubriendo personalmente la retaguardia. Los enemigos, considerablemente reforzados, intentaron atacar las columnas de la plaza al tiempo de volver á ocupar sus posiciones, pero dos piezas de artillería al mando del teniente Emilio Mitre (hoy general argentino), situadas á prevención en la plazuela de la Cordobesa, rompieron el fuego y contuvieron el avance, efectuándose la retirada en perfecto orden.

A las 6 de la tarde, la columna de la plaza llevando en triunfo á su cabeza, el cadáver ensangrentado del coronel Neira, escoltado por los 13

negros que lo habían arrancado de manos del enemigo, entraba á las trincheras por el portón del centro, á tambor batiente y banderas desplegadas, en medio de las aclamaciones de la guarnición. Garibaldi, sereno y modesto, marchaba en su caballo rosillo al lado del cadáver.

V

Los funerales de Neira tuvieron también un carácter épico.

La viuda de Neira, respetable matrona argentina, sobrina del ilustre patriota de la independencia don Feliciano Chiclana, en cuya frente nublada por el dolor brillaban los reflejos de luna en su ocaso, se acercó vestida de luto al féretro descubierto; contempló el cadáver en silencio sin derramar una lágrima, y besando amorosamente su frente inanimada, le dijo con acento conmovedor y profundo: —«Adiós, Neira, ¡has muerto por tu patria adoptiva!»

Los cuatro jefes de batallón, acompañados por el alférez Ortiz y presididos por Garibaldi, que juntos habían salvado el cadáver, cargaban su féretro como un premio expresamente concedido á ellos por decreto de gobierno.

Estos eran los únicos premios que se concedían en la defensa de Montevideo, donde en diez años no se pagó un solo sueldo, y donde sólo se distribuía una ración á cada soldado para no morirse de hambre.

Garibaldi pasaba las noches á obscuras porque no tenía velas con que alumbrarse, y el día de los funerales llevaba su traje de combate, porque era el único que tenía.

En los funerales de Patroclo lloraron hasta los caballos de Aquiles. En los de Neira, todos los defensores de Montevideo se sintieron hombres capaces de sacrificarse hasta por los despojos mortales de sus semejantes!

BARTOLOMÉ MITRE.

LA ENFERMEDAD DEL GENERAL

LA ENFERMEDAD DEL GENERAL

I

El General padecía, como se sabe, de una enfermedad al brazo que le ocasionaba fuertes dolores y que sólo él era capaz de soportar con su organismo de acero y su inmensa voluntad.

Esos dolores recrudecieron en los últimos tiempos y fueron muchas las noches de insomnio que le proporcionaron sin habérsele sentido jamás una queja. No fué, sin embargo, y como generalmente se ha creído, esa dolencia que precipitó su fin. El testimonio irrecusable que hemos recogido de labios de sus abnegados médicos, atestigua que la enfermedad que hizo desaparecer esa gloriosa vida fué derivada de la *colitis* que lo puso en cama y reagravada con la resistencia de su organismo á asimilar los alimentos.

Hay error en la creencia igualmente generalizada y que algunos escritores han recogido, de que la enfermedad al brazo del Ge-

neral databa de veinte ó más años atrás. Se ha hecho una confusión al respecto y cabe aclararla en este capítulo. El General sufrió por aquellos años un absceso seroso en el brazo *derecho* que lo molestaba bastante y que fué necesario operar, desapareciendo todo rastro de la enfermedad. Su mal de los últimos años era al brazo *izquierdo* y de la coincidencia de los dos padecimientos distintos proviene el error.

Como comprobación de nuestro aserto de que la enfermedad en aquellos años era pasajera y al brazo *derecho*, podemos citar el testimonio del mismo General que en una carta escrita de su puño y letra en 1886 y dirigida á su viejo é íntimo amigo doctor don Andrés Lamas y cuya copia nos ha sido proporcionada por un hijo de este ilustre hombre público y notable escritor, le decía:

Señor doctor don Andrés Lamas.

Mi querido amigo: Le agradezco el envío del ejemplar de la Revista, en que se da cuenta de la fiesta promovida por su hijo en honor de San Martín.

Aun cuando en este momento *La Nación* está recargadísima de materiales á que tiene que dar salida, yo procuraré hacer un extracto de todo,

pues como hay que traducir del francés, el trabajo de selección se hace más delicado, pero no podré hacer esto hasta mañana, pues en estos momentos estoy recargado de atenciones.

Escribo, por otra parte, con dificultad, pues se me ha producido un derrame seroso en el codo del brazo derecho, que además de los dolores, me obliga á permanecer constantemente vendado con vendas elásticas y cáusticos, siendo opinión de los médicos que al fin tendrán que operarme para extraer el líquido que llena el absceso.

Quedo siempre muy suyo.

B. Mitre.

S/c. Marzo 30 de 1886.

II

La enfermedad del general Mitre, prolongada durante cincuenta y cuatro días, en medio de la expectativa de un pueblo entero, que en cuanta forma es dable imaginar la seguía con intensa emoción sin un día ni un momento de abandono, es otro de los casos que hacen del General uno de los organismos más fuertes y resistentes que se hayan conocido. Es realmente asombroso, que casi á los 85 años, trabajado por las fatigas de las campañas militares y el estudio, las preocupaciones y las inmensas responsabilidades, pueda resistirse un

mal desde el primer día grave, y, desgraciadamente, de pronóstico fatal. Lo es más todavía que pudiera mantenerse durante cinco días sucesivos sin recibir mínimo alimento, sostenido únicamente por su sola vitalidad nerviosa. Si la vida del General fué gloriosa, puede decirse que también lo fué su muerte.

El doctor Piñero, en uno de esos días de ansiosas incertidumbres, nos refirió una escena que vamos á reproducir para demostrar hasta dónde llegaba la fortaleza, la serenidad y el estoicismo de este hombre.

Un mes, poco más ó menos, antes de caer enfermo, el doctor Piñero fué á visitar al General como frecuentemente tenía por costumbre. Lo encontró en su escritorio escribiendo. El doctor Piñero, con un respeto que era al mismo tiempo un reproche disimulado, le observó:

—Esto no está bien, señor. Usted no debiera trabajar á esta hora; hace poco que ha almorzado y necesita hacer tranquilamente su digestión.

El General lo miró y con una sonrisa llena de melancolía, le contestó:

—Vea, mi amigo, si yo ya no trabajo. Esto que estoy haciendo son unos apuntes, unas cartas, trabajos de "última hora", mi amigo, porque me siento mal y comprendo que mi fin

se va acercando. He vivido ya lo suficiente y puedo morir en paz con Dios y con los hombres.

—¡Cómo es eso!—le replicó el doctor Piñero,—un hombre de su optimismo pensando en esas cosas...

—¡Ah! mi amigo, es que ya no me hago ilusiones y siento que me liquido. Y esto es,—agregó,—lo que debe ser y lo que yo también deseo.

—General, usted tiene que vivir mucho todavía.

—No, doctor, y se lo diré. Mi dos grandes placeres en la vida y ahora más que nunca que he dado por concluída mi carrera pública, han sido el estudio y la meditación. En el estudio encuentro un verdadero bienestar y cuando dejo de estudiar medito, paso revista á los hechos de mi vida y siento en ello un placer inefable, especialmente cuando, concretando mi pensamiento en algún acto de mi pasado, encuentro que si tuviera que volverlo á hacer lo haría exactamente como entonces. Hoy, doctor, no puedo darme esos placeres; no puedo estudiar ni meditar porque estos dolores al brazo son atroces. Ya ve, usted, que no necesito ni quiero vivir más.

El doctor Piñero escuchó conmovido esta conversación y quiso disuadir á su ilustre enfermo de tales ideas; pero una réplica de con-

vencido y de fuerte lo hizo fracasar presentándose el caso de que el paciente había dominado al médico y desconcertado al amigo.

Durante la larga enfermedad, el pensamiento fijo del enfermo estuvo en la muerte, fastidiándole mucho cuando sus deudos y sus médicos le hacían entrever la esperanza de una mejoría. "Quiero morir,—repetía frecuentemente—porque he concluído mi misión en la tierra" y en una frase dicha en su lecho de dolor compendiaba todo su pensamiento:

—Esta postdata va siendo demasiado larga,

El doctor Güemes, otro de sus médicos abnegados, asombrado de la fortaleza del General, nos decía:

—Este es un caso que nos tiene burlados y escapa á toda previsión. Todos los autores, incluso Charcot, tratándose de enfermos de la clase y la edad del General, sostienen que el primer síncope es rigorosamente fatal y sólo por excepción se producen dos, siendo este último igualmente fatal. Y bien; el General, entre síncopes y amagos que hemos podido conjurar á tiempo, ha sufrido doce y vive todavía!

El General, mientras no llegó al fatal estado del letargo del cual pasó á la agonía y á la muerte, conservó intactas todas sus extraordi-

narias facultades, manteniendo su memoria y la plena lucidez de sus ideas. En más de una ocasión conversó sobre asuntos de política interna y externa, siendo á este respecto sorprendente cuando disertó desde su cama de enfermo sobre la composición personal y política del nuevo gabinete inglés.

El General estuvo frecuentemente malhumorado y su temperamento seco y dominante se revelaba cada día

Entre el personal de asistencia que tenía á su servicio, había un enfermero al cual le había tomado una ojeriza terrible Era que este buen enfermero no lo abandonaba un solo instante aunque el General lo echase enérgicamente de su dormitorio.

Uno de esos días, estaba más nervioso que de costumbre. Entraron los médicos y practicantes y á todos los hizo salir de la habitación con una palabra breve y autoritaria. Sólo quedaba en ella el enfermero que era su sombra. El General, mirándolo fijamente, le preguntó:

—Dígame amigo ¿á qué sabe jugar usted?

El enfermero todo confundido, le contestó:

—Yo, señor General, á nada

El General le replicó de mal talante:

—Entonces, es usted un "sonso".

El enfermero se puso lívido, dió media vuelta

y salió de la habitación. Era lo que quería el General.

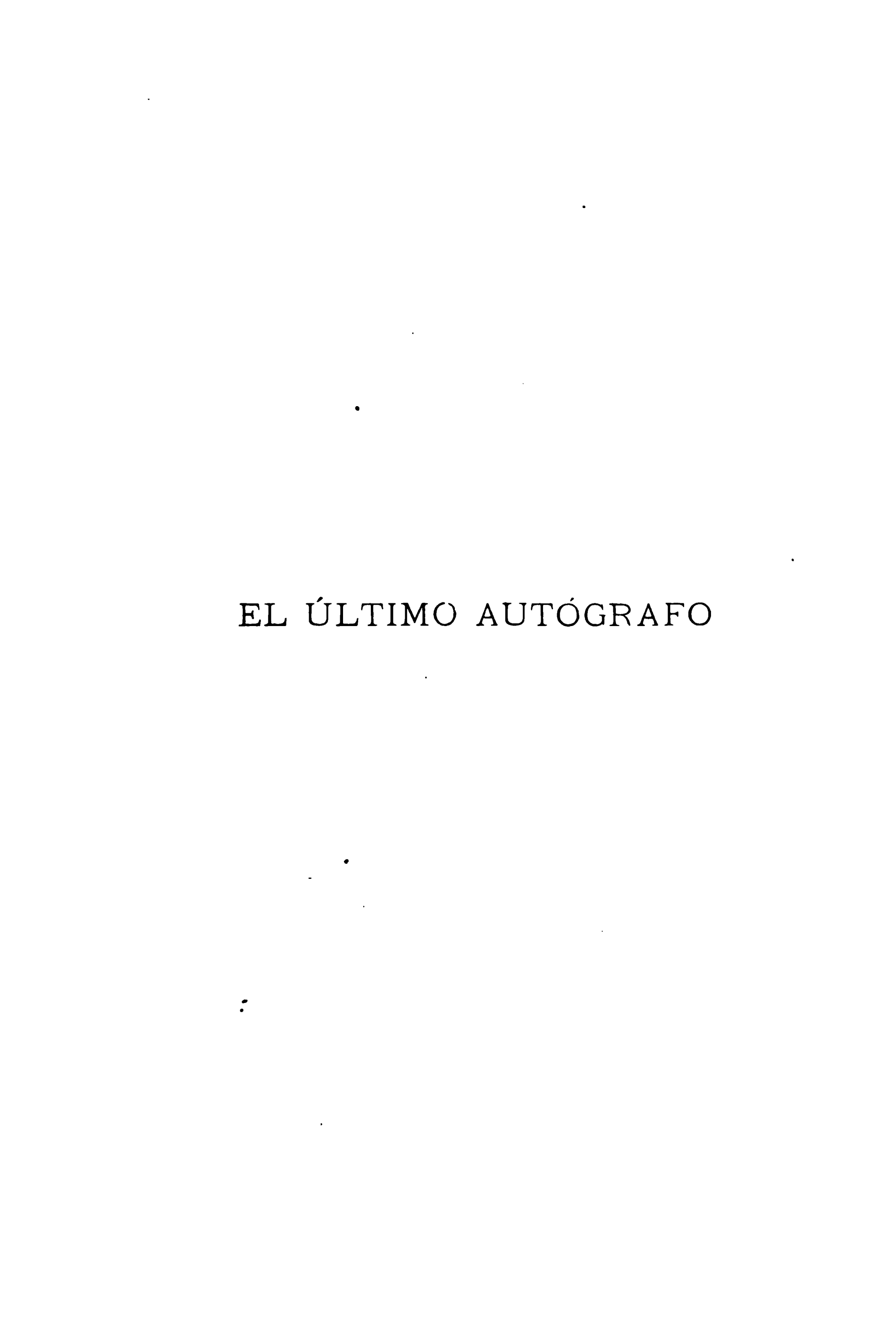
Otro día, estaba el médico á su cabecera y en ese momento salía de la habitación uno de los enfermeros. El General al verlo salir y dirigiéndose á su médico, le dijo:

—Ese es portugués.

—¿Y en qué lo conoce usted?

—En el modo de caminar,—contestó rápidamente el General.

Y, caso curioso. Se averiguó la nacionalidad del enfermero y resultó, que, efectivamente, era portugués.



EL ÚLTIMO AUTÓGRAFO

EL ULTIMO AUTÓGRAFO

El General había dejado de trabajar como queda dicho en el capítulo anterior, con la asiduidad extraordinaria que se le conocía, al sentirse enfermo y comprenderse próximo á su fin.

Su último autógrafo escrito en borrador y con lápiz, lleva la fecha de 21 de Noviembre de 1905, ocho días antes de caer en cama para no volver á levantarse, y vamos á ofrecerlo escrupulosamente reproducido del original.

Por el significado y alcance histórico de esta carta, podría suponerse que el General cumplía un pensamiento póstumo. Se dirige al director del Museo Histórico haciéndole entrega de los bastones de Belgrano, Liniers, Pueyrredón y Las Heras, que conservaba en su poder.

La inteligencia del General, como podrá verse, se conservaba intacta y sus ideas no demuestran mínima perturbación. Sólo en la letra se observa cierta confusión que la hace más ininteligible de lo que ya lo era por sí y ordinariamente. Siendo este documento el borrador de

la carta enviada á su destino, en el mismo día de su fecha, no tiene por qué llevar la firma

Sr. Director del Museo Histórico

Entrego á Vd. para que se conserven en el Museo Histórico que Vd. dirige dignamente, los bastones históricos que á continuación se expresan, y cuya autenticidad certifico.

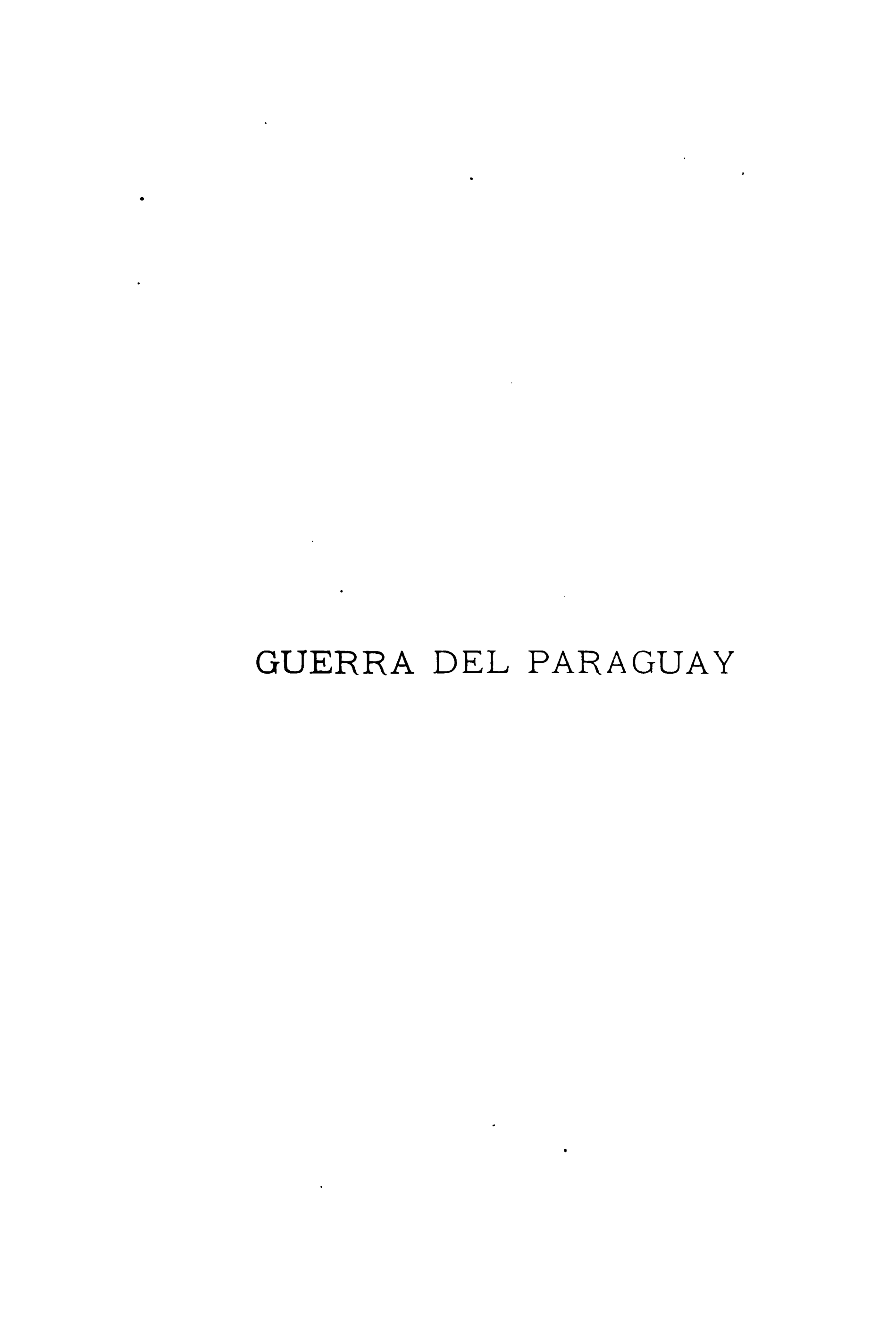
1º El bastón que el Cabildo de Buenos Aires donó al General Manuel Belgrano en premio de sus servicios, y que me fué confiado por sus herederos, según consta de la adjunta carta.

2º El bastón que don Santiago Liniers usó en vida y que quedó en ~~Córdoba~~ después de su muerte en Córdoba, de donde me fué enviado.

3º El bastón que usó el Director don Juan Martín Pueyrredón, con la cifra de su nombre.

4º El bastón del General don Juan Gregorio de Las Heras, que éste usó hasta el tiempo de su muerte.

Dios guarde á Vd.



GUERRA DEL PARAGUAY

GUERRA DEL PARAGUAY

LOS PLANES DE CAMPAÑA DE CURUPAITY Y HUMAITÁ

La campaña del Paraguay que el general Mitre dirigió y terminó como generalísimo de los ejércitos de la Triple-Alianza, sirvió algunas veces á sus enemigos y á los envidiosos de su gloria para arrojar sombras sobre sus planes y su capacidad militar.

La crítica acerba y á la vez injusta y desprovista de todo fundamento, llegó en ciertas ocasiones á hacerle directamente responsable del glorioso desastre de Curupaity, la más sangrienta batalla de aquella guerra, enrostrándosele, asimismo, la prolongación de la campaña por no haber sido forzado á tiempo el Paso de Humaitá.

El General, grande y noble como era en todo, se impuso á sí mismo un abnegado silencio. Soportó serenamente, con su estoicismo acerado, los cargos que se le formulaban, pudiendo destruirlos totalmente con sólo abrir los iabios. Era un sacrificio que se había impuesto, superior

á toda fuerza humana "en honor á sus compañeros de armas del Brasil y de la República del Uruguay, con quienes había compartido peligros y fatigas".

La historia militar del mundo no ofrece ejemplo de un general acusado de serias responsabilidades y aun de desastres sangrientos á los cuales ha sido ajeno, que permanezca silencioso y no intente defenderse, siquiera justificarse, durante treinta y cinco años. Sólo podía estarle exclusivamente reservada una abnegación semejante á un general Mitre de quien puede decirse que si fué "el primero en la guerra" fué también el primero en el patriotismo y en la grandeza moral.

Una circunstancia imprudente determinó al general Mitre á romper su obstinado silencio y fué, cuando en 1903, un acreditado diario de Río de Janeiro, con ocasión de celebrar el centenario del marqués de Caxías hizo su elogio desvirtuando torpemente los hechos y poniendo en sospechas la capacidad y la gloria del generalísimo argentino.

¡Sea bendita una y mil veces esa circunstancia superviviente que permitió descorrer el velo de aquella campaña, romper el sello de un archivo, hacer hablar á la historia documentada, deslindar posiciones y responsabilidades y presentar en toda su grandeza la noble figura del gene-

ral argentino y sus admirables planes militares en las jornadas decisivas de la más sangrienta y prolongada guerra de la América del Sur!

El general Mitre, al decidirse á hablar y publicar su memoria militar, lo hizo precediéndola de la carta que reproducimos como un nuevo tributo á su memoria gloriosa, como un fragmento de nuestra historia y como un complemento á la famosa polémica de la Triple Alianza con que cerramos el primer tomo de esta obra.

MOTIVOS DE ESTA PUBLICACIÓN

Los documentos comprobantes de las revelaciones históricas sobre la última época de la guerra del Paraguay, que hoy ven la luz pública, por vez primera, han permanecido reservados por el espacio de treinta y cinco años, obedeciendo á un deber de conciencia que me había impuesto. Es de notoriedad pública, que después de terminada esa guerra, de que había sido director como general en jefe de los ejércitos de la Triple Alianza, sellé mi archivo militar, en homenaje á mis compañeros de armas del Brasil y de la República del Uruguay, con quienes había compartido peligros y fatigas, manteniéndome ajeno, como me correspondía, á las publicaciones que entonces se hicieron sobre las operaciones de la campaña victoriosamente terminada, y negándome á suministrar datos á los que con tal objeto me los pidieron.

Sólo en dos ocasiones hice una excepción á esa regla que me había impuesto, y fué en honor de mis compañeros de armas, y en honor de la verdad histórica que por algunos se trataba de desconocer.

La primera ocasión fué, cuando al glorificar á los soldados argentinos que habían hecho la campaña, se pretendió por algunos excluir de los honores del triunfo á sus aliados, condenando la alianza y sus benéficos resultados. Fué entonces cuando en mis

Cartas Polémicas sobre la Triple Alianza, consideré que me tocaba intervenir en su defensa, declarando en tal ocasión: «Los soldados argentinos serían indignos de haber desafiado la muerte al lado de orientales y brasileros, de haber derramado á la par de ellos su sangre en el campo de batalla, si en el día del triunfo recibiesen cobardemente el laurel con que se quiere ceñir sus sienes, á la vez que con ese mismo laurel se pretende azotar la frente de sus valientes aliados.»

En la segunda ocasión, hube de levantar en parte el sello de mi archivo militar, refiriéndome á él, con motivo de una publicación hecha, hace treinta y tres años, por el capitán de fragata Arturo Silveira da Mota (después almirante y barón de Yaciguay), que felizmente aun vive, la que me vi obligado á contestar en una carta, que se reprodujo en toda la prensa del Río de la Plata y del Brasil, y que es de una importancia capital, por haber sido publicada en vida del mariscal duque de Caxías, de quien especialmente me ocupaba, sin ninguna rectificación por parte de éste, y sin que se alterasen las buenas relaciones de compañeros de armas que habíamos conservado en la vida privada.

En esa carta (que reproduzco entre los documentos comprobantes) hacía las siguientes afirmaciones, que por nadie fueron contestadas:

1º Que el paso de las baterías de Curupaity por la escuadra brasilera, lo efectuó por orden terminante de fecha 5 de Agosto de 1867, que transmití al almirante por conducto del marqués de Ca-

xías, entonces comandante en jefe del ejército brasilero.

2° Que con fecha 7 de Agosto del mismo año, el almirante hizo algunas observaciones sobre la operación ordenada, que calificó de «peligrosísima y grandiosa», y puso en duda su éxito y aun su utilidad, apoyando esas observaciones el marqués de Caxías con fecha 9 del mismo, quien me insinuó que desistiera de mi resolución.

3° Que habiendo exigido por conducto del marqués de Caxías un informe facultativo del almirante, pidiendo fundase su opinión en los principios de la guerra, y declarando por mi parte que la operación era posible, la ordené de nuevo terminantemente bajo mi responsabilidad con fecha 12, efectuándose felizmente el día 15, subiendo y bajando posteriormente hasta los buques de madera, sin experimentar daño alguno, por aquel pasaje que se había declarado «humanamente imposible» para los acorazados.

4° Que ocho días después, es decir, el 23 de Agosto, el almirante no sólo consideraba imposible el paso de Humaitá á viva fuerza, que había prometido intentar, sino que también se consideraba casi perdido en su nueva posición, pidiendo en consecuencia autorización para abondonarla y retirarse á su antiguo fondeadero de Curuzú.

5° Que el marqués de Caxías, profundamente impresionado (como él mismo me lo declaró por escrito) por la triste situación que le pintaba el almirante, apoyado por todos los jefes de la escuadra-

y desesperando no sólo de forzar el paso de Humaitá, sino hasta de conservar la posición conquistada más arriba de Curupaity (y aun la del ejército en Tuyú-Cué), autorizó por sí la retirada de la escuadra á su antiguo fondeadero, y me lo participó con fecha 26 de Agosto.

6° Que con fecha 27 del mismo, protesté enérgicamente contra tal decisión, y convenciendo al marqués de Caxías de lo funesto de la retirada, y á despecho de la opinión del almirante y de todos los jefes de la escuadra, la posición más arriba de Curupaity se mantuvo; y que así se salvó el honor de las armas aliadas y el éxito definitivo de la campaña, preparando el paso subsiguiente de Humaitá.

7° Que por mucho tiempo fuí el único, que no sólo declaró posible el paso de Humaitá, sino también fácil, como la experiencia lo probó, lo que demostré facultativamente en una extensa Memoria, fundando su practicabilidad militar, en presencia del terreno, comparando los medios de ataque y de defensa, encareciendo su necesidad y conveniencia. Que mi demostración, comunicada al marqués de Caxías y á los gobiernos aliados, meditada por el emperador del Brasil, y obrando sobre el ánimo de sus consejeros, determinó la orden terminante dada desde la Corte á la escuadra, de forzar á todo trance el paso de Humaitá; y que, en consecuencia, el éxito más completo coronó seis meses después (perdidos por la irresolución del marqués de Caxías), los esfuerzos de los mismos marinos brasileros, que

habían declarado imposible la operación, cuando Humaitá se hallaba menos fortificado; y que así, Humaitá fué forzado, sin perder un solo buque, como yo lo había demostrado, previsto y asegurado, contrariando la opinión de los almirantes y generales, de los comandantes de buque y la opinión acreditada en los ejércitos aliados.

Esta exposición de hechos, que bastaría por sí sola para determinar mi actuación en la guerra del Paraguay en la época á que me he referido antes, fué publicada entonces haciendo mención tan sólo de los documentos de su referencia; pero sin reproducir su texto, por la consideración que al principio he apuntado.

Hoy, una circunstancia superviviente me obliga á romper del todo el sello de mi archivo militar, y á publicar íntegros los documentos comprobantes de la mencionada carta, que han permanecido ignorados por tan largos años

Esta exposición se dividirá en dos partes.

En la primera parte, se inserta por su orden cronológico, mi correspondencia oficial y confidencial con el marqués de Caxías, sobre asuntos de la guerra en la época indicada, con las contestaciones de éste, cuyos originales obran en mi archivo. y que sirven de antecedente y justificación, así á la carta dirigida al señor Silveira da Mota, como á la Memoria militar de que he hecho mención.

La segunda parte contiene el texto de la Memoria militar sobre el estado de la guerra con el Paraguay en 1867, y la exposición de mi plan de

operaciones, que tenía por base el paso de Humaitá, tal como la escribí hace treinta y cinco años en mi tienda de campaña de Tuyú-Cué, y tal como la comuniqué al marqués de Caxías y á los gobiernos aliados, acompañada de un croquis del teatro de las operaciones á que en ella se hace referencia.

La circunstancia superviviente á que me he referido antes, que me obliga hoy á publicar textualmente esos documentos, es la publicación hecha recientemente en el *Jornal do Comercio* de 25 de Agosto de este año, en la que con ocasión de celebrar el centenario del mariscal duque de Caxías, se hace su panegírico en una serie de artículos biográficos que contienen aseveraciones que afectan el honor de mi país y el de las armas aliadas.

En esos artículos, en que se revela la más completa ignorancia de la actuación del mariscal de Caxías en la guerra del Paraguay, en la época de que se trata, se le hace hablar desde la tumba, exhibiendo dos trozos de su correspondencia íntima, que para honor de su memoria valiera más que hubiesen quedado sepultadas en el olvido.

He aquí los dos trozos de esa correspondencia, que tienen la singularidad de ser los únicos documentos justificativos invocados por los biógrafos del mariscal duque.

Primer trozo.—«Entretanto o velho Marechal... a 12 de Setembro (de 1867) dizía: « . *con quem estamos alliados não querem acabar a guerra, por-*

que estão con ella lucrando e empobrecendo o Brasil. O M. (itre) *tem procurado por todos os meios depois que aqui chegou, atrapalhar a marcha das operacões, que se tivessem continuado, como eu as principiei, estaria a fim de Agosto a guerra concluida. E como estou velho e doente, não me resolvo a aturar estos...ou quem fez o tratado' que venha para ca gozar dos fructos dos seus bons feitos...mas eu que fico fazendo aqui ás ordens de un homen, que todo poderá ser menos general?»*

Segundo trozo.—«No trecho que transcrevo em seguida, da sua carta de 20 do mesmo mes (Septiembre de 1867), é ondé sua grande alma de brazileiro e de soldado mais completamente se revela. E talvez o topico mais interessante de toda sua co rrespondencia. «*Estou com os olhos no caminho da decisão do Governo aos officios que levou J., a fim de saber o que hei deliberar, pois cada vez estou mais persuadido de que M.* (itre) *não quer acabar a guerra, e eu não estou disposto a atura-lo, pois creio, que elle, todo poderá ser, menos General.*»

Cualquiera que sea el concepto que yo tenga formado de la capacidad militar del mariscal reconozco que es una gloria brasilera que sus compatriotas deben honrar, y yo mismo me asocié á la conmemoración de su centenario como compañero de armas, á invitación de los veteranos brasileros de la guerra del Paraguay, que siempre me han favorecido con sus buenos recuerdos. De su ca-

rácter moral tenía formada una favorable idea, y no lo creía capaz de falsificar la historia con detrimento de la verdad, faltando á la lealtad debida como aliado y como compañero de armas.

Pero la verdad histórica no puede ser obscurecida, y de las desautorizadas confidencias del mariscal de Caxías, apelo á los documentos solemnes firmados de su mano, y que hoy exhibo, y por los cuales quedan desmentidas sus confidencias de ultratumba.

Por esos documentos quedará comprobada hasta la última evidencia, con el testimonio del mismo mariscal de Caxías:

1° Que jamás tuvo él la iniciativa y ni siquiera la idea de ningún plan de operaciones, mientras yo estuve al mando de los ejércitos aliados.

2° Que el plan de circunvalación del cuadrilátero de Humaitá, que él se atribuye, fué propuesto por mí y acordado con los generales aliados antes de que el mariscal de Caxías asumiera el mando de las tropas brasileras; que este plan y su ejecución le fueron dictados por mí desde Buenos Aires, con fecha 17 de Abril de 1867, según consta de mi Memoria de esa fecha y de la contestación del mismo mariscal de fecha 30 del mismo, en que manifiesta su plena conformidad.

3° Que al reasumir de nuevo el mando de los ejércitos aliados, después de efectuado el movimiento de circunvalación encontré las tropas reconcentradas y en la inacción en la posición de Tuyú-Cué, habiendo sido interceptada su línea de

comunicación con Tuyuty, por el camino de Tío Domingo, teniendo que abrir yo en persona una línea de comunicación más directa para incorporarme, como pueden atestiguarlo los mismos jefes brasileros que entonces se hallaban en campaña.

4º Que desde mi llegada al ejército en esa ocasión, se dió nuevo impulso á las operaciones, haciendo obrar convenientemente la caballería, haciendo expediciones al interior del país y aproximándonos al río Paraguay hasta Tayí, más arriba de Humaitá, para preparar el paso de esta posición por la escuadra, que era el principal objetivo de mi plan de campaña, con el cual el mariscal de Caxías se manifestó en un todo conforme.

5º Que realizado por mi orden el paso de Curupaity por la escuadra, que los marinos apoyados por el mariscal de Caxías habían declarado humanamente imposible, el almirante, considerándose perdido en esa posición, pidió autorización para abandonarla, descendiendo á su antiguo fondeadero de Curuzú, autorización que el mariscal de Caxías dió por sí, y contra la cual protesté, insinuándome al mismo tiempo una retirada del mismo ejército á sus antiguas posiciones.

6º Y por último, refiriéndome sobre el desarrollo de las operaciones á los mismos documentos, quedará demostrado por ellos hasta la última evidencia también, que en efecto, como lo dice el mariscal de Caxías, la guerra se habría concluído en Agosto de 1867, pero poniendo en práctica mi plan de forzar el paso de Humaitá por la escuadra como yo

lo propuse entonces, operación que se retardó por el espacio de seis meses, á causa de las dificultades que él opuso, declarándola de acuerdo con el almirante, imposible é inconveniente, hasta que su gobierno se la ordenó terminantemente, dándome la razón, como me la dió el éxito final que había yo previsto y demostrado.

A esto es á lo que llama el mariscal de Caxías *atrapalhar a marcha das operações*, y por cierto que si á alguno cuadra esta acusación, es á él mismo, que negando los títulos de general á quien le daba estas lecciones militares, acusaba pérfidamente á los aliados de no querer poner término á la guerra, cuando era él quien retardó las operaciones decisivas, como por los documentos se verá.

Ahora dejaré que hablen los documentos con el testimonio auténtico del mismo mariscal de Caxías.

BARTOLOMÉ MITRE.

Buenos Aires, Setiembre de 1903.

CARTA DEL GENERAL BARTOLOMÉ MITRE AL CAPITÁN DE FRAGATA ARTURO SILVEIRA DA MOTA, SOBRE LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL PASO DE CURUPAITY Y DE HUMAITÁ POR LA ESCUADRA BRASILERA, CON INDICACIÓN DE LOS DOCUMENTOS COMPROBANTES, PUBLICADA EN VIDA DEL MARISCAL DUQUE DE CAXÍAS, SIN RECTIFICACIÓN ALGUNA POR PARTE DE ÉSTE.

Senor capitán de fragata don Arturo Silveira da Mota.

Aunque no creo llegada la oportunidad de romper el silencio que me he impuesto, respecto de las operaciones que he dirigido como general en jefe de los ejércitos aliados durante la guerra del Paraguay, un escrito suyo publicado en *La Reforma* de Río de Janeiro del 29 del pasado, me obliga á quebrantar mi propósito por esta vez.

Siendo usted un oficial caracterizado de la marina brasilera, que ha sido actor en los sucesos á que se refiere, y que ha poseído la confianza de los generales aliados (incluso la mía), asistiendo algunas veces como testigo á sus juntas de guerra y enunciando usted en su escrito hechos de que por la primera vez se hace mención, no puedo prescindir de dirigirle algunas observaciones sobre el particular.

En la publicación á que me he referido, con mo-

tivo de exponer usted algunas consideraciones respecto de un informe que dió en Agosto de 1867, sobre la imposibilidad ó inconveniencia de forzar la escuadra el paso de Humaitá, después de haberse forzado el de Curupaity, dice usted lo siguiente: «De mis palabras: *Forzar el paso de Humaitá en el estado actual de sus defensas, sería un error injustificable,*—se ve claramente que yo no juzgaba imposible forzar el paso, y que me refería únicamente á la inoportunidad de la operación, y á los medios con que podría realizarse más ventajosamente. Además de esto, cuando se sabía que el almirante se hallaba en una situación aflictiva á consecuencia de la intimación que le había hecho el general Mitre desde su tienda de Tuyú-Cué para que forzase á Humaitá, tocaba á nosotros, sus subordinados, reunirnos en torno de nuestro jefe, para apoyarlo en la protesta que debía repeler la intervención del general argentino en las operaciones de la escuadra brasilera.»

Dejando de lado las apreciaciones militares de su escrito, y contrayéndome exclusivamente á los hechos, debo decirle: que no es exacto que en la ocasión á que usted se refiere, el almirante Ignacio me dirigiese ninguna protesta, ni mucho menos respecto de mi participación en las operaciones de la escuadra que dieron por resultado el paso de las baterías de Curupaity y subsiguiente de Humaitá.

Para comprobar esta aserción me bastará decirle que el paso de las baterías de Curupaity se efectuó

por orden terminante que, previo acuerdo, transmití al almirante por conducto del marqués de Caxías, con fecha 5 de Agosto de 1867. Es cierto que con fecha 7 del mismo, el almirante hizo algunas observaciones sobre la operación, calificándola de *peligrosísima* y *grandiosa*, poniendo en duda su éxito y aun su utilidad declarando, sin embargo, que estaba dispuesto á tentarla en cuanto ***humanamente le fuese posible;*** como es cierto también que el marqués apoyó esas observaciones en comunicación del 9 de Agosto, insinuándome desistir de mi resolución. Pero habiendo exigido por el mismo conducto un informe facultativo al almirante, pidiendo fundase su opinión en los principios de guerra, y declarando que la operación era posible la ordené terminantemente bajo mi responsabilidad con fecha 12, efectuándose felizmente el 15 del mismo mes, con la sola pérdida de diez muertos y dos heridos, subiendo y bajando posteriormente hasta los buques de madera sin experimentar daño alguno, por aquel pasaje que casi se había declarado «humanamente imposible» para los acorazados.

Ocno días después de tan feliz y fácil operación, es decir, el 22 de Agosto, el almirante no sólo consideraba imposible el paso de Humaitá, sino que se consideraba casi perdido en su nueva posición, pidiendo en consecuencia autorización para retirarse á su antiguo fondeadero de Curuzú. Esta opinión y esta solicitud eran apoyadas en la opinión de todos sus jefes y comandantes de buques, entre los cuales se contaba usted. Fué, sin duda, en tal

ocasión que dió usted el informe á que se refiere en su escrito, y que siento no conocer, pero me basta su palabra para persuadirme que usted no declaró imposible el paso, como lo declararon por escrito casi todos los jefes de la escuadra, incluso el almirante que se apoyaba en su opinión para no intentar la empresa, diciendo que, según el sentir de todos, la operación sería en *pura perda*, y caso de ser posible conseguirse, más bien sería perjudicial que ventajosa.

El marqués de Caxías profundamente impresionado (como él mismo me lo declaró por escrito) por la triste situación que le pintaba el almirante, dando crédito á la opinión de todos los jefes de la escuadra, y desesperando no sólo de forzar á Humaitá, sino hasta de conservar la posición conquistada más arriba de Curupaity (y aun la de Tuyú Cué), autorizó la retirada de la escuadra á su antiguo fondeadero y me lo participó con fecha 26 de Agosto.

En fecha 27 del mismo mes protesté enérgicamente contra tal decisión, y convenciendo al marqués de lo funesto de la retirada; y á despecho de la opinión en contrario de todos los jefes de la escuadra, la posición más arriba de Curupaity se conservó; y así se salvó el honor de las armas aliadas y el éxito definitivo de la campaña, preparando el paso subsiguiente de Humaitá, que fué por mucho tiempo el único que lo declaró no sólo posible sino fácil, como la experiencia lo probó.

En cuanto al paso de Humaitá, con fecha 9 de

Septiembre demostré facultativamente en una extensa memoria militar, no sólo la necesidad y la conveniencia del paso, sino también su practicabilidad, en presencia del terreno y comparando los medios de ataque y defensa. Mi demostración, meditada por el mismo emperador y obrando sobre el ánimo de sus consejeros, determinó la orden dada desde la corte á la escuadra de forzar á todo trance el paso de Humaitá.

El éxito más completo coronó seis meses después los esfuerzos de los mismos marinos brasileros que habían declarado imposible la operación cuando Humaitá se hallaba menos fortificado y las baterías de Timbó no se habían levantado más arriba de aquella posición; y Humaitá fué forzado sin perder un solo buque, como yo lo había demostrado previsto y asegurado, contrariando la opinión de los almirantes, de los generales, de los comandantes de buque y la opinión acreditada en los ejércitos aliados.

Lo dicho basta por ahora, limitándome á la simple exposición de los hechos y determinación precisa de las fechas, prescindiendo de hacer uso del texto de los documentos que originales se hallan en mi poder y que comprueban palabra por palabra todo cuanto dejo expuesto.

Esos documentos están á su disposición en esta su casa, donde, en todo tiempo será recibido con la misma cordialidad ue en mi tienda de Tuyú-Cué,

cuando conversábamos bajo el fuego del enemigo común.

De usted afectísimo y S. S.

Bartolomé Mitre.

Buenos Aires, Noviembre 9 de 1869.

POLÉMICA DE LA TRIPLE ALIANZA

POLÉMICA DE LA TRIPLE ALIANZA

CORRESPONDENCIA CAMBIADA ENTRE EL GENERAL MITRE Y EL DOCTOR JUAN C. GÓMEZ)

Los guardia nacionales.—Los aliados. Los paraguayos.

Señor doctor don Juan Carlos Gómez.

Mi querido amigo: He leído su carta glorificando á la guardia nacional de Buenos Aires por haber combatido la tiranía del Paraguay, condenando al mismo tiempo la alianza, de la que usted hace responsable á los hombres de Estado, por haber adulterado la lucha, esterilizando sus sacrificios.

Acepto la responsabilidad en mi nombre, y rechazo la glorificación que en tal forma viene, en nombre de mis compañeros de armas, y de mis hermanos de glorias y peligros, los soldados orientales y brasileros.

Los soldados argentinos serían indignos de haber desafiado la muerte á la par de orientales y brasileros, de haber derramado, á la par de ellos, su sangre en el campo de batalla, si en el día del

triunfo recibiesen cobardemente el laurel con que se pretende ceñir sus sienes; á la vez que con ese mismo laurel se pretende azotar la frente de sus valientes aliados.

Si gloria hay en combatir la tiranía, de esa gloria participan los aliados.

Si gloria se conquistó en los combates, esa gloria es de todos los que contribuyeron á ella.

El que haya hecho más sacrificios, el que haya desplegado más virtud cívica, el que haya mostrado más constancia, ese será el que tenga derecho de hablar más alto al regresar á su hogar; pero no renegará á sus hermanos de la hora suprema del peligro, ni aceptará elogios á costa de ellos.

Presentar al soldado argentino una corona militar, con un letrero infamante para sus aliados en la campaña del Paraguay, no es una glorificación, es un insulto.

Explicar esto diciendo que se honra á los que han combatido contra la tiranía, es una contradicción, pues todos combatieron contra la tiranía; y es, más que todo, desconocer el verdadero carácter de la lucha, con desdoro de las nacionalidades aliadas y con ofensa de la humanidad y la moral.

Los soldados aliados, y muy particularmente los argentinos, no han ido al Paraguay á derribar una tiranía, aunque por accidente, ese sea uno de los fecundos resultados de su victoria.

Han ido á vengar una ofensa gratuita, á asegurar su paz interna y externa, así en el presente como en lo futuro; á reivindicar la libre navegación de

los ríos, á reconquistar sus fronteras de hecho y de derecho; hemos ido como argentinos, sirviendo á los intereses argentinos, y lo mismo habríamos ido si en vez de un gobierno monstruoso y tiránico como el de López hubiéramos sido insultados por un gobierno más liberal y más civilizado.

Doble insensatez y doble crimen habría sido emprender una cruzada de redención en favor del Paraguay, á despecho de los mismos paraguayos, si un interés propio, si un sentimiento de patriotismo, si una necesidad suprema no hubiese armado nuestro brazo al agruparnos al pie de nuestra bandera de guerra.

Insensatez, porque no se provoca una guerra exterior para cambiar violentamente el orden establecido en las naciones independientes, sobre todo cuando, como á nosotros nos sucedía, nos hallábamos todavía en el peligroso período de la reconstrución nacional y del experimento de un gobierno libre.

Crimen, porque no se va á matar á balazos á un pueblo, no se va á incendiar sus hogares, no se va á regar de sangre su territorio, dando por razón de tal guerra que se va á derribar una tiranía á despecho de sus propios hijos que la sostienen ó la soportan.

Es una felicidad que, ya que hemos tenido que hacer la guerra al Paraguay, hayamos podido al mismo tiempo derribar un gobierno bárbaro y tiránico. Pero este es un simple accidente de la lucha; no es ni el motivo ni el pendón que nos ha

dado sombra en los gloriosos combates que hemos sostenido.

La necesidad imperiosa de la defensa, el derecho de repeler la fuerza con la fuerza, y móviles patrióticos que pusieron la espada en nuestra mano, pueden únicamente justificar esta guerra ante la historia.

Los resultados benéficos que esta guerra ha de producir para los presentes y venideros, sólo serán fecundos á condición de hacer justicia á todos los que en ella han tomado parte, haciendo partícipe de ellos á la misma República del Paraguay sacrificada por su tirano.

La filosofía, la humanidad, la moral desertarían de sus filas si hubiéramos ido á matar paraguayos y destruir el Paraguay para redimir un montón de ruinas y á un grupo de viudas y huérfanos, cubriendo con la bandera de la libertad el último cadáver del último sostenedor de su tiranía.

Ya he dicho á usted que tal lucha, además de insensata, habría sido criminal, y lo repito ahora.

Y para terminar de una vez, diré que el batallón de guardia nacional de mi patria que tenga la cobardía de colgar de su bandera victoriosa una corona militar en que se insulte á sus hermanos de armas, debe volver á sus aliados toda la sangre que han derramado á su lado en la hora del peligro y probar que fué el único que tuvo fortaleza en los campos de batalla, y que pertenece al único pueblo aliado que ha sido sabio en el gobierno,

patriótico en el parlamento y viril por el aliento que la opinión pública le infundía.

A pesar de todo esto, soy siempre de usted su antiguo y afmo. amigo.

Bartolomé Mitre.

S/c. Diciembre 10 de 1869.

RÉPLICA DEL DOCTOR JUAN CARLOS GÓMEZ

Señor don Bartolomé Mitre.

Mi querido amigo:

Su carta me ha entristecido.

Las palabras que cambiamos ayer me hicieron esperar, ó una demostración luminosa como usted sabe hacerlas, de lo que deben el honor, la paz, la libertad, el porvenir de los Estados del Plata á la alianza brasilera, ó una confesión digna de un hombre de estado de altura, de haber padecido un error cuyas consecuencias se esforzaría usted en reparar con todas sus fuerzas.

En su carta ha desaparecido el hombre de estado que debe á su país toda la sinceridad de su conciencia de los sucesos, y sólo se descubre el polemista hábil de la prensa que escapa de una dificultad por la tangente de una declamación sonora, para embotar el pensamiento con la entonación embelesadora de la frase.

Defiende usted á los soldados brasileros, cuyo merecimiento no he menoscabado y filosofa usted sobre la política de las guerras de redención, que no he encomiado, protestándonos que acepta usted una responsabilidad que no está en su mano declinar, porque las responsabilidades no son el efecto de nuestra voluntad sino de un poder superior á nuestro libre albedrío.

¿Qué tiene que ver el comportamiento militar de

los brasileros con el acto político de la alianza de los gobiernos?

El soldado brasilero se ha batido bizarramente, el pueblo brasilero ha conquistado la palma del sacrificio y del heroísmo. Los pueblos y los soldados han cumplido una noble misión combatiendo á un tirano.

Estamos de acuerdo.

¿Por ventura la alianza de los gobiernos dió el sentimiento del honor á los pueblos y el aliento varonil á los soldados?

¿La alianza creó acaso de la nada pueblos y ejércitos, con tradiciones de gloria, de patriotismo, de abnegación y de energía?

No; todo eso existía, todo eso ha sido explotado por la alianza, y todo eso ha sido esterilizado, frustrado, derrochado en pura pérdida.

«Te he comprado un palacio y me reprochas mi administración», podría alegar á su pupilo un tutor que le hubiese despilfarrado una fortuna con que comprar diez palacios.

La tiranía del Paraguay era un hecho monstruoso que importaba que desapareciese de la faz de la tierra.

Dios, la Providencia, el destino, la filosofía de la revolución, la lógica de los hechos, como quieran decirle, había encargado al pueblo del Río de la Plata (argentinos y orientales) la ejecución de esa obra. No preverlo, era ser miope.

Está bien que los pueblos no se metan á redentores ni se erijan en Quijotes; pero no por eso es-

capan á su misión de redentores, y muchas veces, ni aun al papel de Quijotes que los acontecimientos les imponen. Los gobiernos ó directores de los pueblos cumplen con su deber con no provocar los acontecimientos, con no lanzar á los pueblos en las aventuras; pero faltan á su deber cuando mantienen á los pueblos desprevenidos, expuestos á los peligros, inconscientes de sí mismos é inútiles para la realización de su cometido providencial, que siempre es la realización de su propio bien.

Los gobiernos del Río de la Plata ni sospecharon la misión de estos pueblos en el Paraguay, ni soñaron jamás que un día tendrían que estrellar sus legiones contra los bosques *abatidos* de Curupaity.

Un día los sorprendieron los sucesos, cayendo las hordas de López sobre la provincia de Corrientes, como llovidas de las nubes.

Un día se vió nuestro pueblo á brazos con la tiranía secular del Paraguay, centro y resumen de todos los elementos reaccionarios de estos países.

La Providencia nos llamaba al cumplimiento de nuestra misión, mandándonos poner de pie, embrazar la égida de la libertad y empuñar el hacha de la revolución.

¡Qué momento para un hombre de estado como Lincoln ó como Bismarck, con la intuición del porvenir, el convencimiento de las fuerzas á su disposición y la firmeza para arrostrar la derrota del momento y forzar á la victoria!

Usted tendió la vista en derredor suyo, se encontró sin poder material inmediato, recordó su recien-

te pasado, no creyó en el poder moral del pueblo del 8 de Noviembre, y se echó en brazos de la alianza, para no verse reducido á entregar las llaves de la ciudad de la Reconquista al ridículo sátrapa de Humaitá.

Los proveedores y los mercachifles le baten palmas. Según ellos, era imposible resistir á López con nuestros solos elementos; hubiéramos sido vencidos y arruinados, mientras hoy nadamos en oro y vamos á ceñir el laurel del triunfo á la sien de nuestros bravos.

Pero la polvareda de los intereses y de los egoísmos de actualidad va á ser disipada pronto por la razón pública y el criterio de la política y de la historia, y espero ver en tortura su brillante inteligencia para justificarse y justificar á los que con usted han hecho y sostienen á la alianza, de los siguientes cargos:

1º La alianza ha reducido á los pueblos del Plata á un papel secundario, de meros auxiliares de la acción de la monarquía brasilera.

2º Principal actor en la lucha, la monarquía brasilera ha hecho su obra, y no la nuestra: deja establecida su conveniencia y suprimida la nuestra en el Paraguay.

3º No pudiendo esquivar la misión providencial que nos está impuesta, á pesar nuestro, tendremos que recomenzar los sacrificios y los esfuerzos, respecto del Paraguay, más tarde ó más temprano.

4º Hemos adulterado la lucha en el Paraguay; la hemos convertido, de guerra á un tirano, en guerra

á un pueblo; hemos dado al enemigo una noble bandera para el combate; le hemos engendrado espíritu de causa; le hemos creado una gloria imperecedera, que se levantará siempre contra nosotros y nos herirá con los filos que le hemos labrado.

5º Hemos perpetrado el martirio de un pueblo que en presencia de la dominación extranjera simbolizada por la monarquía brasilera y no de la revolución que hubiera simbolizado sólo la república de los pueblos del Plata, se ha dejado exterminar hombre por hombre mujer por mujer, niño por niño, como se dejan exterminar los pueblos varoniles que defienden su independencia y sus hogares.

6º La alianza acabará; pero el pueblo paraguayo no se acabará, y la defensa heroica del Paraguay ha de ser allí la gran bandera de un gran partido que ha de predominar, como lo ha sido la defensa de la Rusia y de la España contra Napoleón á pesar de los zares y de los Fernando VII, y entre nosotros la defensa de Montevideo y de Buenos Aires, á pesar de pesares.

Cuando tales sucesos ó tales debates vengan, no sé qué pensará ó qué contestará usted.

Ahora quizá me responda usted: allá me las den todas: *aprés moi le déluge!*

Seré siempre su leal amigo.

Juan Carlos Gómez.

UN TERCERO EN ESCENA

Señores doctor don Juan Carlos Gómez y general don Bartolomé Mitre.

Debe ser de reglamento entre los hombres de estado llamarse recíprocamente *mi querido amigo* cuando tratan de poner de vuelta y media su capacidad y su tacto en los negocios públicos, pues veo que tal es el cariñoso tratamiento que se dan ustedes en las cartas que se están cambiando, á imitación de los reyes que se tratan de *mi querido primo* cuando sus ejércitos se están metrallando por quítame allá esas pajas. El *querido*, pues, hará las veces entre los hombres de estado que el *ilustrísimo* entre los brasileros; gente la más ilustre y excelente, á estar á los sobres de sus cartas y sus saludos por la calle.

Siendo, pues, á dos hombres de estado á quienes me dirijo, empiezo como empiezan ellos, de este modo:

Mis queridos amigos:

Y prosigo, siempre en el estilo de los hombres de estado.

He leído con tristeza, ó con alegría, pues esto no hace al caso y todo es lo mismo entre los hombres de estado, las cartas que se han cambiado ustedes con motivo de la guerra del Paraguay y la alianza de 1º de Mayo.

Las he leído de punta á cabo para distinguirlas

de los programas electorales y de los mensajes de los gobiernos; y en el vivísimo deseo de que ustedes lleguen á entenderse como buenos y queridos amigos, me tomo la libertad de presentar á ustedes las dos siguientes observaciones, una sobre cada carta, á fin de que se entiendan, como he dicho, ó como Dios los ayude.

El general Mitre dice que la alianza no ha hecho la guerra á un tirano por ser tirano, porque esto, más que una insensatez, sería un crimen. Copiaremos sus mismas palabras:

«Doble insensatez y doble crimen habría sido emprender una cruzada en favor del Paraguay, á despecho de los mismos paraguayos, si un interés propio, si un sentimiento de patriotismo, si una necesidad suprema no hubiese armado nuestros brazos al agruparnos al pie de nuestra bandera de guerra.

«Insensatez, porque no se provoca una guerra exterior para cambiar violentamente el orden establecido en las naciones independientes, sobre todo cuando, como á nosotros nos sucedía, nos hallábamos todavía en el peligroso período de la reconstrucción nacional y del experimento de un gobierno libre.

«Crimen, porque no se va á matar á balazos á un pueblo, no se va á incendiar sus hogares, no se va á regar de sangre su territorio, dando por razón de tal guerra que se va á derribar una tiranía á despecho de sus propios hijos, que la sostienen ó la soportan.»

Vamos á ver ¿qué hay que decir á todo eso? Ni Salomón habría hablado mejor, si en los bíblicos tiempos se hubiese sometido á discusión el derecho de intervención en los estados independientes. La doctrina del General es la buena y honrada doctrina. Ni usted, ni yo, ni nadie, mi querido Gómez, tiene un pero que poner á semejante evangelio.

Sin embargo, hay un cierto individuo que llamaremos don Tratado de Primero de Mayo, ó nuestro *querido* Tratado, si usted gusta, que tiene el antojo de levantar una bandera de oposición á la doctrina de nuestro General.

El artículo 6º de nuestro querido Tratado, dice de este modo:

«Art. 6º—Los aliados se comprometen solemnemente á no deponer las armas sino de común acuerdo y hasta que no hayan derrocado la autoridad del actual gobierno del Paraguay, y á no negociar con el enemigo, común ó separadamente, ni firmar tratado de paz, tregua, amnistía, ni convención alguna para poner fin ó suspender la guerra, sino de perfecto acuerdo de todos.»

El artículo 7º agrega:

«Art. 7º—No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay sino contra el gobierno, etc.»

¿En qué quedamos? Según la doctrina, la guerra actual es guerra de reparación, guerra nacional y de honor, en que para nada tiene que figurar el gobierno de la nación á quien se combate; guerra que hubiera debido hacerse lo mismo á un déspota que á un gobierno liberal é ilustrado; y se-

gún el tratado, la guerra tiene por único objeto la persona de López.

Vamos, mi querido Gómez, ahí tiene usted paño en que cortar. Ahí tiene usted la explicación del rechazo á las aberturas pacíficas en Yatayti-Corá, de la prosecución de la guerra después de Humaitá, después de Timbó, después de las Lomas, después de la Asunción; la explicación en fin de esta guerra actual, sangrienta, costosa, insostenible, en la persecución de un oso que se escapa por entre las selvas del Alto Paraná, pretexto magnífico para la devastación y la ruina del Paraguay por medio siglo, sin que se pueda dejar de perseguir al oso, porque el tratado así lo manda, ó de faltar á la fe pública, cargando con las consecuencias de la violación del tratado.

¿De quién nació ese artículo? ¿Quién formuló de un modo tan insensato y tan criminal el propósito de la guerra que no debió ser contra gobierno ninguno, sin ser una insensatez y un crimen, según la exposición de la doctrina actual?

Vamos, doctor Gómez, ahí tiene usted paño en que cortar, le repetimos. Esa cuestión es digna de usted, porque es digna de los hombres de talento; y no como cuestión retrospectiva, sino como cuestión actual, porque estamos en ella, y porque de ella puede desprenderse antes de mucho tiempo, una situación nueva y más tremenda aún al Río de la Plata.

Es necesario que el general Mitre, cuyo patriotismo nadie excede, cuya honradez política está más

arriba de las vulgaridades y cuyo talento es una propiedad de la nación que lo ha estimulado y robustecido con su aliento, se persuada que debe á su patria, á sus amigos, á la posteridad, explicaciones francas é históricas sobre el alcance de las estipulaciones del tratado á cuyo pie se registra su nombre. El tratado ¿nos obliga á perseguir á López, á la persona de López, como dice su texto, por todos los bosques del Paraguay, Matto Grosso, ó nos deja la libertad de poner término á la guerra en alguna parte? ¿Tenemos que ir toda la vida á remolque del Brasil hasta no dejar un árbol sobre la superficie paraguaya, ó tenemos el derecho, sin faltar al compromiso de la alianza, de declarar que la guerra se encuentra terminada? ¿Está convenido que terminada la guerra por nuestra parte, el Brasil pueda continuarla por la suya, sirviéndose de nuestro territorio para arsenal y almacén de provisiones, en su guerra contra el Paraguay, cuando nosotros no estamos ya en guerra con esa república?

Vamos al otro.

¿Qué es esto, mi querido general? ¿Cómo ha descuidado usted el preguntar á nuestro amigo Gómez la fecha de esa alianza de que tanto se queja?

Esa fecha es toda una cuestión histórica, ó mejor dicho es la filosofía de toda una historia.

Propiamente hablando, el Paraguay había declarado la guerra al Brasil en 31 de Agosto de 1864. Desde aquel día, el Brasil estaba insultado en su

bandera y en sus derechos; y las hostilidades estaban comenzadas, puede decirse también, entre esa república y ese imperio, cuando el 11 de Abril de 1865 fuimos insultados atrozmente por el Paraguay en la provincia de Corrientes.

Desde ese momento nuestra posición era clara y definida: éramos aliados de hecho con el Imperio del Brasil.

A una invasión no se contesta con una nota diplomática. Era necesario el empleo de las armas. El Brasil aprontaba ya las suyas contra el enemigo común. ¿Qué éramos entonces ante la verdad del derecho y de los hechos? Aliados contra un enemigo común, requiriéndose apenas el protocolo diplomático para ajustar los medios y los propósitos de esa alianza.

Estigmatizar, pues, esa alianza, no partiendo sino de los procederes paraguayos contra el Brasil y la República Argentina en 31 de Agosto del 64 y en 11 de Abril del 65, es colocarse en un terreno insostenible, porque no puede ser condenado ni censurado siquiera aquello que es la imposición irresistible de los sucesos.

Colocarse en esas fechas, es presentar la juntura de la coraza para que entre la espada del enemigo.

El error es de fechas.

La alianza con el Brasil no proviene de Abril del 65, sino de Mayo del 64.

Desde la presencia del almirante Tamandaré en las aguas del Plata, y de los generales Neto y

Menna Barreto en las fronteras orientales, se estableció la verdadera alianza de hecho entre los gobiernos brasilero y argentino, en protección de la inicua revolución del general Flores contra el mejor de los gobiernos que ha tenido la República Oriental, y con el cual no había cuestiones que pudieran pasar de las carteras diplomáticas.

Los intereses de un caudillo ríograndense colocaron al gobierno imperial en la disyuntiva, en Marzo del 64, de sofocar con las armas, en la provincia de Río Grande, algún desacato á la autoridad soberana, ó de fusilar orientales, complaciendo al general Neto en sus pretensiones de auxiliar al revolucionario Flores.

La cosa no pareció grave y se decidió el Brasil por fusilar orientales.

En Buenos Aires la disyuntiva era poco más ó menos la misma. Al presidente Mitre no repugnaba menos la invasión de Flores que á don Pedro II. Pero el presidente Mitre no tuvo cerca de sí un solo hombre que alentase su honrado pensamiento de neutralidad.

Ese hombre tiene documentos para probar que ese pensamiento fué sincero, leal y concienzudo en el presidente argentino; pero ese hombre nada podía contra las maniobras de los secretarios de estado.

La disyuntiva para Mitre era ésta: ó pedir á sus cinco ministros la renuncia, destituir á todos los empleados de la capitanía del puerto y hacer sa-

ber á sus empleados militares que él era el general en jefe de su ejército, y al pueblo de Buenos Aires, que el presidente de la República es el encargado de las relaciones exteriores de su país y que no puede haber gobierno neutral y pueblo aliado, ó cerrar los ojos y dejar que fuese de aquí todo lo necesario para hacer más divertido el metralleo brasilero.

Tampoco la vacilación fué larga en Buenos Aires.

Ambos gobiernos, brasilero y argentino, se aliaron en propósitos y medios desde ese momento infausto, y bajo las inspiraciones de una debilidad criminal y de una política cobarde.

Y ese es el verdadero momento histórico de la alianza de los dos gobiernos.

La revolución oriental, pues, es el punto de partida de la alianza actual.

¿Cómo habla entonces nuestro querido Gómez de la alianza del 65? ¿Por qué no habla de la alianza contra el Estado Oriental, que es la única que pudieron evitar los gobiernos y que no supieron evitar?

La alianza del 65 no es sino una consecuencia de la alianza del 64, ó, mejor dicho, es la misma alianza en diferente teatro.

Se comenzó por insultar la soberanía oriental, cuyo gobierno era, en esos momentos, una garantía de orden y de paz para sus vecinos.

¿Qué mucho que se haya insultado después la soberanía paraguaya, que al fin nos infirió una ofensa por la mano de su gobierno?

Ahí tiene usted hilo para el telar, mi querido general.

¿Por qué echar en cara á los estadistas argentinos la responsabilidad de la alianza con el Brasil sin acordarse de que los estadistas orientales, en el partido colorado, son los únicos y verdaderos responsables de esa alianza?

En protección de ese partido colorado vinieron los brasileros. Fué ese partido colorado quien arrastró á los Elizalde y á los Gelly, en el gobierno, y á los Lezama, Obligado, Martínez y qué sé yo cuántos otros, en el pueblo, á llevar los elementos oficiales y particulares á formar en las filas de la ya establecida alianza entre colorados é imperiales.

Es verdad que ese partido colorado tiene más divisiones y subdivisiones que una caja de paciencia china; pero esa teología de nombres dentro del mismo círculo colorado hace muy poco á la cuestión.

Los colorados fueron los primeros aliados del Brasil desde Mayo de 1864. La serpiente envolvió poco después en Buenos Aires á los amigos de los libertadores como Flores y á los que creían tener en su bolsillo á los Tamandaré y á los Saraiva, y desde entonces quedó establecida de hecho en el Río de la Plata esa triple alianza que sólo repugna desde 1865 á la más notable de las inteligencias del partido colorado, de ese partido que la aceptó muy alegre en 64 para con Flores y Goyo Suárez, libertarse de Berro y su ministro Herrera.

Diga usted, pues, mi querido general, que á hombres de la inteligencia de Gómez no les es permitido anacronismo de ese género. No es permitido

dar tanto á la alianza contra López sin dar un pellizco siquiera á su señora madre la alianza contra Berro.

Y por último, que en este negocio de la alianza no puede haber degollación de santos inocentes, pues con una media docena de excepciones, en los partidos militantes todos tienen pecado de que confesarse.

Pero para entrometimiento esto va largo.

Estoy metiendo cuentos á los dioses, y si continúo me expongo á que el Olimpo me haga sentir sus iras al golpe de sus rayos.

Dejo los cuentos, junto las manos de los dos amigos y con la voz de Eneas cuando invocaba á Júpiter y á su madre Venus para que salvasen las naves que guardaban las reliquias de Troya y pudiesen llegar algún día al suspirado Lacio, les ruego que se dejen de hacer historia porque las historias son las que nos pierden, y se ocupen de salvar las tres naves del Río de la Plata que guardan las reliquias de la antigua república, y propendan á que lleguen al deseado Lacio de su independencia que no tienen, á pesar de sus banderas y sus actas, como no la tuvo en cierto tiempo la nave de Portugal hasta que un cierto marqués de Pombal, levantándose de mal humor una mañana, dijo á la nave de Albión: «Portugal está cansado de aguantaros»—y eso bastó.

Lo mismo que habría de suceder si un día se recordase Sarmiento con alguna de sus genialidades y dijese á la nave del Cruzero: «Vaya, caballeros,

basta de echar pelos en la leche». Y eso habría de bastar, no más, como bastó la célebre frase del marqués de Pombal, porque no hay en este mundo nada más poderoso que el derecho.

Pero no penséis mis queridos amigos, que pueden salvarse las naves del piadoso Eneas, con sólo la voluntad y la elocuencia individuales; es necesaria otra cosa más grande que vosotros, es necesaria la potencia de la opinión pública. Pero no de esa opinión pública de cuarto á la calle y que se disfraza con los nombres de mi partido, del partido enemigo, de los unitarios, de los federales, de los blancos, de los colorados, recogiendo no sé cuántos cascos enmohecidos de la vieja metralla de nues tras miserias. No; todo eso es bueno para apedrearse en las luchas eleccionarias. Para salvar las naves se necesita el poderoso apoyo del Júpiter de la opinión nacional, sin nombre propio en el gobierno, sin partido dominante ó caído, sin embozo, sin intriga, levantando en el brazo de la República Oriental y Argentina la bandera de una política que flamee á la luz del sol, que no inspire odio contra el Brasil, porque el Brasil no hace sino lo que á sus intereses conviene, sino amor á nosotros mismos para hacer lo que á nuestros intereses convenga.

Política de unión, de confederación, de reconstrucción (no temáis la palabra), no para hostilizar la autonomía monárquica del Brasil, sino para defender la autonomía republicana de nosotros mismos.

Estamos acostumbrados á la política de los go-

biernos que no sirven ni han servido nunca para maldita la cosa. Hagamos, pues, alguna vez la política nacional; que es la que ha hecho los grandes acontecimientos de la historia, cuando el mundo carecía de los elementos de propaganda que hoy le sobran. Traigamos al Brasil mismo, por su interés bien entendido, ya como estado limítrofe, ya como miembro de la América, á la colaboración de un gran pensamiento, deteniéndole en la prosecución del judío errante en ese camino sin término de sangre, de odios, en que está caminando hace medio siglo, empujado por su pequeña política, en este obscuro laberinto de los pequeños estados que nos rodean, con sus pequeños odios, con sus pequeños partidos, con sus pequeños protectorados.

No hagamos pedazos á los gobiernos, porque nos descuartizamos nosotros mismos; no hagamos tantos partidos para tener el gusto de insultarlos, porque el Plata llora y el Cruzero ríe.

Gómez en su país, Mitre en el suyo, tienen la obligación de hablar y tienen el derecho de hacerse oir con respeto. Hablad, pues; pero hablad de lo que se ha de hacer, y no de lo que se ha hecho, porque eso lo saben todos, desde que nadie deja de saber lo que le duele.

Es un error de criterio político pensar que la guerra al Brasil es necesaria y que esa guerra nos conviene. Error gravísimo.

Cuando alcanzásemos la victoria, ya no tendríamos fuerzas ni para llevar los laureles á nuestra cabeza.

Cuando el Brasil triunfase, ya no habría sobre el Atlántico ni un Brasil geográfico siquiera.

Lo que nos conviene á nosotros como al Brasil. es la paz perpetua, sólida, fundada sobre las bases graníticas de la paz y la grandeza de cada uno; pero esto no se consigue poniendo de contrapeso al Brasil estados microscópicos que viven revolcándose entre el odio de sus bandos y que estimulan con su corrupción los instintos aspirantes de su astuto vecino.

Ese gran *desiderátum* se consigue con la fuerza que viene de la unión, con la unión que viene de la conveniencia bien entendida de todos.

Sin esa idea grande, salvadora y fecunda, sin ese Gólgota de la resurrección, ¿dónde termina la *via crucis* del Brasil y las repúblicas del Plata? Mañana acabaremos la guerra con el Paraguay y empezaremos con las cuestiones de navegación y de límites, de protectorados y de influencias, de ingratitud y de reproches, y los partidos orientales y argentinos entrarán á su eterna competencia por saber quién se queda con el Brasil para que lo ayude á fusilar á sus enemigos y volverá el Brasil á su eterna preocupación por saber cuál partido le ofrece más territorio, más sometimiento á su influencia, más facilidad de gastar mayor número de millones y vidas brasileras para no sacar más que algún pedazo de desierto y algunas rechiflas de lo mismo que protege en su delirante ambición de meterse entre sus vecinos porque sus vecinos no tienen el poder de meterlo en su casa para

siempre, en beneficio de ellos y de él mismo.

El Brasil también tiene sus partidos decrépitos y gastados. Tiene también una generación nueva é ilustrada que quiere sacudirse de esa herencia de las guerras del Sur que no han servido sino para empobrecer el Norte del Imperio, y que al paso que llevan esas guerras han de arrancar para siempre aquellos preciosos florones de la corona de Braganza.

Tenéis á vuestro servicio la historia de estos países.

Tenéis á vuestras órdenes el concurso poderoso del convencimiento general, que en todas partes del Plata clama por una unión que entone y robustezca la fuerza y la virilidad de estos países. Sólo los tontos y los aduladores de las vanidades cobardes no estarán á vuestro lado.

Tenéis, por último, al Brasil mismo para discutir esta inmensa revolución en la existencia y en el porvenir de esta región de América.

No confundáis el pueblo brasilero con esas ediciones nuevas de libros viejos de los partidos dominantes de aquel imperio, que no han sabido hacer otra cosa que vivir de las tradiciones de 1825.

Confiad en todos; pero más que en todos, en el derecho y en la santidad de vuestro propósito.

¿No habéis pronunciado alguna vez, señores Mitre y Gómez, la palabra Confederación del Plata? ¿No habéis mostrado otra vez la punta de esa bandera? Pues este es el momento de que la despleguéis á la luz del sol, vosotros que tenéis el derecho

de ser oídos en vuestros respectivos países y tenéis la obligación de hacer algo por los pueblos que han hecho tanto por vuestra reputación.

¿No es mejor eso que estar escribiendo historias con vinagre, é historias mal hechas, que es lo peor?

Soy todo vuestro, mis queridos amigos.

X. X. (1)

Diciembre 14 de 1869.

(1) X. X. es el poeta argentino José Mármol, entonces ministro plenipotenciario en la corte de Río de Janeiro.

CONTESTACIÓN DEL GENERAL MITRE

Al doctor don Juan Carlos Gómez:

I

Se ha dicho en una polémica entre dos buenos amigos y antiguos correligionarios como nosotros, que combatir los errores de sus adversarios es el placer de la lucha intelectual.

Combatir los errores de sus amigos, es uno de los deberes más dolorosos de esta lucha, sobre todo cuando los amigos sirven inocentemente al triunfo de los errores del enemigo.

Usted, pretendiendo glorificar á los soldados argentinos por haber combatido á un tirano, condenó á la alianza y á los aliados que lo han vencido, haciendo de ello un crimen á los hombres que tal resultado daban.

Ante mi protesta en nombre de mis compañeros y hermanos de armas, usted, retrocede y declara heroicos y dignos á todos los pueblos y á todos los soldados de la alianza.

Ante la aceptación franca y tranquila de mi responsabilidad, usted me abre un proceso y supone en mis labios las palabras vergonzosamente egoístas de Luis XV *(aprés moi le déluge)* que ningún acto, ninguna palabra de mi vida pública ó privada autorizaba á nadie para aplicarme, y á usted menos que á nadie.

De aquí la discusión incidental de nuestras respectivas individualidades en la política contemporánea, en que yo he sido uno de tantos obreros metidos en el barro del trabajo y el polvo del combate, y usted el genio fatídico ó el querubín alado que ha levantado su vuelo después de producidos los hechos, para anunciar las derrotas del futuro á los vencedores del presente, en vez de ponerse de nuestro lado para prevenirlas, en vez de confortarnos en la fatiga no terminada, en vez de prestarnos el auxilio de su bella inteligencia para fecundar las semillas del bien depositadas en el limbo de la labor humana.

A esto me contesta usted trazando á grandes rasgos una parte de mi biografía política y militar, presentándome como el humilde servidor de la política de la Providencia.

Gracias, amigo. Es el más alto elogio que podía hacerme. Como se lo decía á Sarmiento en el banquete de la fraternidad, al descender de las altas regiones del poder entregándole las armas del combate y del trabajo: "¿Qué somos nosotros? Dos pobres hombres, instrumentos en las manos de la Providencia que gobierna el destino de los pueblos á despecho de nuestra flaqueza y de nuestros errores, haciendo prevalecer la lógica ante la cual todos nos inclinamos, como el compás traza el círculo matemático que simboliza la eterna inteligencia del divino geómetra."

Gracias; porque al menos me reconoce que nunca deserté la fatiga ni el peligro; que nunca me su-

blevé, en nombre de las inspiraciones del orgullo, contra los errores y desfallecimientos de mi época; que nunca me retiré á mi tienda como dándome los aires de un nuevo Aquiles, permaneciendo por el contrario al pie de las murallas de la *Nueva Troya* del Plata para participar de sus miserias con Melchor Pacheco ó sin él, mientras otros subían á las naves coronadas de flores y daban la vela al viento en busca de la risueña Grecia para profetizar en el festín lejano la caída del pobre caballo de palo que encerraba los destinos de una causa y la victoria de una idea.

II

El 7 de Diciembre de 1852 esa causa triunfante iba á sucumbir, y la idea que la simbolizaba, encerrada en el estrecho recinto de la plaza *de la Victoria* de otra nueva Troya del Plata, iba á dar un nuevo y decisivo combate en presencia de cinco mil sitiadores que intimaban rendición á un pueblo que veía pasear por sus calles las sangrientas insignias de la antigua mazhorca.

Supone usted que "en tal situación yo declaré imposible la defensa, resignándome á pasar bajo las horcas caudinas de la reacción".

Permítame decirle á usted que sus apuntes históricos están errados, como su cronología de la guerra del Paraguay.

Apelo al testimonio de mis amigos y enemigos

de hoy y de entonces, para declarar si es cierto ó no lo que voy á decir.

El doctor don Valentín Alsina resignó el gobierno, retrocediendo ante la guerra civil, no queriendo que tomase el mando de una columna para ir á sofocar la revolución en la misma Villa de Mercedes, como yo se lo proponía.

El gobierno que sucedió al doctor Alsina abría negociaciones con el enemigo, al parecer triunfante, y bandas de caballería con la divisa colorada cruzaban las calles de la ciudad de Buenos Aires.

Al entregar el gobierno el doctor Alsina al gegeneral Pinto, su sucesor, me propuso continuar en el ministerio.

Y le contesté que tenía mi caballo ensillado á la puerta de la casa de gobierno para ir á cumplir un deber más sagrado.

A caballo una vez y con los pies bien afirmados sobre los estribos, me quité en media calle el frac negro de ministro y me puse la casaca militar que me trajo un sobrino de Rozas, que quiso ser mi ayudante. Otro sobrino de Rozas me alcanzaba mi espada y mis pistolas. Al pasar al galope por la barbería del barbero de Rozas, frente al Colegio, fuí saludado por la carcajada de los que ya se creían vencedores. Al llegar á la plaza, el comandante Conesa (entonces), me dice: "Coronel: mi batallón se ha sublevado y mi cuartel lo han tomado." —"Vamos á retomarlo", fué mi contestación. Proclamé en seguida á veinte guardias nacionales que estaban en la esquina del Coliseo, hoy teatro de

Colón. Los hijos de Florencio Varela, inspirados por el valor cívico de su ilustre padre, contestaron mi proclama golpeando el tambor con brazo varonil. Noventa corazones valerosos de noventa guardias nacionales latían al compás del toque de alarma; y me siguen por la calle de 25 de Mayo, en medio de una procesión de mujeres que salían á las puertas con lágrimas en los ojos para darnos la última despedida. Llegamos al Retiro: son rechazadas las bandas de caballería que lo ocupaban; se reconquistan los cuarteles y los batallones perdidos; nuestros fusilazos dispersan la reunión que estaba tratando de paz en nuestro mismo Parque de artillería; establezco el primer cantón de la defensa; trazo la primera trinchera; coloco la primera escucha; organizo con Villa la primera guerrilla de caballería del sitio, y á la tarde de ese mismo día, hombres, mujeres y niños pueden venir á pasear en la plaza del Retiro, bajo la protección de la intrépida guardia nacional de Buenos Aires, que se había reconcentrado bajo mis órdenes.

Desde ese momento quedó organizada la defensa de Buenos Aires, salvándose una vez más el recinto sagrado de la ciudad que encerraba la última esperanza de la libertad argentina.

El mismo don Lorenzo Torres, á quien da usted la gloria de esta defensa, con menoscabo de mis conciudadanos, para quienes la reivindico toda entera, tuvo que hacerse el editor responsable de esta gloriosa resistencia, á que el general Paz dió carácter y el general Hornos nervio y que tuve la

fortuna de sellar con mi sangre, cayendo derribado de un balazo del mismo caballo que había montado en la plaza de la Victoria el 7 de Diciembre.

Desde ese día surgió una nueva entidad viril, en la que nadie tenía fe, de la que nadie esperaba nada, que fué la guardia nacional al servicio de la civilización y de la libertad; desde allí cesó el predominio de la campaña sobre las ciudades; se templó la bayoneta, se quebró la chuza y fué herido de muerte el caudillaje, obligando al general Urquiza, que había venido en su apoyo con todas las fuerzas de la Confederación, á embarcarse montado en una mula de su coche, acompañándole don Vicente Fidel López que es el nuevo héroe que usted nos desenvaina para empequeñecer el triunfo del pueblo sobre los caudillos.

El doctor don Vicente Fidel López había dicho en las memorables sesiones de Junio (en que todos fuimos actores y ninguno fué actor), que debían aceptarse todos los hechos consumados por la fuerza, porque estos países no podían organizarse, vivir, sino bajo la protección de esos que se llamaban los caudillos. Mi contestación es histórica. El manifiesto de la revolución de Septiembre, escrito por mí, imprimió su carácter á aquel movimiento poniendo á un pueblo frente á un caudillo y desafiándolo valientemente á la batalla, á despecho de esas teorías tradicionales de la impotencia que usted evoca hoy, alzándolas del polvo de la derrota.

No; la situación actual de la República no está basada en el caudillaje, ni en los gobiernos perso-

nales de que el doctor López fué el teorizador. Esa entidad fué vencida por la resistencia de Buenos Aires, que usted pretende en vano desvirtuar hoy, con menoscabo del pueblo triunfante, siendo la refutación más elocuente que pueda hacérsele el espectáculo de ese mismo pueblo, dueño de sus destinos después de largos trabajos y memorables combates, en que no ha habido caudillos por nuestra parte, ni prestigios personales, ni intereses sórdidos, ni capitulaciones cobardes con los principios, sino coraje, virtud cívica, fe en los destinos de la democracia y desprecio por el encumbramiento pasajero de las influencias bastardas que no sean la expresión y la emancipación del pueblo. Esta entidad colectiva, caudillo múltiple, ha presidido á la gloriosa resistencia de Buenos Aires, en nombre de la libertad y de la dignidad humana que otros renegaron antes, y que usted niega hoy como Galileo, en presencia de este mundo político que se mueve obedeciendo á las leyes de la mecánica divina, de la cual don Vicente Fidel López es, según usted, el Laplace, mientras que yo lo atribuyo á su verdadero y único autor, colocándome como uno de tantos entre los humildes instrumentos de la Providencia, de que usted reconoce hemos sido fieles y obedientes servidores y de que usted mismo ha sido valeroso defensor.

Usted mismo proclama la verdad al sostener que esta situación es el triunfo del acuerdo de San Nicolás, contra el cual protestamos, y que desgarramos al dar á la Constitución la base de la sobera-

nía popular bajo los auspicios de la reforma y á la sombra de la bandera popular triunfante.

La modesta gloria de haber servido humildemente á esa idea vale más que la corona del caudillo omnipotente, y más que la protesta impotente del que, lejos de la acción, condena el trabajo y maldice la cosecha porque todos y cada uno de los obreros que concurrieron á esta labor colectiva no fueron Césares, Napoleones, Bismarcks, sin comprender que la pequeñez de las individualidades agranda la obra común para bien de todos, inclusive de los mismos que la renegaron en la hora del peligro y la niegan en el día del triunfo.

III

Cepeda es la continuación de la gran batalla entre el caudillaje y el pueblo.

Con seis mil hombres presentamos batalla á quince mil.

Con tres mil soldados de infantería, que quedaron firmes en su puesto, dominamos el campo de batalla, salvando el honor y las legiones de Buenos Aires con tres cartuchos en cada cartuchera y cinco tiros por cañón, razón que le explicará porque no fuí al Rosario.

Vencedor en un combate naval para abrirme un paso hacia Buenos Aires con los restos del ejército, usted me aconsejó me hiciese dictador, montando á caballo, con látigo en mano, obedeciendo á esa obcecación que le persigue de los hombres

omnipotentes que son la negación de la libertad y fuera de los cuales no comprende usted nada grande en los pueblos movidos por la inteligencia colectiva, por la razón pública, por la conciencia humana, ante la cual las inspiraciones individuales son fugaces exhalaciones.

Vino el 8 de Noviembre y todos desesperaron. La Legislatura, apoyada en una parte del ejército, conspiró contra la situación. El miedo fué su poderoso auxiliar. Tejedor trató con Urquiza. Sarmiento estuvo por la aceptación lisa y llana de la Constitución que emanaba del acuerdo de San Nicolás. La mayoría de la convención de Buenos Aires, acaudillada por don Vicente Fidel López, pretendía hacernos pasar bajo las horcas caudinas de la Constitución á libro cerrado y á título de vencidos.

Fué entonces que en las mismas columnas que había dejado usted huérfanas de su brillante pluma, abrimos campaña en favor de la reforma de la Constitución, para salvar el derecho de Buenos Aires y dar á la organización nacional una base sólida y popular.

Esta idea triunfó en la convención de Buenos Aires, y la hice triunfar en la convención nacional, con el auxilio del mismo Derqui y del mismo Urquiza, poniendo á la Constitución Nacional el sello de nuestra libre y soberana sanción y arrojando al viento los últimos pedazos del acuerdo de San Nicolás.

Si llamé á Urquiza hombre espectable, es porque realmente lo era el que no había abusado del mie-

do de sus enemigos y se había inclinado ante nuestro triunfo moral en presencia de la *Orden del día* que di al ejército, declarando que se retiraba vencido sin poder pisar el recinto sagrado de la ciudad de Buenos Aires.

Cuando lo llamé á Buenos Aires, como huésped, lo recibí como debía, en el nombre y en el interés de la paz que la buena fe buscaba y deseaba. El pueblo, que también la quería, lo recibió con gesto sombrío. Reunidos en la municipalidad, en medio de una atmósfera amenazadora en que de un momento á otro podía estallar de nuevo el rayo de la guerra, cuando todavía no estábamos preparados á ella, el señor Sarmiento, mi ministro entonces, se acercó á mí y me dijo al oído: «La posición es mala».—«*Il faut l'emporter!*» fué mi contestación. Tomé la copa de la amistad, y dije: «Saludo al general Urquiza, que retrocedió ante la revolución de Septiembre, y que hoy vuelve, desarmado, como si fuera un Washington, al seno del mismo pueblo que le arrojó antes á balazos, inclinándose ante su soberanía y ante su libertad.» Esta escena es histórica, y apelo al testimonio del pueblo que la presenció y que desde ese momento entra en la corriente que inducía al triunfo de las reformas de la Constitución á que pusimos nuestro sello. El general Urquiza derramó en aquel momento nobles lágrimas que le granjearon el aprecio de los presentes.

Cepeda había probado que la infantería de Buenos Aires era invencible.

La política seguida después de Cepeda nos dió

aliados de causa en toda la República, y el partido liberal, debilitado por los sucesos de Noviembre, se hizo un poder nacional.

Robustecidos política y militarmente, pudimos ir con la misma tranquilidad á la incorporación, si se nos aceptaba con nuestra bandera, ó á la guerra si se desconocía nuestro derecho.

Vino la guerra.

El doctor don Adolfo Alsina, actual vicepresidente de la República, me dijo que él no creía en la victoria; pero que me acompañaría de todos modos á morir por la causa de Buenos Aires.

Yo le contesté que necesitaba compañeros para triunfar y no para morir. El señor Sarmiento, que estaba presente, me preguntó:

—¿Con qué cuenta usted para triunfar?

—Con dieciocho batallones de infantería.

—No los veo.

—Usted los verá en el campo de batalla.

Y con 17 batallones triunfamos en Pavón.

Pavón es la grande victoria del gran partido de la libertad argentina. El triunfo militar fué de la provincia de Buenos Aires. El triunfo moral y político fué de las provincias todas, sin cuyo concurso hubiéramos tenido que repasar el Arroyo del Medio. Por eso fuimos fieles á la Constitución reformada que habíamos jurado. Por la primera vez subió el partido liberal al gobierno, haciendo prácticos los beneficios de la nacionalidad y de la libertad para todos. Los mismos vencidos tiraron de su carro de triunfo, inclusive el mismo general Urquiza,

á quien le dije públicamente y por escrito, que si aceptaba su sometimiento para los grandes intereses nacionales, «no aceptaba su concurso en una obra que debía llevarse á cabo por principios y elementos opuestos y contrarios á los que él había sostenido».

La unión nacional se hizo; la época de los gobiernos personales se cerró para siempre; el orden constitucional fué una realidad; las últimas resistencias del caudillaje fueron vencidas en nombre de la ley; la transmisión del mando supremo se efectuó en paz y libertad; él fué entregado en toda su integridad, dejando en el gobierno al gran partido de la libertad triunfante, y á él le toca mantenerse en el gobierno por la fidelidad á sus principios, para no pasar por el oprobio de entregar las banderas del poder á sus enemigos vencidos, que tendrían razón de ser si nos mostrásemos incapaces del ejercicio firme y tranquilo de la autoridad, é indignos de la libertad que tantos sacrificios cuesta.

Estas son páginas auténticas, arrancadas del libro de la historia contemporánea en el mismo orden en que usted las ha evocado contra mí, y que, en honor de mi causa y de mi bandera, hoy levanto para dejar bien establecida la verdad.

IV

Del caos que quedó después de Pavón surgieron la unión y la nacionalidad argentinas, al amparo

de una ley común, como lo declaró solemnemente el Congreso argentino, libremente reunido. A la sombra de la bandera victoriosa de la libertad, pudimos afirmar el juramento de la Constitución nacional, único vínculo entre los pueblos, en vez de lanzarnos en las aventuras de un nuevo período constituyente, que era una nueva guerra civil segura.

Merced á esto, la guerra del Paraguay nos encontró unidos y reunidos, y desarmados los partidos y preparados á hacer respetar nuestro derecho, así en la paz como en la guerra.

Cualquiera otra política hubiera dado la preponderancia al Paraguay en los asuntos del Río de la Plata, alentando las resistencias latentes contra el nuevo orden de cosas.

Comprometidos todavía en el difícil experimento de un gobierno libre, que tenía á la vez que completar la unión y la organización nacional, vino la guerra del Paraguay.

Como lo hemos observado antes, el Paraguay estaba en guerra con el Brasil.

El Brasil era, por consecuencia, más que un aliado natural, un aliado de hecho.

El hecho se redujo á protocolo, y el tratado de la triple alianza fué firmado sobre el tambor por los mismos combatientes que iban á sellarlo con su sangre, y en presencia del enemigo común que había invadido nuestros respectivos territorios.

Orientales y argentinos contribuyeron á rechazar la invasión paraguaya en el territorio brasilero del Río Grande.

Los brasileros contribuyeron á rechazar la misma invasión paraguaya en el territorio argentino de Corrientes.

En seguida nos lanzamos unidos sobre el territorio enemigo, resueltos á dar en tierra con el bárbaro gobierno que nos había provocado á la guerra, buscando en esto la garantía para la paz futura de estos países, á la vez que el desagravio de la humanidad, y por accidente, de la libertad del pueblo paraguayo.

Usted encuentra malo todo esto.

Debimos prescindir, según usted, del concurso del Brasil, que ya estaba en línea de batalla frente á frente de nuestro enemigo; debimos impedirle que combatiese á nuestro lado. ¿Cómo? Eso no lo dice, porque, á menos de hacerle la guerra al Brasil, no se comprende como le hubiésemos impedido llevar sus armas al Paraguay.

Debimos afrontar la lucha solos, á cuenta de esa derrota que usted consideraba segura, y que yo he negado. ¿Por qué? Para triunfar en el porvenir, después de caídos; para no triunfar desde luego con el concurso de un aliado, sin menoscabo de nuestro derecho y de nuestra gloria, que tenía los mismos intereses y la misma razón de combatir que nosotros.

Debimos, por último, según usted, llevar la revolución al Paraguay en vez de hacerle la guerra, enarbolando, no el pendón de las nacionalidades agraviadas que repelían la fuerza con la fuerza y trataban de garantizar la paz futura, sino en el

nombre y en el interés del pueblo paraguayo, que es el único que á usted le inspira admiración y simpatías.

Nada de esto es serio ni tiene sentido común, y tan es así, que usted mismo, después de haberlo proclamado á son de trompas, arría hoy su bandera revolucionaria y retrocede ante las conveniencias de su propaganda, y desertando hasta las banderas de la política providencial, de la política revolucionaria desplegada por usted, se contenta ya con una política expectante, á lo que dieren los sucesos; lo que se llama la política á la buena de Dios, en que la inteligencia no entra por nada, y en que los pueblos y soldados son centinelas de los sucesos que puedan sobrevenir ó no sobrevenir.

Desconozco en usted al pensador y al político que he admirado en otro tiempo, y me sorprendo al encontrar, en vez del atleta resuelto y convencido que se había batido tantas veces en la arena ardiente de los debates públicos, un polemista de palabras y recriminaciones, que arrojando sus dardos, como el Partho, en retirada, va retrocediendo de posición en posición, desde que concede á los pueblos y soldados de la alianza la corona cívica y militar que al principio les había negado á todos por igual, hasta abandonar su guerra de redención, su propaganda revolucionaria y su alianza entre las dos repúblicas del Plata, sobre la cual ni siquiera dice una palabra después de haber leído la carta del general Flores.

Después de trazarme un plan de batalla para

después de Cepeda; después de trazarme un plan de política para después de Pavón, me traza usted ahora un plan de campaña contra el Paraguay, que es por sí solo la derrota más completa de todas las ideas políticas y militares que ha sostenido en el curso de nuestra discordia.

Abandona, olvida, reniega su proyectada alianza *del pueblo del Pla'a* (como usted llama á las dos repúblicas), y prescindiendo de esta base que era, según usted, el punto de partida fatal de la política providencial de estos países, no toma en cuenta sino á la República Argentina, á la que usted confía su pendón, augurándole la victoria que antes creyó imposible.

Olvida que antes dijo que la victoria, combatiendo solos, era el precio de la derrota, y daba por conseguida la victoria con la misma rapidez y con la misma facilidad con que se obtuvo por el concurso de la alianza.

No se le ocurre que la guerra habría sido entonces en el territorio argentino, y que en vez de compartir á alejar los males de la guerra, los hubiéramos localizado en Entre Ríos y Corrientes.

No es lógico consigo mismo porque al prescindir del Brasil y al pretender que le impidiéramos formar á nuestro lado, no se atreve á llegar hasta la consecuencia lógica de tal permiso, que era disparar cañonazos al Brasil para que el Brasil no los disparase á los paraguayos que nos hacían la guerra y talaban nuestro territorio llevando cautivas nuestras mujeres; dando á entender que no necesitába-

mos firmar alianzas para aprovecharnos de la concurrencia del Brasil, lo que es un argumento contraproducente.

Cambiando ahora la derrota en victoria, dando por hecho que, tal como pasaron las cosas hecha la alianza, hubieran pasado sin la alianza ni del Brasil ni de la República Oriental, supone usted arrojado al enemigo del territorio argentino, y á los argentinos vencedores sobre las márgenes del Paraná.

Aquí era el caso de desenvolver su gran plan revolucionario respecto del Paraguay, de demostrarnos como iba á introducirse la tea de la revolución en el Paraguay, como este sistema de hostilidad nos habría dado mayores ventajas con menores sacrificios. ¡Oh decepción! Aquí lo encuentro ya mal hilvanador de frases y asisto con dolor á los esfuerzos de una alta y noble inteligencia que, como el gladiador herido en el circo, hace esfuerzos impotentes para dominar el dolor y caer con elegancia en la arena ensangrentada.

Toma usted mis propios argumentos y los esgrime ciegamente, sin advertir que se hiere con ellos, cuando dice que "los gobiernos no tienen el derecho de renunciar á las ventajas que las circunstancias brindan á los pueblos, ni el de meterse á quijotes, lanzándose á las vicisitudes"—lo que usted aplica á la alianza, cuando la alianza era la ventaja que brindaban las circunstancias.

En seguida se nos viene con la teoría de las razas, en que usted explica la resistencia de los para-

guayos bajo el látigo de su verdugo, cuando antes los había declarado heroicamente convencidos, poniéndolos más arriba que nosotros que los hemos vencido.

Sin acordarse de que con sólo no dar parte al Brasil en nuestra lucha, usted daba por revolucionado al Paraguay con sólo desplegar nuestra bandera azul y blanca, usted retrocede ahora aterrado ante la *raza paraguaya*, y dice textualmente: "No teníamos para qué estrellarnos contra el fanatismo de las muchedumbres (razas) paraguayas. En la guerra con el tirano del Paraguay, el triunfo estaba en nuestro favor: nos fortalecía, nos enriquecía *(buenas noticias para los mercachifles)*, mientras empobrecía y debilitaba al tirano. Sin la alianza, teníamos la libertad de esperar la ocasión de la victoria."

Y ¿cuál era la victoria para más adelante que el doctor Gómez nos prometía, en cambio de los triunfos actuales? Va á verse. Dice usted textualmente: "Los elementos capitaneados por Robles, Barrios y los hermanos del mismo tirano, todos fusilados por él, nos hubieran abierto la puerta de entrada."

A esto ha quedado reducida su generosa guerra de redención contra la tiranía del Paraguay. Esta es la misión providencial que, según usted, estaba reservada á los pueblos del Plata:

Arrojar al invasor de su casa como Dios lo ayudase, y no estrellarse contra la *raza paraguaya*, esperando que Robles, Barrios y Benigno López abriesen la puerta para entrar! Esto quería decir:

"embrazar la égida de la libertad y tomar el hacha de la revolución!"

He entendido por fin, señor retórico,
Lo que quiere decir zumo heliotrópico.

Ya sabemos por fin que la misión que la Providencia deparaba á los pueblos del Plata (que al fin se reduce á uno solo) era hacerse derrotar vergonzosamente, ó detenerse prudentemente en la frontera del enemigo para no hacerse derrotar por él, esperando que los seídes de López nos tendieran la mano de aliados!

Tan vergonzoso resultado no merecía que se derramara una gota de sangre de más ni que se gastase en su obsequio un peso papel.

Tales conclusiones no valen ni el papel ni la tinta que hemos empleado en esta discusión, en que, después de maldecir la alianza y los aliados, acaba usted por abrazarse con los *heroicos paraguayos* y con sus hipotéticos aliados los Barrios, los Robles y los hermanos López! ¡Y todo esto á propósito de glorificar la guardia nacional de Buenos Aires!

Aliados por aliados, me quedo con los míos

Humillado me siento de haber tenido que emplear mi tiempo para refutar tales conclusiones, y hago á su alta inteligencia el merecido honor considerándolas como los únicos argumentos que pueden aducirse en favor de una tan mala causa como la que usted defiende sobre bases tan falsas.

Espero que otra vez será usted más feliz, y me vencerá cuando de su parte esté la razón.

V

Por hoy he concluído.

No se tome el trabajo de contestarme para llenar el intermedio, si no tiene algo más nuevo y sólido que decir.

Lo dicho basta y sobra para juzgar de su estilo y de su sistema como polemista.

Déjeme hablar á mí solo, que como actor en los sucesos, como más interesado que usted en las cosas de mi país, como más apasionado también, si usted quiere, tengo algo más nuevo y más oportuno que decir, y, por lo tanto, con una tendencia más práctica y más patriótica.

Quiero aprovechar esta oportunidad para fijar la opinión respecto de la alianza y de sus consecuencias, ya que por tanto tiempo he guardado silencio.

Quiero reducir á polvo todas las mentiras de convención y todas las cobardías vestidas con el ropaje del republicanismo que la indiferencia de unos y la debilidad de otros ha dejado acreditar como moneda de buena ley.

No retrocederé ante nombres propios de amigos ni de enemigos; porque estoy, más que profundamente apasionado, profundamente convencido y seguro de que en este terreno puedo desafiar todos los tiros de los que se sublevan contra mis estigmas, porque tengo de mi parte la resolución inquebrantable que á usted le falta desde que ha abandonado sus primitivas posiciones.

Déjeme volar sin el auxilio del soplo de sus frases,

con mis propias alas quebrantadas por las tempestades que he cruzado y cubiertas por el polvo del combate en que quedaron tendidos mis heroicos hermanos de causa; déjeme prescindir de mi personalidad, que me fastidia en presencia de las grandes cosas que debatimos; que yo le prometo que ha de oir algo nuevo que usted ni sospechaba con toda la capacidad, con toda la previsión y toda la intuición que se atribuye, negándosela á los demás mortales.

Todo lo que usted puede decirme lo sé de memoria. Es retrospectivo, es viejo y no tiene seriedad ni objeto práctico, y podría escribir ahora mismo la contestación que usted me daría al leer esta carta.

Usted no puede atinar siquiera por dónde voy á empezar la que próximamente voy á dirigirle, sin necesidad de esperar su contestación.

Es que yo tengo siempre el corazón en el pecho, en el lugar donde lo colocó Dios, como lo dije en las sesiones de Junio, y no necesito quitarlo ni ponerlo, como el aereonauta que aumenta ó disminuye el gas ó el lastre de su globo ó de su barquilla, para subir á la región de las nubes ó descender á la superficie de la tierra.

Vivo en la región en que respiran y viven mis iguales, uno de tantos; que ni pretendo elevarme sobre ellos, ni descender hasta la vulgaridad para acariciar pequeñas pasiones con menoscabo de lo que considero verdadero, justo y bueno.

No tengo ganas de conversar.

Necesito, una vez por todas, transmitir la idea que me trabaja, y á la cual he consagrado mis afanes.

Si con iguales títulos y con el mismo objeto tiene usted algo nuevo y serio que decir para la ilustración del pueblo, dígalo de una vez; pero no nos venga con las teorías de las razas ni con vulgaridades que hacen poco honor á su envidiable talento.

Mientras tanto, puedo asegurarle que sus cartas no han dejado en mí ni tristeza ni amargura, por doloroso que me sea tener que herirle en defensa de la verdad, que vale más que yo y más que usted.

Soy siempre su amigo,

Bartolomé Mitre.

Diciembre 15 de 1869.

EL ROMANCE HISTÓRICO

Al general don Bartolomé Mitre.

Su última carta me ha revelado una nueva faz de su talento.

Teníamos un Walter Scott sudamericano en el autor del *Facundo*. Ahora descubrimos en usted un Alejandro Dumas.

Los hechos se someten, flexibles, á su pluma de historiador, á tal extremo que los mismos testigos y espectadores de los sucesos, nos quedamos admirados de la *novedad* de los sucesos.

Tiene usted razón General; imposible atinar por dónde va usted á empezar ni adónde va usted á concluir con su rica imaginación. Sólo podríamos saber de memoria la historia. Las creaciones de la fantasía son siempre imprevistas.

Recalca usted en hacerse un alto mérito del simple cumplimiento de su deber de soldado. Militar, usted no tenía elección; estaba forzado á tomar el puesto que le señalaban en la línea. Así es como se encontró usted en la defensa de Montevideo: porque era usted oficial del ejército oriental; y en la defensa de Buenos Aires, porque llevaba usted en sus hombros las charreteras de los jefes.

No lo seguiré en su autobiografía, aunque tenga, como usted, la resolución de decir toda la verdad, por más que ella hiera dolorosamente á mis más queridos amigos; en primer lugar, porque comprendo que tiene usted en ello un interés de actualidad á

que no quiero prestarme, y en segundo lugar, y principalmente, porque ella nada importa á la discusión de la triple alianza. Si algún día me viniese el capricho de borronear la historia, estoy seguro que encontraría en su vida mayores méritos que el valor vulgar de haber expuesto su cuerpo á las balas en nuestros entreveros. Don Bernardino Rivadavia, más alto que usted en la historia argentina, sería un pigmeo á su lado, en su teoría de los servicios á la patria.

Un hecho sobrevivirá á su política y á su influencia, en la vida de los pueblos del Plata, que usted ha hecho cuanto un hombre puede hacer por enterrar en la nada, y es la *nacionalidad.*

Habrá Nación contra usted y sin usted por la obra del pueblo.

Los sucesos han sido más fuertes que usted y por eso no ha desaparecido ni desaparecerá la nación que nos legaron los revolucionarios de Mayo.

La triple alianza ha sido su último ataque á la nacionalidad, y usted se escuda de su pecado de imprevisión con el *éxito.*

Pero no siempre el *éxito* es la justificación de los hombres y de los gobiernos. El *éxito* estuvo con los fariseos contra Jesucristo, que era el porvenir de la humanidad.

Entre sus servicios á la patria cuenta usted el *beneficio práctico de la nacionalidad*, amén del de la libertad, por no haber seguido usted en 1859 mi consejo de tomar el látigo de Cromwell y echar á la calle al parlamento del 8 de Noviembre.

Pero olvida usted que, cuando en 1857, el partido federal se nos presentó imponente en la lucha, y los ánimos más fuertes vacilaron y dudaron del porvenir de la República, usted fué de los desfallecidos que nos propusieron por remedio la separación absoluta de Buenos Aires, constituído en *República del Plata.*

¿Qué era entonces el varón fuerte que al levantarse la tormenta en el horizonte hacía frente á la muerte y sostenía al corazón en la vida?

Y no era un simple ardid de guerra para arrancar la bandera del aislamiento de las manos de Lorenzo Torres, disculpa con que se excusaba usted cuando sublevamos contra usted el sentimiento público de la nacionalidad los que lo combatimos: era un propósito en usted la disolución de la República.

Tengo en mi poder instrucciones escritas por usted, de su puño y letra, para nuestro enviado á Río de Janeiro, instrucciones que no quiso firmar don Pastor Obligado, en que le prevenía usted se cerciorase de la actitud que asumiría el Brasil en el caso de que Buenos Aires se declarase nación independiente.

¿No sabía usted de antemano, usted *hombre político*, usted, conocedor de la historia sudamericana, que la separación absoluta de Buenos Aires, que la disolución definitiva de la nacionalidad, era el *desiderátum* tradicional de la política brasilera?

Consultar ese punto al gobierno del Brasil y á los

hombres de estado brasileros era conciliarse su concurso y hacer, en 1859, la alianza que ha reducido usted á tratado en 1865.

Gracias al provincialista don Pastor Obligado, su pensamiento fracasó entonces, y la alianza brasilera con el solo estado de Buenos Aires no nos ha hundido en medio siglo de infortunio.

Una carta semihumorística que publica hoy la *Tribuna*, y si no me engaña el *bouquet* del estilo, pertenece á Mármol, retrotrae la alianza á la invasión de Flores al estado Oriental y me culpa de aceptarla en cuanto propendió á levantar en el estado Oriental á mi partido.

El ministro Paranhos, hoy en el Paraguay, en un discurso de muchos días pronunciado en las cámaras brasileras, afirmó que las bombas y granadas con que los brasileros arrasaron á Paysandú salieron del Parque de Buenos Aires, lo que no pudo suceder sin el asentimiento del gobierno de usted, á quien lava Mármol de la responsabilidad de los sucesos orientales.

Si el hecho asegurado por Paranhos es cierto, usted estaba aliado á Flores y á la acción brasilera en el estado Oriental, antes de cuestión alguna con el Paraguay—¿cómo me hace usted cargos con una carta de Flores, recordándole sus compromisos con el Brasil? ¿Iba usted en los sucesos á la rastra del caudillo oriental? ¿Estaba usted en la lucha sin condiciones? ¿Regalaba usted los recursos argentinos y comprometía usted en una guerra á su patria, sin previas obligaciones de los favorecidos, por

los sacrificios que su patria hacía y los peligros á que se exponía?

¿O buscaba usted por todos los medios y en todos los caminos la alianza brasilera que don Pastor Obligado impidió á usted hacer efectiva en 1859, para la desmembración definitiva del estado de Buenos Aires?

Al cargo á mí, de nuestro amigo Mármol, responderé solamente: que el general Flores, antes de su invasión, me pidió una conferencia, á que me presté, y él esquivó porque tenía el convencimiento de que rechazaría todo concurso del Brasil en la revolución oriental; que protesté contra la ingerencia del Brasil en ella, separándome absolutamente de mis compañeros políticos que la aceptaron; que lamenté la imbecilidad del gobierno de Montevideo, en no haber levantado la bandera de la guerra nacional, arriando la de la guerra civil, que mantuvo alzada, y mi conciencia está satisfecha de mi actitud, aunque el general Mitre me reproche no haberme metido en el barro y levantarme sobre el fango en las alas de querubín de las esperanzas del futuro.

¿Estaba realizada *de hecho* la alianza brasilera en 1864, como lo afirma Mármol y como lo jura Paranhos con las remesas de bombas de nuestro Parque?

Importa al general Mitre desvanecer este cargo, porque, de lo contrario, él sería el autor de la guerra del Paraguay, su política respondería á la patria de toda la sangre derramada y de todas

las vicisitudes que el porvenir nos reserva, como consecuencia de esta lucha.

Mi sinceridad me obliga á manifestar todo mi pensamiento. Creo en la imprevisión y no en el cálculo del general Mitre.

De todos los hombres públicos de estos países, el general Mitre ha sido siempre el más imprevisor, el más inconsciente de los acontecimientos; su política ha navegado á merced del último viento y de la última ola, sin derrotero y sin rumbo; ha sido una barca sin timón, que la casualidad ha llevado á una mala rada, que él se imagina un puerto seguro. En vísperas de Pavón, encerrado en un buque con Urquiza y Derqui, subscribía á todas sus condiciones. Fué necesario que el señor Riestra, rompiese las negociaciones, á pesar suyo, para que le coronásemos con el laurel de la victoria y le hiciéramos presidente de la República, siendo de lamentar que don Manuel Ocampo haya devuelto la correspondencia del general Mitre, que nos retrataría al hombre de esos momentos. Antes de Cepeda, quería escapar del diluvio en el arca de Noé de la República del Plata, garantida por el protectorado del Brasil. Antes de Curupaity, se prometía llegar en tres meses á la Asunción y parar su reloj en la hora de la victoria, ya que no podía parar al sol en su carrera, como Josué.

Imprevisión, casualidad—he ahí toda la política que hoy viene justificándose con el *éxito*, como el héroe por fuerza de la comedia, encumbrado al heroísmo por el caballo en que lo montó la fortuna.

El general Mitre no tenía conciencia del poder del Paraguay, de la situación vidriosa de la República, de las reacciones que debían producirse en el interior, de la falta de concurso del estado Oriental, de nada de lo que hoy pondera, porque, si la hubiera tenido, no nos hubiera asegurado que la Asunción estaría ocupada dentro de tres meses.

Creyó él que la guerra del Paraguay era un paseo militar, á bandera desplegada y tambor batiente; que iba á redimir de la esclavitud al pueblo paraguayo á costa de muy poca sangre, y á conquistar para la patria y para sí la palma del libertador.

Hoy se justifica de los grandes sacrificios arrancados al pueblo, del torrente de sangre derramada, del martirio del Paraguay, y del cataclismo que lega al porvenir con su programa *ex post facto* y sus doctrinas para el caso. En el tratado de alianza nos declaró con la solemnidad de la ley, que la del Paraguay era una guerra de redención de un pueblo, contra un tirano solamente, y en su proclama nos respondió de que el derrocamiento del tirano sería la obra de un soplo de la revolución, *tres meses de tiempo*, y una marcha triunfal hasta el alcázar de Francia. Ahora se exaspera contra los que no lo creímos entonces, y no viendo derrocado al tirano después de cuatro años de batallas, y contemplando exterminado, en vez de redimido, al pueblo, mentidas las promesas de la alianza, perjuras sus protestas, nos viene á última hora con que no debía hacer guerra de redención, que hubiera exter-

minado lo mismo al pueblo paraguayo, si en vez de Solano López hubiere estado gobernado por Washington, y que es más provechoso, más fecundo, moral, justo, santo, engrandecer y fortalecer una monarquía á costa de la República en América, que haber enaltecido el principio republicano, afianzando la libertad, y dejando vindicados el honor y la moral, y consolidada la paz en lo venidero.

¿Cuándo hablaba verdad, cuando hacía historia ó cuando hace romance el general Mitre?

¿Cuándo firmaba el tratado de alianza para redimir al Paraguay de su tirano, cuando nos juraba que en tres meses la obra estaría consumada en la Asunción, ó cuando me contesta que, sin la alianza, nuestros sacrificios hubieran sido enormes y que la alianza con la monarquía hubiera sido tan santa para exterminar al pueblo de Washington como para exterminar al pueblo de López, aunque hubiéramos tenido medios de vindicar el honor y garantizar la paz sin el exterminio?

Entretanto, me promete usted novedades sorprendentes, á trueque de las vulgaridades que pueda yo decirle y se las sabe usted de memoria. No se forme esa ilusión; nada va á sorprenderme, desde que me sorprendieron menos sus *tres meses á la Asunción* que á usted los *abatis* de Curupaity.

II

Usted ha publicado la biografía de Belgrano y tiene en sus carpetas la de Artigas.

El estudio filosófico de la historia ha de haber enseñado á usted una triste verdad, cuya lección no ha debido usted olvidar en la vida política, y es que los bandidos como César, como Rozas, como Artigas, representan en ciertos momentos de la vida de los pueblos, los grandes y esenciales principios de su existencia y de su vitalidad futura, mientras que hombres virtuosos como Belgrano y el mismo Rivadavia, representan, por el contrario, en tales momentos, los principios letales, disolventes de las sociedades á que pertenecen. Esto no exime á los primeros de su responsabilidad personal por sus crímenes, ni amengua en los segundos la venerabilidad de la virtud de las grandes cualidades del alma. Dejo á usted la libertad de explotar contra mi pobre individualidad esta evidencia histórica, denunciándome como el adalid inconsciente de los caudillos y tiranos, á pesar de haber usted enaltecido las figuras de Artigas y Güemes más allá de su efectiva importancia histórica.

Un historiador como usted, no podía dejar de ver sin ceguedad, sin inmeditación, sin una inconsciencia é imprevisión supinas, no podía dejar de ver en Francisco Solano López lo que habían sido en nuestros pueblos Artigas, Güemes, Quiroga, su *espectable* Urquiza y, en más alta escala, Rozas.

Un hombre político de meditación y de conciencia hubiera comprendido que el medio de empequeñecer y anular á López no consistía en aglomerar contra él el poder material de bayonetas y cañones, sino en despojarlo de su representación, de

su personificación, de su pedestal popular, de su bandera, de su poder moral; en una palabra, desnudándolo de su carácter político y dejándolo hombre déspota, malvado.

La enseñanza de nuestros propios infortunios nos patentizaba cuán difícil y ruda es la lucha contra los Artigas, los Quirogas, los Urquizas y los Rozas, los Césares y los Bonapartes, en más vastos teatros, mientras ellos pueden decirse la expresión de la democracia, del sentimiento popular de independencia, de igualdad ó de cualquiera otro instinto de los pueblos que los tienen á su frente.

Un hombre de estado hubiera empezado por arrancar á López esa púrpura popular de encima de los hombros, y exponerlo á las miradas de su pueblo y de la humanidad con todas sus horribles deformidades, para que apartasen la vista de él con espanto y desprecio.

Entonces la guerra hubiera sido al tirano y no al pueblo; entonces el pueblo se habría asociado á sus redentores; entonces la guerra hubiera sido fácil, y en tres meses nos habrían recibido en la Asunción bajo arcos triunfales y lluvias de flores.

Esto es lo que usted se hace el que no comprende, entendiéndolo más cabalmente que yo sé explicarlo.

Esto es lo que habría sucedido sin la alianza brasilera, y esto fué lo que sucedió mientras la lucha tuvo lugar en nuestro territorio.

¿Por qué los soldados de Estigarribia no se hicieron matar en Uruguayana como en Estero Bellaco y Tuyutí, y se rindieron sin disparar un fusil?

¿Por qué en Yatay se dejaron carnear (es la palabra), arrojándose á los arroyos sin tentar la resistencia? ¿Por qué Cáceres bastó para detener al ejército de Robles, y la invasión paraguaya, con todos sus auxiliares, no tuvo el poder de hacer abandonar la provincia al gobernador de Corrientes, nuestro amigo Lagraña? ¿Por qué los paraguayos no ahogaron á Paunero en su desembarco en Corrientes, de donde se retiraron con décupla fuerza?

¿Eran los mismos paraguayos que deshacían nuestros batallones con su mala caballería, y ponían respeto á los encorazados brasileros con sus canoas?

Huye usted de explicar esta diferencia, prescinde usted de los hechos, se fastidia de que le recuerden lo que sabe de memoria, y exige que le dejen hablar solo, porque tantas reminiscencias le incomodan. Tenga paciencia, amigo mío; el mosquito suele vencer al león como el león suele necesitar que el ratón despreciado le roa las redes en que se deja atrapar á veces.

Usted no explicará esta diferencia, este contraste de polo á polo, entre el pueblo paraguayo de Yatay y la Uruguayana y el pueblo paraguayo de Tuyutí y el Estero Bellaco, sino por el *poder moral* que faltaba al primero y que sobraba al segundo.

Si los paraguayos de Estero Bellaco y Tuyutí se hubieran portado como los de Yatay y la Uruguayana, usted hubiera estado á los tres meses en la Asunción, sin la menor duda.

¿Qué cambio se operó en la guerra? ¿Tuvo López

mejores soldados, vinieron en su ayuda generales estratégicos, bajó del cielo la intervención del apóstol Santiago ó de los dioses de Homero?

El cambio que se había operado es que Solano López, en vez del tirano de su pueblo, había sido convertido en la personificación de su pueblo; que la guerra de redención estaba convertida en guerra internacional, en que el programa del tratado de la alianza había sido reemplazado por el programa de la conquista brasilera.

La política de usted dió á López, posición nacional, carácter popular, significación política. Su política hizo de López, tiranuelo obscuro, vulgaridad personal, un personaje histórico, por más quc me duela y me pese tanto ó más que á usted divisar en las galerías de la posteridad á los que hemos visto de cerca repugnantes figuras.

Y esa personificación de un pueblo que le dió su política con la alianza brasilera, y que no hubiera tenido sin ella, ha podido costarnos la derrota más vergonzosa que podría sufrir un heroico pueblo, por la imprevisión de sus gobiernos.

Dejo á usted también en libertad de explotar esta frase, lisonjeando al sentimiento popular. Muy grandes pueblos han sufrido derrotas: Canas y Waterloo abatieron las águilas de Roma y de Francia.

Usted, con su acostumbrado aplomo, afirma que nunca pudimos ser vencidos con alianza y sin alianza. El general don Juan Andrés Gelly, militar de voto en la materia, me ha asegurado cien veces que un general que no hubiera tenido la estupidez

de Solano López hubiera sepultado diez veces á los ejércitos aliados en el Paraguay ó el Paraná.

A más de un militar he oído—y no se necesita ser un militar para pensarlo—que con un poco más de resolución y energía en López, los aliados no se hubieran rehecho del rechazo de Curupaity.

El triunfo de la alianza ha sido, pues, una casualidad.

Entretanto, usted ha expuesto á su país á la derrota y sus consecuencias. Y el *éxito* casual que se ha conseguido, y por el cual debemos tributar gracias á la Providencia, ha sido á costa de un mar de sangre y de una montaña de dinero, que representa sacrificios de la riqueza y del bienestar del pueblo. Me ocuparé en estudiar lo que importa ese éxito en lo presente y en lo futuro aunque á usted le importune esta voz agria de la razón y de la conciencia, y, sentado en su trípode de oráculo, quiera usted descifrar solo, en el silencio de la multitud atenta á su palabra mágica, los enigmas del pasado y las revelaciones del futuro.

Juan Carlos Gómez.

LA FUNESTA ALIANZA

Señor don Héctor F. Varela.

Mi querido amigo:

El *Telégrafo Marítimo* de esta ciudad, acaba de reproducir dos documentos notables, originariamente estampados en la prensa de esa ilustrada capital. Firman esos documentos dos nombres conocidos: representación de dos elevadas personalidades políticas que, aun vivas, pertenecen desde ya al juicio de la historia y á la crítica de los libres pensadores americanos.

En esa circunstancia me apoyo para justificar la libertad que me tomo dirigiendo estas líneas á su apreciable periódico.

Tenía el deber, como brasilero, de hacer una manifestación pública del respeto y de la admiración que me inspira la noble y valerosa actitud asumida por el ilustre general don Bartolomé Mitre, en una cuestión en que, por incidente, se lastima, si no el honor, á lo menos la justa susceptibilidad de mi patria.

Periodista también y habiendo tenido siempre, como usted lo sabe, la honra de sostener desde mi puesto modesto la gran causa de las nacionalidades americanas y de los principios democráticos que constituyen la carta magna de nuestros derechos, no me podía ser insensible el juicio desfavorable de un publicista tan eminente como el señor doctor don Juan Carlos Gómez.

Y mucho menos dejar de dar una prueba de mi respetuoso aprecio á la defensa noble y leal que nos presta el gran ciudadano á cuyo nombre están ligados tantos títulos gloriosos.

Faltaría, pues, á mi deber si por escrúpulos de cualquier naturaleza, dejase de ser para con el general Mitre el intérprete de la gratitud de mis compatriotas, desaprovechando así una oportunidad que me es tan apreciable.

La fiesta popular con que tan patrióticamente se prepara Buenos Aires á recibir sus hijos, al regresar de la cruzada civilizadora que han hecho, no debiera, á mi manera de pensar, ser enturbiada por ningún sentimiento menos generoso.

La misma invitación hecha por la prensa ilustrada de esta capital á todos los periodistas americanos que ahí se encontraran llamándolos tan galantemente á ese congreso de tan justos regocijos y á la fraternidad de tan elevadas emociones, daba, ó yo esperaba que diera, á esa manifestación, si no un carácter de universalidad, á lo menos un sello de *americanismo* que alejaba toda idea de exclusivismo y parcialidad.

No lo ha entendido así el ilustrado y sistemático adversario de mi patria, una vez que, desde la cumbre de la celebridad de que goza, por sus talentos y por su carácter, trata de rechazar de esa fiesta, precisamente á aquellos que tenían ó parecían tener el derecho á la coparticipación de esas alegrías, así como compartieron los sacrificios y peligros que supieron acometer y sufrir.

Si tal pronunciamiento no tuviera por fin más que significar un odio personal á nosotros los brasileros, nos quedaría el deber de respetar el *programa* que se nos impone, aun sofocando las quejas que tendríamos el derecho de articular ante un pueblo como el argentino, civilizado y generoso, tan caballero como hospitalario.

Pero desde que, á lo menos en apariencia, se busca plantear como un principio ese sentimiento de perpetua hostilidad contra una nación también *americana*, séame permitido, en defensa de las ideas que he sostenido siempre, contestar al eminente publicista platino, la procedencia y los fundamentos de la nefasta doctrina de que se ha hecho en estos países el paladín brillante é infatigable.

La guerra del Paraguay, justa y santa, como la reconoce el mismo doctor don Juan Carlos Gómez, ofrece sin duda vasto campo á las observaciones del historiador futuro como á la meditación de los estadistas americanos.

De ella, y de los hechos que le son públicamente conexos, tienen severa responsabilidad, no solamente los gobiernos que la aceptaron, sino también los pueblos que tan gloriosamente supieron sostenerla.

Hacer fecunda y civilizadora esa lucha gigantesca; salvar dentro de los escollos de las batallas los principios humanitarios que deben sobrenadar siempre en la superficie de los grandes acontecimientos históricos; hacer que de la sangre derramada germinen los frutos benditos de la paz y de la fraternidad, de la libertad y del amor, tal me

parecía ser la misión de los pueblos y de los hombrės interesados en esa lucha cruenta, inclusive el pueblo y gobierno paraguayos, recién venidos ahora al régimen de la libertad y de las democracia americanas, por el esfuerzo de nuestras armas vencedoras.

¿Cómo sucede, pues, que un espíritu tan claro y reflexivo, ofrezca el extraño espectáculo de tan grande aberración, presentándose aun ahora como el implacable proscriptor de una nacionalidad que ha servido á sus mismas ideas derribando una tiranía salvaje?

¿En qué pudo ser *funesta* la alianza del Brasil, y cómo pudo ella *esterilizar* los sacrificios hechos por la Confederación Argentina?

¿De qué manera *adultera* la lucha esa alianza, para que se invoque la responsabilidad de los estadistas argentinos que á ella concurrieron?

He aquí lo que yo desearía ver demostrado por el ilustrado señor doctor don Juan Carlos Gómez.

No sé, mi querido Varela, si efectivamente tiene que ser muy grande y pesada la responsabilidad de los estadistas de su país, por ese hecho de que se deben enaltecer.

Lo que si puedo aseguraros es que, sobre ese particular, es más feliz y segura la suerte de los estadistas de mi patria, porque cuentan, para hacerles llevadera la carga con la opinión de la mayoría de los brasileros.

La alianza con los dos pueblos del Plata, no surgió á la mente de los políticos ni fué aplaudida por

la nación, por el auxilio material, aunque fué prestimoso y eficaz, que nos pudiera traer el concurso de sus ejércitos.

La alianza nos sonrió y fué por nosotros festejada como una conquista moral, como una prueba oficial y solemne que nos daba el gobierno, de adhesión á los principios de una política franca y lealmente americana, rompiendo con las preocupaciones que hubieran podido influir para lo contrario.

Fué por eso, mi querido amigo, que yo, por mi parte, para apreciar la alianza, jamás traté de investigar ni el número de los combatientes ni el número de buques, ni el número de cañones que llevaban los argentinos á los campos del Paraguay.

Y si de esa lucha tremenda no hubiese resultado ni el derrocamiento de una tiranía brutal, ni la regeneración de un pueblo, dueño ahora de sus propios destinos, ni la desafrenta eficaz de injurias injustas, ni la confirmación de derechos largamente litigados; pero *sólo únicamente* el hecho moral de la alianza, la aproximación de tres pueblos que deben ser hermanos y amigos, yo, por mi parte, deplorando la pérdida de tantas vidas, soportando resignado las consecuencias de tan dispendioso pleito, bendeciría siempre el éxito feliz y glorioso que serviría y servirá para fortificar en esta parte de nuestro continente los principios de la única política que me parece garantizar las grandes conquistas de la libertad, de la democracia y de la fraternidad americana.

Es por eso, mi querido amigo, que cualquiera que sea la reserva que nos impone la importuna demostración del digno presidente de la comisión de periodistas, hemos de asistir *en espíritu* á la fiesta que Buenos Aires prepara.

Nunca laureles más bien merecidos pudieron ornar las sienes de más nobles guerreros. Y los dignos hijos de esa República que reciben ahora de las manos de sus compatriotas las palmas á que tanto derecho tienen, pueden asegurarse nuestra más sincera y cordial copartición en los aplausos con que van á ser recibidos.

En los campos de batalla no aprendimos solamente á admirarlos por su valor y abnegación; nos acostumbramos á estimarlos por sus virtudes cívicas y personales.

Aliados delante del enemigo común, habiendo fraternizado por cinco años frente de los peligros y de la muerte, fuéramos indignos de nosotros mismos si por un sentimiento de mezquina envidia ó zonza rivalidad, dejáramos de compartir el júbilo que va á despertar el regreso de tan nobles campeones al seno de la patria que supieron honrar y defender en más de cien combates.

Concluyendo, mi querido amigo, me queda un consuelo y una esperanza.

El consuelo es que, por más respetables que sean sus convicciones, el ilustre publicista doctor don Juan Carlos Gómez no encontrará eco en la sociedad argentina para la *propaganda* que se ha propuesto.

La esperanza es que para combatir tan perniciosa doctrina sobran á Buenos Aires talentos de primer orden y caracteres templados que no rendirán culto, jamás, á la efímera popularidad que resulta de los halagos hechos á las malas pasiones.

Usted, sobre todo, mi amigo, está obligado á las gloriosas tradiciones de toda su vida, como periodista y como tribuno

Lo emplazo á ese combate fecundo, á nombre de los mismos títulos que le han hecho para ante el mundo, no el publicista argentino, pero el sostenedor incontrastable de los derechos de la justicia y de la democracia universal.

La política del miedo y del secuestramiento moral de las naciones, ya no es de este tiempo.

Y si, como cree el señor doctor Juan Carlos Gómez es siempre santa la guerra que se hace á un tirano, hay otra obra tan meritoria, moralmente, como esa: la guerra que un espíritu claro como el suyo debe hacer á la tiranía de sus propias pasiones.

Cuando la coalición de 1839, un periódico francés, dejó caer esta frase cruel, con relación á Guizot:

"Puede que tengáis en lo sucesivo nuestro concurso; pero no tendréis más nuestra estima."

Al doctor don Juan Carlos Gómez, le dirá sin duda el pueblo argentino, justamente lo contrario:

"Tendréis siempre nuestra estima; pero jamás nuestro concurso para la obra estéril y negativa que nos proponéis."

Queda siempre su affmo. amigo y seguro servidor,

Quintino Bocayuva.

OTRO ECO DE LA POLÉMICA

Montevideo, Diciembre de 1869.

Señor don Juan Carlos Gómez:

La carta de usted sobre la recepción de la guardia nacional de Buenos Aires, me provoca algunos reparos.

Mis relaciones con usted, aunque poco detenidas, me autorizan á dirigirme á usted directamente.

Soy apreciador de su talento y lo respeto, porque sus más bellas manifestaciones han servido la causa de la democracia, de la justicia, del derecho.

Un espíritu como el suyo, templado en creencias tan nobles, ¿por qué se apasiona contra el Brasil?

¿Será un exceso de celo por las instituciones republicanas?

Nada en el Brasil las amenaza; ni sus instituciones, que son muy adelantadas y libres; ni su política, que ha sido leal y desinteresada, ejemplo, la guerra contra Rozas; ni el espíritu público, que es liberal; ni la prensa; ni por sus intereses ocultos, cuya manifestación se recate.

¿Teme usted el contagio de la monarquía?

Es un recelo vano. En todo caso, no es irritándola, llamándola constantemente al terreno ardiente de las recriminaciones y de las desconfianzas como conjurará usted el peligro imaginario que le agobia. Será más antes infundiendo el amor de la democracia, aconsejando la práctica de los buenos prin-

cipios, que el mal dejará de contaminar estos pueblos libres.

No puedo creer que usted, con su elevada inteligencia, se deje arrastrar por la preocupación vulgar y anacrónica del odio de raza.

En esa arena ingrata usted no encontrará la parte más culta de estas repúblicas. El odio de razas es una aberración deplorable del espíritu humano, felizmente condenada hoy al olvido, sumida en los abismos del pasado.

Cuando las conquistas democráticas cimentan los fundamentos de la grande familia humana, sería deplorable y estólido que una escuela republicana enarbolase la bandera de exterminio á un pueblo, porque ese pueblo no habla español y no es republicano.

Nosotros no tenemos esa escuela y si alguna tenemos, en relación á los extranjeros en general, es la del amor y de la confraternidad.

Apóstol tan distinguido y tan alentado de la libertad como es usted, me parece que su puesto debería ser propagando la unión de estos pueblos y no su división, su rencor.

Cuando me refiero al pueblo, no puedo desligar su gobierno de la solidaridad, porque usted, extranjero para nosotros, difícilmente herirá á uno sin herir al otro.

Dispénseme usted estas consideraciones, que he juzgado compatibles con el asunto de su carta, y que más de una vez me han asomado á la mente al leer, no solamente sus producciones contra el Bra-

sil, sino las de tantos otros que se creen en el buen camino siguiendo sus huellas

Entro en la apreciación de su carta.

Dice usted que en la guerra que *Buenos Aires* ha hecho á López, una *funesta* alianza, ha *esterilizado* sus sacrificios.

Sería curioso que explicara usted con su robusto talento cómo habrían fructificado los sacrificios de Buenos Aires en esta guerra, sin la *funesta* alianza, es decir, sin la alianza con el Brasil.

Admira, en verdad, señor doctor Gómez, que usted piense así, *después del hecho.*

A priori, tal lenguaje hubiera tenido una razón de ser: usted y tantos otros laboran en el campo vasto de las conjeturas; pero hoy estamos en el círculo inexorable de los hechos consumados.

Desde luego, Buenos Aires no hubiera hecho la guerra á López, y si la hubiese hecho estaría como los litigantes del refrán: ella en camisa y el Paraguay desnudo.

Buenos Aires, para vencer á López, hubiera necesitado destruir 180 mil paraguayos; tomar 600 cañones de posición y de campaña; ganar la victoria del Riachuelo; forzar los pasos de Curuzú, Curupaytí, Humaitá, Tebicuarí y Angostura; aniquilar una escuadra de 15 buques de guerra; mantener por 5 años un ejército nunca menor de 60 mil hombres; gastar, al menos, lo que ha gastado su *funesto* aliado, el Brasil: 300 millones de fuertes. Las ventajas de la victoria serían para Buenos

Aires las mismas de hoy. Esas las declara el general Mitre: vengar una ofensa, asegurar la paz interna y externa, reivindicar la libre navegación de los ríos, reconquistar sus fronteras.

En tales condiciones, calificar usted de *funesta* la alianza, es alimentar usted un *funesto* deseo contra Buenos Aires.

Si es por un glorioso egoísmo que usted así piensa, me permito asegurar á usted que el general Mitre interpreta sólo un punto de vista más utilitario: los sentimientos de Buenos Aires. Menos entusiasta de la gloria sin fatiga, ha sido más hábil político y estadista que lo hubiera sido usted en su posición.

El ha conjurado, aliándose al Brasil, el peligro más real de estas repúblicas: la autocracia del más monstruoso de los déspotas. La República Argentina no hubiera bastado para lucha tan colosal, so pena de volver al atraso de su infancia. El Brasil á quien usted quiere tan mal, no ha solamente ayudado á sus valientes aliados á vencer en las batallas, á forzar los pasos de los ríos, á bloquearlos, á embestir trincheras, como las de Humaitá, Establecimiento, Sauce, Tebicuarí, á secundar las brillantes cargas de la caballería argentina; ha servido para algo más: sus tesoros se han derramado en la circulación en voluminosos caudales, y, para citarle un ejemplo, diré que solamente el forraje de nuestra caballería nos costaba al mes un millón de fuertes.

Usted no quería la lucha *adulterada* por el Bra-

sil. Pues ha sido para nosotros una gran desgracia que usted no rigiera los destinos de la República Argentina, porque entonces no ***deturparíamos*** la lucha grandiosa de Buenos Aires, y en la hora de los beneficios tendríamos lo mismo que hemos conseguido con nuestros inmensos sacrificios, á saber: la desafrenta, la navegación libre del Paraguay, la rectificación de nuestra frontera.

Yo comprendo que el general Mitre asuma gustoso la responsabilidad de la alianza, que usted le imparte, y haga de ese acto de su vida pública uno de sus más bellos títulos de veneración.

La prosperidad de Buenos Aires y de la república, manifestada en la multiplicación espantosa de los capitales, en la fijación metálica de su padrón monetario, en el desarrollo de las asociaciones industriales, en la vitalidad del comercio, en el incremento de la inmigración, por una guerra de cinco años, protesta enérgicamente, en todo sentido, contra el *funesto* con que usted brinda á la alianza, al paso que enaltece la sagacidad del general Mitre.

Ustedes pueden decir — y yo no me enojo por eso, — que el Brasil ha sido el ***pavo de la boda***.

Yo daría á usted toda la gloria de la guerra y toda la ***pureza*** que usted quería en la lucha, á condición que las situaciones económinas de las dos capitales, Buenos Aires y Río de Janeiro, estuvieran al revés de hoy.

No creo que los bonaerenses acepten el cambio,

y por eso recelo que usted quede en unidad en su modo de apreciar la alianza.

Soy con todo aprecio y estima.

Su atento servidor.

Francisco Cunha.

LA SANTA ALIANZA

WATERLOO. NAPOLEÓN EL CHICO. LA SUCESIÓN DE LOS PARTIDOS. TRATADO DE ALIANZA. CONCULCAMIENTO DE PRINCIPIOS. DESCONOCIMIENTO DE CONVENIENCIAS. DESDORO DE LA REPÚBLICA. RELAJAMIENTO DE LOS VÍNCULOS DE LA NACIONALIDAD. LA PATRIA DEL PORVENIR.

Señor general don Bartolomé Mitre.

El calificativo es de usted, que ha bautizado *Santa á la Alianza*. Con este bautismo ha evocado usted la historia, muy reciente, de acontecimientos que nos reflejan el porvenir en el espejo de la política contemporánea.

Un déspota traía inquietas y sobresaltadas á las naciones europeas, principalmente á la *libre* y opulenta Inglaterra, y esas naciones reunieron sus fuerzas para concluir con el despotismo armado y asegurarse el sueño apacible de la paz á la sombra bienhechora de sus instituciones seculares.

El déspota fué vencido en Waterloo, aprisionado, enjaulado en una isla circundada por la inmensidad del océano, en la cual se le cavó la tumba bajo un sauce ignorado.

El *éxito* más completo coronó los esfuerzos de la alianza.

Un gobierno al paladar de los aliados fué impuesto á la patria del déspota.

Los doctrinarios del *éxito*, los que responden á las objeciones con la *victoria*, los que dicen amén á la demostración del triunfo, á la razón de la fuerza predominante—*ultima ratio regum*—impusieron silencio á los que protestaban en nombre del sentimiento del patriotismo y de las desgracias de lo venidero. El júbilo rebosaba á los gobiernos aliados y no hubo honores y premios bastantes para el general vencedor que creyó en su engreimiento haber asentado el mundo sobre sus quicios.

Corrieron treinta y tantos años, vivían todavía los vencedores de Waterloo, y toda la obra colosal de la alianza fué derrumbada, y surgió erguido como un jigante, alto de cien codos sobre todas las naciones europeas, Napoleón el chico, sin el genio del cautivo de Santa Elena, pero más fuerte que él por la tradición de la derrota.

Los poderes aliados doblaron la frente humillados ante el pigmeo, que no era más que el resultado de su victoria de treinta años atrás.

La libre Inglaterra envió á su virtuosa reina á hacer la corte al salteador de las libertades francesas.

La Alemania pagó á Magenta y Solferino la deuda atrasada, y Malakoff vió flamear sobre sus almenas el pabellón tricolor que Alejandro hizo arriar en París, para pasearse en sus plazas.

Y lo que es peor, la lección material cayó irrevocable sobre la alianza, los aliados y sus partidarios de Francia, la condenación de la moral política y de la posteridad infalible, para no dejarles ni el

último consuelo del infortunio—la satisfacción de la propia conciencia.

¡Quién hubiera penetrado por un momento en las profundidades del alma de Wellington al recordar á Waterloo bajo los olmos de Hyde Park, en presencia de la República del Imperio de 1848! La Providencia lo hizo vivir bastante para darse cuenta de lo efímero de su gloria, y del mezquino alcance político de los renombrados estadistas que observaron el porvenir con el microscopio de sus pasioncitas de circunstancias y de sus vanidades de posición!

Y ese período intermedio de treinta y tantos años, no fué siquiera de descanso. Revoluciones y guerras, sangre y ruina, señalaron una etapa en el *calendario* de la política. Tres monarquías y una república, cuatro tremendos cataclismos sacudieron hasta sus cimientos á la Francia organizada por los aliados.

Oigo al general Mitre repetirme «eso lo sé de memoria; es viejo, vulgar; lo saben hasta los muchachos de las escuelas; diga algo de nuevo ó cállese».

No me he de callar, General, porque estoy tan interesado como usted, tan apasionado como usted, sin la irritación que rebaja su altura; porque la alianza no es un suceso puramente de la Confederación Argentina á cuyo nombre me niega usted ruínmente el derecho de discutirla como extranjero, sino también un hecho oriental que ha costado á los orientales mucha sangre, derramada por su

imprevisión política y su desacierto militar, y porque la verdad es antigua como el mundo—*nihil novum sub solem*,—y precisamente la experiencia de los hechos pasados sirve de consejo y de enseñanza para saber conducirnos, cuando de nuestros actos, de nuestros cálculos y errores, dependen la paz, la libertad· la grandeza del pueblo, y el menor traspie cuesta años de dolores, á una ó más generaciones. Aquel de cuya inteligencia están suspensos la salud, el presente ó el porvenir de una nación ó de un estado, no debe tener el orgullo vano de creer saberlo todo, de no necesitar las lecciones de la historia, las observaciones de los pensadores, y hasta las vulgaridades del buen sentido: una bellota puede enseñarle, como á Newton, las maravillosas leyes de la gravedad; y cumple acoger humilde la indicación que puede serle reveladora.

Esperamos que el general Mitre vivirá tanto como Wellington, para contemplarse en la posteridad. y presenciar el porvenir de su *Santa Alianza*.

Para mí es desde ya evidente como la luz del medio día, que el gobierno y la situación fundados ó que quedarán fundados en el Paraguay por la alianza, serán derrumbados, arrasados y moralmente condenados por los acontecimientos que van á sobrevenir, después de trastornos y sacudimientos desastrosos.

El general Mitre me contestará: «usted no puede saber el porvenir; usted puede equivocarse; no siempre se repiten en la historia como en la lite-

ratura los desenlaces dramáticos; quizás y probablemente del gobierno establecido en el Paraguay por la alianza salga una era de paz, libertad y progreso, no sospechada por su inteligencia de corta vista».

Con el mismo título con que usted me niega saber el porvenir, yo se lo niego á usted. Tengo á mi favor la experiencia y la historia, que no abonan su esperanza y excusan mi desconsuelo.

Pero ignorando ambos el porvenir, no siendo usted y yo infalibles, la consecuencia es que usted *lega un problema* á resolver por el tiempo, un enigma que no tiene en el presente su Edipo, que por ahora sólo presenta la faz de Waterloo y parece asomar los mostachos kalmukos de un Bonaparte el chico á través de los celajes del tiempo.

A esta incertidumbre del problema me refería cuando argüía á usted que sólo podía contestarme con el presente, y que objetándole yo con el futuro, usted me contestaría con el argumento favorito en estos casos: «eso nadie lo sabe; allá me las den todas; después de nosotros, á ver como no viene el diluvio», reminiscencia literaria en que descubrió usted un alfilerazo pérfido á su individualidad, que no está en mi carácter, que lo ha irritado á usted hasta descender en el debate muy abajo de su habitual cultura y de la natural elevación de entimientos de los hombres que se estiman á sí propios en los otros.

II

Usted es historiador y publicista, enseñado por

el estudio á contemplar la marcha ordinaria de las sociedades humanas, que se llaman pueblos ó naciones, y á comprender las eternas é inmutables leyes á que esta marcha progresiva está providencialmente sujeta.

No se escandalizará usted, por consiguiente, como no dudo sucederá á los políticos adocenados de ambas orillas del Plata, de que yo afirme que la sucesión de los partidos políticos en el poder público es un hecho inevitable en las naciones, y que es insensato é imbécil el partido político que se cree dueño del poder público por los siglos de los siglos.

En unos pueblos en más cortos intervalos, en otros en más largos períodos, esa sucesión fatal se opera, modificándose los partidos por la acción del uno sobre el otro, pero conservando cada uno sus facciones prominentes y originarias.

Dé usted el plazo que quiera al predominio de nuestro partido; alargue usted cuanto le plazca el término para que se fecundicen nuestras ideas y se gasten nuestros hombres, germinen los propósitos, maduren los hombres del partido que ha de sucedernos,—no es menos cierto que el término ha de vencerse y el plazo cumplirse.

Es más probable que el problema que lega el Waterloo de nuestra Santa Alianza, el éxito y el triunfo de los aliados de hoy, va á ser modificado por el partido federal con que usted no ha contado sino como elemento reaccionario de la actualidad.

Piense usted por un momento, sin la pasión que nos declara usted animarlo y con la tranquilidad filosófica del publicista, y mida los peligros y los males con que amenaza el porvenir ese vuelco radical en las ideas y en las pasiones preponderantes.

El partido federal, demócrata ó como quiera llamarse en lo sucesivo,—que el nombre nada importa ni significa más que una designación para conocerse,—es fuera de cuestión, desde ahora, que rechazará toda la obra de la alianza, que reaccionará contra ella y la condenará en todos sus móviles y resultados, con ó sin justicia.

Esa reacción contra su Waterloo del día y su Santa Alianza ¿por cuáles tendencias ó impulsos será guiada ó precipitada?

¿No lo prevé usted, hombre de Estado? Me guardaré de emitirle mi opinión, para que no me reproche usted que le hago prospectos del siglo veinte, como me ha imputado el trazarle planos de la batalla de Cepeda y programas políticos para después de Pavón, por haberme permitido tener una opinión sobre su política y sobre su táctica, como la tendrá usted sobre la teología del concilio sin haber abierto los cánones.

Si fuese violenta esa reacción en vez de ser pacífica, hija de la razón y del patriotismo, ¡cuántos menos dolores para la patria!

III

¡Siempre vaticinios del porvenir, siempre el grito

del murciélago ó de la lechuza, siniestros y fatídicos! exclamará usted con la sonrisa clásica de los satisfechos del presente

Sí, siempre la deducción indeclinable de las premisas. Don Eduardo Acevedo me acusaba, con su entonación sarcástica, de tener miedo, cuando quería yo moderar su impetuosa violencia en la víspera de la revolución que debía poner en peligro su cabeza más que la mía, y derribarlo de su alta influencia al ostracismo y á la nulidad en la política. Don Melchor Pacheco y Obes me denunciaba como falso profeta de las desgracias que han sobrevenido al Estado Oriental después de 1853, por resistir y contrarrestar hasta donde pude una revolución en que él estaba seguro de conquistar el triunfo del momento, por disponer del ejército de línea. ¡Qué ironía puede usted lanzarme, á que no se le haya anticipado otro!

Las premisas de la marcha futura del partido adverso, las sienta siempre el partido que gobierna y olvida siempre que será medido con la vara que mide.

No hace muchos meses conversábamos los dos amistosamente sobre este tópico, fumando nuestros cigarros en mi pobre apartamento, como en tiempos más felices de expansión sincera del alma. Me encantaba de oir su palabra fácil y armoniosa desenvolver la idea que me trabajaba, y le hacía entrever yo en mi media lengua, la necesidad de ensanchar los horizontes de nuestros partidos, no por falsas fusiones y mentidos abrazos, sino por

la realización de los grandes y generosos principios que abren las puertas de la preponderancia política á todos los partidos, habiéndolos ligado férreamente de antemano con los insolubles lazos del derecho, de la justicia, de la libertad, del patriotismo y de la elevación de los sentimientos y de las aspiraciones.

Pocos hay más elocuentes que usted en esas expansiones familiares del alma, sin escenario y sin expectadores. Yo lo envidiaba.

Pero usted ha sido presidente de la república—más que eso, dictador revolucionario, con una Constitución de lujo—y ha dispuesto del tiempo suficiente para hacer esa alta educación de los partidos y aplanarles la arena de las lizas populares de la libertad.

¿Qué grandes horizontes, qué elevados sentimientos, qué nobles aspiraciones, qué grandes tendencias ha impreso su política en el alma de los partidos y en el corazón de los ciudadanos?

El gobierno personal de Urquiza, robustecido por usted en Entre Ríos; el gobierno personal de Taboada, favorecido por usted en Santiago; la fusión elevada á la categoría de *gran política*, con sus inmoralidades disolventes; la reacción contra usted, forzosa como necesidad de defensa de su partido, con la elevación de Sarmiento; la lucha entre una gran fracción del partido y usted, caudillo civilizado, nuevo Dorrego, elocuente y brillante; el fraccionamiento y disolución del partido unitario, que

conquistó libertades é instituciones; la exclusión absoluta de la vida política del partido federal, encerrado como un tigre corrido en su retiro, con todas sus geniales iras; riqueza de palabras, pobreza de hechos, he ahí su legado político, he ahí su educación de los partidos y de los ciudadanos he ahí su preparación del porvenir, en que otros que usted, y con otras ideas y otras pasiones, tendrán que gobernar al pueblo y dirigir los sucesos.

IV

A nuestro partido disuelto, desquiciado, desmoralizado, sin brújula, sin timón, ó al partido contrario, que ha de venir un día, por ley de la sucesión, al gobierno de la República, confía usted la solución del problema que deja pendiente la alianza brasilera.

Esa alianza es un tratado en que están consignados sus principios, sus compromisos y sus propósitos, y su triunfo militar, un Waterloo que ha implantado los hechos.

El tratado es una espantosa contradicción, un mentís dado á sí propio, una burla audaz del pueblo, de la razón y de la conciencia humana.

Sin embargo, agrega, derrocado el tirano y redimido el pueblo de su cautiverio—arrasaremos las fortalezas de ese pueblo, lo despojaremos de sus armas, le señalaremos sus límites, reglamentaremos su navegación (libertad de los ríos) y le permitiremos

que tenga un gobierno que no sea hostil á los intereses de la alianza.

¿Y si el pueblo se identificó con el tirano, si se personificó en él, como se ha visto en Roma con César, en Inglaterra con Cromwell, en Francia con Bonaparte?

¡Ah! es un caso no previsto por el tratado, nos alega el general Mitre; entonces no hay más remedio que hacer la guerra al pueblo, y si se resiste tenazmente, exterminarlo!

Y ¿por qué el tratado no previó un caso ordinario de la vida de los pueblos y de las sociedades de hombres?

¿Pudo dejar de prever lo que no podía ocultarse, y lo calló para engañar ó inducir á los pueblos con una reticencia?

El tratado mentía indignamente, y una mentira tan mal disimulada á la perspicacia, á la intuición de los pueblos, es siempre un desdoro, una vergüenza para los gobiernos que se permiten tales ardides y fascinan con tales cubiletes.

El tratado declaraba guerra al pueblo paraguayo y no al tirano, que caería envuelto por su excomunión como un accidente transitorio.

¿A quién se debía desarmar, desguarnecer de las fortalezas, imponer la libre navegación, demarcarle límites y consentirle gobierno bajo condición de ser del mismo pelo, como diría uno de nuestros gauchos? ¿A quién, si el tirano ya estaría derrocado, aherrojado en Fernando de Noronha ú otra isla oceánica, ó sepultado debajo de la tierra?

Al pueblo paraguayo, cuya soberanía quedaba así suprimida por la alianza.

El general Mitre, que sabe muchas historias, como Sarmiento sabe *muchos latines*, nos revela ignorar una historia que probablemente ha olvidado, ó ha estudiado con el ánimo prevenido en favor de la monarquía, nuestra aliada, y es la historia de la política de las monarquías portuguesa y brasilera en América, que ha corrido por un mismo cauce, entre mil sinuosidades, á un invariable término, como un arroyo al mar, sin desmentir jamás su marcha por la diversidad de declives y de obstáculos que le han salido al encuentro.

Este principio de la *soberanía popular* es el oso negro de la monarquía, que se apellida representativa por una *ficción* semejante á las *ficciones romanas*, para remedar ó parodiar el derecho, en donde se toca su vacío. La monarquía importa en principio la sumisión de la *soberanía del pueblo* á la *soberanía de la dinastía*.

La dinastía es *inviolable*, está arriba de la ley y del pueblo. Importa, pues, á la consolidación de la monarquía que ese principio popular no se realice y ponga en vigor, en toda su plenitud, en ninguna parte, y mucho menos en sus mediaciones.

En el tratado de 1828, que sucedió á Ituzaingó, no perdonó la monarquía esfuerzo para dejar conculcado y desconocido el principio.

Allí se hizo al Estado Oriental, por la monarquía vencida en Sarandí, el presente griego de la nacionalidad sin consultar su soberanía, soberanía que

había estado única y militarmente representada por el sable oriental del ejército de Lavalleja en Sarandí, y por el voto oriental de la asamblea de la Florida.

¿Qué era de la soberanía del estado que, solo y sin ayuda de los otros estados de la nación, arrojó al rostro de la monarquía el guante homérico de los *Treinta y tres*, le puso el pie sobre el pecho en la memorable Horqueta y sepultó en el pasado irrevocable su odiosa dominación con el acta monumental en que la Junta del Pueblo declaró rotos y nulos para siempre los actos de la monarquía en el estado é independiente á éste de todo poder extranjero y soberano como el pueblo más soberano del universo?

Y como si no bastase para dejar bien constatado que el gran principio de la soberanía popular quedaba suprimido en la vida institucional del Estado Oriental, impuso y estipuló que la Constitución oriental sea sujeta á la *aprobación*, al beneplácito de la monarquía.

La consecuencia de tamaña conculcación de principios, es que el Estado Oriental no ha tenido hasta ahora ni tendrá jamás, mientras guarde en su tabernáculo las falsas tablas de la ley de una Constitución *aprobada por la dominación extranjera*, ningún gobierno que sea la verdadera genuina representación del pueblo, sean blancos ó colorados, güelfos ó gibelinos los que predominen.

El tratado de alianza desempeña ahora con el Paraguay el segundo acto de la misma comedia:

lo condena á constituirse, á gobernarse, á vivir políticamente bajo los auspicios de la monarquía del Brasil, y como el derecho pugna por enderezarse contra la fuerza que lo encorva, á vivir en incesante lucha, en perdurable esfuerzo, encontrando siempre en frente de sí la intervención ó la influencia de la monarquía brasilera, cuando empiece á fortalecerse el elemento del derecho.

El general Mitre no me opondrá que esto es metafísica, teoría, declamación: esa vulgaridad está bien en boca de los gansos del periodismo, y degradaría á los publicistas de los países libres. El general Mitre sabe, y está profundamente convencido de ello, que ningún buen principio ó idea se siembra ó se acoge en la ley ó en el gobierno de un pueblo, que no dé benéficos resultados; y que, por el contrario, ninguna falsa idea ó violación de un principio se introduce en la ley ó en el gobierno de un pueblo, sin que lo pague con dolores, con tiranías, anarquías, lágrimas y sangre, vergüenza y miseria. El publicista, el hombre de estado, *sabe esto de memoria*, y sin embargo, tolera, consiente, conviene, estipula la importación de violaciones de principios y de falsas doctrinas en la existencia del pueblo paraguayo, ayuda él mismo á administrarle el veneno que ha de emponzoñar á una ó más generaciones de un pueblo hermano, tan atrasado cuanto se quiera, pero tan digno, como todo pueblo, del amor de los hombres y de las simpatías de la humanidad.

V

Caccia via! me grita el cajista, y tengo que ceñirme, y dejar en la obscuridad mi pensamiento, que no tengo tiempo ni don de improvisación para formular con claridad, ya que no con elegancia.

Había en el Paraguay, para los pueblos del Plata, conveniencias de un carácter permanente y su rompimiento con el Brasil nos creó conveniencias de circunstancias.

Tiranizado cuanto se quiera, el pueblo paraguayo era una asociación republicana-democrática, de la misma familia, con los mismos antecedentes de los que habitan en los estados del Plata. Faltábale, es cierto, la vida constitucional-representativa, las prácticas de la libertad, los hábitos de la civilización.

Pero hace diecisiete años faltaba todo eso á la Confederación Argentina. Eramos una república y una democracia de familia española, con su índole franca, expansiva, apasionada, apta para asimilarnos todos los elementos extraños de progreso y para realizar prodigios. Pero nos despotizaba Rozas, tan bárbaro y sanguinario como López, que fusilaba mujeres en cinta, ponía en los banquetes la cabeza de los deudos á los invitados, prohibía el calzado de charol, cortaba las patillas y los faldones de las levitas, obligaba á llevar como librea de esclavitud vincha colorada y hacía del territorio feraz un solitario desierto y un vasto cementerio.

Hoy ¿qué es la república de cuya presidencia

acaba de bajar el general Mitre, acatando la soberanía, la libertad y el derecho del pueblo?

¿Cuánto tiempo el gobierno representativo hubiera tardado en hacer del Paraguay, si no una Atenas de cultura y gusto, al menos un pueblo feliz en medio de un paraíso de la naturaleza?

¿Cuánto tiempo?

¿Diez, veinte, treinta, cuarenta años? ¿Qué son en la vida de los pueblos?

¿Cuánto tardará hoy el Paraguay, que ha exterminado, y va á organizar la alianza, en llegar al mismo resultado?

Mucho, muchísimo más tiempo. En el Paraguay anterior á la alianza, bastaba suprimir un tirano. En el Paraguay, de la alianza hay que rehacer un pueblo.

Nos hemos quitado un hermano de la familia, separado, alejado de nosotros, lleno de resabios, digno de lástima, atrabiliario y turbulento, cuanto se quiera; pero hermano.

¿Qué nos hemos dado en cambio? Según yo, un enemigo rencoroso é implacable, si no deshacemos el mal que le hemos hecho, y le conquistamos el bien que le debemos; un enemigo taimado, que en los vuelcos de la política ha de aliarse mañana con nuestros aliados de hoy para dar á algún nuevo Urquiza ejército y escuadra con qué atacarnos en futuros Cepedas, y piróscafos con qué proteger las defecciones de nuestras naves y perseguir en nuestras aguas á los campeones de la libertad en otros *Araguays*.

Pero este es el efecto de la guerra, y no de la alianza se me objetará, «de la guerra, cuya necesidad y conveniencia usted reconoce y cuya aceptación, por la provocación de López, usted aplaude».

No. Ya hemos expresado nuestra opinión, ya hemos demostrado con la comportación de los ejércitos paraguayos en nuestro territorio y de los mismos ejércitos en el suyo, y con las mismas convicciones expresadas anteriormente por el general Mitre, en actos solemnes, que sin la alianza hubiéramos ido por la guerra *en tres meses á la Asunción* y que con la alianza y sólo por ella, que crió y robusteció el *poder moral* del tirano paraguayo, no hemos podido llegar á la Asunción sino pasando por encima del cadáver del pueblo, porque así defienden los pueblos atrasados y varoniles y constantes, por lo mismo que son atrasados, sus aras y sus hogares, enterrándose en los muros desplomados de Zaragoza para que lean las naciones su heroísmo en la ruina, ó incendiando á Moscow para que la llama del patriotismo alumbre al mundo como una antorcha.

. . .

VI

Siquiera hubiéramos salvado dos cosas que oponer á los sacudimientos de esta parte del mundo americano, tan convulsionado por los terremotos sociales: nuestra gloria militar y nuestro sentimiento nacional.

La *gloria militar*—¡oh! nuestros oficiales y nues-

tros soldados han batallado y han muerto como héroes, para honra y prez del imperio.

La gloria militar de la campaña, que es cosa distinta del heroísmo individual del soldado y del oficial,—salvedad que hacemos de antemano para que el general Mitre no explote contra nosotros la susceptibilidad del ejército, arma que sería traicionera en sus manos,—la gloria militar es toda de la monarquía del Brasil.

Y los brasileros hacen mal en tratarme como á enemigo.

Yo, como cualquier *brasilero republicano,* amo al pueblo del Brasil y detesto á su monarquía, y á los partidarios de esta misma no les hago cargos por haber tenido la habilidad de tomarse la parte del león en los resultados de honra y provecho de la alianza. Ese cargo lo hago á nuestros hombres de estado, que no supieron reportarlos para la república, y reconozco que los estadistas y los generales del Brasil han hecho muy bien en hacer por su país lo más que pudieron.

En cuanto á posición militar de la alianza, empezamos por no tener escuadra, por estar á merced de los leños brasileros.

Los vencedores del Juncal, hemos tenido que pedir por favor hasta las lanchas que debían conducir á nuestro valientes al pie de las trincheras en que caían diezmados.

Nuestro ejército ha figurado por menos de una *tercera* parte en los sucesos, y desde que el general *Mitre ha* sido el primero en proclamar que el he-

roísmo ha sido igual en el soldado argentino y en el brasilero, el resultado de las batallas hay que atribuirlo al número.

El tratado de alianza nos reservó, es cierto, la dirección de la guerra, el generalato de los ejércitos. Pero hecha la ley, hecha la trampa, como repiten nuestros curiales. De la subordinación á nuestro generalato quedó exenta la escuadra, y el ejército aliado sin la escuadra, era un cojo sin muletas, empantanado en los bañados de las posiciones fluviales que constituían el gran poder del enemigo.

Nuestro generalato fué nominal sin el mando de la escuadra, nuestro general pudo concebir y trazar admirables planes de campaña, y todo quedó en aguas de borrajas hasta que abandonamos á la monarquía la dirección de la guerra, nuestro título de gloria.

Y sea por esta causa, sea por la que fuere, nuestro generalato fracasó en la derrota. Nuestros generales se retiraron quebrados y cabizbajos de Curupaytí: el uno vino á reasumir su presidencia en Buenos Aires y el otro su dictadura en Montevideo.

Aunque se pactó que desde entonces cada general mandaría su ejército, desapareciendo de la escena nuestros generales de *primo cartello,* y descendiendo á ella el gran general del Brasil, éste tuvo ante los ojos del mundo y por la naturaleza de las cosas, la personificación moral, si no fué también la material, del generalato de los ejércitos y de la dirección de las batallas.

Y para que nada faltase al abatimiento de nuestros generales y al amenguamiento de nuestra porción de gloria, bajo ese general se realizaron la sumisión del *tremendo Humaitá*, la ocupación de la Asunción, adonde no entró el general Mitre ni en tres meses ni en tres años, porque la Providencia quiso desautorizar sus pretenciosas palabras, y ese general tuvo la arrogancia de proclamar á los ejércitos en uno de los más solemnes momentos, que *avanzasen seguros á la victoria, por que él no sería ni había sido nunca vencido!*

Los generales argentino y oriental debieron morderse los labios, y exclamar allá en sus adentros: ¡Oh patria, á la humillación que te he reducido!

El menoscabo de la gloria y de la grandeza de las naciones, es uno de los mayores males que sus gobiernos pueden causarles y por los que son acreedores á las más duras acusaciones.

VII

Utopía, sueño, desvarío llámelo usted como quiera: yo estoy persuadido desde muy atrás que sus antecedentes, sus intereses y las exigencias de su porvenir han de llamar tarde ó temprano á los pueblos españoles del oriente de Sud América á organizarse en una nación republicana.

Esta convicción me ha hecho desde muy temprano el enemigo de la ingerencia de la monarquía en nuestros sucesos, porque los estadistas de la monarquía, más perspicaces que nosotros, se esfuerzan

en impedir ese resultado que temen, é indudablemente lo aplazan y retardan.

Usted pensará que tal esperanza es un delirio; pero al menos conocerá que es un deber de los gobiernos del Plata, incluyendo el Paraguay, propender por todos los medios á la armonía, á la unificación de intereses, á la comunidad de garantías y seguridades contra propios y extraños.

Llévenos ó no á una sola nacionalidad esta política de armonía, unificación y comunidad, ella es un deber y una necesidad para nosotros.

No ha sido su política, y por eso ha caído usted en la alianza de la monarquía brasilera, que es fatal y tradicionalmente adversaria.

En el interior ha sido usted el grande y buen amigo de los caudillos—Urquiza, Taboada, Flores,—los elementos resistentes á toda tendencia nacional, á toda aproximación y estrechamiento de los pueblos.

Aunque usted se pronunció un día enérgicamente contra la *banderita de pulpería,* que creía izada por el providencialismo de nuestro Milton, desplegó luego al viento la de su *Republiquita del Plata,* para la cual quiso usted congratularse la simpatía de la monarquía.

Usted ha halagado, lisonjeado á las dos fuerzas contrarias al sentimiento nacional de los pueblos del Plata, los caudillos locales y la ingerencia extranjera y antirepublicana.

Y se jacta usted de ser el fundador y organizador de la nacionalidad, que existía en el corazón del

pueblo, y vivirá mientras sean tradiciones comunes Chacabuco y las Piedras.

Los hechos consumados son irrevocables. No podemos hacer que ellos no hayan acontecido y dejado sus huellas en nuestro presente y su cicatriz en la fisonomía de lo venidero.

Su discusión no tiene ni puede tener más objeto práctico que restañar la sangre que brota de ellas y curar la herida que dejan abierta. El general Mitre no puede suponerme el placer pueril de lastimar sus susceptibilidades ni de empañar su fama. Me conoce él lo bastante para no dudar que yo me regocijo con todo mérito que se levanta y me entristezco de toda luz que se apaga ú obscurece. Los resplandores de la gloria ajena, en vez de sombrear, iluminan el rostro del patriota.

No traiga su pasión, su dialéctica y su estileto á este debate, el general Mitre. Sea superior á esas debilidades del amor propio. Ponga la mano sobre su conciencia y si él, sostenedor de la alianza, piensa que hay verdad en alguna de mis ideas, aunque no sean nuevas, y que estamos amenazados por consecuencias de la alianza, que importa prevenir, pongámonos, él su sostenedor y yo su adversario, á la obra de reparación que tanto interesa á nuestros dos países.

Trabajemos porque el Paraguay tenga un pueblo libre y soberano en su seno, y porque de ese pueblo, no gobernado ni influenciado por una monarquía, nazca su propio gobierno bajo los auspicios de la libertad y del derecho.

Trabajemos porque cese en todos nuestros estados y provincias el reinado de los caudillos irresponsables, — Urquiza ó Taboada — y de los gobiernillos de explotación y fraude, y porque sean efectivas en cada provincia la libertad y la soberanía.

Trabajemos porque todos nuestros pueblos, naciones y estados, renuncien y condenen para siempre esta alianza política con gobiernos monárquicos ó extraños á nuestras tradiciones de familia, y aprendan á hacer una realidad del *self government*.

Trabajemos porque los puestos de la política se abran á todos los partidos, con sus banderas, buenas ó malas, y aspiren todos á la preponderancia y al gobierno con las garantías de la libertad y de la opinión.

Así, si en el porvenir no somos ambos ciudadanos de una sola patria, según mi creencia, habremos sido ambos los patriotas de una idea pura y de un noble trabajo.

Juan Carlos Gómez

Buenos Aires, Diciembre 18 de 1869.

EL FOLLETÍN DIPLOMÁTICO

(DEL GENERAL MITRE AL DOCTOR GÓMEZ)

La política de la Providencia—no ha encontrado en mí un instrumento dócil ó hábil para sus fines, sino un Satán rebelde. (*Juan C. Gómez*, 3ª carta.) En dieciocho años de tormenta política, he hecho algo más que Siéyès en la revolución francesa: *he sufrido*. (*Juan C. Gómez*, 3ª carta.) Me he levantado sobre el fango en las alas de querubín de las esperanzas del futuro. (*Juan C. Gómez*, 4ª carta.)

Cuando en un duelo de hombre á hombre, uno de los adversarios ha recibido una herida y empieza á perder sangre, las leyes del honor mandan al otro adversario bajar al suelo la punta de su espada, dándole tiempo para que se reponga.

Cuando en una discusión entre dos hombres inteligentes, uno de ellos empieza á perder la alta serenidad del espíritu, las leyes del debate disponen darle tiempo para que su equilibrio moral se restablezca.

Prevengo al doctor don Juan Carlos Gómez que va perdiendo su serenidad, que es en los combates de la palabra lo que el valor y la sangre fría en la guerra; el valor que juzga ó la razón que impera.

En su anterior carta, el doctor Gómez decía que estando debatiendo un hecho considerable de los pueblos del Plata, iba á suprimir del debate nuestras individualidades, traídas por él á discusión, defi-

niendo una vez por todas las respectivas posiciones, bosquejando, en consecuencia, una parte de mi biografía con el rico colorido de las alas del picaflor.

En seguida, olvidando la verdadera cuestión que se debatía, bosquejaba con pluma magistral dos ó tres planes de campaña que daban por resultado la derrota de sus ideas; prometía una disertación sobre las razas valiéndose de la autoridad de un historiador que no nombraba, y acababa diciendo que *todavía tenía mucho que conversar*.

A esto le contestamos analizando las conclusiones contradictorias que sentaba y diciéndole que si no tenía algo útil y nuevo que agregar, nos cediese la palabra para decir algo serio sobre la alianza por él condenada, sobre sus antecedentes y resultados, sobre sus consecuencias, y sobre las cuestiones que en el presente ó el futuro se ligan á estos hechos.

El doctor Gómez no nos ha cedido la palabra que le pedimos, y ha vuelto á tomar el turno que no le correspondía. Está en su derecho. Pero olvidando la disertación pendiente sobre las razas, y que había ofrecido espontáneamente suprimir una vez por todas las individualidades del debate, su cuarta carta bajo el rubro de *El romance histórico*, no es sino una diatriba política y militar, desde el principio hasta el fin.

No es de extrañarse este extravío de rutas, en quien, teniendo vastos espacios que recorrer, ora cruza como el Satán de Milton las *tinieblas luminosas* de que habla el poeta, ora se cierne sobre

nuestras cabezas en las alas de los querubes de Lamartine que poseen los secretos de la Providencia.

Empezó adjudicando la corona del triunfador á la guardia nacional de Buenos Aires y negándola á sus compañeros de armas, y luego la concedió á todos por igual.

Lanzóse en seguida á las regiones ignotas del porvenir después de haber levantado bandera de redención con éjida al brazo y hacha en mano, pronto á segar de un golpe la tiranía del Paraguay, y, por último, detiene sus legiones en las fronteras del pueblo que iba á libertar, para esperar que los paraguayos se liberten á sí mismos sublevándose contra su tiranía.

Maldijo la alianza brasilera con elocuentes imprecaciones, y aclamó como los aliados más dignos de las repúblicas del Plata, á Robles, Barrios, los hermanos de López y todos los seídes que han sido los instrumentos del martirio paraguayo.

Propuso la alianza del *pueblo del Río de la Plata*, como llama á la República Argentina y al estado Oriental, y acabó por dejar sola en la estacada á la primera, para que se entendiese como Dios la ayudara.

Trazó con el dedo de la Providencia un atrevido plan de campaña, en que la primera operación militar era hacerse derrotar por vía de ardid de guerra, á fin de triunfar en lo futuro forzando al fin á la victoria á pasarse á nuestras banderas caídas; y, más tarde, por una nueva y súbita inspi-

ración, tan prudente como la primera fué atrevida, aconseja no ponerse á tiro de *la raza paraguaya* para no correr el riesgo de ser derrotados.

Recorrió como una visión fantástica los campos de la guerra del Paraguay, levantando el sudario de los muertos, y por una transformación maravillosa se presentó repentinamente en los campos de Cepeda, indicando á las legiones de Buenos Aires el camino del Rosario.

Volando así, con alas de cóndor unas veces y otras de mariposa, de lo futuro á lo hipotético, de lo hipotético á lo posible, de lo posible á lo moral, y de la alianza á la revista retrospectiva del pasado, ha llegado á la época de la víspera de Pavón, y está en el examen de la negociación Riestra y de la misión Mármol.

No se puede negar que ha hecho un largo camino para atrás.

Como aquellos genios de las *Mil y una noches* que van marcando su camino con perlas y esmeraldas que no se dignan volver á mirar, ni recoger, se ha olvidado de todas las preciosidades que ha dejado caer de su mano, hasta de la famosa disertación sobre las *razas*, que era la perla negra de su tesoro.

Hasta ha olvidado que él era autor de una biografía políticomilitar y, al verla anotada por el interesado, la refuta como obra ajena, calificándola de romance histórico, sin tomarse el trabajo de documentarla.

En ese bosquejo biográfico aseguraba que el ge-

neral Mitre, en presencia de la reacción de 1852, había "declarado imposible la defensa de Buenos Aires; que no había más que entregarse, y pasar bajo las horcas caudinas de la mazhorca".

Negado este aserto, demostrado que la señal de la resistencia había sido dada por el mismo á quien él suponía desesperado; probado que él fué quien dió su base á la defensa salvando á Buenos Aires de una rendición vergonzosa con sólo noventa guardias nacionales resueltos, invocando para ello el testimonio vivo de amigos y enemigos, no quedaba sino, ó exhibir la prueba de acusación, ó dar una noble reparación.

El título de *romance histórico* parecía indicar una refutación documentada de los cuadros históricos trazados rápidamente en honor de la verdad y de la causa de los principios, y entre ellos el relativo á la jornada del 7 de Diciembre. Nada de eso. El nuevo romance histórico del doctor Gómez, no son sino algunos apuntes biográficos del general Mitre, que se habían quedado en el tintero y que no había querido desperdiciar. Por lo demás, ni una palabra de insistencia ni rectificación á los hechos aducidos. Podemos pasar sin su *visto bueno*. Los contemporáneos darán testimonios, y si es que la posteridad se digna ocuparse de estas pequeñeces, sabrá que existió alguna vez un puñado de ciudadanos que no llegaban á cien, que si pudieron no creer posible la defensa de su bandera, mostraron que no era imposible morir por ella cosa que según el doctor Gómez, sólo es obligación de los soldados

de profesión, como si los demás fueran inmortales.

También puede ser que diga la posteridad que hubo un ser predestinado que durante dieciocho años de tempestuosa revolución, hizo algo más que Siéyès y fué *sufrir*. Los dolores de barriga de los hombres notables deben interesar algo más de lo que se cree, á las generaciones venideras; la prueba de ello es el *Memorial de Santa Elena*, que se lee con tanto placer, no obstante hablar tanto de los dolores de muelas y de estómago del moderno Prometeo. Y si á dolores de cabeza se agregan las transformaciones fantásticas de *querubín á Satán* y los cuadros mágicos de una política nunca vista ni oída, el folletinista futuro encontrará bastantes materiales para entretener á nuestros biznietos mejor que con un cuento de duendes y aparecidos.

Resumido así el debate en el estado en que se encuentra, vamos á ocuparnos en espantar el puñado de moscas que el doctor Gómez nos ha lanzado para impedir que marchemos con paso franco, hacia la verdadera y única cuestión que estamos debatiendo, que es la alianza y sus consecuencias. Si, como él lo dice, "*el mosquito* suele vencer al *león,* como el *león* suele necesitar del *ratón*", le complaceremos siguiéndole en su excursión en los dominios de la historia natural de los cuadrúpedos y los insectos, mientras viene la anunciada disertación sobre las *razas*.

El doctor Gómez niega mis aspiraciones á la nacionalidad y mis trabajos para realizar la Unión Argentina. Esto podría contestarse con la elocuen-

cia muda de aquel filósofo que en presencia de la negación del movimiento se ponía á caminar para demostrarlo. Basta mostrarle la nación unida por la primera vez, regida por la primera vez por una sola ley, y un gobierno por la primera vez en toda su integridad, triunfante en el exterior y en paz en el interior, para refutarlo.

Este punto nada tiene que hacer con la cuestión que debatimos, y como más de una vez se me ha de presentar la ocasión, no quiero romper la unidad de este debate, y me concretaré á lo que de alguna manera tenga relación con el asunto que nos ocupa y debe ocuparnos.

Liga el doctor Gómez un escrito mío que se publicó en 1857, con el título de la *República del Plata*, á un plan de disolución nacional, que por una verdadera fantasmagoría quiere él sea el punto de partida de la alianza argentinobrasilera, para llegar á la conclusión de que la triple alianza fué un ataque á la nacionalidad.

El escrito que él recuerda no fué sólo una evolución de partido. Produjo, es cierto, en su oportunidad el efecto de arrebatar la bandera del localismo á los que querían explotarla en nuestro daño, obligándoles á tomar francamente la bandera de Urquiza, que era lo que buscábamos para hacerle fuego, quedando dueños del terreno. Fué, más que eso, uno de tantos medios con que constantemente he procurado mantener vivo el sentimiento de la nacionalidad en Buenos Aires, reaccionando unas veces contra la tendencia separatista ó neu-

tralizándola otras por combinaciones que conducían siempre á dar la nacionalidad por resultado. El proyecto de la República del Plata, que no fué sino un artículo de periódico, tenía por objeto arrebatar también la bandera de la nacionalidad al gobierno del Paraná, para hacernos el núcleo de la organización ó de la reorganización, invitando á las provincias á adherirse á una Confederación sobre la base de Buenos Aires. Esta misma idea la había indicado Sarmiento en uno de sus escritos. ¿Qué tiene que hacer esto con la triple alianza?

Para el doctor Gómez, este es el origen de la alianza, siendo la misión confidencial del señor Mármol á Río de Janeiro, el primer paso que se dió en tal sentido.

Como este punto se liga con las relaciones del Brasil con la República del Plata, vamos á consagrarle alguna atención.

El doctor Gómez dice tener originales las instrucciones que en tal sentido fueron dadas y que no quiso firmar el doctor Obligado.

La misión del señor Mármol á Río de Janeiro, tuvo el mismo efecto que la que se confió al doctor Pico cerca del gobierno de Montevideo y se propuso al doctor Torres en el Paraguay, que era explicar la circular de Buenos Aires, al lanzarse á la guerra de Pavón y asegurar la neutralidad de esos gobiernos.

Respecto al Brasil había una especialidad.

Años antes había estado el señor Paranhos en Buenos Aires, y había manifestado al gobernador

Alsina y al señor Mármol que el Brasil no estaría distante de reconocer la independencia del Estado disidente. Esto no tuvo éxito ninguno. Con este antecedente se empezó á incluir en las instrucciones del enviado confidencial este punto, para explorar la opinión del Brasil en tal sentido, y saber á qué atenernos respecto de sus miras respecto á la política argentina. Al fin se acordó que la instrucción fuese verbal.

He aquí el extracto de la carta que el doctor Obligado me escribió hallándome en campaña.

"Buenos Aires, Julio 17 de 1861.

Mientras esperamos su contestación á la que le dirigimos sobre los proposiciones de los ministros mediadores, le daré cuenta de los enviados confidenciales nuestros.

Mármol salió ayer. Veremos lo que da, que poco ó nada espero fuera de la impresión moral. Sus instrucciones fueron limitadas en lo concerniente al caso de independencia absoluta que creíamos inconveniente fuese escrito, dejando á su prudencia que haga alguna indicación sobre el particular.

El doctor Torres saldrá hoy para el Paraguay. Lleva instrucciones análogas á las de Marmol, con las ligeras variaciones necesarias á su objeto.

Pico saldrá mañana para Montevideo.

Pastor Obligado."

Nuestros enviados fueron recibidos con el carác-

ter que llevaban y contribuyeron á hacer efectiva la neutralidad de los gobiernos, no obstante los esfuerzos de la Confederación por poner de su parte al Paraguay y al Estado Oriental principalmente. En cuanto al del Brasil, ni ocasión tuvo de llenar su instrucción verbal.

"¿Estaba realizada *de hecho* la alianza brasilera en 1864, como lo afirma el señor Mármol y lo jura el señor Paranhos, con las remesas de bombas de nuestro Parque?"

A esta pregunta del señor Gómez responde el señor Paranhos, en el mismo discurso que él cita como un testimonio auténtico.

En la sesión del 5 de Julio de 1865, en el senado brasilero, decía el señor Paranhos:

"El gobierno argentino se mostró benévolo con nosotros; pero es un gobierno ilustrado y presidido por una inteligencia superior, observador, atento y perspicaz; las notas de 20 de Octubre ajustadas en Santa Lucía, no habían pasado para él desapercibidas, y en la primera entrevista que tuve con el señor general Mitre, le oí una observación *que me dolió profundamente. No era su intención ofendernos; pero quería declinar* una responsabilidad que *en efecto no debía desear para sí.* En esa conversación dije al señor general (*y decía lo que me parecía creencia muy fundada, á estar á las manifestaciones de la prensa porteña*) —que el gobierno argentino simpatizaba con la causa de la revolución oriental, y hacía votos por su triunfo. El general Mitre, me replicó con mu-

cha moderación; pero de modo que comprendí el blanco á que se dirigía su observación. El general Mitre, recordando que en 1862 el gobierno imperial había enviado á su ministro residente en Montevideo á pedir explicaciones sobre los auxilios que partían de Buenos Aires para el general Flores, y que el gobierno de Montevideo atribuía al de la República Argentina, después que le hube manifestado aquel juicio, observóme con mucha delicadeza: "*No; el gobierno argentino ha sido sinceramente neutral en la cuestión interna de la República Oriental; estima y considera mucho al general Flores, pero no ha hecho votos por el triunfo de la revolución, ni ha prestado el auxilio de un cartucho, y si quisiese hacerlo lo haría públicamente, como debe proceder un gobierno regular.*"

(*A Convençâo de Fevereiro*, pág. 23.)

Dijo en la misma sesión, el señor Paranhos:

"Uno de los puntos de mis instrucciones era la alianza con el *gobierno argentino* para una intervención conjunta; pero por las declaraciones que el mismo gobierno argentino había hecho durante la misión Saraiva, su opinión era ya conocida, y, efectivamete, lo hallé inconmovible como una roca. El gobierno argentino procedía así con entera buena fe. El general Mitre era partidario de la paz, y hacía consistir la mayor gloria de su presidencia en transmitir á sus sucesores el mando supremo después de un período no interrumpido de vida pacífica. Yo, pues, señores, en el primer

paso de mi misión no fuí feliz; pretendí un imposible, cual era obtener la alianza del gobierno argentino en tales circunstancias" (Id. págs. 25 y 26).

Estos testimonios son tan concluyentes como la demostración del movimiento.

Diremos para afirmar con un cañonazo la bandera que en nuestro honor alzó en el parlamento el señor Paranhos, que del parque de Buenos Aires no salieron ni podían salir bombas, porque ni siquiera las teníamos Los orientales que las dispararon y recibieron en Paysandú, pueden dar noticia de la marca que llevaban á los orientales que entonces oyeron el estampido desde los balcones del Club del Progreso, y que hoy aseguran que hubieran muerto como los heroicos paraguayos para rechazar una invasión, que hubiera podido efectuar el Brasil, lo que no era necesario suponer, porque ya tuvo lugar en 1864.

Después de todo esto, ¿qué queda del folletín diplomático, del *Satán rebelde* y del querube *del porvenir*, como el doctor Gómez se llama á sí mismo? ¿Qué queda de aquella fantasía romántica de alianza con el Brasil en 1851 para conspirar contra la República Argentina? ¿Qué del ingenioso apólogo con que el señor Mármol se le ha burlado con tanta gracia, haciendo creer al señor Gómez que el señor Paranhos había asegurado en su discurso (que el señor Gómez probablemente no ha leído) que desde 1864 la triple alianza estaba hecha?

Ha quedado lo que queda de todo *cuento*, aunque sea de viejas: ha quedado la moral.

El doctor Gómez se ha negado á ceder la palabra á quien se la pedía en nombre de algo serio y algo nuevo, práctico y patriótico que tenía que decir sobre la cuestión que se debatía, y se ha empeñado en hablar.

Habíamos anunciado que todo lo que dijera sería retrospectivo, sin seriedad ni objeto práctico.

Nunca creímos que diese un *salto atrás* tan formidable, volviendo á la víspera de Pavón y descendiendo de la alta discusión política á la diatriba y la conseja, tomando por documentos diplomáticos las bromas de un amigo que se ha querido divertir con él, sabiendo que el doctor Gómez no tiene tiempo para leer ningún documento, pues le falta tiempo para leerse mentalmente á sí mismo. Así se ve que todo lo que ha dicho sobre el tratado de la triple alianza prueba evidentemente que no lo ha leído y el día que lo ha citado es tomando el texto de una mistificación de buen género, como las que acostumbra nuestro amigo Mármol y que don Juan Carlos Gómez ha tomado á lo serio.

Así se completa el folletín romántico con folletín cómico, según la regla de Víctor Hugo, que el doctor Gómez ha tomado por tipo y por modelo político, perfeccionando el sistema literario al aplicar el género á lo que menos se prestaba: á lucir las dotes de la imaginación y la fantasía sobre los protocolos diplomáticos.

No puede negarse que la política romántica hace progresos.

Ya que estamos metidos en protocolos diplomá-

ticos, sacudiremos el polvo á algunos que todavía no han tenido tiempo de apolillarse.

Pues que el doctor Gómez quería rastrear los orígenes de la alianza y las causas que movieron al gobierno argentino á aceptarla y reducirla á tratado, ¿por qué no ha recordado la primera oferta que sobre el particular le fué dirigida por el Brasil en ocasión de estallar la guerra entre éste y el Paraguay?

Es público y notorio que el Brasil invitó á esa alianza á la República Argentina, así que se encontró comprometido en guerra á consecuencia de la sangrienta ofensa que el Paraguay le infirió sin previa declaración de guerra.

El señor Paranhos, después de escollar (como lo confesó) en su misión para comprometer á la República Argentina en esa alianza, tendiente á intervenir conjuntamente con el Brasil en el Estado Oriental, nos invitó á celebrar otra alianza política y militar para hacer en unión la guerra al Paraguay. En tal ocasión nos ofreció lo mismo que después hizo, el mando en jefe de los ejércitos aliados y la alta posición á que mi patria tenía derecho por la altura á que la habían levantado la unión nacional consolidada y su política exterior, leal y circunspecta.

La alianza parecía popular entonces, y el señor Paranhos, engañado como la vez primera por las manifestaciones ruidosas de la prensa de Buenos Aires, creyó que cederíamos al aliciente de una posición expectable para mi país y para mí.

La prensa de entonces, con rarísimas excepciones (tal vez no más de una), decía que era una vergüenza que la República Argentina no estuviese representada siquiera por una compañía y una bandera en la gloriosa guerra que el Brasil y el Estado Oriental iban á emprender contra la tiranía del Paraguay.

La misma prensa, que después ha renegado de la alianza y maldecido la guerra, decía que no debíamos dejar al Brasil recoger solo los frutos de la victoria que la Providencia le preparaba, y que desde luego debíamos hacernos parte en la lucha.

El gobierno argentino era entonces el blanco de sus tiros, porque no desnudaba la espada y se ponía á línea de combate con el Brasil, para participar de sus glorias.

Yo, que no hacía política de aparato ni de vanidad; que no he gobernado con los gritos de las calles, aunque he consultado siempre los grandes movimientos de la opinión; que consultaba ante todo el decoro y los intereses argentinos, miraba la cuestión bajo faz muy diversa.

Así contesté á la invitación del ministro Paranhos, que la República Argentina no se podía poner sin desdoro en línea de batalla con él, sin aparecer ante el mundo como el auxiliar del Brasil, á cuyo servicio se ponía para vengar los agravios que el Paraguay le había inferido; que tal posición nos quitaba hasta el mérito y las ventajas del aliado, reduciéndonos á un rol humilde que no estaba dis-

puesto á aceptar ni para mí ni para mi país; que los gobiernos libres no tenían el dominio de los tesoros del pueblo y de la sangre de sus hijos, para comprometerlos en guerras ajustadas en el gabinete; que aun cuando comprendía que la guerra entre el Paraguay y la República era un hecho más que probable, tal vez inevitable en lo futuro, por la naturaleza del poder del Paraguay, por las cuestiones de límites pendientes y por el antagonismo creado por lo que respecta al comercio y á la libre navegación de los ríos, el patriotismo, á la par que la prudencia y el decoro de mi país, me impedían hacerme aliado en nombre de causa, agravio ni interés en que el honor y la seguridad del territorio de la República no estuviesen directamente comprometidos, porque no éramos soldados sino de nuestra propia bandera, ni vengadores de ofensas ajenas; que si el Paraguay nos agredía con menoscabo de nuestra soberanía, le haríamos la guerra por nuestra cuenta, solos ó acompañados, y que en todo caso esperaba que la Providencia bendeciría nuestras armas; que mientras tanto, quería ser lealmente neutral en la cuestión, reservándome como limítrofe el derecho de tomar en ella la participación directa ó indirecta que creyese conveniente en guarda de los intereses de mi país, y que ciñéndome estrictamente á los tratados que daban á los beligerantes la libre navegación de los ríos superiores, negaría el paso por mi territorio para ningún objeto bélico, tanto al Paraguay como al Brasil.

El ministro Paranhos no se dió por vencido con esta repulsa categórica, y en posteriores conferencias que se prolongaron por el espacio de tres y cuatro horas, volvió á insistir. A esto se refería él cuando decía que me encontró *inconmovible como una roca.*

Cuando López agredió á la República Argentina, apoderándose de nuestros vapores de guerra en plena paz, cañoneando nuestras ciudades sin previa declaración de guerra, invadiendo nuestro territorio y hostilizándonos no sólo como beligerante internacional, sino promoviendo la revolución en nuestro seno y proclamando la caída de nuestro orden constitucional interno, el Brasil nos volvió á hacer la misma oferta en los mismos términos que antes, sin prevalerse de las ventajas que le daba nuestra situación, lo que honra al Brasil y honra en alto grado á la República, porque se ve en cuánto se estimaba su alianza y cuál era el respeto y la confianza que su gobierno merecía.

El agravio común nos hacía aliados de hecho.

El tratado nos hizo aliados de derecho, hermanos de armas y compañeros de causa contra el enemigo común.

La victoria ha coronado nuestros esfuerzos, y si los resultados que se cosechen de la alianza no son tan fecundos como debieran serlo tal vez, la culpa sería de los que no sepan aprovechar ni la alianza ni la victoria, ó de los que trabajen por esterilizarla.

Ni una ni otra se estirilizará, en ningún caso,

por más que los eunucos políticos, que nunca fecundaron nada grande, ni chico, ni bueno, ni malo y que están condenados á no tener posteridad, lancen una maldición contra los hijos ajenos y los condenen á muerte y miseria anticipada.

La voz de los impotentes para producir, siempre fué impotente para destruir el patrimonio, y la minoría sólo se convierte en mayoría cuando tiene de su parte la razón absoluta, como Galileo ó Colón. Pero en las combinaciones políticas que están destinadas á producir resultados inmediatos, el éxito depende del concurso eficaz de las fuerzas morales de la opinión, sin el cual las inspiraciones individuales, por elevadas que sean, no dan fruto alguno.

La política es una ciencia experimental y de aplicación, destinada á producir resultados dados con medios dados.

Mirabeau lo ha dicho: «Cuando todo el mundo se equivoca, todo el mundo tiene razón, porque sin el asentimiento de la opinión pública, no puede el talento más elevado triunfar de las circunstancias.»

El doctor don Juan Carlos Gómez, cuya personalidad no tiene para qué ocuparnos, pero cuyas opiniones están en discusión, ha tenido siempre ideas políticas á las cuales no puede negarse cierta originalidad.

Pretende que el piloto que navega contra el viento y las olas, en vez de servirse de ellas para llegar á puerto, es el único que tiene rumbo y derrotero. Así, todos los que se sirven de las corrientes

de la opinión, del viento favorable de las circunstancias, de los puntos de marcación y de los fanales que determinan la ruta y señalan los escollos, son unos pobres marineros de chalanas que si llegan á su destino es siempre, por casualidad, aunque lleguen siempre y aunque él se haya perdido siempre con su nueva teoría náutico-política.

Así, él sostiene que en el Estado Oriental él es el único que tiene razón contra todo su país en masa, sosteniendo que la Constitución del Estado Oriental no es tal Constitución por cuanto fué dictada bajo los auspicios protectores de la República Argentina y el Brasil, que la garantizaron por cinco años, reconociendo su independencia á la par que su soberanía.

Para él es mejor no tener Constitución, ó si se la tiene, desvirtuar su saludable influencia, para que la comunión política no tenga vínculo, la sociedad carezca de regla, y la nave del Estado navegue sin velas ni timón, á merced de los vientos de cada día y de las improvisaciones cotidianas de los genios que no se pueden amoldar á pensar y vivir cual otros, trabajando en remediar lo malo que exista, conservar lo que sea bueno y tener una base cualquiera para crear cosas grandes, sólidas ó útiles en beneficio de todos. A esta modesta tarea prefieren la del orgullo solitario que se levanta del campo de la labor común con las alas del ángel rebelde y maldice el surco, y maldice la simiente porque el arado no es el que conduce á los bueyes

ó porque en vez de dos bueyes no han uncido cuatro, como él quería.

Otro tanto ha dicho de la unión argentina sobre la base de la Constitución Nacional reformada por Buenos Aires.

Por cuanto hubo un día un acuerdo de San Nicolás, después del cual se reunió un cierto Congreso, después del cual vino un tratado después de cuyo tratado vinieron dos convenciones, después de cuyas convenciones vino la victoria del pueblo que anuló y despedazó el antiguo acuerdo, para él nunca se ha borrado el pecado original.

Con tales teorías no habría obra que fuese legítima, ni habría ninguna que tuviese el derecho de ser, si no naciese de un golpe completa, perfecta y correcta, y esto según el criterio de uno sólo contra todos, que cree ser el único que no se equivoca.

Así en la triple alianza y en la guerra, pueblos, gobiernos, ejércitos, ninguno tiene razón, no obstante que todos hayan aprobado la alianza y el triunfo haya coronado los heroicos esfuerzos de los que al reivindicar el honor y los derechos de sus respectivos países han dado en tierra con una bárbara tiranía.

Arreando una tras otra las diversas banderas que ha enarbolado en esta discusión, retrocediendo de posición en posición, ha levantado al fin el invencible pendón del *¿quién sabe?* y se ha hecho fuerte en las posiciones de donde ya no es posible retroceder más, que son la de la negación absoluta, *que reniega* el resultado porque el resultado pudo

no tener lugar, según tal ó cual accidente ó circunstancia que pudo tener ó no lugar.

Es una dialéctica formidable.

Así, según el doctor Gómez, los autores de la alianza, que son los gobiernos libres de dos pueblos libres por lo menos, que la hicieron y la aclamaron, no están salvados de la responsabilidad de haber salvado la situación por tal combinación.

¿Por qué? se preguntará. ¿Será que la alianza es un crimen ó es una traición? ¿Que ella ha deshonrado á los pueblos ó ha impuesto á cada uno de ellos mayores sacrificios? ¿Será que no tuvimos derecho de aliarnos para combatir al enemigo común? ¿Será que la causa de López era más justa que la nuestra?

No; todo esto sería muy vulgar, y esto es lo nuevo que el doctor Gómez tiene que decirnos á propósito de la alianza, razón por la cual no ha querido cedernos la palabra.

El éxito, dice, ha sido una casualidad: la victoria no prueba nada. La buena victoria para él habría sido dejarse derrotar en el presente para triunfar en el porvenir; morir hoy para resucitar mañana, por medio del elixir de larga vida de Balzac. Siempre la política militante del folletín romántico.

Según el doctor Gómez, «hemos expuesto al país á la derrota y sus consecuencias (sic)», por cuanto al atravesar el Paraná, «López pudo habernos sepultado en sus aguas (sic) si no hubiera sido tan estúpido», es decir, si hubiera podido ó sabido hacerlo.

No se puede negar que el cargo es tremendo. Con este sistema de argumentación no hay batalla de César, Alejandro ó Napoleón que no sea una barbaridad, por cuanto se expusieron á la derrota y sus consecuencias, si el general enemigo hubiera sabido ó podido vencerlos en Arbela, Farlasia ó Austerlitz!

Por la misma razón, los resultados de la alianza no prueban nada, «porque han sido obtenidos á costa de sangre y dinero, que representan sacrificios de la riqueza y el bienestar del pueblo (sic)», como si la guerra se pudiera hacer sin derramar oro y sangre, y como si las alianzas no dieran precisamente por resultado la diminución de los sacrificios de cada uno.

Por la misma razón la alianza es mala porque en vez de nuestras banderas nacionales no tomamos contra López la escarapela paraguaya para combatirlo «haciendo una guerra internacional (sic)», como si no fuese esta la única en que un pueblo tiene derecho á hacer la guerra á otro pueblo, no siendo cierto, por otra parte, que el tratado de alianza le imprimiese precisamente ese carácter. Por el contrario, el tratado decía que la guerra era al gobierno y no al pueblo paraguayo, lo que no era del todo exacto, desde que el pueblo, ó por necesidad, ó por miedo, ó por decisión, hiciese causa común con su opresor y lo defendiese hasta morir. Entonces nuestro deber era combatir al tirano en el pueblo armado que lo sostenía, y esto es lo que ha sucedido, no por las estipulaciones del tratado ni por los ele-

mentos que constituían la alianza, sino por la naturaleza del pueblo paraguayo y por las condiciones en que los beligerantes se encontraron cuando estalló la guerra.

El otro cargo tiene menos novedad: es el no haber terminado la guerra en tres meses, como dice que yo lo prometí en una proclama. Voy á ocuparme de esta vulgaridad por la primera vez, ya que el señor Gómez se ha dignado levantarla de la basura en que yo la había dejado caer.

Nada extraño tendría que hubiese prometido la victoria en tres meses y no se hubiera realizado en tres años, porque el hombre es falible en sus cálculos y no puede gobernar á su antojo los acontecimientos. Si no fuese así, el hombre sería Dios y le sucedería como al doctor Gómez, que cree no haberse equivocado jamás en política, porque ha profetizado siempre lo que algún día ha de suceder.

El puede profetizar que las pirámides de Egipto han de caer algún día derribadas por el roce silencioso de las alas del tiempo, como ha profetizado la caída futura de nuestras Constituciones, complicaciones que el porvenir reserva en sus inescrutables arcanos, y otros acontecimientos que, más tarde ó más temprano, tienen que suceder. De aquí á algunos siglos más ó menos, el tiempo le ha de dar la razón; pero en la última piedra del monumento no se ha de encontrar probablemente la cifra de su nombre, porque él no quiso concurrir á su creación por cuanto había profetizado que no sería eterno.

Es la gloria de Erostrato. El que no pudo levantar el templo de Diana, pudo incendiarlo.

Lincoln dijo solemnemente, en documentos públicos, que la guerra del Sur no duraría tres meses. A los tres meses estaba militarmente derrotado en toda la línea. A los tres años recién empezaba verdaderamente la guerra: combatía *un millón* de soldados contra poco más de *cien mil* hombres.

Atacado por más de cincuenta mil hombres, el poder más gigantesco que ha visto la América del Sur, tenía que improvisar y organizar los ejércitos de la alianza al frente del enemigo.

Ocupándome de esto, las serenatas venían á cada momento á saludarme á la puerta de mi casa, donde dictaba órdenes para reunir mis diseminadas guarniciones y salir personalmente en busca del enemigo.

A la tercera ó cuarta serenata, salí á la puerta de la calle acompañado de don Mariano Saavedra, entonces gobernador de Buenos Aires, y dirigí al pueblo las siguientes palabras: «Mis amigos, ha llegado el momento de obrar y no de gritar. Ya sabemos que todos estamos dispuestos á combatir por nuestra patria. Ahora á ocupar cada cual su puesto de combate, y sea la orden del día: en quince días al cuartel, en un mes á campaña, en tres meses á la Asunción.»

Si cometí un delito al dirigir una palabra de aliento á mis conciudadanos, ellos me lo perdonarán, porque al mes estaba alcanzada la primera victoria, á los cinco meses, á pesar de Basualdo, estaba ex-

pulsado el enemigo de nuestro territorio, dejando en nuestro poder de 18 á 20.000 hombres entre muertos y prisioneros, con menos de 500 hombres de pérdida por parte de los aliados y sin que hubiéramos perdido una sola bandera, ni una caja de guerra, ni una bayoneta siquiera, siendo el resultado del plan de campaña que dictaba en el momento en que fuí interrumpido en el trabajo por la tercera ó cuarta serenata á que me he referido. Y si hay alguno de los que estuvieron allí presentes que me haya acompañado al campo de batalla, á éste le autorizo á venirme á hacer un crimen de mis palabras, porque no les dije claramente que la campaña iba á ser un juguete. A todos los demás ciudadanos hablé por medio de la proclama en que llamé al país á la guerra, concitándolos á hacer sacrificios viriles, porque sólo á ese precio era la victoria. Si en ese documento hubiese dicho lo que Lincoln había dicho en otro no menos solemne, podría haber dado la disculpa que él dió, con la serenidad que le era característica, de que estaba dispuesto á aceptar la lucha, durase poco ó durase mucho.

La guerra debía durar un año, si el ejército paraguayo hubiese sido batido en territorio argentino. Debió durar dos años, que era lo más que yo calculaba, como lo dije entonces, aunque no en media calle, si la guerra era de invasión al enemigo.

Si algún día escribo las memorias militares de esta guerra, podré demostrar todo esto con documentos irrefutables.

Mientras tanto, comparados nuestros elementos

con los que puso en pie la América del Norte, no hemos hecho, relativamente hablando, menos que ella, habiendo tenido nosotros nuestro Vilcksburgo en Uruguayana y su Great Curupaytí en las líneas de Richmond que nunca pudo forzar.

Hemos obtenido más resultados que la triple alianza de la guerra del Oriente, en que las tres primeras naciones del mundo se contentaron con morder el talón de la Rusia, en una extremidad de su territorio, sin poder abandonar la orilla del mar, encontrando ellos también sus *abatis* en el *Redán* y en el *Melón verde*, sin tocar, como nosotros, la trinchera enemiga, y en que nosotros hemos tenido en Humaitá nuestro Sebastopol, con esta diferencia: que á ellos se les escapó todo el ejército sitiado, porque nunca pudieron, como nosotros, efectuar el movimiento de circunvalación que dió la victoria y tomamos prisionera la guarnición á costa de prodigiosos trabajos ,y heroicos combates en que nos batimos en tierra, en las aguas y en la copa de los árboles.

Ahora, puede el doctor don Juan Carlos Gómez seguir comentando el dicho «en tres meses á la Asunción», que vuelvo á dejar caer de donde él lo ha recogido.

No he escrito nada de lo que pensaba decirle y y necesitaba decirle al pueblo, tratando la cuestión que nos ocupa de más altos y trascendentales puntos de vista.

Su táctica de mosquito, como usted mismo la llaconfieso que turba mis meditaciones con el

canto de la trompetilla y me interrumpe alguna vez con sus picotones, obligándome á perder el tiempo en espantarlo. Si eso es lo que el doctor Gómez se ha propuesto, lo ha conseguido, como lo puede conseguir cualquiera con moscas ó cualquiera otro insecto incómodo y bullicioso.

En adelante, no me ocuparé ya en espantar moscas, y seguiré discurriendo por mi cuenta, si es que el doctor Gómez no trae algún nuevo contingente á la discusión, lo que no dudo de una inteligencia como la suya, tan avezada á las luchas intelectuales por medio de la palabra escrita.

Mientras tanto, le diré como el ejército francés dijo galantemente al ejército inglés en Azincourt, bajando sus armas:

—*«A vous, messieurs, a tirer.»*

Bajo mi pluma, cruzo los brazos y espero el fuego. Espero que no sea metralla de garbanzos, como la anterior, ni folletín diplomático como el último.

Tíreme con alguna idea, con un hecho siquiera que merezca subir del zócalo del folletín al capitel de la columna.

Vaya, doctor Gómez, apunte bien, y levántese á la altura de su inteligencia, que vale más que sus escritos actuales.

Bartolomé Mitre.

Diciembre 17 de 1869.

LA ÚLTIMA DEL DOCTOR GÓMEZ

Al general don Bartolomé Mitre.

I

Empuñando usted el lápiz del *Mosquito*, ha creído abrirme una herida profunda en la opinión, con la caricatura de mi fisonomía política, que me hicieron antes sus enemigos y los míos, con más originalidad y travesura.

Mi razón no pierde su alta ó humilde serenidad por esas bromas, y sólo les exige la gracia, el buen gusto, el aticismo, que amenizan la árida esterilidad de las luchas de la inteligencia en los campos ó en los circos de la política, cuando se pone uno al servicio de los intereses del pueblo ó cuando se busca el aplauso de los espectadores y de los ociosos.

Usted buscó el debate, y ha querido convertirlo en pugilato, para entretener á su público.

Recuerde usted que se dirigió á mí, con una carta en que me imputaba rebajar con injusticia y ofensa el heroísmo de los aliados, que yo honraba en la guardia nacional de Buenos Aires, porque salvé mi opinión sobre el acto político de la alianza, al aceptar el llamamiento de la prensa para concurrir al homenaje que preparaban á los que habían contribuído con sus sacrificios á darle el triunfo.

Su imputación carecía de razón y de causa. Usted sabía mis viejas opiniones sobre la alianza bra-

silera, que datan desde Chile, en donde ellas me hicieron sospechoso á mis amigos políticos.

Comprendía usted que, por consecuencia conmigo mismo debía salvarlas ahora, para que no me inculpasen mañana de haberlas renegado. Yo no había amenguado con una palabra á los soldados ni á los pueblos, y les reconocía el mérito de haber combatido un tirano.

Pero usted "quería *aprovechar esta oportunidad* para fijar la opinión respecto de la alianza y de sus consecuencias, como nos lo ha revelado después, *ya que por tanto tiempo había guardado silencio;* quería reducir á polvo todas las mentiras de conveniencia y todas las cobardías vestidas con el ropaje del republicanismo, que la indiferencia de unos y la debilidad de otros habían dejado acreditar como moneda de buena ley".

Mi carta no era, pues, para usted más que una *oportunidad,* que estaba usted en su derecho y hacía muy bien en aprovechar, para justificar ó glorificar su política.

Pero el *aprovechar la oportunidad* no lo excusaba de atribuirme injusticias é insultos que yo no había hecho, para tomarme por punto de partida y por blanco de sus catilinarias.

Contesté á usted en *La Tribuna* del 12 de diciembre, mostrándole lo inexacto de las imputaciones que usted me hacía, y formulándole los cargos que resultaban contra la alianza, sin tocar su personalidad militar ni política.

Usted prescinde de esos cargos á la alianza, me

inventa contradicciones y retractaciones y aplica al debate la tea de la pasión personal, esforzándose en hacerme ampolla con el apóstrofe de "apóstol de la frase, que no se lanza en medio de la corriente de su época, que no participa de la labor y de los errores de sus contemporáneos, que está fuera de la acción, sin polvo sobre sus alas ni sudor en su rostro, etc., etc.".

El tiro era por la espalda, y el general Mitre ha sentido en su corazón la necesidad de motivarlo, haciéndolo partir de una frase de Luis XV, caída en la improvisación, que no tenía ni podía tener alcance al patriotismo del general Mitre.

Pensé que el general Mitre quería apasionar la discusión para darle interés, y traer á la arena á las personas para dar relieve á la suya, pues tirar á mi persona, en el ostracismo político, sin posición ni aspiración posibles en la Confederación Argentina, con la altura política desde la cual podía apuntar y abatir con tanta certeza el caudillo de Buenos Aires, hubiera sido una ruindad inexplicable en los sentimientos que he creído ver siempre en mi antiguo condiscípulo.

Le hice el gusto; traje á la discusión su personalidad política, pasando de carrera por encima de la mía, y los que nos han leído juzgarán si, estimando su política en poco, he dejado de tributar el merecido honor á sus servicios, á sus talentos y á sus cualidades.

Usted se retira hoy de la discusión que promovió haciendo la parodia de mis ideas políticas, como

había hecho la caricatura de mi individualidad y cruzando los brazos é invitándome galantemente, como el ejército francés al inglés en Azincourt, á tirarle. El ejército inglés, muy débil en fuerza, ultimó al francés en Azincourt, si no me engañan mis recuerdos de las lecturas de treinta años atrás, y tengo la modestia de no aceptar la invitación caballeresca del general Mitre para dejarse ultimar; desalojo el campo y dejo al león la arena, libre de los insectos que lo molestaban é impedían reconcentrarse en la profunda rebullición de los afanes que trabajan su espíritu.

II

Permítame, sin embargo, al retirarme, disparar la flecha del Parto en defensa de las ideas políticas que llevo en mi bagaje.

Por más que haya usted abusado de los colores de su paleta, usted sabe que no soy un querubín que se ha cernido en los espacios sobre los dolores contemporáneos, ni el sibarita que en las calamidades públicas ha soltado la vela en la barca coronada de flores en busca de los jardines y las fiestas. Si la presencia de un caudillo, de quien era enemigo político, me excluyó de la defensa de Montevideo, error de joven, si usted quiere, que volvería á cometer viejo, y cometió usted también, abandonándola y reuniéndose conmigo en Chile. Usted me ha visto metido en el barro de los sucesos contemporáneos, del otro lado de los Andes, en

la revolución de Septiembre, en la de Julio, en el Estado Oriental, en la lucha de Buenos Aires hasta 1857; en seguida, en la otra orilla, contra Pereira y Oribe, y aquí, hasta que sancionados los pactos de Noviembre y reducida la cuestión á los límites de cuestión argentina, de organización interna, no tenía en ella rol ni cabida: Yo no era argentino, ni soldado argentino, y he estado en sus más rudos sucesos, corriendo la buena ó la mala suerte de mis compañeros; como simple voluntario ó aficionado, nunca me he retirado del puesto que he tomado y tenido en las luchas, sino al otro día del triunfo de mis amigos ó de la paz ajustada por ellos. En dos ocasiones mi conducta ha merecido su elogio. El día que llegué desterrado de Montevideo, nos encontramos en casa de nuestro amigo Elizalde, y aprobó usted que no hubiese entrado en la falsa vía de los motines y de la revuelta, que condenó usted con severos calificativos. En un banquete al general Rivas, me hizo usted el honor de creer que la bravura de los soldados orientales, tal vez recibía el impulso vigoroso de su publicista.

Y es usted el mismo que me condena hoy por no haberme metido en el barro de las revueltas orientales, ya que no tuve en mi país, como usted en el suyo, la felicidad de encontrarme siempre en situaciones regulares con los gobiernos populares establecidos, representantes de mis ideas, y de esperanzas en cuyo sostén sacrificarme. Y es usted el mismo que hoy me acusa de haber desalentado á mis compañeros en el trabajo, en vez de confor-

tarlos en las fatigas y en las caídas, como el médico al herido bajo la metralla del enemigo!

Ya se ve: usted *arroja á la basura* sus proclamas, sus discursos y sus opiniones de un día para el otro.

Tengo una idea política fundamental, un programa indeclinable, una religión: el derecho.

Puedo acatar como un *hecho* la ley imperante. Usted sabe que la ley no es el derecho. Pero trabajo hasta donde me alcanzan mis escasas fuerzas, porque el *derecho* se convierta en *ley,* en *hecho.*

Para usted, el derecho es el *hecho* que tiene el acatamiento de los que se le someten.

Esta es la diferencia esencial, capital, de nuestra religión política.

Para usted, el acuerdo de San Nicolás ó la Constitución que de él nació, no era el derecho para Buenos Aires, porque Buenos Aires no la acataba.

Pero vino el caudillaje con las chuzas de Cepeda á las puertas de la ciudad, puso su trabuco al pecho del pueblo, le hizo firmar el pacto de Noviembre para someterse á la Constitución del acuerdo de San Nicolás, mediante las alteraciones que quisiese, programa que había sido rechazado por Buenos Aires en las proposiciones traídas por el señor Jancey, y usted, con su doctrina del *hecho imperante,* declara que el pacto de Noviembre, coacción de la fuerza del caudillaje á la soberanía popular, es el derecho, porque hasta ahora está acatado el acto de fuerza.

¿Cuánto dura la prescripción? ¿Hasta cuánto tiem-

po hay *acción popular* para decir de nulidad de la violencia?

Original pretensión del apóstol de la frase contra el *genio de la fortuna,* querer que las constituciones y los gobiernos de los pueblos libres tengan por piedra fundamental del edificio esa antigualla del *derecho,* que no da á los pueblos los gloriosos Césares, los magníficos Bonapartes y los espectables Urquizas, sino que los modela por el corazón de humildes impresores ó pobres leñateros que se apellidan en la historia de la moral de la humanidad, el modesto Franklin, el honrado Lincoln!

Paso de largo por todo lo demás que contiene su carta de hoy. Lo dejo solo, le deseo la buena fortuna que ha protegido siempre sus pasos, y tanto número de sinceros amigos como ha tenido usted de cortesanos en el encumbramiento de su destino.

Concluiré con una observación que he oído á usted, y con la cual me encontró usted de acuerdo:

Franklin es más grande que Washington (lo dijo usted), porque ha encarnado más cantidad de sentimientos morales y de ideas justas, porque ha ingertado más porción de su corazón honrado y bueno en el alma del pueblo americano, que debe á esos sentimientos y á esas ideas su verdadera grandeza.

Como Filipo de Macedonia, hágase repetir por su criado, todas las mañanas al despertarlo, esa observación que honra tanto á su corazón como á su inteligencia.

Juan Carlos Gómez.

LA RECTA Y LA CURVA

Al doctor don Juan Carlos Gómez.

Mi antiguo condiscípulo y colega: Usted lo ha dicho: yo soy la tangente; luego, usted debe ser el círculo. Soy la recta que se prolonga indefinidamente en una nueva proyección, tocando la curva sólo por un punto. Usted es el círculo que da vuelta alrededor de sí mismo, el círculo vicioso, el *corso e ricorso* de que habla Vico.

Esto me hace recordar que cuando éramos condiscípulos en el aula de matemáticas, usted estudiaba secciones curvas, mientras que yo no había salido todavía de las rectas. Después de largos años que han pasado, nos encontramos en medio de la vida siguiendo las mismas líneas geométricas que trazábamos en la escuela, tocándonos siempre por un punto; pero marchando en distintas direcciones.

He aprovechado este punto de contacto para irritar su epidermis, para estimular su sangre generosa y obligarle á producir algo digno de sí y de la cuestión que debatimos.

Al fin lo he conseguido. Reconozco en su última carta al antiguo lidiador por las ideas; veo de pie al atleta de sus convicciones, y al recibir sus golpes, digo lo que fray Paolo Sarpi al recibir el golpe de estileto que le mandaba Roma: *Conosco el estileto romano!* Reconozco al fin á don Juan Carlos Gómez. ¡Bravo! Así no quedará usted humillado en esta lucha intelectual, y puedo abrigar aún la

esperanza de contarle como aliado, según me lo ofrece, en los futuros combates que todavía tenemos que dar en honor de los principios que nos son comunes.

Lástima que siga usted girando perpetuamente en el antiguo círculo vicioso de las ideas convencionales, sin combinar las líneas arquitectónicas según el plan del edificio y los objetos á que se le destina!

Lástima que la pasión se presente con los atributos de la manía y la religión, y el culto de las ideas tome el carácter de las supersticiones del pasado!

Lástima que no arroje lejos de sí las armas teatrales de la égida, del hacha y de la tea, y no empuñe las nobles armas de los nuevos campeones, que sirven á sus creencias con la espada ó con la pluma, vistiendo la túnica viril de los que se consagran valientemente á la labor fecunda, en vez de zumbar, como los zánganos, alrededor de la colmena!

Lástima que no medite más sobre los hechos propios, que no se mezcle y confunda más en la vida de su época, que no deduzca sus teorías del estudio sobre la carne viva, y tome por guía y base de criterio una filosofía de convención, una erudición histórica inanimada, una evocación poética del pasado, que no puede conducirlo sino á la inacción ó la negación!

Su carta, con el título de *Santa Alianza,* se divide propiamente en tres partes.

Una tercera parte es consagrada á reminiscencias de la historia europea, en que usted busca analogías con la nuestra, deduciendo de ellas la crítica del pasado, la apreciación del presente y la regla y explicación del porvenir.

De todo lo que dicen los libros europeos se ha acordado usted menos de la profunda palabra de Balmes: "Cuando se estiman las analogías, deben tomarse en cuenta las diferencias."

Las comparaciones históricas, cuando se prolongan demasiado y se convierten en miembros del discurso mismo, son como esos libros ilustrados en que el texto se subordina á la lámina, el cuadro al marco, el fondo á la forma.

La triple alianza del Plata y del Brasil no tiene nada de común con la Santa Alianza europea, ni con la alianza de la guerra de Oriente, ni siquiera el punto de contacto que une á la curva y la tangente y que es para nosotros dos el punto de partida á la vez que el punto de desviación.

Después he de insistir sobre esto.

Otra tercera parte de su carta la dedica usted á la política interior de la República; diseña la época de mi gobierno, ligando flojamente y con trabazón poco lógica la política interior con la política exterior; pero sin acertar con la verdadera fórmula, sin ensanchar los horizontes de la vida doméstica y de la vida internacional.

Más adelante he de desenvolver esta idea.

La otra tercera parte de su carta, que es la última, la ocupa en evocar, en medio de nuestra vida

activa, los pálidos fantasmas, la incorporación espectra de la España y de Portugal en el Plata, alzando la bandera de Sarandí, dando fuego al cañón de Ituzaingo, desgarrando la convención preliminar de paz de 1828, y condenando como imposible, como criminal, como ilógico, en nombre de lo que fué y ya pasó, en nombre de lo que sucedió y ya dió sus resultados, todo lo que existe y tiene razón de existir, todo lo que es y forzosamente debe ser, sea por la fuerza de las cosas, sea por la lógica de los acontecimientos, sea por la necesidad imperiosa de la conservación y de la reparación.

Lo más bello de esta parte de su escrito, es el programa con que lo termina, aunque no corresponda, en su estilo, á la estructura de su sistema histórico político. Es un trofeo de armas de los pueblos del Río de la Plata, coronado por un morrión paraguayo y un falucho brasilero atado con una divisa federal.

Ya preveo que, al leer esto, se va á preparar á escribir una carta con el título del "Morrión paraguayo, el falucho brasilero y el gorro del Río de la Plata", para decir que la alianza ha humillado al gorro de la libertad ante la corona de la monarquía.

Esto no tendría novedad: el diputado Santos dijo en las cámaras del Brasil, á propósito del tratado que el ministerio Limpo de Albreu ofreció á Rozas: "Este tratado es la corona del imperio, colocada más abajo del birrete del dictador." Pero, dígalo no más, que tengo la parada del golpe y la estocada que ha de seguir.

He de tratar este punto, y lo he de tratar con una franqueza, con una serenidad, con una imparcialidad que, sin pedir galas prestadas á la retórica, ha de llevar la convicción á los espíritus fuertes, ha de templar á los débiles y ha de vencer á los enemigos

Pero lo he de tratar, no como usted, que para criticar nuestro organismo constitucional nos lanza entre sus ruedas al teorizador de los gobiernos personales, hijos del caudillaje, al doctor don Vicente Fidel López, armado del acuerdo de San Nicolás, que es para usted el principio y fin de nuestro verbo en materia de instituciones libres. No como usted, que para empequeñecer la resistencia de Buenos Aires, pone á don Lorenzo Torres como único autor de ella, olvidando al pueblo y sus defensores. No como usted, que para desautorizar nuestra política y proyectar sombra sobre nuestra bandera militar, nos presenta como explotados por los políticos del Brasil y como los suizos de la bandera imperial.

No; con razón fría, con ánimo sereno, con voluntad decidida, con pasión reconcentrada y profunda, he de pulsar una por una las fibras del patriotismo, he de hacer el análisis sobre la carne de mi carne, he de poner la hechura en su verdadera luz, he de fijar la opinión, haciendo que se condense en mis labios el murmullo que está en todas las conciencias rectas y que ha de apagar las voces de los que han chillado hasta hoy por no tener contradictores, y que han hecho incurrir á usted en el lasti-

moso extravío de constituirse en el heraldo y teorizador de instintos ciegos, hechos truncos y sistemas que no responden á nada.

Esto es lo que quería hacer, sin distraerme con la polémica, cuando le pedía que me cediese la palabra para decir algo práctico y patriótico, si usted no tenía algo más nuevo y más útil que decir que la crítica del pasado y el examen de mi personalidad política y militar.

Tenía derecho á pedirle la palabra hasta con imperio, no porque lo considerase á usted menos capaz, no porque le negase el derecho de ciudadanía á un hombre que, como usted, hace honor á la tierra en que nació. Debe usted saber que ni tal petulancia ni tal mezquindad hay en mí.

Usted defendía una carta escrita á la ligera, y cuando más una opinión individual, alrededor de la cual amontonaba frases, figuras y argumentos buscados para apuntalar su armazón.

Recién ahora empieza á inocularle las ideas que brotan como chispas al calor de la discusión.

Yo defendía un sistema, un orden de ideas, un hecho hijo de la meditación y del trabajo, que había madurado en la silla del gobierno y en la tienda del campamento, pasando largas horas de vigilia antes de decidirme á la acción deliberada. Estaba nutrido con la médula que fortifica las almas, y estaba animado, como se lo decía, más que de la pasión generosa, del convencimiento de las necesidades y de las conveniencias de mi época, á la par que del amor hacia mi país.

Quería medirme con la opinión cobarde que lanzaba gritos de pavor á nuestra espalda cuando combatíamos en la vanguardia por el honor y la vida de nuestra patria, allí donde se sufría y se moría al pie de nuestra bandera.

Quería dar un último combate á los enemigos de la alianza, cuyos únicos títulos para condenarla, son las traiciones en Corrientes, las jornadas de Basualdo y Toledo, las montoneras en el interior, las conspiraciones en Buenos Aires, los orientales que fueron á auxiliar á López y á morir bajo su látigo, las repúblicas americanas que, á título de hermandad, han pretendido presentarnos como el ludibrio de la América, y han dado armas y banderas al vandalismo.

Quería vencer, anonadar, exponer á la vergüenza pública con las solas armas de la razón y de la palabra, de que únicamente dispongo, las resistencias internas que he combatido y me han combatido, venciéndolas durante la última lucha con las fuerzas del gobierno y la espada del soldado.

Quería sacudir de los gloriosos estandartes del ejército argentino el polvo con que se pretende cubrirlos, vindicar á mi patria de los insultos que se le han dirigido con motivo de un hecho político que ni es crimen, ni es vergüenza, ni es error, sino un acto legítimo, bueno, útil, fecundo, y santo si usted se empeña, por que es santo todo lo que con buenos medios conduce á grandes fines y produce resultados benéficos y morales.

A este título le pedía la palabra. Usted no ha

querido cedérmela. Ha hecho mal. Ahora no se la acepto, aunque me la ofrezca. Hable usted, calle usted, todo es lo mismo. Esta es mi última carta-polémica. Recién ahora va á comenzar la discusión.

Arrojo lejos de mí el cesto emplomado del gladiador antiguo con que he podido darle algunos golpes, recibiendo otros que no me han dejado ni dolor ni rencor.

Renuncio al pugilato de la palabra con que he tenido que alternar la exposición documentada de los sucesos y el desarrollo de mis principios y teorías.

Transportándome á la región serena de las ideas, extendiendo mi vista más allá de la estrecha arena en que hemos combatido, dominando de mayor altura los sucesos y los intereses de los pueblos que forman el grupo de estados en esta parte del Atlántico, voy á hacer lo que la polémica me ha impedido hasta hoy, con la unidad debida y con la tranquilidad que debe guiar la pluma del observador y del político.

Por ahora doy fin á la polémica y treguas á la discusión, por la razón que explicaré más adelante.

Lo invito, en consecuencia, á retirarnos por unos días á nuestras tiendas de mantenedores del campo, y no abusemos por demás de la atención pública, ni de la condescendencia de nuestros colegas, cuya casa hemos revuelto á título de huéspedes del periodismo.

En una serie de tres ó cuatro cartas más, desenvolveré próximamente mis propósitos, mis ideas y

mis vistas respecto de la alianza y de sus consecuencias, dando tiempo para que otros ocupen la escena y completen ó refuten lo que hasta aquí hemos dicho.

Es un alto en medio de la batalla. Pero antes de descansar momentáneamente las armas, voy á contestar á uno de sus últimos disparos, porque debo hacerlo en honor de mi bandera y de mi partido, ligando esto, como usted lo hace, con la cuestión que nos ocupa.

Me pregunta usted: «qué grandes horizontes, qué elevados sentimientos, qué nobles aspiraciones, qué grandes tendencias he impreso á mi política en el alma de los partidos y en el corazón de los ciudadanos».

Se lo diré en pocas palabras.

He consagrado mi tiempo y mis afanes á una obra de todos, y que todos tienen que defender y mejorar en el interés común, cual es la vida nacional, en que caben todos los partidos y todas las opiniones.

He hecho cuanto de mí ha dependido para desarmar los partidos en acción, por la conciliación de grandes intereses comunes, unas veces, por la fuerza de las armas, otras, mostrándoles prácticamente los beneficios de la paz y del progreso en la comunión del trabajo, y probando la impotencia de las sublevaciones contra el poder constitucional armado de la ley.

Abierta la liza libre para todos, con las imperfecciones inherentes á nuestro modo de ser polí-

tico y social, he contribuído á preparar otra más difícil, reaccionando á veces contra las ideas revolucionarias del partido cuyo credo confieso y ha sido hacer posible hasta el triunfo de nuestros mismos enemigos por el uso pacífico de nuestra libertad, por la acción cívica, por la regeneración de los mismos partidos en el sentido del complemento de nuestra idea constitucional.

Usted ve este resultado y no se lo sabe explicar al ocuparse de lo que llama sucesión de los partidos, sin advertir que los partidos no se suceden en las condiciones en que usted los coloca, sino por las fuerzas morales de la opinión, las necesidades de los tiempos y la razón de ser y de gobernar de los elegidos.

Ve usted el antagonismo perpetuo y armado, allí donde empieza á desenvolverse la idea política de los partidos.

Ve usted la disolución, allí donde únicamente los hombres están dispersos, sin fijarse que los principios no se han disgregado y que el alma de la libertad anima á todos y cada uno de los miembros fieles á la ciencia que le tributa culto.

Ve usted al viejo partido federal encerrado como un tigre en una jaula, sin fijarse que ese partido no puede presentarnos batalla para sucedernos en el poder, sino adoptando nuestra bandera, nuestros principios, nuestros medios de acción, lo que es el triunfo más hermoso del alma inmortal de un partido que profesa una religión en que los principios y los hombres son sus instrumentos.

Esto quiere decir que seremos vencidos el día que reneguemos nuestras creencias y otros ocupen el altar que nosotros dejemos abandonado.

Que nuestra bandera se verá triunfante en otras manos, el día que nosotros no seamos fieles á ella y la desertemos cobardemente.

Que nuestra doctrina ha de prevalecer, emancipada de los hombres que no le sean fieles, y que, en último caso, la posibilidad del advenimiento pacífico de los partidos á las alturas del gobierno, será la conquista más hermosa de esta época y que este advenimiento será debido á la religiosa observancia de nuestro código de libertad.

Que nuestros mismos enemigos, si algún día triunfan por el voto de la mayoría, irán á la vida pública, civilizados, regenerados, moralizados, sin uñas de tigre y sin divisa de exterminio.

A estos resultados he llevado mi grano de arena.

La alianza, en el modo en que se ha efectuado, por las causas que la han traído, por los resultados que ha producido, por los recuerdos que ha dejado tras sí, contribuirá á esta educación de los partidos beligerantes en el Río de la Plata.

Mi rechazo á la proposición de alianza para intervenir en el Estado Oriental, y más tarde para ir al Paraguay, les enseñará que las alianzas nunca deben aceptarse sino en el nombre y en el interés del pueblo argentino y que las guerras no las hacen los gobiernos, sino los pueblos.

La lección del pueblo paraguayo les enseñará que los partidos no deben ir á buscar el triunfo fuera

de su país, porque la República será bastante fuerte para vencer á sus enemigos exteriores, aliados con sus propios traidores.

Les enseñará que en las cuestiones internas no deben ir á buscar armas y vapores al Paraguay y al Brasil, sacrificando territorios y honras, como lo hizo Urquiza, buscando la alianza del Brasil primero, y del Paraguay después, para dominar la resistencia de Buenos Aires.

Les enseñará á no aceptar los Araguais para perseguir á los hermanos náufragos, y á no ir, como el último representante del partido blanco, á ofrecer su sangre al enemigo extraño, para morir de hambre en medio de tormentos, con el sello de los tránsfugas y de los réprobos.

Y de este modo perdurará la política externa que ha hecho triunfar la alianza, reaccionando saludablemente sobre la política interna, presentándonos ante los extraños, dignos, fuertes y verdaderamente patriotas.

Les enseñará á ser más prudentes en el gobierno; á no fomentar la revolución en los estados vecinos, porque el viento puede llevar el incendio de su lado; á no buscar guerras que no sean justificadas por la necesidad imperiosa y por las exigencias de la seguridad y el honor; á no alimentar los odios internacionales que, al fin, envenenan, ni á hacer del antagonismo internacional una política como en los tiempos bárbaros, previniendo así guerras futuras.

Esto debe dar el triunfo de la alianza para las

relaciones de los Estados independientes entre sí, y por lo que respecta á los partidos en su modo de encarar las cuestiones internacionales.

Ni príncipes extranjeros contra nosotros, ni poderes extranjeros interviniendo en nuestras cuestiones internas.

Si esto no es honroso y fecundo, diré lo que Pericles, acusado de haber empleado los dineros públicos en levantar monumentos: «Yo cargaré con el gasto; pero borrad vuestro nombre y poned únicamente el mío en esos monumentos.» Pero no lo diré, porque ese resultado es debido á los esfuerzos de todos; yo no he sido sino el ejecutor de la voluntad pública, al llevar y aceptar su responsabilidad, y si hubiese sido un error, aun así deberíamos procurar sacar de él todo el fruto posible en vez de propender á que los sacrificios hechos se esterilicen.

Estos temas me darían la materia de un libro; pero me limito simplemente á indicarlos.

Más adelante volveré á tratar la cuestión de nuevos puntos, según se lo he ofrecido, y me he de ocupar de la política del presente así como de la política del porvenir, repitiendo, respecto del Estado Oriental, verdades severas que me han oído los hombres públicos del Brasil, y analizando con sinceridad los planes políticos que para el futuro tiene usted y repiten otros.

Por ahora, me retiro de la prensa por algunos días. Le diré la razón. Voy á hacerme impresor y me falta el tiempo material para hacer muchas co-

sas á la vez. Hijo del trabajo, cuelgo por ahora mi espada, que no necesita mi patria, y empuño el componedor de Franklin.

Invito á usted á venir á visitarme á la imprenta, comprada no con mis capitales, sino por una sociedad anónima de la que seré siempre accionista y gerente.

Allí, en medio de los tipos y de las prensas, me encontrará en el punto de partida.

Nos conocimos en el aula de matemáticas, resolviendo problemas algebraicos y trazando usted curvas, como ahora, y yo rectas, como usted lo dice.

Me conoció usted en Valparaíso de impresor y redactor de un diario, que luego pasó á ser de su propiedad.

Recordará usted que mientras yo escribía mis artículos ó corregía pruebas, Paunero, que era mi tenedor de libros, hacía las cuentas, Sarmiento y Rawson preparaban una expedición á San Juan en un rincón del escritorio, y usted solía venir á recordar la patria ausente. No todo se ha perdido. Aun puedo conversar con Rawson, escribir á mi antiguo tenedor de libros y discutir con usted asuntos que interesan á los demás más que á nosotros mismos, teniendo siempre algún punto de contacto que impida separarnos.

¡Salud, amigo, en nombre de Guttenberg!

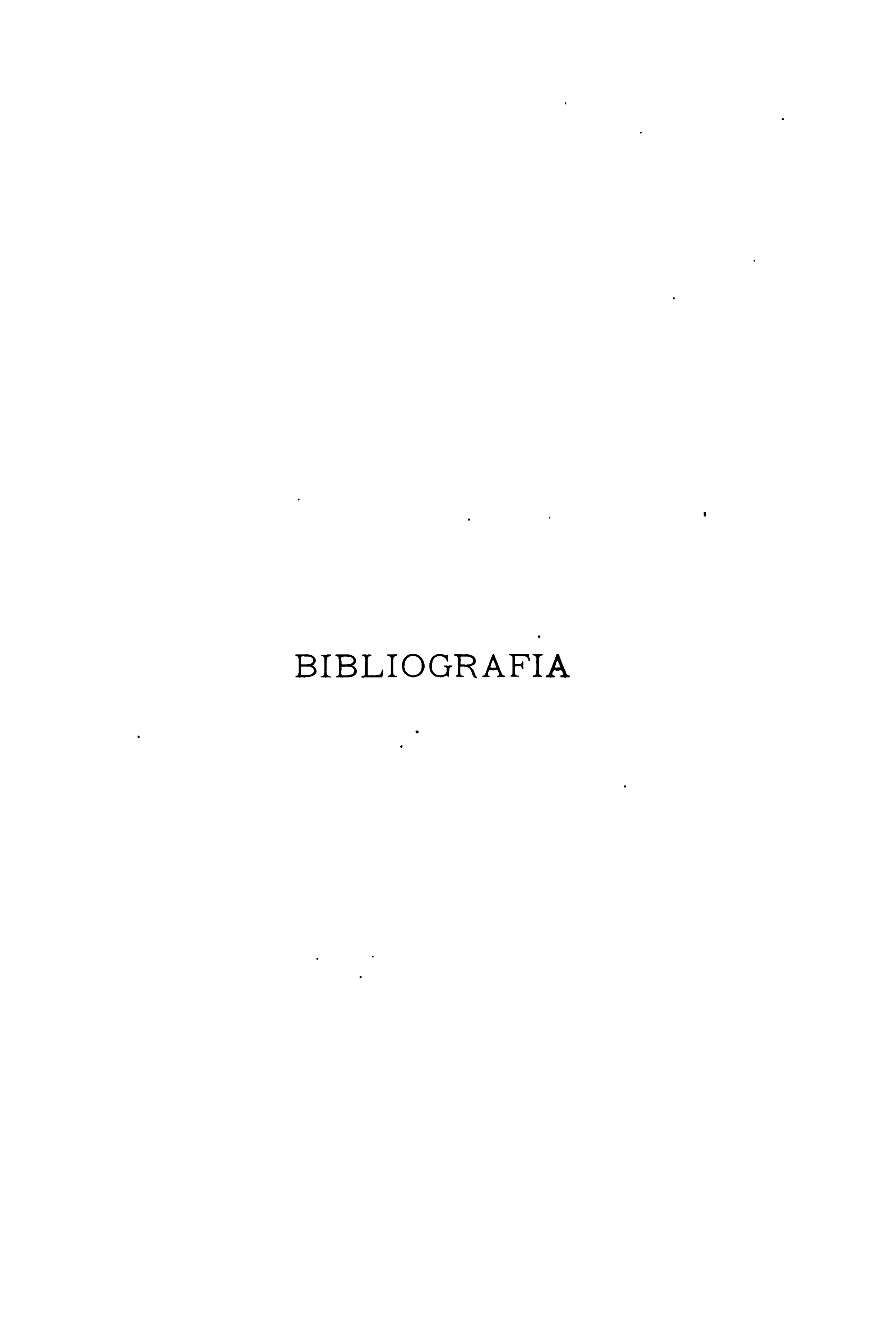
¡Salud, en nombre de Franklin!

Si ambos no somos ciudadanos de la misma patria, estamos ligados por el punto matemático que une

la tangente á la curva, y ponemos las armas de condiscípulos y colegas en el campo neutral del trabajo, en medio de las prensas y de los tipos, que tanto hemos hecho hablar estos días.

Bartolomé Mitre.

Diciembre 18 de 1869.



BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

Damos á continuación la lista de las principales obras del General Mitre, dejando constancia de que esta nómina es incompleta, porque, aparte la consulta de algunos libros y opúsculos que tenemos á mano, lo demás ha debido librarse al simple auxilio de la memoria. En el párrafo dedicado á las letras puras, especialmente, faltan innumerables trabajos, sín contar la montaña de sus escritos periodísticos sobre política, finanzas, sociología, bibliografía, etc.

HISTORIA

Biografía de Rivera Indarte.

Biografía del general Lavalle.

Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.

Historia de San Martín y de la Emancipación Americana.

Estudios históricos sobre la Revolución Argentina.

Cartas-polémica sobre la Triple Alianza (con el doctor Juan Cárlos Gómez).

Comprobaciones históricas.

Nuevas comprobaciones históricas.
Las cuentas del Gran Capitán.
Las Heras en Chile.
Los sargentos de Tambo Nuevo.
Falucho.
El crucero de La Argentina.
Informe histórico sobre los antecedentes y la reforma de la Constitución.
El primer libro impreso en América.
Contramemorándum histórico-diplomático sobre las cuestiones de límites entre la Argentina y el Paraguay.
La abdicación de San Martín.
El pino y el combate de San Lorenzo.
Un episodio troyano.
Viajes inéditos de Azara.
Episodios históricos de la Revolución Argentina.
Los orígenes de la imprenta argentina.
Notas biográficas y bibliográficas sobre Ulrich Schmidel, primer historiador del Río de la Plata.

LINGÜÍSTICA

Lenguas americanas (estudio sobre Valdivia).
El Mije y el Zoque.
El Araucano y el allentiak.
El Tupy.
Ollantay (del quichua, con monografía).
Bibliografía lingüística americana. Catálogo razonado de las obras que tratan sobre todos los idiomas indígenas de ambas Américas (inédito).

MONOGRAFÍAS

Instrucción práctica de artillería.
Las ruinas de Tiahuanaco.
La emigración espontánea á la República Argentina.
La cuestión de San Juan.
Cuestión Puerto de Buenos Aires.
Los bibliófagos.
Letras americanas.
Ayerecó Quahá Catú (Gobernarse á sí mismo. Una provincia guaraní.

LITERATURA

Policarpa Salvatierra (drama).
Rimas.
Horacianas (traducción de las Odas de Horacio).
Ruy Blas (ídem de V. Hugo).
La Divina Comedia (ídem del Dante).

ORATORIA

1849—Cuestiones de imprenta (Valparaíso).
1852—Contra el acuerdo de San Nicolás.
Llamando á las armas á la G. N. de Buenos Aires.
1854—La constitución de Buenos Aires (cuatro discursos).

Cuestiones de imprenta.
Promoviendo un Instituto Histórico-Geográfico.
Al general Paz.
Acuñación de moneda.
Leyes agrarias.
1856—Pensiones militares.
1857—El almirante Brown.
A los restos de Silvino Olivieri.
La conscripción militar.
Enjuiciamiento de Rosas.
Apoteosis de Rivadavia.
1859—Sobre ganadería y agricultura.
Al ejército de Buenos Aires, con motivo de la paz.
1860—Programa de gobernador ante la asamblea.
En la jura de la Constitución Nacional.
1861—Al cerrarse la urna cineraria de Lavalle.
El capital inglés (en la inauguración del F. C. S.).
A la Guardia Nacional, partiendo para Pavón.
1862—A la misma, regresando de Pavón.
Inauguración del F. C. de San Fernando.
Instalando el Congreso Nacional.
Inauguración de la estatua de San Martín.
Juramento como Presidente de la República.
Clausurando las sesiones del Congreso Nacional.
1864—Inaugurando la prolongación del F. C. de San Fernando.
El Presidente de la República al Congreso.
1865—A los estudiantes que se ofrecían de voluntarios.
1868—Al Congreso, presentándole su último mensaje.

Al pueblo, al bajar de la presidencia.

Entregando el mando á su sucesor.

A la memoria de Astengo, cónsul italiano.

En el banquete en honor de Mitre y Sarmiento.

En el banquete ofrecido por el pueblo de Chivilcoy.

1869—Al comercio.

Poniendo la piedra fundamental del Asilo de Inválidos.

Cuestión de San Juan.

A Valentín Alsina, en nombre del Senado.

Cuestión puerto de Buenos Aires (cinco discursos).

Al general Angel Pacheco, en nombre de los generales del ejército.

Finanzas nacionales.

A Melchor Romero.

1870—Educación primaria y secundaria en la República Argentina.

La inmigración espontánea (cuatro discursos).

1871—Caupolicán Molina.

Límites argentinos, á propósito de territorios nacionales.

Manuel Argerich.

La historia y el derecho positivo.

Manuel Hornos.

Límites provinciales.

En la tumba de José Mármol.

1873—La misión diplomática al Brasil (dos discursos).

Programa como candidato á la presidencia

Inaugurando la estatua del general Belgrano.
A la juventud, sobre su misión histórica en la renovación de las fuerzas sociales.
1874—La moral del sufragio libre.
Los candidatos y el pueblo.
La renovación.
1877—La política de conciliación.
1878—La abdicación de San Martín.
Las cuentas del Gran Capitán.
Los límites de los territorios nacionales (dos discursos).
Derechos de exportación sobre ganados en pie (dos discursos; el segundo en 1879).
Cuarentenas.
1879—Cuestiones de derecho internacional (á propósito de la guerra del Pacífico).
El peso decimal de veinticinco gramos.
Pensiones civiles é historia del arreglo del empréstito angloargentino.
Intervención de La Rioja.
Fueros parlamentarios.
Designación de ministros diplomáticos.
El proteccionismo aduanero y el impuesto.
Amnistía y pensiones militares.
1882—Centenario de Rivadavia.
1883—León Gambetta.
Saludo al pueblo (Junio 26).
Síntesis políticosocial.
1884—Juan Carlos Gómez.
1886—La lucha y el trabajo político.
En la inauguración de 54 escuelas

La protección á los animales.

Proclamación del doctor Eduardo Costa en San Nicolás.

1887—Rufino de Elizalde.

En la manifestación de su 66° aniversario.

Discurso inaugural de la estatua de Lavalle.

1888—La abolición de la esclavitud en el Brasil.

La Isabel redentora.

1889—A la juventud de Buenos Aires en el *meeting* de la Unión Cívica.

Un saco de harina.

1890—*Meeting* de protesta en la cancha de pelota.

A la memoria del doctor Guillermo Rawson.

Inaugurando los bajo-relieves del sepulcro de Rawson.

Despedida á la patria.

1891—Candidatura de solución (Unión Cívica).

Candidatura de solución (Partido Nacional).

La ciencia del gobierno y el acuerdo político.

En el centenario del general Paz.

1892—Asilo de los Desamparados.

Entregando los restos del general Ballivián.

1894—A los alumnos de la Universidad de Buenos Aires.

1895—Extradición de desertores.

1896—A la juventud, en su 75° aniversario.

Las memorias del general Paz.

1897—Mediación en la guerra civil del Uruguay.

En un *meeting* electoral.

En el centenario de Lavalle.

1898—Política sudamericana. Chile y la República Argentina.

1899—Monumento á Garibaldi.

La independencia del Ecuador.

1901—A los periodistas brasileños.

A la C. del ejército y armada en su 80° aniversario.

A la manifestación popular en su 80° aniversario.

1902—Inaugurando el monumento al doctor Eduardo Costa.

TÍTULOS, CARGOS EMPLEOS Y NOMBRAMIENTOS HONORÍFICOS

1839—Febrero 20—El general en jefe del ejército constitucional de la República Oriental, le reconoce el empleo de alférez de artillería, con antigüedad de 24 de febrero de 1838.

1839—Mayo 23—Empleo de ayudante mayor 2° del batallón núm. 1 de infantería (R. O. del U.)

1840—Agosto 5—Empleo de capitán de la compañía de artillería al ayudante mayor de la misma arma (ídem).

1846—Febrero 19—Grado de teniente coronel al sargento mayor de artillería (ídem).

1847—Octubre 22—Atendiendo á la capacidad y aptitudes del teniente coronel de artillería de la República Argentina, el presidente de Bolivia le admite al servicio de ella en su clase y arma.

1852—Marzo 26—El emperador del Brasil, querién-

dole dar testimonio de su alta consideración, con motivo de su asistencia al combate naval de Tonelero, le nombra oficial de la Orden de la Rosa, que otorga jerarquía y honores de coronel.

1853—Octubre 11—Le confirma el gobierno de Buenos Aires en el empleo de teniente coronel de artillería, con antigüedad de 16 de Febrero de 1845, y en el empleo de coronel de la misma arma, con antigüedad del 3 de Febrero de 1852 (batalla de Caseros).

1854—Mayo 20—Miembro de la Sociedad de Mayo, Buenos Aires

1855—Junio 12—La asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata le nombra socio de número en consideración á su mérito y recomendables cualidades.

1855—Julio 10—El Club del Progreso, fundado en Buenos Aires el 1º de Mayo de 1852, «con el objeto de reunir los caballeros más respetables, nacionales y extranjeros, para mantener y estrechar las relaciones personales, uniformar en lo posible las opiniones políticas, por medio de una discusión deliberada, y mancomunar sus esfuerzos por el progreso moral y material del país», le nombra socio.

1856—Junio 8—El Instituto Histórico Geográfico del Río de la Plata, de que fué uno de los fundadores en 1854, y cuyas bases orgánicas redactó, le nombró miembro de número.

1856—Octubre 20—La Sociedad de Geología, de Berlín, le reconoce socio honorario extranjero.

1857—Diciembre 18—La Sociedad Real Escandi-

nava de Anticuarios (Copenhague), considerándole miembro nato por sus aptitudes especiales, le incorpora á su seno.

1858—Enero 1º—La Sociedad Tipográfica Bonaerense le reconoce miembro y socio protector.

1858—Abril—Representante de la cámara de la provincia de Buenos Aires.

1859—Mayo 27—Coronel mayor de artillería del estado de Buenos Aires.

1860—Agosto 23—El Club del Plata le nombra socio.

1860—Octubre 21—El presidente de la Confederación Argentina le eleva al rango de brigadier general de sus ejércitos, en atención á los méritos y honrosos antecedentes militares que le distinguen.

1860—Noviembre 17—El Club Socialista Argentino (Paraná) le aclama socio honorario.

1861—Abril—La Rhode Island Historical Society (Estados Unidos del Norte), le elige miembro honorario.

1861—Diciembre 31—Inscripto por aclamación en el catálogo de académicos ilustres de L'Academia d'Quirite (caballeros romanos), Italia.

1863—Febrero 6—El Instituto Histórico de Francia lo elige miembro honorario.

1863—Febrero 14—Il saggio Collegio di Arcadia (Italia), le declara «arcade», denominándole «Volerindo Sedeate».

1863—Febrero 16—La Pontificia Accademia Tiberina (Italia), le nombra socio correspondiente.

1863—Marzo 16—La Insigne Artística Congrega-

zione Pontificia di Virtuosi al Pantheon (Italia), le designa «virtuoso d'onore».

1863—Abril 15—El Instituto Politécnico de París lo elige miembro honorario.

1864—Junio 30—La Logia Masónica de Buenos Aires le acuerda el Grado 33, y lo elige miembro activo del supremo consejo.

1864—Noviembre 25—El presidente de la República de Chile le nombra miembro honorario de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional.

1865—Febrero 15—El Instituto de Africa (París), le nombra su «President d'Honneur».

1865—Septiembre 21—El emperador del Brasil le acuerda la Gran Cruz de la Orden Imperial del Cruzeiro.

1865—Septiembre 30—La Logia Masónica del Rosario de Santa Fe le nombra miembro honorario «ad vitam».

1865—Octubre 4—El gobierno del Brasil le envía el diploma y medalla conferida á la División Imperial por la batalla de Caseros.

1867—Marzo 15—La Sociedad Paleontológica de Buenos Aires le reconoce socio activo.

1868—Enero 5—La Sociedad Estímulo Literario le nombra miembro honorario.

1868—Noviembre 30—El Imperio del Brasil le concede el uso de la medalla conmemorativa de la rendición de Uruguayana, el 17 de Septiembre de 1865.

1869—Mayo 18—Senador nacional por Buenos Aires.

1869—Julio 19—La Sociedad de Beneficencia de Salta le nombra socio honorario.

1870—Marzo—La Asociación Filantrópica de los heridos del ejército argentino en la guerra del Paraguay, le presenta un testimonio de gratitud.

1870—Septiembre 16—La Asociación de Amigos de la Instrucción popular, de Mendoza, le nombra socio honorario.

1871—El Instituto Geográfico y Etnográfico del Brasil le reconoce como miembro.

1871—Febrero 25—La Sociedad Geográfica Italiana (de Firence), le reconoce como miembro.

1871—Noviembre 28—A Sociedade Villosiana de Río de Janeiro, lo elige socio honorario.

1872—Abril 16—El gabinete portugués de Leitura de Río de Janeiro, lo elige socio honorario y correspondiente.

1872—Noviembre 2—El gobierno argentino le confiere el uso de la medalla conmemorativa de la campaña contra el Paraguay.

1873—Marzo 16—La St. Patrik Benevolent Society, de Buenos Aires, le nombra miembro activo.

1873—Mayo 3—La Academia de Bellas Artes de la República de Chile, le inviste académico honorario.

1874—Enero 30—Se le concede el uso de la medalla de oro de primera clase, acordada por la municipalidad de Buenos Aires «á los que, con riesgo de su vida, se consagraron al alivio de sus semejantes en la epidemia de fiebre amarilla que sufrió *esta población* en 1871». El general Mitre y toda su

familia fué atacada del flagelo, después de «prestar muy importantes servicios», como consta en el diploma de la condecoración.

1874—Junio 2—La Academia Aráldica Genealógica Italiana (Italia), le reconoce su socio protector. El diploma trae el dístico siguiente, de Dante: *La stirpe non fá obili le persone—Ma si le persone la stirpe.*

1874—Agosto 13—El Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, le nombra su vicepresidente honorario.

1875—Abril 15—La Sociedad Ensayos Literarios, le nombra miembro honorario.

1875—Mayo 24—El gobierno argentino le concede el cordón de oro decretado en honor de los vencedores de Tuyutí (24 de mayo de 1866), que mandó en jefe.

1875—Septiembre 22—El mismo le acuerda el uso del escudo de oro por el asalto de Curupaytí (22 de Septiembre de 1866).

1875—Diciembre 15—El Club Argentino le aclama socio.

1876—Julio 8—El Club Fomento de la Educación de Montevideo, le reconoce socio fundador honorario.

1876—Septiembre de—El gobierno de la República Oriental del Uruguay le concede el uso de la medalla de honor correspondiente á su jerarquía, acordada á los vencedores de Yatay (17 de agosto de 1865).

1876—Noviembre 6—La sociedad de estudios Co-

ronel Moreno, fundada en el Colegio Militar por Alberto M. Biedma, el 3 de Noviembre de 1876, le nombra socio honorario.

1877—Noviembre 20—La Sociedad Protectora del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, le designa su vicepresidente.

1878—Mayo 3—Diputado de la provincia de Buenos Aires á la honorable cámara de la nación.

1878—Agosto 30—La Sociedad Mayo, del Rosario de Santa Fe, le nombra socio honorario.

1878—Octubre 5—La Sociedad Arqueológica de Santiago (Chile), le nombra miembro correspondiente.

1879—Junio 26—La Asociación Bernardino Rivadavia (Biblioteca Popular), le nombra socio honorario.

1879—Octubre 1º—El Tiro Nacional (en que se organizaron las fuerzas populares) le nombra socio fundador.

1880—Enero 1—El Instituto Geográfico Argentino le reconoce miembro honorario.

1880—Enero 17—El Centro Industrial Argentino le nombra colaborador activo del comité ejecutivo.

1880—Abril 5—La Sociedad Filantrópica Francesa del Río de la Plata le vota un título de gratitud.

1880—Abril 29—La Sociedad Vélez-Sársfield, de Córdoba, le nombra socio honorario.

1880—Diciembre 6—Instalación de la capital definitiva de la República.—La Municipalidad de Buenos Aires le acuerda una medalla de oro de primera clase.

1880—Diciembre 26—La Comisión Central Cooperativa á la expedición del polo Sur le nombra uno de sus cinco miembros honorarios, siendo los otros Roca, Sarmiento, Rawson y el ministro de Italia, barón de Fava.

1881—La Exposición Geográfica de Venecia le confiere mención honorífica por su obra *Ruinas de Tiahuanaco.*

1881—Abril 9—La Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras (España), le nombra académico correspondiente.

1881—Mayo 1°—La Societá Unione Operai Italiani, de la República Argentina, le discierne un título de gratitud.

1881—Septiembre 22—El tercer Congreso Geográfico Internacional de Venecia, le confiere una mención honorable por sus trabajos arqueológicos.

1881—Octubre 21—La Asociación Rivadavia, de Mercedes, le reconoce socio honorario.

1882—Enero 6—La Asociación Artesanos del Plata le aclama presidente honorario.

1882—Febrero 25 - La Sociedad Universitaria de Montevideo lo elige socio corresponsal.

1882—Agosto 30—La Societá Italia Unita, de Buenos Aires, le nombra socio protector.

1882—Septiembre 22—La Sociedad Pedagógica y Fomento de la Educación (Rosario de Santa Fe), lo elige socio correspondiente.

1882—Octubre 31—La Sociedad Argentina Protectora de los Animales, le reconoce miembro honorario.

1883—Enero 21—La Academia de Bellas Artes General Belgrano le nombra miembro honorario.

1883—Agosto 4—El presidente de la República le confiere la jerarquía de teniente general de los ejércitos nacionales.

1883—Septiembre 17—El Club Militar de la República Argentina le reconoce socio activo.

1883—Setiembre 28—La Sociedad Geográfica Argentina le nombra socio protector.

1883—Octubre 28—La sociedad italiana Garibaldi (Azul), le nombra socio honorario en asamblea general.

1884—La Sociedad Protectora de Niños Desvalidos (Buenos Aires), le reconoce socio fundador.

1884—Enero 20—La Sociedad Académica Hispanoportuguesa, de Tolosa (Francia), le nombra socio correspondiente.

1884—Abril 15—La Sociedad Sarmiento, de Tucumán, le nombra miembro honorario.

1884—Agosto 25—La Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de Madrid, lo elige socio honorario.

1884—Diciembre 1º—La sociedad Italia, de Buenos Aires, le confiere el título de socio honorario.

1885—Marzo 16—La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, le nombra académico honorario.

1885—Mayo 27—La Asociación Literaria Argentina lo elige miembro honorario.

1885—Septiembre 14—La Sociedad Estímulo de Bellas Artes, le nombra socio activo.

1886—Noviembre 15—El Círculo de Legionarios Garibaldinos de Montevideo, le aclama socio activo honorario por haber sido segundo jefe del escuadrón de artillería de la defensa de aquella plaza, en 1846.

1887—Abril 7—La Sociedad Argentina Protectora de los Animales (Corrientes) le nombra miembro honorario.

1887—Mayo 9—El Liceo Hidalgo, de la República de Méjico, le nombra socio correspondiente, en atención á su inteligencia y saber.

1887—Mayo 22—La Sociedad Protectora de los Animales de Turín (Italia), le reconoce miembro honorario.

1888—Junio 5—La Sociedad Amigos de la Educación, Córdoba, le nombra socio honorario protector.

1888—Noviembre 2—La Real Academia de la Historia, de Madrid, lo elige correspondiente.

1888—Diciembre 1º—La Sociedad de Beneficencia, del Chaco Austral, le nombra socio protector.

1889—Mayo 1º—La comisión del templo de Ajó (Buenos Aires), le envía una medalla y un voto de gratitud.

1889—Julio 29—La Sociedad de Beneficencia de Formosa (Misiones), le nombra socio honorario.

1889—Noviembre 4—Los masones de Patagones (Río Negro), le piden «su valiosísimo concurso para fundar una logia en aquel valle».

1889—Diciembre 5—El Instituto Histórico y Geográfico Brasileño lo eleva, de socio efectivo, á la categoría de socio honor.

1890—Enero 6—La Sociedad Artística, de Bahía Blanca, le nombra socio honorario.

1890—Enero 8—El Centro Nacional, de Buenos Aires, lo proclama presidente honorario.

1890—Abril 15—La Sociedad Cervantes (Rosario de Santa Fe), le nombra socio honorario.

1890—Mayo 25—La República de los Estados Unidos del Brasil le confiere el uso de la medalla conmemorativa de la campaña contra el Paraguay.

1890—Julio 1°—La asociación italiana Giordano Bruno, de Corrientes, le nombra socio honorario.

1891—Enero 14—La Real Acadamia Española, atendiendo á sus conocimientos lingüísticos, méritos literarios y demás circunstancias recomendables que le adornan, le nombra miembro suyo en clase de correspondiente extranjero.

1891—Enero 15—Los Artesanos Unidos, de Buenos Aires, lo aclaman su presidente honorario.

1891—Febrero 18—La Fraternité, logia masónica, le nombra miembro honorario por aclamación unánime.

1891—Marzo 16—La Sociedad Véneta, de Buenos Aires, le obsequia una medalla de oro.

1891—Marzo 29—La Trinity Historial Society (Norte América), le nombra miembro honorario.

1891—Junio 20—Se funda, bautizándole con la denominación de General Mitre, un centro pedagógico y literario en Villa Argentina (Rioja).

1891—Julio—La convención del partido autonomista nacional en Buenos Aires, y la convención

de la Unión cívica en el Rosario, lo proclaman candidato á la presidencia de la república.

1891—Julio 30—El Club Estudiantes de La Plata, le nombra presidente honorario.

1891—Agosto 15—La sociedad La Argentina (Buenos Aires), le nombra su presidente honorario.

1891—Agosto 22—El Centro Científico Literario Guido y Spano del Rosario de Santa Fe, le nombra socio protector.

1891—Noviembre 26—La Asociación de Guerreros del Paraguay de la República Argentina, le nombra presidente honorario.

1892—Mayo 8—La comisión para levantar la estatua de Vélez-Sársfield, en Córdoba, le nombra miembro.

1892—Junio 2—La Academia de Ciencias, de Lisboa, decreta que se le cuente en el gremio y congregación de los socios; que su nombre sea inscripto en las tablas; que se consideren aumentados la dignidad y el decoro de la Academia por la ilustración de su talento y saber, y que debe usar y valerse de los privilegios y honores que gozan los demás.

1892—Junio 16—El Club Italoamericano, de Génova, le envía sus profundos sentimientos de simpatía y amistad.

1892—Julio 24—La asociación Caridad Humana, de Buenos Aires, le nombra su presidente honorario y le envía un diploma de honor.

1892—Agosto 2—La sociedad Hermanas de los Desamparados le nombra presidente honorario.

1892—Agosto 16—El centro literario Domingo F. Sarmiento, del Rosario, le nombra socio honorario.

1892—Noviembre 7—El centro literario Avellaneda, de Tucumán, lo elige presidente honorario.

1892—Noviembre 10—El Ateneo de Buenos Aires lo reconoce miembro honorario.

1892—Diciembre 2—Presidente de la comisión argentina encargada de la repatriación á Bolivia de los restos del general Ballivián.

1893—Abril 7—La Biblioteca Popular, de Rauch, le nombra socio honorario.

1893—Junio de—El congreso de los Estados Unidos de Norte América, autoriza á la comisión de la Exposición Mundial de Chicago á decretarle una medalla, por haber sido clasificadas las obras que presentó, por de gran valor é importancia histórica y literaria.

1893—Junio 4—Miembro fundador de la Junta Histórica y Numismática Americana, de Buenos Aires.

1893—Junio 12—El Instituto Libre de Enseñanza de Buenos Aires, le nombra miembro honorario.

1893—Julio 12—La comisión para la fundación de una biblioteca en la ciudad de Chivilcoy, le nombra miembro de ella.

1893—Julio 14—El centro José Mármol le designa socio honorario.

1894—El Instituto de Libre Discusión, de Buenos Aires, le nombra miembro honorario.

1894—Marzo 28—El Centro Protector de Estudiantes le nombra presidente honorario.

1894—Abril 12—El Centro Literario de la Juventud, Buenos Aires, le nombra presidente honorario.

1894—Abril 24—La Sociedad Proteccionista Intelectual, le nombra socio honorario.

1894—Mayo 11—Senador nacional por la provincia de Buenos Aires.

1894—Julio 5—La República Oriental del Uruguay le concede el uso de la medalla conmemorativa de la guerra del Paraguay.

1894—Julio 9—La Intendencia de la capital federal le acuerda una medalla de oro por su cooperación á la realización de la Avenida de Mayo.

1894—Julio 30—La Unión Froebeliana Argentina del Paraná, le nombra socio honorario.

1894—Agosto 1º—El centro literario Nicolás Avellaneda, de Buenos Aires, le nombra socio honorario.

1894—Agosto de—La asociación Bernardino Rivadavia (Biblioteca Popular), le nombra presidente honorario.

1894—Octubre 22—El centro literario Vicente López y Planes le nombra socio honorario.

1894—Diciembre 5—El centro José Manuel Estrada, de Buenos Aires, lo designa socio honorario.

1895—Enero 1º—La Biblioteca de la Policía de la Capital Federal le nombra socio protector.

1895—Enero 21—Miembro de la comisión central del segundo censo de la República.

1895—Enero 24—El centro literario Lucio Vicente López, de Buenos Aires, le nombra vocal honorario.

1895- Mayo 9—El centro literario Esteban Echeverría lo designa presidente honorario.

1895—Marzo 17—El centro Tiro General Pedernera, de Villa Mercedes (San Luis), le nombra socio honorario.

1895 Agosto 24—Nombrado padrino de la bandera del primer batallón de guardias nacionales de San Nicolás de los Arroyos.

1895—Agosto 25—El Círculo Nicolás Avellaneda le nombra socio honorario protector.

1895—Septiembre 2 - La comisión del monumento á Cristóbal Colón le nombra miembro honorario y después le discierne el título de presidente honorario.

1895—Octubre 12- La comisión directiva del censo general de la República le confiere un testimonio de gratitud.

1895 — Diciembre — La Municipalidad del partido General Sarmiento, provincia de Buenos Aires, da el nombre de General Mitre á una de las calles del pueblo cabeza del partido.

1896—Enero 2—El centro literario Manuel Belgrano le nombra miembro honorario.

1896—Enero 24—El gobierno de la Provincia de Tucumán le envía una de las medallas acuñadas en honor del general La Madrid.

1896—Febrero 6—La comisión para la erección del monumento á la memoria del doctor Del Valle le nombra su presidente honorario.

1896—Febrero 13—La Facultad de Filosofía y Letras de la Capital de la República le nombra su académico titular.

1896—Agosto 14—La comisión consultiva, encargada de la erección del monumento á Rivadavia, le nombra miembro.

1896—Septiembre 15—El centro literario Mariano Moreno le nombra socio honorario.

1896—Septiembre 23—El centro General San Martín lo designa su presidente honorario.

1896—Octubre 19—La sociedad El Magisterio le nombra socio honorario.

1897—Noviembre 17—El Instituto Geográfico é Histórico de Bahía (Brasil), le nombra socio correspondiente.

1898—Enero 4—La sociedad Franklin (Biblioteca Popular), de San Juan, le nombra socio honorario.

1898—Marzo 12—Miembro de la convención reformadora de la Constitución Nacional.

Actualmente (21 de Agosto de 1898), presidente del Honorable Senado de la Nación Argentina.

1898 — Septiembre — Presidente honorario de la comisión del monumento á Zinny; habiendo desempeñado en este año cargos de carácter nacional tan importantes como el de miembro de la comisión internacional que, con los representantes de Chile, debían discutir la cuestión de límites. La actitud del general Mitre fué honrosísima, resultando imposible la solución que se buscaba. En el curso de la discusión, el general Mitre declaró á aquéllos que «era necesario de todo punto que Chile abandonase su política de conquista, que la convertía en una singularidad antipática entre las demás naciones sudamericanas».

1901—Junio 1°—El Congreso de la Nación dicta la ley disponiendo que la calle Piedad lleve desde el día 26 el nombre de Bartolomé Mitre.

1901—Junio 22—El Gobierno Nacional declara feriado el 26 de junio de 1901, en toda la República, asociándose al homenaje preparado en honor del general Mitre con motivo de su jubileo.

El jefe de Policía de la Capital resuelve poner en libertad, el día 26, á todos los contraventores que se hallen detenidos por causas leves, en homenaje al cumpleaños del general Mitre.

1901—Junio 24—El Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, á nombre del real gobierno, envía un telegrama asociándose al homenaje del jubileo, «agradecido á la constante amistad que ha profesado á Italia el ilustre y venerable personaje».

1901—Junio 25—En la mayoría de los pueblos de todas las provincias las municipalidades resuelven dar el nombre del general Mitre á calles de sus respectivos municipios.

1901—Junio 26—Las 32 secciones del municipio hacen una salva de 21 disparos cada una, á la salida del sol, por ser el día del jubileo del general Mitre. El ejército y la marina se adhieren en masa á la columna.

La comisión del jubileo coloca una placa de bronce conmemorativa en la casa en que nació el general Mitre, Suipacha y Lavalle.

Buenos Aires amanece embanderada y el pueblo todo desfila por ante la casa del general Mitre. Llegan de infinidad de pueblos comisiones de vecinos

á saludar al venerable patricio. Recíbense millares de notas y telegramas asociándose al homenaje. El presidente de la República, ministros, legisladores y demás altas autoridades nacionales, asisten en corporación á casa del general Mitre. Igual cosa hacen los miembros del cuerpo diplomático Recibe delegaciones de guerreros del Paraguay y delegaciones de todas las sociedades nacionales y extranjeras. Por la noche, la ciudad es iluminada en fiesta, y en la Opera hay función de gala. La Dirección de Correos y Telégrafos pone en circulación una tarjeta postal especial, conmemorativa.

1901—Junio 27—El general Mitre continúa recibiendo, durante varios días, regalos, notas, telegramas y delegaciones de pueblos de la República. Esto continúa por varios días.

1902—Mayo 31—El general Mitre renuncia el cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, en los siguientes términos:

Buenos Aires, mayo 31 de 1902—Al honorable senado de la nación: Respetuosamente presento ante V. H. la renuncia que, por consideraciones de interés público tenía aplazada, del cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, que he tenido el honor de representar en el congreso nacional, á fin de que se provea en oportunidad la vacante que necesariamente tiene que producirse.

Tiempo hace que di por terminada mi actuación en la vida pública, y habría renunciado definitivamente á toda figuración política en ella, si no hubiese aceptado la reelección de ese cargo, en home-

naje del acuerdo de las diversas opiniones de todos los partidos de principios que, inspirándose en un sentimiento nacional, se dignaron dispensarme espontáneamente sus votos.

Hoy que, después de la desaparición de la tiranía y de las luchas civiles que sobrevinieron, la familia argentina se halla felizmente unida en paz y libertad, con su orden institucional consolidado y cerrado el período de las agitaciones violentas, habiendo alcanzado el país una situación normal y estable, con su paz exterior asegurada, pienso que he cumplido mi tarea, después de haber concurrido en parte á esos resultados en la limitada esfera de mis facultades, por el espacio de sesenta y cinco años.

Así, pues, mi renuncia no tiene otra significación que la necesidad de un retiro impuesto por la ley del tiempo, sin renunciar por esto á la común tarea como ciudadano, en el sentido del bien público.

Agradeciendo á mis honorables colegas de la cámara de senadores, las consideraciones que han tenido la benevolencia de dispensarme en el ejercicio de mis funciones, compartiendo sus trabajos legislativos, ruego tengan á bien aceptar la formal renuncia que hago del cargo de senador, teniendo en consideración que ella responde á una resolución definitiva y maduramente meditada.

Saludo respetuosamente al honorable senado de la nación.—*Bartolomé Mitre.*

La cámara tomó en consideración la anterior renuncia y, por unanimidad de votos, resolvió no

aceptarla, comunicándoselo así al general Mitre.

Después de cuatro días, el general insistió en su renuncia por medio de la siguiente comunicación:

Buenos Aires, Junio 4 de 1902—Excmo. señor presidente del senado de la nación: He tenido el honor de recibir su respetable nota de 31 del pasado Mayo, por la cual se sirve comunicarme que el honorable senado ha tenido á bien no aceptar la renuncia por mí interpuesta del cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, en significación de lo que estima mi presencia en ese honorable cuerpo.

Este acto de benevolencia, por parte del senado de la nación, que me ha puesto en el caso de meditar nuevamente sobre mi decisión, es lo que más poderosamente habría influído en mi ánimo para desistir de mi renuncia, si ésta no respondiese, como dije antes, á una resolución definitiva, maduramente meditada, como necesidad impuesta por la ley del tiempo.

Por lo tanto, ruego á V. E. quiera hacer presente al honorable senado la súplica que interpongo, á fin de que se digne aceptar la renuncia que respetuosamente reitero, con la expresión de mi más profundo reconocimiento hacia mis honorables colegas, con quienes he compartido las tareas legislativas con todas sus responsabilidades.

Saludo á V. E. con mi más alta y distinguida consideración.—*Bartolomé Mitre.*

1905—Enero 10—El Ateneo de Santiago de Chile, deseando estrechar los vínculos entre los intelec-

tuales de Sud América, lo nombra miembro correspondiente de la institución.

1905—Junio 9—La Sociedad Jurídicoliteraria de Quito, República del Ecuador, le acuerda el título de socio honorario y colaborador.

ÍNDICE

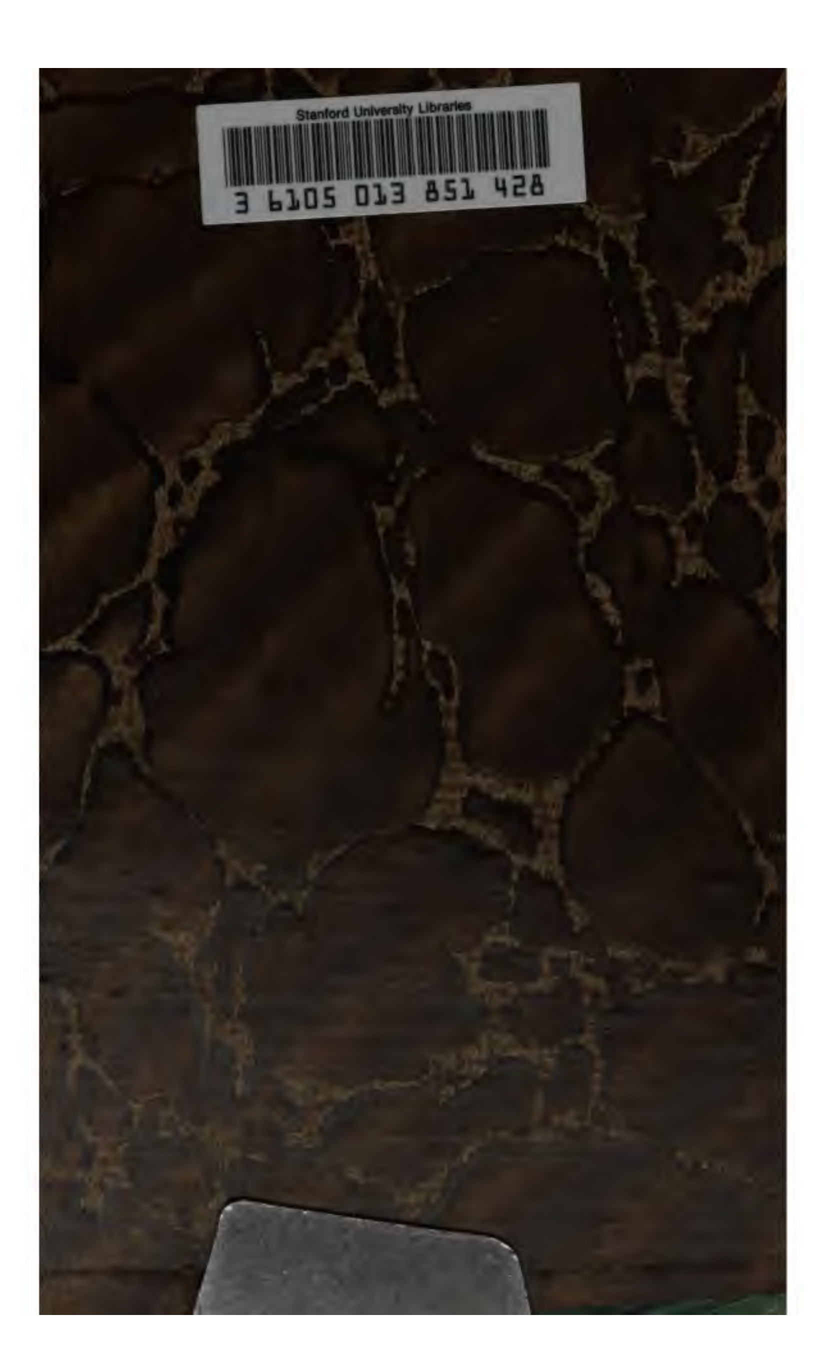
I

Páginas

MITRE 7
— Intimo 15
— Popular 57
— Patriota 75
— Organismo 89
— Estudioso 101
— Novelista 109
Mitre y el príncipe Eugenio 117
El General en Europa 131
La herida de Mitre 147
La casa histórica 153
Mitre y Paz 161
Mitre y Garibaldi 173
La enfermedad del General 195
El último autógrafo 205
Guerra del Paraguay 209
Polémica de la Triple Alianza 231
Bibliografía 383
Historia 383
Lingüística 384
Monografías 385
Literatura 385
Oratoria 385
Títulos, cargos, empleos y nombramientos honoríficos 390

DATE DUE			





Stanford University Libraries
3 6105 013 851 428

